Seix Barral

Kenzaburo Oé

¡Despertad, oh jóvenes de la nueva era!

Índice

Portada
1. Cantos de inocencia, cantos de experiencia
2. Un niño frío en medio del aire furioso
3. Abajo, abajo a través de lo inmenso con alboroto
4. El espectro de una pulga
5. El alma desciende como una estrella fugaz hasta el hueso de mi calcañar
6. Deja al alma encadenada levantarse y mirar
7. ¡Despertad, oh jóvenes de la nueva era!
Créditos

1

CANTOS DE INOCENCIA, CANTOS DE EXPERIENCIA

Cuando viajo fuera del país durante cierto tiempo, incluidas las visitas profesionales, tomo una precaución para no perder mi presencia de ánimo ni mi equilibrio emocional mientras soy una planta rodadora en un paisaje ajeno: me aseguro de llevar conmigo los libros que he estado leyendo antes de mi partida. Solo en un país extranjero, como en el que estoy ahora, he sido capaz de animarme a mí mismo frente al temor, la irritación y el desaliento, prosiguiendo la lectura de los libros que leía en Tokio antes de partir.

Esta primavera he viajado a Europa; quizá debería decir arrastrado de Viena a Berlín con un equipo de televisión, a lo largo de una carretera con árboles desnudos de flores, salvo las forsythias que se vuelven tumultuosamente amarillas antes de que aparezcan sus hojas y las yemas de color azafrán broten del suelo, sin flores. Había llevado conmigo cuatro volúmenes de la edición en Penguin Classics de Malcolm Lowry, al que había estado leyendo continuamente durante varios años. Digo leyendo, pero también escribí una serie de narraciones breves construidas en torno a metáforas que Lowry me había inspirado. Mi propósito al releer a Lowry mientras viajaba era poder decirme a mí mismo al final del viaje: ¡Basta! ¡Por lo que a mí respecta, ya he acabado con Lowry! Y como parte de este proceso regalaría a cada uno de mis compañeros de viaje un volumen de Lowry. Cuando yo era joven, mi impaciencia me impidió detenerme mucho

tiempo en un solo autor. Conforme dejaba atrás la mediana edad, se me hizo patente el grupo de escritores que leería con atención en mis últimos años y hasta mi muerte. Así pues, de vez en cuando me sentía obligado a emprender conscientemente la tarea de acabar con uno u otro.

En esta ocasión, a pesar de que preveía estar más ocupado que nunca en mi vida, y procurando incluso mantener una relación agradable con el equipo de televisión, que actuaba de acuerdo con la lógica de su trabajo, mientras nos desplazábamos leí, en aviones y en trenes y en mis habitaciones de hotel, una novela de Lowry tras otra, que iba subrayando con lápiz rojo en diversos momentos del pasado. Un día, a la hora del crepúsculo, mientras nuestro tren estaba a punto de llegar a Frankfurt, leía *Forest Path to the Spring*, a mi modo de ver el relato más hermoso de Lowry, y me sentí de nuevo conmovido por la plegaria que el narrador había escrito a fin de darse ánimos para su trabajo como músico de jazz.

Digo «de nuevo» porque con anterioridad me emocionó ese pasaje e incluso cité las primeras líneas de la plegaria en una novela mía. Esta vez lo que atrajo mi atención fue la continuación del fragmento que antes había considerado importante, al final de la plegaria. Tras un fallido intento de crear un tema musical para trasladar el sentimiento de su propio renacimiento a un mundo nuevo, el narrador exclama: «¡Dios mío!», y ora en demanda de ayuda: «Yo, que estoy lleno de pecado, no puedo huir de los falsos conceptos, pero permíteme ser verdaderamente tu servidor haciendo de ello una cosa grande y hermosa, y si mis motivos son oscuros y las notas, dispersas y a menudo desprovistas de significado, por favor, ayúdame a poner orden en ello *o estoy perdido*...»

Fue esta media línea final, que anoté en su inglés original, lo que me arrastró con especial fuerza, por supuesto en el contexto del pasaje completo. Sentí como si hubiera recibido una señal, como si la voz de mi patrón estuviera diciendo: «Vamos, es tiempo de dejar la obra de Lowry y entrar en otro mundo donde también deberías

proponerte permanecer unos cuantos años», señalándome amablemente en dirección a cierto poeta y su obra. Fue un domingo al atardecer. Los jóvenes reclutas que habían estado de permiso en casa desde el viernes regresaban al campamento. De pie ante las ventanillas del pasillo de los coches cama, los soldados, que tenían aspecto de estudiantes, se despedían de su ciudad tocando pequeñas trompetas con pistones; otros, todavía en el andén, eran consolados por sus amores y urgidos a montar en el tren o, resistiéndose a la despedida, los abrazaban una última vez. Apearse del tren en medio de esta peculiar multitud parecía agudizar mis propios sentimientos de despedida.

Cuando abandonamos la estación y nos dirigimos al hotel, tenía conmigo la edición de Oxford University Press de la obra completa de William Blake, en un volumen, que había encontrado en el quiosco de la estación mientras el equipo estaba facturando sus cajas con el material. Esa noche empecé a dedicar mi atención a Blake por primera vez en varios años; no, en más de diez años. La primera página que abrí tenía un verso que termina así: «O estaré perdido»:

Padre, padre, ¿adónde vas?
Oh, no camines tan aprisa.
Háblale, padre, háblale a tu pequeño
o estaré perdido.

Había intentado una traducción por mi cuenta catorce años antes; pero hasta que escribí «en varios años; no, en más de diez años», no me di cuenta, mirando atrás, de que en realidad hacía mucho más tiempo, una experiencia que tengo frecuentemente cuando hablo de esos días pasados, una época en la que estaba escribiendo un relato, en un intento por superar un período crítico de transición entre un primogénito discapacitado y su padre, o sea yo. Ahora me encontré inclinado de nuevo sobre el mundo de un poeta que me influyó en tan insólitas circunstancias, y me preguntaba si mi regreso a su mundo guardaba relación con

el sentimiento de que mi hijo y yo estábamos entrando otra vez en un período crítico de transición. ¿Cómo, de otro modo, estaría sintiendo que el «o estoy perdido» de Lowry conducía de manera tan directa al «o estaré perdido» de Blake? Esa noche, incapaz de dormir en mi habitación de hotel en Frankfurt, aunque apagué la lámpara de la mesita de noche incontables veces, regresé de nuevo a Blake —en la cubierta de papel rojo de mi libro estaba impresa en tinta india la figura de un hombre desnudo cayendo— y medité sobre este y otros pensamientos incómodos.

La segunda estrofa de «El niño perdido», de *Cantos de inocencia*, dice así:

> *La noche era oscura y el padre no estaba.*
> *El rocío mojó al niño.*
> *La ciénaga era profunda y el niño lloraba más y más*
> *y se esfumó el vapor.*

El anochecer aún traía niebla a las calles de Frankfurt —Blake podría haber dicho «vapor»— aunque estábamos a finales de marzo. Sólo había transcurrido una o dos semanas desde Pascua. Hasta ahora, la fiesta había sido para mí un mero concepto, el origen del maridaje de muerte y renacimiento que subyace al grotesco realismo de la cultura popular europea, pero ahora, por vez primera, sentí que comprendía la ansiedad con que se esperaba la celebración. Los gigantescos castaños de Indias que se alineaban en las calles estaban desnudos incluso de las yemas más jóvenes. Insomne junto a la ventana, yo observaba brillar la niebla a la luz de las farolas, envolviéndose en torno a los oscuros troncos.

Cuando llegué al aeropuerto de Narita, Japón estaba en plena primavera, y pude sentir el brillo del aire relajando mi mente y mi cuerpo, pero mi mujer y el segundo de mis hijos parecían reñidos con mis sentimientos. Incluso una vez estuvimos en el coche que la emisora de televisión me había enviado (normalmente hubiéramos debido tomar el

autobús del aeropuerto a Hakozaki), ninguno de ellos dijo una palabra. Se acomodaron en sus asientos como si se hubieran visto forzados a continuar luchando en una batalla difícil a pesar de que se hallaban agotados. Mi hija, que estudiaba el último curso en una escuela privada de grado medio, estaba abrumada por los deberes y los preparativos para los exámenes de ingreso en la escuela de grado superior, y yo no había esperado verla, pero ni mi mujer ni mi hijo segundo dijeron una palabra sobre la razón de que mi hijo mayor no los acompañara a recibirme.

Durante un rato miré por la ventanilla, no en busca de flores persistentes sino limitándome a gozar del vivaz retoñar de los arbustos bajo la luz que se desvanecía; pero no tardé en experimentar incomodidad al recordar cuántas veces me había asaltado la sensación, leyendo a Blake durante la última parte de mi viaje, o perdiéndome entre las líneas de su poesía, de que mi hijo mayor y yo, y con nosotros toda mi familia, entrábamos en un período de transición crítico. Mientras continuaba mirando por la ventanilla, en silencio, las yemas de los árboles, yo reconocía estar preparándome para defenderme de la fatigada explicación de mi mujer como respuesta a la pregunta que yo estaba aplazando todo lo posible: «¿Y cómo está Eeyore» (como en algunas de mis novelas, trato de usar el diminutivo Eeyore para referirme a mi hijo deficiente).

Pero el viaje desde Narita hasta nuestra casa de Setagaya es muy largo. En algún momento mi mujer tendría que romper el silencio. Y una vez empezara, no podría evitar hablar de la situación que parecía haber envuelto su espíritu en una oscuridad de boca de lobo. Así, con una voz abatida apenas audible y un tono que sonaba indefenso como el de un niño, finalmente me informó:

—¡Eeyore estuvo mal! ¡Muy mal!

De una manera que podría calificar de cuidadosamente contenida, en parte por la preocupación de que el conductor pudiera estar escuchando, me contó la siguiente historia. Cinco días después de mi partida a Europa, como

si se hubiera apoderado de él una idea fija, Eeyore se puso violento. Temiendo que a los demás les afectara aquella extravagancia, mi mujer no entró en detalles en el coche y tampoco en casa hasta tanto no hubo puesto los pañales a mi hijo y lo hubo acostado. Todo empezó entre su primer y su segundo año de escuela superior, en las instalaciones para niños discapacitados. Se había organizado un encuentro de compañeros de clase, que ahora iban a separarse. Los alumnos se reunieron en el parque familiar de Kinuta, cerca de la escuela, y dio comienzo un juego de persecución, en el que cada niño atrapaba a su madre. Cuando mi mujer echó a correr con las otras madres, al parecer pudo ver, pese a la distancia, que mi hijo se había puesto furioso. Aterrorizada, se detuvo donde estaba y mi hijo corrió hasta ella y le hizo una zancadilla utilizando una llave de judo que había aprendido en la clase de gimnasia. Mi mujer cayó de espaldas, y no sólo se produjo un corte, sino que a causa del golpe fue incapaz de ponerse en pie por sí misma. Los profesores responsables y algunas de las otras madres rodearon a Eeyore pidiéndole que se excusara, pero él mantuvo un obstinado silencio, plantado con las piernas abiertas y mirando fijamente al suelo con los ojos brillantes.

A partir de aquel día, mi mujer observó que Eeyore se encontraba incómodo en casa, y vio que mortificaba a su hermano menor, invadiendo su habitación y emprendiéndola a empujones con él. Pero mi hijo segundo era demasiado orgulloso para gritar o para delatar a su hermano mayor. Incluso ahora, mientras escuchaba lo que su madre estaba diciendo en el coche, su cuerpo se puso rígido y bajó la mirada como si se avergonzara ante ella, pero no hizo ningún intento de corregir lo esencial de su relato. Mi hija cuidaba de su hermano mayor discapacitado de todas las formas imaginables, incluida la ayuda con sus pañales, y su solicitud parecía irritarle a él hasta el punto de que mi mujer había sido testigo de que la golpeó en la cara. Este tipo de incidentes se fueron acumulando hasta que la familia, intimidada y airada, dejó de inquietarse por

él, que se pasó las vacaciones de primavera en casa, poniendo discos a un volumen insoportable de la mañana a la noche.

Unos tres días antes, y esto es algo que mi mujer esperó a contármelo hasta entrada la noche de mi primer día en casa, la familia estaba reunida en el comedor cenando, después de que mi hijo hubiera terminado su ritual de la hora de cenar, consistente en llenarse la boca de una vez con todo lo que tenía en el plato y tragárselo. Entonces salió de la cocina con un cuchillo de carnicero, apretado contra el pecho con ambas manos, y se dirigió a la cortina situada en el rincón opuesto a donde se encontraba la familia. Pareció perderse en sus pensamientos mientras miraba la oscuridad del jardín situado detrás de la casa.

—¡Pensé que debimos haberlo recluido! Nosotros no podíamos hacer nada, ¡es tan alto y pesado como tú!

Mi mujer guardó silencio de nuevo. Y mi hijo no había dicho nada. Así nos mantuvimos durante el largo recorrido que faltaba, mustios como si estuviéramos a la sombra de algo oscuro y amenazador. Aunque me resonaba en los oídos el escalofriante episodio del cuchillo, por no mencionar la extraña fijación que tenía mi hijo con el mango, ya me estaba sintiendo abrumado por la fatiga acumulada en mi viaje a Europa. En momentos como éste, mi primera respuesta suele ser eludir los problemas: antes de afrontar directamente lo que mi mujer acababa de decirme, opté por un rodeo proporcionado por la consideración de otro poema de Blake (por deferencia a mi mujer, allí sentados, con mi hijo entre nosotros, me reprimí de sacar mi ejemplar de los poemas de Blake de la mochila que llevaba sobre mis rodillas).

En *Cantos de experiencia*, hay un poema bien conocido: «Un niño perdido», con artículo indefinido. A diferencia del niño con artículo definido, en *Cantos de inocencia*, este niño independiente protesta desafiante a su padre:

> *Nada ama al prójimo como a sí mismo*
> *ni venera al prójimo de tal manera.*

Ni le es posible al Pensamiento
conocer algo más grande que él mismo.
Así pues, Padre, ¿cómo puedo amarte más a ti
o a mis hermanos?
Te amo como un pajarito
que picotea migajas en torno a la puerta.

El sacerdote que alcanza a oír esto, airado, saca a rastras al niño y le acusa de ser un demonio:

Y lo quemaron en un lugar sagrado,
donde muchos ya habían sido quemados:
¿Se hacen tales cosas en las costas de Albión?
Los desconsolados padres lloraron en vano.

Finalmente, nuestro melancólico automóvil llegó a la casa, y estaba yo transportando mi maleta al oscuro camino de acceso cuando apareció mi hija. Como en el caso de su hermano menor y de mi mujer, había un inequívoco abatimiento en su expresión, pero se disipó la inquietud que yo había sido incapaz de sacar a la conversación con mi mujer en el coche: si Eeyore seguía en malas relaciones con toda la familia y si fue oportuno dejarlos solos a los dos en casa. Nos saludamos con todo el cariño que pudimos manifestar y pasamos a la sala de estar. Eeyore estaba en el sofá, con el rostro sepultado en una revista de sumo, y ni siquiera miró alrededor. Vestido con los holgados pantalones negros que llevaba en la escuela y con una vieja camisa mía que parecía demasiado justa, estaba arrodillado sobre el asiento mirando al respaldo, con el trasero levantado, y en tan poco natural postura escudriñaba, dándole vueltas, una foto de los luchadores jóvenes que acababan de competir en el torneo de primavera. Mirando su espalda y sus piernas, pensé que podía estar viendo algo ambivalente: yo mismo, otro yo que había estado presente todo el tiempo en que permanecí fuera; y, a la vez, dispuesto y endurecido para rechazar ese yo mío, mi hijo. Su estatura y su peso eran idénticos a los míos, e incluso la forma en que se erguía, con su espalda carnosa y sus

hombros redondeados, me recordaba a mí mismo. Era para mí un lugar común percibirlo como si él y yo estuviéramos superpuestos mientras leíamos, tumbados en aquel sofá; en mi caso, sobre la espalda. Pero ahora, en este momento exacto, podía sentirlo (junto con otro hijo que era una versión idéntica de mí mismo) rechazando decididamente a su padre, rechazo que no era algo simple, como un arrebato momentáneo de rebeldía, sino determinado y deliberado, parte de un tortuoso proceso que aún se estaba desarrollando. Así, cuando dije «¡Eeyore, estoy en casa! ¿Qué tal fue el sumo? ¿Ganó Asashio?», sentí que me era dado comprender de nuevo todo el peso del desaliento que había estado oprimiendo a la familia. Pero aún tenía que mirar a mi hijo a los ojos. Y fueron sus ojos los que me obligaron aquella primera noche a enfrentarme directamente con el núcleo de la crisis ya planteada.

En Berlín le compré a mi hijo una armónica. Cuando no respondía aunque lo llamábamos, su hermano pequeño, a quien yo había regalado una navaja suiza, fue a enseñársela al sofá donde estaba tumbado, pero ni siquiera le dirigió una mirada. Después de haberme dirigido a él varias veces durante la cena, finalmente sacó la armónica de su envoltorio, pero en lugar de manifestar el interés que cualquier instrumento despertaba habitualmente en él, que trataba de tocarlo, se limitó a manosearla sin entusiasmo, como si fuera un objeto extraño que encerrara alguna amenaza. Más tarde, en un rincón, se la llevó a los labios y emitió una sola nota semejante al sonido del viento, al soplar por un único agujero. Era como si temiese que en lugar de armonía, una terrible disonancia pudiera incrustarle los dientes en la nariz si soplaba en dos o más orificios a la vez.

Yo había estado bebiendo el whisky que compré en la tienda libre de impuestos, pero ahora me levanté de la mesa del comedor y crucé la estancia hasta donde mi hijo estaba echado cuan largo era, atravesado en el sofá como un cuchillo clavado en él. Sin cambiar de postura, cogió la armónica por un extremo con ambas manos, cerrándolas, la

levantó verticalmente frente a su rostro como si fuera un cetro, y me miró desde ambos lados del instrumento. Sus ojos me hicieron estremecer. Estaban inyectados en sangre, como si tuviera fiebre, ardientes, con un reflejo amarillento, como de resina, algo elemental. Como una bestia en celo que hubiera agotado el impulso en un frenesí de exceso sexual y todavía se viera sacudida por los coletazos del deseo. El período de actividad salvaje se considera que da paso inmediato a la inacción y al letargo, pero en lo profundo del cuerpo algo continúa rugiendo. Por la mirada de los ojos de mi hijo, estaba siendo devorado desde dentro por una bestia presa de ese salvajismo, y no podía hacer nada al respecto. El resto de su rostro —sus cejas oscuras, su nariz finamente arqueada y sus labios de un rojo brillante— permanecía distendido e inexpresivo.

Mirando esos ojos que se clavaban en mi pecho, no pude hablar. Mi mujer vino desde la mesa para decirle a mi hijo que era hora de irse a la cama, y él, obedientemente, tomó sus pañales para pasar la noche y subió por la escalera. Pero antes dejó caer la armónica junto a él, como si fuera algo que había estado sosteniendo pero que carecía de significado. Cuando pasó junto a mí parpadeó dirigiendo la vista hacia donde yo estaba, y una vez más percibí los ojos de una bestia, de un perro, riendo y riendo en un lugar vacío de gente hasta que sus ojos enrojecieran.

—Eeyore agarró aquel cuchillo de carnicero de la misma manera que estaba sujetando la armónica ahora mismo, mirando fijamente al jardín de atrás, con la cabeza apretada contra la pared, donde está la cortina. Todo el tiempo que estuvimos comiendo no movió un músculo. ¡Fue terrible!

Cuando bajó después de haber acostado a mi hijo, mi mujer explicó el episodio del cuchillo de carnicero y añadió un relato de las extrañas observaciones que hizo. Ahora yo ya estaba realmente en casa, y él ya no desafiaba a su madre; todo lo que ella tuvo que hacer fue decirle que se disponía a ir a esperarme al aeropuerto. Él se quedó en casa y mantuvo una política de no intervención respecto de su

hermana. Por lo demás, hubiera sido natural que ella le advirtiera, cuando empezara a comportarse mal, de que informaría a su padre cuando regresara a casa. Mientras Eeyore estaba escuchando una sinfonía de Bruckner por la radio de FM, con el volumen alto, como de costumbre, gritó, con una voz fácilmente audible por encima de la atronadora música:

—*¡No, no, papá ha muerto!*

Mi mujer se quedó anonadada, pero consiguió controlarse y trató de corregir la equivocación de mi hijo. Tu padre no ha muerto; ya estuvo ausente con anterioridad otras largas temporadas, pero sigue vivo en el extranjero, no muerto. Y del mismo modo que siempre regresó a casa, una vez concluido su viaje, esta vez también volverá. En voz alta, como debió de verse obligada para disputar con Bruckner, mi mujer trató de sacar de su error a mi hijo, pero él continuó porfiando, tercamente: «*¡No, papá ha muerto! ¡Realmente ha muerto!*» Mientras yo la escuchaba, desalentado, abrí la guía de radio en FM, que estaba sobre la mesa, para comprobar qué obra de Bruckner habían estado emitiendo, y averigüé que fue la *Octava Sinfonía en Do Menor*.

En el contexto de esta conversación con mi mujer, las respuestas de mi hijo, aunque extravagantes, tenían cierta lógica en sí mismas:

—¿Seguro que has querido decir muerto? ¿No habrás querido decir ausente, de viaje? ¡Tú sabes que vuelve el próximo domingo!

—*¿Es verdad eso? ¿Va a volver el próximo domingo? Aunque así sea, ahora mismo está muerto. ¡Papá está muerto realmente!*

La Octava de Bruckner proseguía interminablemente, y mientras mi mujer gritaba a mi hijo, yendo de un lado para otro, notaba que le estaba empezando a manar sangre fresca del corte en la parte posterior de la cabeza, y se sintió enferma de agotamiento. Quedó aún más descorazonada al imaginar una situación que podía darse fácilmente en el futuro, si su marido realmente hubiera

muerto, y ella intentara engañar a su hijo haciéndole creer que seguía vivo, a fin de controlarlo.

No obstante, la mañana siguiente a mi llegada descubrí una vía de comunicación con mi hijo, que permitió a toda la familia llevarse bien con él. Aunque yo me había mostrado incapaz de dormir casi hasta el amanecer, me senté a la mesa con mis hijos mientras desayunaban. Eeyore estaba sentado oblicuamente respecto de la mesa, separado de los demás, y comía despacio, utilizando sus palillos como si llevara pesos atados a los brazos (desde que había empezado a tomar Hidantol, medicamento antiepiléptico, sus movimientos se volvían lentos hasta media mañana, y no daba la menor muestra de oír lo que se le decía). Cuando hubimos terminado y mis hijos regresaron a sus habitaciones —aún disfrutaban de las vacaciones de primavera—, volví a dormir en el sofá que mi hijo había monopolizado hasta el día anterior.

Ahora un recuerdo de mi juventud o, más bien, la recreación de un incidente real en un momento y un lugar concretos de cuando yo era joven, me llenó de un sentimiento de nostalgia tan poderoso y concentrado, que resultaba palpable, y me desperté de mi sueño temblando. Estaba al borde de las lágrimas. Sentado en el suelo, junto a las faldas del sofá, mi hijo estaba acariciando mi pie descalzo, que sobresalía de la sábana, con los dedos de su mano derecha encogida, suavemente, como si estuviera construyendo algo blando y frágil. Y susurraba palabras de preocupación con una voz tranquila y queda. Ésas eran las palabras, vivas por su familiaridad y nostalgia, y temblorosas como una gelatina viva, que yo había oído al salir de mi sueño: «*Pie, ¿estás bien? ¡Buen pie, lindo pie! Gota, ¿estás bien? ¡Lindo pie! ¡Lindo pie!*»

—Eeyore —murmuré—, el pie está bien. No tiene gota; el pie está bien.

Mi hijo levantó la mirada hacia mí, bizqueando a la luz, con unos ojos que volvían a tener el aspecto de antes de mi partida, y dijo:

—*¿Así que todo está bien? ¡Qué lindo pie! ¡Es un pie de*

veras excelente!

Al cabo de un rato, mi hijo se apartó de mi pie y, tomando la armónica, que seguía donde la había dejado tirada, emitió algunos acordes. Pronto los acordes acompañaban a una melodía. Tocaba una sencilla y hermosa tonada que me sonaba como una de las sicilianas de Bach, en varias claves, y parecía haber comprendido que podía interpretar una escala cromática utilizando los orificios de ambos lados de la armónica. Hice espaguetis a la carbonara para almorzar, y me sorprendió el gran placer que eso me produjo. Cuando mi hijo menor y mi hija estaban sentados a la mesa, llamé a mi hijo mayor y él respondió con una voz tan clara, hermosa y extraordinariamente tranquila, que mi mujer emitió una risita.

—He dado a Eeyore una definición de pie —le dije.

Eso es lo que abrió una vía entre nosotros y nos proporcionó un asidero para el día. El problema es que prometí que definiría todas las cosas de este mundo para él. Pero hasta el momento «pie» es la definición más precisa que he conseguido dar, y ni siquiera era invento mío; fue la gota lo que la hizo posible.

Definiciones. Un libro de definiciones de todas las cosas del mundo. Para demostrar que el presentimiento que describí más atrás se había hecho realidad, a saber, que yo estaba volviendo a Blake o que quizá me aproximaba a él desde una nueva dirección, quiero empezar diciendo que cuando aún estaba planteándome un libro de definiciones que iba a empezar con una adaptación de la constitución japonesa a un lenguaje sencillo, hace no menos de diez años, lo titulé, basándome en Blake, *Cantos de inocencia, cantos de experiencia*. Aunque traté de crear este libro en forma de relatos para niños, con ilustraciones, pasé una época terrible mientras lo escribía. Hace siete u ocho años, en una charla pública que di sobre los niños y la imaginación, dije lo siguiente. Por entonces yo había hecho frecuentes

intentos de empezar en serio, y me había visto obligado a reconocer que el proyecto que tenía en mente no se realizaría con facilidad. Pero debí abrigar esperanzas, pues creo poder leer este sentimiento tras mis palabras, y hablar en público sobre ello pudo impulsarme a proseguir.

> Empecé a pensar en escribir un librito elemental para ayudar a los niños como mi hijo y sus compañeros de clase, en la escuela especial para discapacitados, a vivir sus vidas como adultos. Quería transmitirles, en palabras que pudieran entender, qué eran el mundo, la sociedad y la humanidad, y decirles: «Salid y vivid vuestras vidas plenamente ahora, pero prestad atención a estos aspectos concretos.» Por ejemplo, qué es la vida; una descripción breve y sencilla. No me encargaría de ello yo solo; varios amigos me ayudarían. Podría contarse, por ejemplo, con el compositor T para que escribiera algo sobre música para mi hijo. Ésos eran mis pensamientos cuando me puse a trabajar, pero encontré el proyecto vertiginosamente difícil. La dificultad de intentar escribir sobre las cosas más claras y sencillas en un lenguaje vibrante que estimule la imaginación radica en que prácticamente en todos los casos la realidad que debe ser transmitida no permite esa clase de descripción.

Mientras copio el pasaje anterior me doy cuenta de que estaba siendo deshonesto en mi discurso. Según lo que decía allí, trabajo en un libro de definiciones del mundo, la sociedad y la humanidad destinado a mi propio hijo y a sus camaradas de la clase especial para niños discapacitados. La constitución será central en mi tema. Pero la realidad actual bajo la constitución hace imposible escribir de ella en un lenguaje conciso, exacto y evocador. No estoy sugiriendo ahora que eso sea contrario a la verdad. Antes bien, para ser honrado al respecto, para mí el quid de la cuestión no estaba tanto en lo externo como en lo interno. Para decirlo con toda sinceridad, se trataba de mi pereza. Sin duda parapetarme tras la pereza era un sentimiento de futilidad teñido de temor, que tenía su origen en mis recelos acerca de mi propio talento. Había concebido esa idea aun antes de que mi hijo ingresara en la escuela. Empecé a escribir para un niño que apenas había salido de su casa, y cuando

mi hijo fue a la escuela elemental y luego entró en la sección especial para estudiantes discapacitados, en el grado medio, creé un borrador para cada etapa de su vida, ajustando gradualmente mi estilo. Ahora escribía para un joven a punto de empezar el segundo curso del grado superior en una escuela especial, y la única definición consistente que le había proporcionado hasta el momento era la de pie, «lindo pie», y sólo lo había conseguido gracias a un ataque de gota.

Cuando enfermé de gota, me poseía enteramente la ardiente y roja inflamación de la base del dedo gordo del pie derecho: como incluso el peso de una sábana me resultaba insoportablemente doloroso, pasaba la noche en la cama sin cubrirme —durmiendo sólo un poco sin la ayuda del whisky— y me tumbaba en el sofá en el mismo estado durante el día, yendo al baño saltando con un solo pie. En esa época, Eeyore acababa de ingresar en la clase especial del grado medio, y le produjo una profunda impresión ver a su padre, que le dejaba enano en estatura y peso, reducido a la impotencia durante días. Mientras yo me arrastraba al vestíbulo, obligado a aprender cuánto podía llegar a doler una espinilla, él se colaba detrás de mí como un perro pastor persiguiendo una oveja descarriada, y más de una vez, tropezando con su cuerpo rechoncho y torpe, caía sobre mi pie agobiado por la gota. Yo no podía evitar un grito, pero la forma en que él se entristecía ante mis ojos por mi sufrimiento era suficiente para llenarme con una duda fantasmal de que quizá yo era un padre desnaturalizado que pega a su hijo. Y este pensamiento se me quedó grabado como una herida dentro de mí. Cuando los ataques fueron cediendo, mi hijo acariciaba la inflamación enrojecida de la base de mi dedo gordo con los dedos ligeramente unidos, apoyándose con la otra mano para evitar apoyar su peso sobre mí, y hablaba en voz alta, dirigiéndose a mi pie: «*¡Estás bien, lindo pie, qué pie tan lindo eres!*»

—No hay duda de que Eeyore fue muy malo, que se comportó mal, pero creo que lo que realmente sucedió fue que comprendió por vez primera que su padre moriría —le dije a mi mujer después de reflexionar—. La parte difícil de entender es que, al parecer, piensa que las personas que han muerto regresarán, pero, si observamos cuidadosamente, tengo la sensación de que llegaremos a ver también lo que hay detrás de esa idea. Porque Eeyore no dice las cosas por decirlas. Además, cuando yo era niño creo que tuve el mismo pensamiento. De todas formas, cuando me voy de viaje y permanezco fuera un tiempo que parece definitivo, ¿no es natural que sus pensamientos den un salto adelante, hasta después de mi muerte? Su padre se marcha a algún lugar distante y los sentimientos que experimenta son los mismos que si hubiera muerto, y además de eso su madre se dispone a irse apresuradamente, dejándolo: no es de extrañar que se pusiera frenético. Fue sólo un juego, pero para un niño los juegos son modelos de la realidad. También he estado pensando en el cuchillo, y creo que la manera de agarrarlo intentaba ser defensiva; quizá por eso también estaba observando el jardín. Me pregunto si no estaba montando guardia contra un enemigo, a fin de proteger a la familia en mi lugar, puesto que ahora yo ya estaba muerto.

Continué mi razonamiento, pero en silencio; no dirigiéndome a mi mujer, sino para mis adentros. Puesto que mi hijo había empezado a considerar, según su propio criterio y urgido por las circunstancias, lo que ocurriría después de mi muerte, ¿no estaba yo obligado, como padre, a prepararlo, resueltamente y sin desmayar, para relacionarse con el mundo, con la sociedad y con la humanidad después de que ese momento inevitable llegara? En cuanto a mi capacidad para escribir realmente una guía completa del mundo, la sociedad y la humanidad, en un lenguaje que él pudiera entender fácilmente, y que evitara a mi hijo extraviarse a lo largo del camino de la vida, después de mi muerte, tenía la sensación de que ya había percibido con claridad que tal cosa no era en modo alguno posible.

Aun así, yo debo hacer lo que pueda para intentar escribir un libro de definiciones dirigido a él. Permítaseme pensar en el libro no tanto como dirigido a él como a mí mismo; un libro de definiciones que me purificara y me estimulara. Mi experiencia con la gota procuró a mi hijo una definición precisa de «pie», y a través de su comprensión yo me había hecho consciente de lo que era un «lindo pie». Arrastrado por el impulso que había experimentado en mi viaje, continué leyendo intensivamente a Blake. ¿Por qué no podía yo simultanear mi lectura del poeta inglés y la redacción de un libro de definiciones? ¿Y por qué no escribirlo como una novela, esta vez sin preocuparme por usar un lenguaje que mi hijo y sus camaradas pudieran entender, acerca de las experiencias que me habían aportado las definiciones esenciales para mi sentido del yo, y acerca de mi anhelo de transmitirlas a unas almas inocentes?

Una vez tuve una fantasía y escribí acerca de ella: el día de mi muerte, la acumulación de la totalidad de mi experiencia fluiría fuera de mí y penetraría en el espíritu inocente de mi hijo. Y si mi fantasía llegara a hacerse realidad, cuando él hubiera enterrado el puñado de huesos y cenizas en que su padre se habría convertido, mi hijo leería el libro de definiciones que yo escribí. Con esta fantasía infantil como algo a lo que agarrarme, con la esperanza de encontrar refugio ante la miríada de pensamientos sobre las dificultades que mi hijo iba a encontrar en el mundo exterior después de mi muerte, me parecía posible sentarme a trabajar en ese libro de definiciones.

Río. La experiencia que me dio la definición está grabada en mi memoria tan vívidamente como el descubrimiento del «lindo pie» que compartí con mi hijo. Era una definición tan precisa y clara, que el hombre que la aportó apenas necesitó palabras. Hace por lo menos diez años, yo viajaba en un avión en dirección este desde Nueva Delhi, con el

veterano escritor H. Parecía dormido cuando, de repente, captando mi atención con un movimiento vigoroso que dejaba claro que no estaba dormido, señaló a través de la ventanilla allá abajo, fuera de la cabina presurizada, el río que describía un pronunciado arco, semejante a una cicatriz quirúrgica a lo largo de la llanura arcillosa. Un instante después, volvió a acomodarse en su asiento con el respaldo abatido y cerró de nuevo los ojos. Yo me incliné por encima de su regazo para contemplar la vista por la ventanilla. (Antes de montar en el avión se produjo lo que consideré un enfrentamiento entre nosotros, y si bien quedó resuelto, sus palabras y su actitud ahora precisamente me estimulaban más.) Cuando sucedía esto, el avión estaba ladeándose para girar, al tiempo que empezaba a descender: mi campo de visión quedó enteramente lleno con lo que bien podría llamarse el río quintaesencial de la India, el verdadero río entre los ríos. Hasta entonces, mi arquetipo había sido siempre el límpido río que discurría a través del valle en el bosque de Shikoku, donde crecí, pero a partir de ese momento retuve una segunda imagen del río esencial: arcilloso, sólo una sombra más pálido que el color de la tierra, fluyendo sin duda hacia lo que debía ser un mar arcilloso, pero imperceptiblemente, y era imposible saber en qué dirección. Desde el levísimo movimiento de la muñeca y el dedo del señor H un minuto antes, y desde la vibración de su labio mientras hablaba, como si se tratara de una continuación de su silencio —o quizá no habló—, he recibido y retenido en mi memoria hasta el día de hoy, junto con los incidentes que ocurrieron antes de que subiéramos al avión, la que sigo considerando la mejor definición posible de «río».

El día que atravesamos el subcontinente indio en avión, el señor H y yo habíamos pasado no menos de diez horas esperando nuestro vuelo, únicos japoneses entre los indios. En todo ese tiempo no me dijo una palabra aparte de «río», que pudo haber sido la vibración de sus labios, y una invitación a leer un artículo del *International Herald Tribune*: «Esto podría interesarle.» Y antes de eso, en el taxi camino

del aeropuerto, un episodio a propósito de las gafas sucias. Hasta poco antes de que, finalmente, partiera nuestro vuelo de Calcuta, yo tenía la sensación de que su silencio se debía al disgusto por mi impulsividad y mi ignorancia de cómo se hacían las cosas en la India. La verdad es que si no hubiera sido por mi nerviosismo, el señor H habría pasado las diez horas descansando en nuestro hotel en lugar de aguardar en un día de otoño, sin nada que hacer, en un aeropuerto tan impersonal y vacío como un almacén.

Debido a lo que yo tomé por indignación, el señor H se mostró tan inabordable como una fortaleza. Nacido en una familia de comerciantes que habían sido consignatarios de buques en el mar del Japón durante generaciones (él era el único entre sus hermanos que había vuelto la espalda al mundo del comercio, y el único en heredar lo que podría llamarse la esencia de la humanidad acumulada por su familia), se había trasladado después de la guerra al caos en que se había convertido China, como si fuera en busca de penalidades, y encontró lo que buscaba. A su regreso, se convirtió en un autor y un intelectual con estilo propio, aunque muy dentro de la escuela de posguerra. Pero había algo en él que nada tenía que ver con su extracción familiar ni con sus experiencias vitales; una personalidad propia que incluía la pertinacia en sus sentimientos, que hacían imposible para cualquiera disuadirle una vez tomado su rumbo. En particular la persona responsable de su enfado.

Antes de dejar claro que estaba encolerizado, el señor H extrajo su *International Herald Tribune* de su cubierta de papel, y me mostró un artículo cuyo contenido puedo evocar vívidamente: versaba sobre el ataque del violoncelista Mstislav Rostropóvich a la restricción de la libertad de expresión en la Unión Soviética. Todavía en Rusia en esa época, Rostropóvich se dedicaba a defender a su camarada Solzhenitsin, y yo había copiado sus observaciones en la guarda del libro que estaba leyendo aquel día: «Todo ser humano debe tener derecho a expresar sin temor sus pensamientos y opiniones sobre aquello que conoce y ha experimentado. No me estoy refiriendo a la

mera regurgitación, con mínimas variantes, de las opiniones con que hemos sido alimentados...»

A medida que, gradualmente, se manifestaba la ira del señor H, yo sentía que no iba dirigida tan sólo a mi torpeza y a la línea aérea, sino que guardaba también relación con la censura y la violación de los derechos civiles en Rusia. Me ha llevado a eso la anécdota que me contó sobre las gafas. Coincidimos en Nueva Delhi para asistir a una conferencia de autores asiáticos y africanos, pero también estaba presente un nutrido número de escritores soviéticos, incluida una poetisa, vieja amiga del señor H. La noche anterior, él y la poetisa, a la que llamaré Madame Nefiódovna, una mujer pequeña, de la edad de él, mediada la cincuentena, y cuya absoluta falta de moderación intelectual y de cosmopolitismo, así como sus facciones de aspecto judío la hacían parecer diez años más joven, se habían sentado a discutir hasta tarde. Como el señor H era un veterano de demasiadas batallas internacionales como para mostrarse descuidado o indiscreto en una conversación de alusiones políticas, me reprimí de formular preguntas, pero juzgué que la discusión estaba relacionada con la declaración de Rostropóvich en el periódico y versaba sobre la actual situación de los derechos civiles en Rusia. Si bien el señor H estaba familiarizado con la burocracia cultural, siempre se había identificado emocionalmente de manera inequívoca con los artistas y científicos a los que defendía Rostropóvich. A esta defensa se sumaba la crítica que continuó manifestando en la conferencia de escritores africanos y asiáticos, tenazmente pero con gran tacto y estrategia, dirigiéndose a los representantes rusos en el inglés pausado que tan bien le sentaba. Pero por si Madame Nefiódovna se extralimitaba en su participación efectiva en el movimiento pro derechos civiles en Moscú, le dio el buen consejo de que, si eso llegaba a trascender, se convertiría en una judía no sólo inhabilitada para efectuar viajes al extranjero como aquél, sino que también se le prohibiría proseguir sus actividades en su país. Al parecer, el señor H se esforzó en convencer a su amiga de que él estaba en lo

cierto. Pero «esa intelectual rusa incurablemente testaruda», como llamaba a Madame Nefiódovna, había rechazado de plano su consejo, con la familiaridad resultante de haberse encontrado con él en conferencias de escritores durante quince años. El señor H llevaba gafas desde su juventud, pero Madame Nefiódovna hacía poco que había empezado a usarlas para leer, y las guardaba en el bolso. Las necesitaba para la letra pequeña de los volúmenes que consultaba en sus investigaciones —además de ser reconocida como poetisa, también lo era como erudita especialista en sánscrito— y, como muchas personas que no llevan puestas las gafas todo el tiempo, raramente las limpiaba. El señor H era en muchos aspectos un hombre meticuloso, y encajaba con su modo de ser que se las limpiara él, pero aquella noche sacó unas hilachas del bolsillo y les sacudió el polvo encima de las gafas.

Eso fue lo que me contó el señor H en el taxi al aeropuerto. Cuando llegamos, se instaló junto al mostrador de un bar recién abierto y empezó a beber cerveza o algo más fuerte, ignorándome por completo. Nuestro vuelo estaba previsto para las siete de la mañana, y en mi incomodidad por haberme separado del grupo de escritores japoneses y compartir el viaje con el señor H, no cabe duda de que exageré mi insistencia en la exactitud del horario. Yendo y viniendo una y otra vez por el corredor sin techo del hotel, que daba a un jardín semejante a un bosquecillo, fui a despertarle repetidamente. Recuerdo un árbol de una insoportable desolación, con el gigantesco tronco negro y las hojas caídas de un marrón dorado, más parecidas a minerales que a vegetales, un árbol imposible de imaginar fuera de la India, que permanece en mi mente porque ignoro su nombre. Más tarde, cuando parecía que él no tenía intención de levantarse, di una propina al botones para que lo arrastrara fuera de su habitación. Lo que descuidé fue telefonear al aeropuerto para preguntar si el vuelo salía a su hora. Finalmente fuimos a toda prisa al aeropuerto en un taxi y llegamos con el tiempo justo para la salida prevista, y nos encontramos con que el vuelo había

sido retrasado, y este retraso se alargó hora tras hora sin explicación alguna. Llegó la tarde y seguía sin anunciarse la salida.

Se me ocurrió que el señor H, que sabía cómo funcionaba la India y que incluso había escrito un libro basado en sus experiencias en el país, pudo haber sabido todo el tiempo que no había ni que pensar en una salida a su hora, y que su enfado conmigo estaba, por ello, más que justificado. Mientras permanecía sentado en el bar, bebiendo ensimismado, aguardé junto al tablero electrónico en el que figuraban las salidas, esperando oír un anuncio acerca de nuestro vuelo, y leía un libro sobre animales salvajes de la India que compré en la tienda de regalos de nuestro hotel. El libro, unas memorias de una seriedad mortal debidas a un plantador llamado E. P. Guy, estaba escrito en una prosa cuyo estilo reflejaba la rectitud del carácter y la vida de su autor, aunque abundaba en detalles extravagantes y entretenidos que lo convertían en una lectura perfecta para el viaje. Aún ahora, mientras escribo, sigo conservando el libro, junto con las observaciones de Rostropóvich copiadas en la guarda. Basándose en relatos de primera mano de amigos de la región de Cachemira, Guy describía el siguiente insólito fenómeno en la época de la partición de Pakistán, en 1947. Mientras los hindúes, que consideraban las vacas animales sagrados, cruzaban la nueva frontera hacia la India desde Pakistán, y los musulmanes, que no comen cerdo, se trasladaban en dirección opuesta, los animales salvajes de la región buscaban instintivamente su propia ruta hacia la supervivencia. Manadas enteras de bueyes de Pakistán migraban a la India, y cerdos salvajes en igual número cruzaban hacia Pakistán en pos de un entorno seguro.

Era última hora de la tarde. Habíamos estado esperando todo ese tiempo y, aun así, pensando en que podía hacer reír al señor H con el episodio de los animales, me senté a su lado en un taburete del bar y pedí una cerveza. La actitud del barman parecía, a falta de una palabra mejor, india: con un torvo desagrado que podía ir

dirigido más a la vida en general que a su clientela, y con una expresión en su rostro que parecía decir «Pues ahora tenemos un segundo japonés alcohólico», me alargó una botella de cerveza tibia. Cuando, después de bebérmela, relaté mi historia de animales, el señor H escuchó sin la más leve muestra de interés, sin que su mirada se apartara en ningún momento de la triste estantería de botellas ni del gran mapa de la India en la pared, frente a él. Esto me dejó desarmado, sin nada que hacer salvo pedir otra cerveza y mirar fijamente la misma estantería de botellas y el mapa de la pared. Mientras permanecía allí sentado, bebiendo una cerveza tras otra, me sentí asaltado por un impulso que de ningún modo me resultaba ajeno.

Cuando fui consciente por vez primera de ese impulso, a los diecisiete o dieciocho años —pensándolo bien, la edad actual de mi hijo mayor—, le di el nombre de *leap* (brinco), utilizando la palabra inglesa, un nombre que continúo usando aunque está claro que fue una invención juvenil. Y cuando siento aproximarse un brinco, hago todo lo posible por distanciarme, como para evitar ser dominado por él. Pero a veces he tenido comportamientos extraños que me han empujado como a dar la bienvenida al brinco. Si incluyo mi comportamiento estando bebido, los brincos de uno u otro grado me poseen más o menos una vez al año, y puede que su impacto acumulado haya sido un tira y afloja en el transcurso de mi vida. O cabe la posibilidad de que los brincos me hayan hecho el hombre que soy ahora.

En este caso concreto en el aeropuerto de Nueva Delhi, el brinco que di, no muy brusco ni desagradable, ni nada que yo pueda considerar otra cosa salvo peligroso, consistió en ridiculizar a un autor al que había admirado durante años, escribiendo un poema que le retrataba de una manera grotesca, como un hombre de más que mediana edad que sufría el dolor de un amor desgraciado, y mostrándoselo mientras estaba sentado bebiendo a mi lado y exteriorizaba su enfado.

Empecé copiando el mapa de la India de la pared en el reverso de un posavasos. Cuando hube marcado varios

puntos en el mapa con asteriscos, compuse un poema en inglés, incorporando los topónimos que había señalado. El título era «An Indian Gazetteer» («Un nomenclátor de la India»). Lo único que recuerdo claramente de mi seudopoema en inglés es un hombre que pasaba años rumiando sobre su copa de sake acerca de su amante, de su misma edad, partiendo de la ciudad provinciana de Mysore. Esta parte la recuerdo porque lo esencial de mi plan consistía en recurrir a un juego de palabras con Mysore como base para una insinuación. Aquel mismo día, en efecto, Madame Nefiódovna había partido, en su caso en tren, para dar una conferencia sobre lingüística en Mysore.

«My sore»: en el pequeño diccionario que tengo en mi mesa mientras escribo, encuentro las siguientes definiciones de «sore»: 1) parte delicada o en carne viva, como una herida o una inflamación; 2) molestias o padecimientos de naturaleza mental o emocional (incluidas la tristeza y la ira), recuerdos desagradables. Honradamente, nunca se me había ocurrido que la amistad que el señor H y Madame N habían mantenido a lo largo de los años, con encuentros en conferencias internacionales, tuviera algo que ver con el amor. Aquellos de nosotros que, durante nuestros años universitarios, fuimos influidos por el señor H y su generación de escritores de posguerra, en ocasiones nos complacíamos en comportarnos como niños traviesos en su presencia. Por ejemplo, O, otro joven miembro de nuestro grupo de escritores japoneses, con frecuencia le había mortificado tratando a Madame Nefiódovna como si fuera la amante del señor H. Pero O compartía mi respeto hacia el señor H y Madame N como intelectuales veteranos que siempre habían insistido en su propia individualidad, y ya no tenía el propósito de seguir etiquetándolos como amantes, como hiciera en otro tiempo. De todos modos, deslicé el posavasos escrito con mis coplas intencionadas hasta el campo de visión del señor H, cuando él fijaba la mirada en la barra (había apartado los vasos y la cabeza le colgaba de una manera que me recordó a un distinguido guerrero de un poderoso clan medieval). Si cree usted que

ahora está enfadado —pensé para mis adentros, poseído por un brinco que no podía controlar—, ¡eche un vistazo a esto! Si usted puede entregarse a sus sentimientos durante horas, ¡por qué habría de andarme yo con miramientos con usted!

Sin cambiar de postura, el señor H pareció leer el posavasos, con los ojos estrechándosele lentamente por el esfuerzo. Se volvió a calar las gafas y yo diría, por el fruncimiento entre sus sienes y sus ojos, que estaba releyendo despacio mi breve poema, y luego por tercera vez. Yo había empezado en seguida a arrepentirme, como si el mundo se estuviera oscureciendo, y entonces él volvió despacio su rostro en mi dirección, y su mirada me golpeó de tal manera que me cortó la respiración.

He descrito los ojos de mi hijo, la primera vez que los miré directamente a mi regreso de Europa, como los ojos de una bestia en celo, todavía sacudida por los coletazos del deseo que sigue al frenesí sexual; como unos ojos insoportables de mirar, que parecían devorados desde dentro por una bestia voraz. Lo que omití y quisiera añadir aquí es la hondísima pena que se revelaba por encima de todo en el brillo amarillento y resinoso de aquellos ojos. Las noticias de la incontrolable conducta de mi hijo mientras yo estaba fuera y su respuesta a la armónica que le compré, por no mencionar mi propia fatiga a causa del viaje, habían desencadenado mis nervios y me habían privado de la capacidad emocional que precisaba para captar y tomar nota de su pena.

Al escribir esto ahora, me resulta difícil imaginar cómo, en mi condición de padre, pude no ver aquella pena enorme en la desolación de los ojos de mi hijo. Y no puedo dejar de sentir que, salvando el abismo entre mi hijo y yo, fui consciente de su pena por medio de un poema de Blake, «Sobre el dolor de otro», que incluye esta estrofa:

¿Puedo ver una lágrima que se derrama
y no compartir el dolor?
¿Puede un padre ver sollozar a su hijo
y no sentirse lleno de dolor?

Se trata de uno de los *Cantos de inocencia*, y el poema concluye con los versos siguientes:

> *¡Oh! Él nos da su alegría,*
> *capaz de destruir nuestra pena;*
> *y hasta que esa pena huye y desaparece,*
> *él se sienta junto a nosotros y gime.*

Fui capaz de leer la pena en los ojos de mi hijo incluso más directamente, como si se tratara de mi propia experiencia, porque estaba equipado con una definición de la pena, que había aparecido sólo por un instante en los ojos del señor H aquel día en el bar del aeropuerto de Nueva Delhi.

2

UN NIÑO FRÍO EN MEDIO DEL AIRE FURIOSO

«La Inocencia convive con la Sabiduría, pero nunca con la Ignorancia», escribió Blake. Esta observación aforística se añade a uno de sus poemas épicos, junto con la siguiente frase, para mí no enteramente clara pero, aun así, atractiva: «La Inocencia desorganizada, una Imposibilidad.» He regresado al poema en cuestión repetidamente en varias épocas, pero siempre lo he leído de manera superficial. Dada la naturaleza de la poesía épica de Blake, podría decirse que cualquier actitud menos atenta que escudriñar los detalles no es una verdadera lectura; sin embargo, a mi manera he descubierto versos que se me han quedado grabados. Considérese, por ejemplo, el poema heroico que suele llamarse *Los cuatro Zoas*. «Zoa» significa «cosa viviente», como en la versión griega del Apocalipsis. «Los Cuatro Zoas o Los Tormentos del Amor y de los Celos en la Muerte y Juicio de Albión, el Anciano», con la inolvidable perspectiva de los muertos, en el tiempo del juicio final, revelándose a sí mismos como si continuaran con vida, con heridas y todo, y empiezan a acusar:

Muestran sus heridas acusan apresan al opresor comienzan los aullidos
En el palacio dorado cánticos y gozo en el páramo el Niño frío
en medio del aire furioso llora a los niños de seis mil años
que murieron en la infancia rabia furiosa una poderosa multitud rabia furiosa
permanecen desnudos y pálidos en el expectante aire para nacer.

Cuando acababa de escribir que había leído de una manera «superficial» estas líneas, no quería significar que eso implicara que podía leer a Blake con fluidez. Al contrario, sigue resultándome difícil, con independencia de cuán a menudo lea y relea el original año tras año. En particular, los voluminosos poemas conocidos como las «Profecías», del período medio de Blake, están ligados a pasajes que dificultan la comprensión del extranjero. Aun así, siempre imaginé que incluso yo podría haberme acercado al pleno significado de un poema si me hubiera tomado el tiempo de avanzar cuidadosamente por él con la ayuda de un comentario. Y me propuse adquirir cuantos estudios y comentarios sobre Blake encontrara en las librerías occidentales. Y aún sigo haciéndolo. Al mismo tiempo, desde mis días de estudiante he sentido una especie de temor de que una vez empezara a leer a Blake verso a verso acabaría considerando que no era adecuada ninguna cantidad de tiempo, por más que le dedicara. Además, yo quería saborear cualquier cosa que me sintiera impulsado a leer, por ejemplo *Los cuatro Zoas* enteros, que tienen 855 versos, y así, con un sentimiento de urgencia como guía, he convertido en una práctica el encontrar mi camino a lo largo de las piedras miliares de lo que soy capaz de comprender sin ayuda.

Si tuviera que citar otro pasaje de *Los cuatro Zoas* que ha permanecido vívido en mí, sin referencia al complejo narrativo del libro o, a ese respecto, a la premisa de Dios o la persona divina situada en el centro de la visión única del universo de Blake, sería el siguiente:

Ese Hombre debería laborar y entristecerse y aprender y olvidar y regresar
al oscuro valle del que vino para empezar de nuevo sus tareas.

La primera vez que leí esas líneas, completamente fuera de contexto, era yo un estudiante del departamento de educación general, en mi primer año universitario. Evoco las circunstancias claramente, e incluso mi postura

mientras leía, con la cabeza adelantada. No podía llevar en la universidad más de unas pocas semanas. Me encontraba sentado en la biblioteca, que había estado allí desde los tiempos de la Escuela Imperial Superior, en el campus que al parecer tenía interés botánico por su variedad de azaleas. (Camino de la biblioteca, las azaleas estaban en plena floración, y recuerdo haberme fijado en todas y cada una de las flores, que no podían compararse con las verdaderas azaleas, que florecían en las laderas de los altozanos del valle donde nací, por no mencionar el hecho de que mis azaleas retenían con sus raíces la arcilla de los acantilados.)

Descubrí el verso en un libro tamaño folio que yacía abierto sobre la mesa junto a la cual yo me sentaba. Varios volúmenes occidentales más estaban envueltos en un paño de seda parcialmente desatado junto al libro, pero no había nadie sentado en la silla frente a ellos. Me levanté de la silla en la que acababa de acomodarme, fijé la vista en el libro abierto y empecé a leer, confundido por las comillas de abrir y de cerrar al comienzo de cada verso, el más próximo por debajo de la mitad de la página de la derecha. Cuando llegué a los versos citados arriba, tuve la sensación de que se me dirigía una profecía decisiva sobre mi propia vida, que sólo ahora entraba en una nueva fase: la verdad es que me senté, anonadado. Precisamente entonces regresó a su asiento el dueño del libro, que lo había dejado abierto —pensándolo, debía de ser más joven de lo que yo soy ahora—, una persona que pese a su juventud parecía un profesor numerario o auxiliar. Se quedó mirándome fijamente, con los ojos clavados en mí como con pegamento, y aleteó en mi confundido cerebro el pensamiento de que quizá aquélla era una sección de la biblioteca reservada a la facultad. El profesor o auxiliar seguía sin apartar su mirada de mí, y yo me preguntaba con incomodidad si podía estar pensando que había tratado de robar los libros occidentales que le pertenecían (en aquellos días los textos importados no eran fácilmente asequibles para los estudiantes).

En cuanto al verso que había atraído mi mirada, ni siquiera pregunté al dueño del libro de qué poeta era o a

qué obra pertenecía —me había parecido un poema dramático—, pero yo no iba a olvidar las líneas que me habían conmovido de aquella manera, y pensé que ciertamente sería capaz de averiguar por mí mismo su procedencia. Por entonces yo tendía a apoyarme en la capacidad de mi memoria; además, el verso en cuestión se me había quedado firmemente retenido en mi interior. Me había sentado cerca de un rincón donde había un gran diccionario Webster instalado en un elevado atril, otra razón para suponer que yo había elegido una sección para uso de investigadores y eruditos con privilegios especiales, y me levanté irreflexivamente. Cruzando en diagonal la vasta sala de lectura, me acomodé en el rincón opuesto, y sin volver a la novela de Gide con la que había estado bregando con la ayuda de un diccionario, apoyé la cabeza en las manos y me perdí en mis pensamientos.

... y regresar / al oscuro valle del que vino... Recuerdo que pensé, en primer lugar, que nunca había considerado conscientemente como un «oscuro valle» el valle boscoso donde nací y crecí. La parte de nuestra aldea junto a la carretera principal era conocida como «el Naru-ya»; y puesto que la palabra que utilizábamos para designar lo llano en nuestro dialecto era *naru-i*, yo había tomado ese nombre para significar «llano». Pero los niños de los trabajadores coreanos que habían sido llevados a la aldea, obligados, para recoger leña en el bosque, decían que *naru* era la palabra que significaba sol, y desde entonces yo concebí nuestro valle como un lugar soleado.

Ahora, habiendo dejado el valle para trasladarme a esta gran ciudad, se me ocurrió de repente, mientras permanecía sentado en aquel vasto e impersonal edificio, sosteniéndome la cabeza con las manos junto a una lámpara instalada en un cubículo aún más impersonal, que mi valle era también, en este sentido, un valle oscuro, aunque no sólo en el sentido negativo que yo atribuía a la palabra «oscuro».

Ese Hombre debería laborar y entristecerse y aprender y olvidar... No dejaba de ser convincente la idea de que

«laborar» y «entristecerse» no eran conceptos opuestos sino dos aspectos de la vida; eso me hizo recordar la tarea de mi madre tras la muerte de mi padre cuando yo me encontraba al final de la adolescencia. Las palabras que siguieron me golpearon como una profecía terriblemente precisa sobre mi propio futuro.

Había yo ingresado en la Universidad de Tokio y acababa de empezar a estudiar francés. Escogí la especialidad después de un año de deliberación tras mi graduación en la escuela superior, y no tuve ninguna duda para continuar. Aun así, yo era consciente de una incongruencia de fondo. Ahora, a través del verso de Blake, tuve la sensación de que sería capaz de sacar a la superficie esa incomodidad, pensando en su relación con el hecho de haber abandonado mi valle. Había dejado un lugar intensamente familiar para vivir una existencia marginal en un rincón de una ciudad gigantesca cuya topografía misma era un misterio para mí. Estaba estudiando francés, pero aparte eso, salvo algún trabajo por horas, estaba dispensado de tener que «laborar» en algo. Lo cual significaba que, por aquel tiempo, también estaba dispensado de «entristecerme». Yo vivía una vida en un plano distinto de «laborar y entristecerse», pero sólo de forma temporal. Lo cierto era que estaba aprendiendo francés, pero no tardaría en olvidarlo, de eso estaba seguro.

... *y aprender y olvidar*... Era como si, en mi caso, sólo estuviera aprendiendo para olvidar. Había abandonado el valle como si se me expulsara sólo para comenzar una vida de reclusión en la ciudad gigantesca, y esto fuera la totalidad de esa vida. Al final yo regresaría al valle. Entonces el «laborar» y «entristecerse» de los que habría estado dispensado temporalmente en mi vida en la ciudad, comenzaría en serio... *y regresar / al oscuro valle del que vino para empezar de nuevo sus tareas*.

Hundido en la silla, permanecí sentado sin moverme, con la cabeza entre las manos. Cuando llegó la hora de almorzar, compré pan y una croqueta en el puesto de la entrada de la residencia y me hice un bocadillo como los

demás estudiantes, empapando la croqueta con salsa. La asociación de estudiantes había fijado un aviso en el puesto, que era un signo de la mísera pobreza de aquellos tiempos: «Si no han adquirido croquetas, por favor, absténganse de untar con salsa su pan.» Me comí el bocadillo de pie, entre la muchedumbre que rodeaba la fuente para beber: yo no tenía dinero para comprar leche. Examiné la perspectiva de mi vida y tuve la sensación de que precisamente ahora aceptaba la visión deprimente de lo que aquélla era. Los estudiantes a mi alrededor parecían ingenuos como niños.

Como había esperado al leer aquellas líneas en la página abierta junto a mí, acabé averiguando por mí mismo que el poeta en cuestión era Blake. A decir verdad, sucedió casi diez años después de mi experiencia en la biblioteca del campus de Komaba, alrededor de un año antes del nacimiento de mi hijo mayor. Mientras fui estudiante de literatura francesa, y durante cuatro o cinco años después de licenciarme, todas las lecturas que hacía en una lengua extranjera eran exclusivamente en francés —yo continuaba sintiendo que estaba «aprendiendo para olvidar»— y siempre sentado a un escritorio, de modo que pudiera usar un diccionario y tomar notas en los márgenes. En algún punto de la trayectoria, percibiendo que no iba a ser un erudito de la literatura francesa —un primer signo de adónde se encaminaba el *y aprender y olvidar*—, empecé a incluir de nuevo libros en inglés en mis lecturas. Y sintiéndome libre para repantigarme en un sofá, recorrí una amplia variedad de literatura inglesa consultando infrecuentemente el diccionario y sin escribir nada. El cambio se debió, en parte, a un nuevo estilo de vida como hombre casado.

Y así sucedió que estaba leyendo una antología de poesía inglesa, que incluía a Blake. Mientras leía una estrofa de una de las Profecías de Blake, tuve la certeza de que el estilo, la forma y los sentimientos del lenguaje eran idénticos a los versos que con tanta fuerza me habían impresionado en mi tránsito de la adolescencia a la juventud. Tan seguro estaba, que fui a la librería Maruzen

aquel mismo día y compré los poemas completos de Blake en un volumen. Verso a verso, con sólo un vistazo a las primeras palabras, empecé una búsqueda de aquel verso que permanecía en mi memoria, aunque no recordado literalmente. Al día siguiente, había logrado identificar los versos en el largo poema que he mencionado, *Los cuatro Zoas*.

Era ya medianoche, pero telefoneé a mi amigo Y, un compañero de clase en Komaba que había proseguido sus estudios en la escuela universitaria de literatura inglesa, y ahora era catedrático en un centro universitario femenino. Le pregunté si podía pensar en un erudito que quizá tuvo un libro abierto de Blake en la biblioteca y hubiera sido un profesor o adjunto de mediana edad en la época en que nosotros éramos estudiantes. Si el erudito en cuestión había publicado algo sobre Blake, acaso un comentario sobre esta parte de *Los cuatro Zoas*.

—Profesores que tuvieran alguna relación con Blake en Komaba en 1953 o 1954, o destinados allí desde el campus principal, ¿no es así? Debía de ser el profesor S o el profesor T, pero la edad no cuadra. Por entonces ambos sobrepasarían los cincuenta años.

En la medida en que lo conocía Y siempre citaría los hechos objetivos antes que ponerse a hacer suposiciones, y ahora actuó así:

—Imagino que es posible, y esto es sólo una conjetura, que fuera un famoso personaje a quien en nuestros tiempos la gente de literatura inglesa conocía como el «autodidacto». La historia es que se puso enfermo y hubo de abandonar la vieja Escuela Imperial Superior. Por la época en que nosotros estábamos allí, se recuperó y trataba de convencer a la universidad de que le readmitiera. No hubo oportunidad para ello, pues el sistema era completamente distinto y él tenía un historial de inestabilidad mental, pero al parecer el decanato le permitió merodear por la biblioteca. Se exhibía con un volumen de poesía, por lo general de John Donne, le pedía a un estudiante que abriera una página al azar, y entonces predecía el destino

del estudiante a partir de las metáforas y los símbolos que encontraba. Nunca le conocí personalmente.

Yo había recibido una señal inequívoca de que era precisamente mi propio destino lo que predijo el verso, en este caso no de Donne, sino de Blake, en la página abierta en el pupitre junto al mío. Había conservado esa impresión durante casi diez años, y ahora acababa de dar con los versos.

—El sobrenombre de «autodidacto» provenía de Sartre, tu especialidad, creo que de *La náusea*. —La voz de mi amigo sonaba incómoda, pero también él parecía disfrutar de la revelación—. Al parecer proponía cosas, ya sabes, actos de tipo homosexual a los estudiantes con los que lograba trabar conocimiento cuando les predecía el destino.

—Yo no era lo bastante guapo para verme metido en esa clase de líos. Pero estoy pensando que el hombre que abrió su libro de Blake a mi lado debió haber sido aquel «autodidacto». Lo cual significaría que el libro sería de su propiedad y no de la biblioteca, de modo que probablemente no tenía objeto ir ahora en su busca, a menos, claro está, que aún siga exhibiéndose con el mismo libro.

—Está muerto. Se hizo evidente la conducta que he mencionado y, lo mismo que el personaje de Sartre, fue expulsado de la biblioteca... En *La náusea* creo que lo detuvieron, ¿no?... En cualquier caso, no se le permitió volver más al campus, y al parecer eso desencadenó su depresión. Alguien del decanato se inquietó y fue a su apartamento. Llevaba muerto dos o tres días cuando lo encontraron. Salió en los periódicos.

Los versos que había visto y recordado son una descripción de «las cavernas de la tumba» a que se refiere una de las esposas de la divina figura, que es un personaje único de los poemas épicos de Blake. En la época de mi primer encuentro, si yo hubiera tenido el aplomo del chico de ciudad para preguntar al «autodidacto» sobre el verso cuando regresó a su asiento, quizá se habría referido a mi destino en el curso de su explicación. Si sus palabras

hubieran coincidido con el augurio de mi futuro que yo mismo había leído en la poesía, habría podido creer en su predicción —no tengo idea de cómo reaccionaron los otros jóvenes con los que se encontró— y convertirme en su discípulo. Tarde o temprano, por supuesto, sus avances homosexuales hacia mi persona hubieran puesto fin a la relación.

... y regresar / al oscuro valle del que vino. El *oscuro valle* en este verso, a pesar del adjetivo negativo «oscuro», me insuflaba un poderoso anhelo. Después del nacimiento de mi hijo mayor, que parecía reafirmar la imposibilidad de que regresara a mi valle —¿para qué podría servir allí el francés?—, me sentí incapaz de decir *mi* valle, salvo en el ámbito de mi imaginación. No obstante, había ocasiones en que soñaba con regresar en compañía de mi hijo. Quiero subrayar que no estaba soñando despierto; ésas eran ensoñaciones que tenían la curiosa cualidad de que se producían con plena conciencia, mientras estaba despierto. Les digo esto a los lectores para que no caigan en la tentación de adivinar mi futuro en esos sueños como si fueran de una variedad familiar para ellos.

Mi madre y otros miembros de mi familia estaban reunidos en la habitación principal, en medio de las que parecían ser las sombras proyectadas por una débil luz que confería a su piel un aspecto como de tinta: esto era literalmente un *valle oscuro*. Recuerdo que mi padre, que había muerto cuando yo era un niño, también estaba allí sentado, sombríamente, con atuendo formal japonés y el copete de la familia. Acababa yo de regresar al *valle oscuro* con mi hijo, que aún llevaba la cabeza vendada allá donde le habían extirpado el bulto (en el sueño no aparecía nunca mi mujer). La familia al completo, incluida mi madre, consideraba a mi hijo disminuido como el único resultado que yo había obtenido de mi vida de *laborar y entristecerse* en la gran ciudad. En esas circunstancias, nadie mostraba alegría, pero en sus expresiones se leía: «¡Felicidades!» y

«¡Bien hecho!». Andando el tiempo, volví con frecuencia a esta escena. A medida que mi hijo creció, la pareja que formábamos pareció alterarse, pero mi madre y el resto de la familia del *valle oscuro* nunca parecía cambiar. Pensando en ello ahora, advierto con claridad que la imagen que creé soñando despierto estaba relacionada con pensamientos de muerte. Esto explicaría por qué mi padre era el único de la habitación que llevaba un quimono formal y pasado de moda.

Una definición de la muerte. Para mí esto estaba vinculado a múltiples estratos de experiencia desde mi primera niñez en aquel valle, en el bosque, en la isla de Shikoku, y a la topografía del valle que, sin referencia a esas experiencias, soy incapaz de volver a evocar en mi mente. Como es natural, en los más de treinta años transcurridos desde que abandoné el valle, he acumulado otras experiencias que tienen que ver con la muerte, pero me doy cuenta, mirando atrás, de que fueron secundarias. Fue en el valle donde me encontré con la muerte como un visitante equitativo de mi abuela y de mi padre, en quienes tan poderosamente influyó. Y en ese valle vi por primera vez a un hombre que se había ahorcado. En este último caso en particular, «en ese valle» es un significante crucial de la experiencia. Cuando evoco la escena de aquel día, centrada en torno al cadáver colgando del cuello, eso me queda claro.

El cuerpo fue descubierto detrás de la piedra del altar de Jizo, en una zona cercada, ligeramente deprimida, pero colindante con los bosques que rodeaban el santuario sintoísta. El hombrecillo, a quien no le reconocían la menor importancia ni siquiera los niños, que se lo encontraban por la carretera principal, se había ahorcado. Mi hermano pequeño fue a tocar el cuerpo: «Se bamboleaba como un loco», informó. Observé desde atrás la muchedumbre que se había congregado, procedente de la aldea y de más allá. Nos hallábamos en un lugar utilizado para airear barriles de sake, en la única destilería de la aldea, por entonces ya

desafectada; un lugar donde a los niños normalmente no se les permitía entrar. Mirando más allá de la piedra de Jizo y del santuario sintoísta, hacia la profundidad verde que se extendía a continuación; observando el bosque, donde no vivía nadie, con el cadáver colgando en el centro de mi campo de visión, me sentí lleno de admiración. ¡Ah! ¡Un hombre elige un sitio así para ahorcarse! Con el cuerpo como punto focal, el significado de la topografía del valle se volvió claro para mí. (Cuando recurrí a esta forma de ver las cosas como base de una explicación sobre cómo estaba estructurada nuestra aldea, el profesor de la escuela pública imperial, que no era de nuestra región y requería un contexto que yo no podía crear, se rió de mí como si me tuviera lástima.)

Una definición de la muerte. Quiero empezar con otro incidente de mi experiencia en el valle. Éste me dejó una cicatriz real en el cuerpo, y la cicatriz me permite sentir como si el incidente continuara todavía dentro de mí.

La guerra ya estaba avanzada y yo cursaba el cuarto grado en la escuela pública. En torno a la parte trasera de nuestra casa, y descendiendo por el estrecho escarpe que nos separaba de la casa vecina, se llegaba al río Oda. Para mí, el río era una alternativa a la carretera principal que pasaba frente a la casa: cuando construyes una balsa y flotas llevado por la corriente, los significados normalmente ocultos se aclaran. Una mañana, a principios de verano, cuando el aire y el agua todavía eran fríos, y mis amigos se apartaban del río, me introduje en él con un fusil submarino para pescar. Aunque no había un motivo específico, rememoro ahora que estaba siendo claramente influido —mi pálido, huesudo cuerpo-alma infantil, juntos uno y otra— por el relato de un accidente que había ocurrido río arriba dos o tres días antes, en las inmediaciones de Oda Miyama.

Los detalles se habían difundido río abajo hasta nuestra aldea, como conversación intrascendente acá y allá a lo largo de la carretera: un niño se había ahogado en una poza en el curso alto del Oda. Se había sumergido

profundamente con su fusil submarino; iba tras un pez que nadaba formando parte de un banco, en las cuevas más allá de la grieta en las rocas. Allá donde se abría la grieta, uno echaba la cabeza a un lado y se deslizaba a través de la primera barrera estrecha. Desde allí, aunque los hombros no pasaran, era posible, desplazándose ligeramente a un lado, enderezar la cabeza y observar la cueva e incluso extender los brazos a su interior. Una vez arponeado el pez, si se invertía la dirección y se salía de espaldas de la barrera, ladeando de nuevo la cabeza, uno podía regresar flotando a la superficie. El chico completó hábilmente la parte más importante de este proceso, pero olvidó ladear la cabeza en la última barrera. Con la mandíbula y la coronilla aprisionadas entre las rocas, encima y debajo, llevó tiempo izar su cuerpo ahogado a la superficie, según se dijo. Incluso un hombre hecho y derecho podía olvidar un pequeño detalle como apartar la cabeza cuando le quedaba poco aire y luchaba por alcanzar la superficie: el relato del accidente tenía moraleja. Junto con los adultos, yo escuchaba.

A la mañana siguiente, limpiando las gafas de bucear con un extremo de la cinta de luto, y con mi inútil fusil subacuático en la mano derecha —sus tirantes de goma estaban podridos—, agité fuertemente con los pies la superficie del agua. Avancé río arriba, hasta donde la rápida corriente formaba una honda poza en la base de las dos rocas conocidas como «la Pareja», una grande y la otra pequeña. Los niños parecíamos conocer el nombre de cada roca del Oda, de cada poza y de todos los rápidos. De esta manera, poniendo nombres a todo, dominábamos la topografía del valle.

Esa mañana, aunque hasta el momento me había mantenido alejado porque no estaba seguro de tener capacidad pulmonar para aguantar hasta la profundidad necesaria, traté de sumergirme solo en un lugar que nada más conocía de oídas; los adultos lo llamaban la Cueva de las Carpas. Me proponía echar un vistazo dentro de la grieta que se abría en las rocas; si uno se sumerge lo suficiente,

según había oído, era posible colarse a través del obstáculo con el mismo movimiento de ladear la cabeza. Me sumergí. Como si ya lo hubiera intentado antes, como si sólo dos o tres días antes hubiera tratado de hacerlo en estas mismas aguas río arriba, mi inmersión me llevó a la barrera rocosa e introduje a través de ella la cabeza, ladeándola, y luego me desplacé a un costado, manteniendo el cuerpo horizontal, en sentido contrario a la corriente que fluía por arriba. Enderecé la cabeza: frente a mi nariz, en un espacio prístino, colmado con la débil luz del amanecer, había un cardumen de incontables carpas. Carpas inmóviles, como en un bodegón. Desde luego que parecían inmóviles sólo en relación con la masa del banco, pues cada pez nadaba sin parar río arriba, contra la corriente, que también fluía aquí, en el fondo de la poza. Su carne pálida y verde, como iluminada desde dentro, estaba tachonada de puntitos plateados que también relucían. Y los pequeños, redondos y acuosos ojos negros de cada carpa de aquel banco me devolvían la mirada. Extendí el brazo derecho y disparé, pero la cueva era más profunda de lo que yo había creído, y el arpón, impulsado por la goma podrida, ni siquiera alcanzó hasta el cardumen. No me sentí decepcionado; incluso consideré apropiado que los peces no se hubieran visto perturbados. Me hubiera gustado entrar en esta cueva en medio mismo del río, en el valle, sin importarme cómo mirarían los peces al sujeto que yo era, y seguir viviendo allí, respirando por agallas.

Tengo la sensación de que, en efecto, permanecí sumergido mucho rato. Llego a sentir que sigo allí todavía; es como si toda mi vida hasta ahora estuviera resumida en lo que leí en la pauta creada por las carpas, que se desplazaban incesantemente corrigiendo su posición. No obstante, en un momento dado, me moví hacia atrás apartándome de la dirección que había adoptado a través de las rocas y, de repente, mis mandíbulas y mi cabeza quedaron encajadas con fuerza en el angosto paso. Lo que retengo en la memoria después de aquello es mi agitación, terriblemente asustado, y mi asfixia a causa del agua que

había tragado. Entonces recuerdo los poderosos brazos que me empujaron adelante, muy adentro de la cueva, en la dirección opuesta a mi lucha para soltarme, y que me izaron fuera con las piernas hechas un ovillo. La sangre se extendía como humo saliendo del corte en la parte posterior de mi cabeza. Había sido liberado de las rocas y de las manos que me agarraban, y ahora la corriente me llevaba, aún bajo el agua, en dirección a unos rápidos poco profundos. Mientras escribo, me toco la parte posterior de la cabeza con la yema del pulgar y localizo la cicatriz de aquel corte causado por las rocas. Si hubiera permanecido allí, en la cueva, no tendría ninguna herida en la cabeza, sino que habría seguido tal como estaba, en el valle, desnudo como el día en que nací, como un diablo oculto en una nube, sin probar el laborar y entristecerse y aprender y olvidar. Atrapado por esos sentimientos repetidos a menudo y familiares, trazo la línea de la cicatriz con el dedo gordo...

La frase que acabo de citar tal como me vino a la mente, «como un diablo oculto en una nube», también resulta ser de Blake. La asociación proviene de haber recordado, mientras leía más tarde a ese autor, la temeridad y el coraje de aquella experiencia, el sentimiento de que había estado burlándome del mundo y de todo con una mueca en la cara. El poema es una obra bien conocida titulada «Tristeza infantil» (traduzco *piping loud* como «gritando con fuerza» en lugar de la versión más convencional «llorando a voz en grito»):

> *¡Mi madre gemía! mi padre se lamentaba*
> *en el mundo peligroso al que yo saltaba:*
> *indefenso, desnudo, gritando con fuerza;*
> *como un diablo oculto en una nube*.

Cuando leí estas líneas sobre el nacimiento de un niño, evocaron en mí la destructiva exuberancia de aquella mañana. Agitando la luz de la superficie del río con alegría, había salido hacia la poza de la Pareja en una dirección que era exactamente la opuesta al llanto de un recién nacido

(como si yo hubiera colocado un signo menos en él). Simbólicamente, yo trataba de regresar al vientre de mi madre a lo largo de un camino en la dirección opuesta al nacimiento (avanzando hacia el signo menos que había puesto). Pero el gemido ocasionado por el dolor del nacimiento, no enraizado ni en la tristeza ni en el gozo, es algo natural; no habría necesidad de aplicarle un signo menos. Muerto ya y por tanto en el otro lado, mi padre daría la bienvenida al regreso de su hijo. Desde el mundo lleno de peligros, yo regresaba al lugar seguro del que procedía. *Indefenso, desnudo, gritando con fuerza; / como un diablo oculto en una nube*.

Eso es lo que saqué de la experiencia, puesta en claro a través de la mediación de Blake; e implícita en ella había ahora otra definición de la muerte que me resultaba querida y familiar. Aquella mañana fue mi madre quien me descubrió a mí, flor de agua en aguas someras, como un pez herido, sangrando, con mi cuerpo empujado desde un rincón a la superficie del río, y fue ella quien me llevó al hospital. Al parecer, sospechando ante la extraña agitación de su hijo aquella mañana, me siguió desde el momento en que descendí por el escarpe hacia el río. Lo cual parecía significar que también fue mi madre quien me arrastró fuera de las profundidades de la poza en la Pareja, después de empujarme primero, como castigo, de nuevo en la cueva. A través del agua enturbiada por la sangre (¡como líquido amniótico!) tuve la sensación de haber visto a una mujer avanzada la treintena, con cejas oscuras arqueadas formando una **V** invertida, semejante al lomo de un gato, y con sus ojos estrechados y airados mirándome como echando fuego. Pero ¿podía una mujer ser capaz de tan tremenda fuerza bajo el agua? Desde el comienzo fui consciente, de manera infantil, de que había elementos de esta experiencia sobre los que era difícil hablar. Como resultado de ello, no dije nada sobre el incidente, ni siquiera a mi madre, quien, por su parte, sólo me dijo que me había descubierto debatiéndome en las aguas someras y, hasta el día de hoy, no ha dicho nada más. Si fue mi madre

quien acudió a rescatarme del fondo del río, también fue mi madre quien me produjo la herida en la parte posterior de la cabeza, que aún ahora permanece como una cicatriz. Lo que recuerdo de esa herida es que me acometió la fiebre y fui incapaz de moverme, y que mi madre apoyó mi tronco en su regazo y repetía, mientras me cambiaba los vendajes: «Es demasiado cruel, demasiado cruel...» Incluso para un niño no era posible interpretar esta exclamación como limitada a la herida que se apreciaba a simple vista. Cuando evocaba en mi mente la experiencia de ese día, se me hacía cada vez más difícil preguntarle sobre ella a mi madre.

Andando el tiempo me convencí de que la imagen del rostro airado de mi madre en el agua era un mero eco de un sueño que tuve más tarde, mientras estaba febril, conclusión ésta que formaba parte de un proceso que me desvinculaba de mi madre. El sueño era recurrente, pero, precisamente por esta razón, yo concluía al despertar que se trataba de un sueño y no de la realidad.

No obstante, cuando me casé y nació mi primer hijo disminuido, la imagen de mi sueño quedó expuesta a una nueva luz de realidad. Esto se debió, en parte, a la actitud de mi madre y a su costumbre de aludir conscientemente a las cosas de manera fragmentaria, y en parte a las evocaciones que despertaba en mí con sus insinuaciones.

Cuando nació mi hijo con un bulto de color rojo brillante, del tamaño de una segunda cabeza, adherido a la parte posterior de su cráneo, me sentí incapaz de revelar la verdadera situación tanto a mi mujer como a mi madre, y habiendo ingresado al bebé en la unidad de cuidados intensivos para neonatos del hospital universitario Nihon, estuve vagando aturdido. Mientras tanto, no sólo la auténtica cabeza sino también el bulto parecían estar bien nutridos y crecían. El bulto, en particular, empezaba a irradiar una vitalidad que resultaba obvia a simple vista, incluso a través del cristal de separación de la unidad de cuidados intensivos. Dos meses y medio más tarde, le pedí

que operara al doctor M, que había estado atendiendo a mi hijo y vigilándome a mí mientras luchaba en vano por recobrarme del impacto de su nacimiento.

Mi madre llegó a Tokio la noche antes de la intervención, con el propósito de ayudar, y habiendo decidido, antes de levantar una mano, que su presencia iba a ser una carga para mi mujer, preparaba su regreso al valle en el bosque de Shikoku a la mañana siguiente, después de acompañarnos hasta el hospital, en Itabashi. Estaba aterrorizada, y mi esposa, no menos asustada, trataba de tranquilizarla. Todavía con veintitantos años y no recuperada del todo de la debilidad que le ocasionó el parto, la recuerdo como un pajarillo arrastrado por el viento. Me senté allí, en nuestro salón comedor, golpeando con mi mecedora de junco un aparador de cristal y sintiéndome fuera de lugar mientras observaba a las mujeres. Estaban sentadas sobre una alfombra sintética, en el suelo de madera de la habitación contigua, mirándose la una a la otra, con un baulito de por medio, con las cabezas casi tocándose mientras hablaban. Resultaba extraño que dos personas con tanta diferencia de edad y sin lazos de sangre se parecieran tanto.

Mi esposa hablaba en tono ausente, con voz delgada y endeble:

—Eeyore no responde a las voces de sus padres como un bebé normal. Si durante la operación hay un momento en que se separan vida y muerte, no seremos capaces de llamarlo de nuevo al lado de la vida, y eso me preocupa hasta ponerme enferma...

Mi esposa había estado diciendo lo mismo durante días, y mi respuesta era que un niño normal no iba a salir mucho mejor librado si ocurría eso; todo cuanto nosotros podíamos hacer era dejarlo en manos del cirujano y tener esperanza.

La agitación de mi madre hallaba eco en la ansiedad de mi esposa y la amplificaba. Con movimientos exagerados, con una furiosa sacudida de su delgado cuello, dijo:

—¡Es exactamente así! En nuestra comarca,

muchísimas veces, si alguien que estaba a punto de morir oía la voz de un pariente ¡volvía inmediatamente a la vida!

Inhalando ruidosamente, pareció morderse la lengua.

Obedeciendo a un impulso, egoísta cuando pienso en ello, de encontrar a alguien que se apiadara de mí por la anormalidad de mi hijo, fui a ver a mi mentor, el profesor W, en la universidad privada a la que se había trasladado para crear un nuevo departamento de literatura francesa. He escrito en alguna parte que le veía muy ruborizado desde la frente hasta el cogote, y ahora yo recordaba lo que dijo en ese estado, en un tono de voz que podía haber usado para gastar una broma pesada. Sentado en su brillante y nuevo despacho, mirando para otro lado, susurró:

—En estos tiempos, no está claro si es mejor haber nacido o no haber nacido.

—Si el cuerpo incorpora elementos que apuntan tanto a la vida como a la muerte —dije yo ahora—, y si un bebé se encuentra en el límite entre ambas, quizá deberíamos hacer honor a la libertad del bebé, ¡a la libertad del cuerpo del bebé! ¡En estos tiempos, no está claro si es mejor haber nacido o no haber nacido!

Estas palabras las dije tímidamente mientras golpeaba mi silla contra la pared en la angosta habitación, ignorando a mi esposa y a mi madre, pero vi el perfil del rostro de mi madre palidecer y tornarse rígido. Ah, pensé para mí, lamentando la imprudencia de mi observación, ese rostro con cejas como **V** invertida no está simplemente tenso, ¡está muy airado!

—Ya le has oído. Es con él con quien nos las estamos viendo, de modo que no podemos contar con él. No tenemos más remedio que usar tu *fuerza* para ayudar a nuestro Eeyore.

Mi madre hablaba en un susurro, y mi esposa, con rulos en el pelo que le hacían parecer la cara más pequeña, asentía indolentemente.

Avanzada aquella noche, solo en la cama de mi estudio, llegué a la conclusión de que no había oído bien a

mi madre o, más bien, que no la había comprendido. Estaba claro para todo el mundo que la *fuerza*, mía o de mi esposa, no tenía nada que ver con la operación de por la mañana. Todo cuanto podíamos hacer era confiar en el doctor M. Esto había quedado implícito en la tímida conversación entre mi esposa y mi madre sobre la dificultad de averiguar la voluntad del propio bebé respecto a la vida. Entonces me di cuenta de que mi madre debió haber dicho sangre; sangre *(chi-kara)* en lugar de fuerza *(chikara)*. Dos clases de sangre fluían por el cuerpo del niño, la mía y la de mi esposa. Habiendo decidido que la sangre por parte de su familia no podía contar en lo relativo a la inclinación de cuerpo hacia la vida o la muerte, mi madre debió haber sugerido a mi esposa que era *su sangre* la que debía animar a Eeyore en dirección a la vida.

Comprendido esto, tuve la certeza de que el rostro que había visto en las profundidades de la poza en la Pareja, con las cejas en forma de **V** invertida, era, sin duda, el rostro de mi madre, y creí entender también que me había sacado airadamente en el momento del accidente como persona capaz de saber qué pasos había que dar por el camino hacia la vida. Mirando atrás, podría identificar varias ocasiones, entre el nacimiento de mi hijo y su primera operación, en que ella manifestó el juicio que yo le merecía.

Gracias al doctor M y a sus ayudantes, la prolongada operación fue un éxito, mi hijo se vio libre de su bulto brillante que era como una segunda cabeza, y mi esposa y nuestras respectivas madres se sintieron comprensiblemente felices. Como joven padre, también yo estaba muy feliz, pero recordé la conversación de la noche anterior a la operación y me sentí cohibido, obligado a contener la exteriorización de mi alegría.

Una definición de la muerte. No soy capaz de decir que he provisto a mi hijo disminuido de una definición de la muerte que sea a la vez rigurosa, sencilla y capaz de

estimularlo. Lo que es peor, mi esposa y yo hemos utilizado la palabra descuidadamente en su presencia. Mirando atrás, me di cuenta de que eso se había prolongado más de dos años, repetidamente, hasta la crisis que nos hizo conscientes de ello. Tengo claro cuánto tiempo pasó porque ocurrió avanzada la primavera, hace dos años. La experiencia me ha enseñado a creer en el vínculo oculto entre el cambio de las estaciones, o sea el ciclo del universo, y acontecimientos que se producen en lo profundo de nuestros cuerpos: mi hijo experimentó un episodio epiléptico, un incidente que era un inequívoco giro en nuestra vida diaria, cuyo centro lo ocupaba Eeyore. Como en esa época no habíamos consultado a ningún especialista, el episodio no había sido diagnosticado precisamente como epilepsia. Aun así, cuando informamos de lo sucedido al doctor M, no puso objeciones a mi insistencia en calificarlo de ataque de epilepsia.

Desde ese ataque, mi esposa y yo manteníamos criterios diferentes al respecto. No necesariamente opuestos, pues en lo relativo a mi hijo a menudo mirábamos en la misma dirección, pero sí desde distintos puntos de vista. Hubo veces en que mi hijo perdió por breve tiempo la visión y se quedaba inmóvil donde estaba, en plena calle. Si eso hubiera sucedido en un paso a nivel o en un cruce, habría corrido peligro. Esos episodios habían venido ocurriendo con intermitencias durante cinco o seis años, y el doctor M los había ido controlando con Hidantol, un medicamento que provocaba que las encías de Eeyore se hincharan y enrojecieran hasta sobresalir de los espacios entre los dientes, como granos de arroz rojo, pero no tenía, al parecer, otros efectos secundarios. El Hidantol era un antiepiléptico, y como tal me aportaba una base para diagnosticar el nuevo ataque de mi hijo.

Mi esposa había oído, a sus amigos de la Asociación de Padres y Profesores de la escuela especial de nuestro hijo, que la epilepsia era algo diferente, y que si aquello era epilepsia, se trataba de un caso muy leve. El término usado en el informe que siguió al examen médico para la escuela

media fue «síndrome de separación cerebral», y aunque estas palabras fueran más que adecuadas para desencadenar el terror en los corazones de nuestra familia, ajena a la medicina, la palabra «epilepsia», como insistía mi esposa, no aparecía. Consulté varias enciclopedias, buscando en la voz «epilepsia» una subentrada relativa al «síndrome de separación cerebral», pero no la hallé.

Sucedió que mi esposa no estaba en casa cuando mi hijo tuvo el primero de esos mayores y nuevos ataques. Empezó con una insólita atmósfera que se dejaba sentir como la parte oculta, cóncava, de unos espectaculares síntomas como gritos o espasmos. Estábamos en el salón. Yo me encontraba, como siempre, echado en el sofá, leyendo, y mi hijo permanecía tumbado en la alfombra, en el suelo, escuchando un disco de Mozart a bajo volumen. Ahora, en lugar de poner otro disco, apartó de sí con ambos codos la pila de discos que había seleccionado, como un niño inapetente rechaza débilmente su alimento. Esto quedó en mi conciencia como una espinita. Pero continué leyendo. No mucho después, una impresión de algo interrumpido me llegó del lugar donde mi hijo estaba echado. Miré. Se apoyaba en los codos, de su rostro había huido toda expresión, y mantenía los ojos abiertos como piedras. La saliva le caía de los labios ligeramente entreabiertos.

—¡Eeyore! ¡Eeyore! ¿Qué te pasa? —le dije.

Pero Eeyore estaba completamente atrapado por su propia dificultad interna; como si no procediera responder a lo que se le decía desde el exterior, aunque fuera la voz de su padre, y permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada pesadamente en las manos y el rostro como vacío.

Me puse en pie de un salto, y en el breve instante que me costó llegar a su lado, empezó a golpear el suelo con la palma de la mano y el brazo izquierdos, no salvajemente pero sí con deliberada fuerza. *Plas, plas*. Golpeaba el pavimento y ponía los ojos en blanco.

—¡Eeyore! ¡Eeyore! ¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo?

Mientras yo gritaba preguntas desprovistas de sentido,

me envolví el pulgar con el pañuelo que me saqué de los pantalones y lo introduje entre los dientes de mi hijo. Me mordió el nudillo como si me lo triturara, y gemí como para expresar el dolor que él estaba soportando en silencio. Uno o dos minutos más tarde, dejó de palmear el suelo y relajó la presa de sus dientes. Lo levanté cuando se volvía para tenderse sobre la espalda, y cuando lo deposité en el sofá cayó en un profundo sueño y empezó a roncar a un volumen amenazador.

Este despliegue físico del cuerpo de mi hijo es lo que yo escogí interpretar como síntomas de epilepsia. En parte porque estaba en casa con motivo de las vacaciones de primavera, mi hijo había descuidado al parecer tomar su medicación durante varios días. Pero ¿aquello era realmente epilepsia? Yo necesitaba una definición, y si bien consulté varias enciclopedias en busca de una, mi esposa y yo no volvimos a visitar al doctor M en busca de una explicación detallada. En el transcurso de más de diez años habíamos acabado por comprender que, en lo concerniente a la enfermedad de nuestro hijo, el doctor nos informaría con seguridad de cualquier cosa que nos ayudara a saber, pero que preguntar sobre el resto era un ejercicio fútil para legos como nosotros. Había que admitir que nuestra costumbre de no preguntar pudo haber tenido que ver con el miedo profundamente enraizado.

Desde este primer episodio, me mantuve en constante alerta para obtener información con la que poder nutrir mi definición de la epilepsia. Por ejemplo, un reciente artículo del antropólogo cultural Y, en el que analizaba la película *Alejandro Magno*, del director griego Theo Angelopoulos. Al parecer, al jefe de las guerrillas campesinas de Grecia se le retrata como epiléptico. Cuando las tropas descienden a las orillas de un río para aprovisionarse de agua, Alejandro sufre un ataque mientras contempla la superficie del río. Instantáneamente, para protegerlo de las miradas de sus hombres mientras sufre los espasmos, su segundo en el mando exclama: «¡Media vuelta!» Durante la marcha, Alejandro bautiza a los jóvenes a los que conoce a lo largo

del camino y llama a cada uno de ellos Alejandro. En un ataque de las fuerzas gubernamentales, uno de los jóvenes resulta herido en la cabeza, pero es colocado en un caballo y consigue escapar de una batalla en la que el mismo jefe cae muerto y el ejército es diezmado. Más tarde, en la escena en la que el joven entra en Atenas, el narrador declama: «Así es como Alejandro entró en la ciudad.» El casi demasiado obvio significado de estas palabras iba a establecer una relación entre esta escena y el episodio en el que Alejandro, el jefe, aparece en la aldea como un joven con una herida en la cabeza.

En mi nada objetiva lectura del análisis de Y, presté particular atención a las referencias anteriores a la epilepsia. El hecho de superponer al joven herido que entraba en Atenas al jefe Alejandro en el pasado, me llevó a las siguientes conclusiones: los dirigentes eran epilépticos debido a las heridas en la cabeza inferidas cuando eran jóvenes; el joven que acababa de recibir una herida en la cabeza y que estaba destinado a ponerse al frente de la resistencia como el siguiente Alejandro, con toda seguridad desarrollaría epilepsia. De esta manera creé una lógica mítica que relacionaba cabeza, heridas, epilepsia y dirigentes.

Me reafirmó en ello el hecho de que los artículos sobre la epilepsia hallados en las enciclopedias citaban como una de sus causas las heridas en la cabeza sufridas en la primera o la segunda infancia. Concluí que la epilepsia de mi hijo era el resultado de la intervención quirúrgica en la cabeza que le practicaron cuando contaba dos meses y medio. Durante la operación, se descubrió que el bulto de la cabeza contenía algo parecido a una pelota de ping-pong. Cuando mi esposa y yo acudimos al despacho del doctor M para conocer el resultado de la operación, me preguntó si quería verla y de entrada dije que no.

No se me había ocurrido ni por un instante que el cerebro de mi hijo hubiera podido dañarse durante la operación. Pero ¿cómo el acto quirúrgico que extirpó un bulto tan grande y reparó el defecto de su cráneo pudo

dejar de afectar a aquel cerebro infantil? En efecto, había logrado sobrevivir a la intervención, y yo llegué a sentir respeto por sus síntomas, como si la reciente aparición de la epilepsia fuera un premio a su vitalidad. Además, y me doy cuenta de que esto difícilmente es más que un ensueño místico, en ocasiones sentí como si mi hijo estuviera reemplazándome, haciéndose cargo de la epilepsia que pudo haber producido la herida que me hice en la cabeza cuando mi escapatoria de la estrechez de la Cueva de las Carpas. En esos momentos, mientras me pasaba el dedo por la cicatriz que estaba en el mismo lugar, en mi cabeza, que el defecto en el cráneo de mi hijo, me parecía que la gran fuerza que manifesté bajo el agua, en la Cueva de las Carpas, guardaba relación directa con lo que quiera que hubiese causado el nacimiento anormal de mi hijo.

Eeyore yacía en el sofá mirando las noticias de la televisión —durante varios días tras su primer ataque, como si el lío en el interior de su cuerpo aún estuviera por desenmarañarse, había permanecido retraído, adusto y silencioso— cuando, de repente, mientras el locutor informaba de la muerte de cierto anciano maestro del mundo de la música clásica japonesa, se sentó con sorprendente agilidad y exclamó con gran emoción:

—*¡Oh! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto, ha muerto completamente!*

La intensidad del lamento de mi hijo me impresionó. Provenía de algún lugar tan inesperado y me cogió tan de sorpresa, que resultó incluso cómico.

—¿Qué va mal, Eeyore, qué ha pasado? ¿Ha muerto? ¿Tanto te gustaba?

Mientras le preguntaba, sentí que me iba a echar a reír. Seguro que estaba sonriendo.

Pero Eeyore no contestó. Volvió a dejarse caer en el sofá, se cubrió el rostro con ambas manos y se puso rígido. A medio camino hacia el sofá, yo sólo podía seguir moviéndome, aunque se me borró la sonrisa del rostro y continué:

—Vamos, Eeyore. No debes sentirte tan contrariado.

Arrodillándome a su lado, le sacudí agarrándolo por los hombros, pero él acentuó su rigidez. Sin ninguna razón, traté de apartarle las manos de la cara, pero permanecían adheridas como una tapa de acero —recuerdo que fue por entonces cuando su fuerza se desarrollaba hasta un punto que iba más allá de nuestra capacidad para dominarlo— y yo me limité a arrodillarme allí, mirando sus dedos, tan sensibles y refinados que parecían diferenciarse del resto de su cuerpo.

Imposibilidad, en el sentido más amplio, de aproximarme a mi hijo. Experimenté la misma sensación tras su ataque epiléptico. Había quedado agotado, como si todo su cuerpo se hubiera visto inmerso en un ejercicio frenético. Inmediatamente antes de que cayera dormido y empezara a roncar, y luego otra vez, cuando se hubo despertado, le pregunté repetidamente:

—¡Eeyore! ¿Sientes dolor? ¿Te resultaba difícil respirar? ¿Tuviste náuseas? ¿Te dolía algo?

Pero él permanecía encerrado en sí mismo, malhumorado y débil y negándose a responder a mi interrogatorio. De vez en cuando, en dos ocasiones después de su ataque, percibí a mi hijo como un individuo cuyo mundo interior estaba cerrado para mí.

En el pasado, siempre di por supuesto que conocía todo cuanto estaba sucediendo en su interior. Pero fui incapaz de descubrir un solo elemento del panorama que debió de desplegarse en su interior mientras permanecía tumbado, palmoteando el suelo y con los ojos en blanco. (Cuando se durmió y empezó a roncar fue como si estuviera agotado por haber trabajado en un gran proyecto que incluyera contemplar una visión trascendental. Yo llegué a fantasear, como cuando miraba al interior de la Cueva de las Carpas, hace mucho tiempo, que su visión incluía un atisbo de la eternidad.) Ahora me encontraba perdido de manera similar, sin referencia alguna para adivinar los pensamientos sobre la muerte que pudieran haberse traducido en aquel acongojante grito de aflicción y pérdida. ¿De dónde provenían unos sentimientos tan fuertes sobre la

muerte?

Pronto iba a recibir una respuesta. Aquellas mismas vacaciones de primavera, todavía envuelto en la confusión que era una de las consecuencias de su ataque, mi hijo estaba escuchando una emisión de FM con el volumen alto. Continuó así durante horas, hasta que todos los miembros de la familia perdieron la paciencia. Finalmente, la hermana de Eeyore, que tenía la mitad de su corpulencia, le pidió que bajara el volumen un poco, y él la hizo encogerse de miedo con un gesto amenazador.

—¡Eeyore! ¡Tú sabes hacer algo mejor que eso! —dijo mi esposa—. Cuando papá y yo hayamos muerto, tu hermano y tu hermana tendrán que cuidarte. Si te comportas de esta manera, nadie te querrá. ¿Y qué harás entonces? ¿Cómo te las arreglarás después de nuestra muerte?

Con un sentimiento de pena, reconocía para mis adentros que eso era cierto. De esta manera, repetidamente, habíamos estado presentando a mi hijo la llegada de la muerte. Pero ahora la respuesta a nuestra insistencia era algo nuevo:

—¡Todo va bien! Porque yo moriré. Yo moriré pronto, ¡así que todo va bien!

Por un instante se hizo una pausa, como para tomar un respiro —esa deprimente afirmación no había trastornado menos a mi esposa que a mí mismo—, y luego ella continuó, adoptando un tono de voz que encerraba más calma que recriminación:

—De ninguna manera vas a morir, Eeyore. ¿Qué te hace pensar que vas a morir? ¿Por qué lo dices?

—¡Moriré a no tardar, porque he tenido un ataque! ¡Todo va bien, porque moriré!

Me acerqué a mi esposa, que permanecía de pie junto al sofá y miraba a mi hijo: él se cubría decididamente el rostro con ambas manos, dejando visibles entre sus dedos las cejas oscuras y el prominente puente de la nariz, que recordaba el de su tío, actor de cine. Las nuevas palabras que íbamos a decir parecían atragantársenos, como si

ambos sintiéramos lo fútiles que habrían de resultar. La voz de Eeyore seguía siendo muy enérgica, aunque ya estaba perfectamente tranquilo y no movía un músculo.

Treinta minutos más tarde, mientras mi esposa y yo estábamos sentados en silencio y, por alguna razón, permanecíamos frente a frente, con la mesa de por medio, mi hijo pasó arrastrando los pies en dirección al cuarto de baño. Continuaba cubriéndose la cara con las manos. Su hermana, sintiéndose responsable de la situación anterior, estaba a su lado, agarrada a él mientras decía:

—¡Ten cuidado, Eeyore! Si te tapas la cara mientras vas andando, chocarás con algo. ¡Puedes tropezar y golpearte la cabeza!

Probablemente, aquélla era la respuesta crítica al anterior conato de regañina materna. El hermano menor de Eeyore intervino y se lo llevó al baño. A través de la puerta abierta llegó el sonido de una copiosa micción. Una vez terminada, Eeyore pareció ir directamente al dormitorio de su madre atravesando la sala.

—Creo que es malo hablarle así —dijo mi hija cuando regresó—. Hace que Eeyore se sienta solo cuando piensa en el futuro.

Su rostro parecía contraído y pequeño, como si tuviera carne de gallina. En pie junto a ella, su hermano menor habló, revelando que también él había evolucionado a una posición independiente de la de sus padres:

—Eeyore estaba secándose las lágrimas colocando el índice tieso y en posición horizontal, como si estuviera cortándose el ojo a rodajas con un cuchillo. Ésa es la manera adecuada de secarse las lágrimas. Aunque nadie más lo haga así.

Desesperadamente, avergonzados de nosotros, mi esposa y yo recordamos las palabras que habíamos repetido interminablemente hasta ahora: «¡Después de que muramos, Eeyore, ¿qué será de ti?! ¡Qué harás!» Por mi parte, me estaba dando cuenta de que, como nunca había considerado con detenimiento hasta qué punto esas palabras cruciales podían tener un eco profundo en el corazón de mi hijo,

tampoco había llegado a una definición de la muerte, ¡y ni siquiera a una definición de lo que significaba *para mí* dejarlo solo a él!

Como un terremoto, el ataque epiléptico había provocado temblores bajo la superficie del cuerpo y las emociones de Eeyore. Cuando se repuso de sus efectos, y al término de las vacaciones de primavera, regresó a la clase especial de la escuela media y pareció recuperar su bienestar psicológico. Después del ataque hubo un tiempo en el que incluso la manera de escuchar la música parecía anormalmente desequilibrada, pero ahora, por su ensimismamiento, daba otra vez la impresión de experimentar un placer sin sombras.

Aun así, no cabía duda de que había enraizado en él un concepto de la muerte, cualquiera que fuese su naturaleza. Todas las mañanas, cuando terminaba de vestirse adecuadamente para ir a la escuela, Eeyore se sentaba en la alfombra de la sala de estar. Separando sus rollizos muslos y dejando caer pesadamente su trasero en el suelo, se acurrucaba y abría el periódico de la mañana. Para leer las necrológicas. Al encontrar el nombre de una nueva enfermedad, contenía la respiración mientras descifraba los caracteres chinos que había aprendido, mostrándonoslos a mi esposa y a mí, y luego recitaba con sentimiento:

—*¡Ah, volvía a haber cantidades de muertos esta mañana! Neumonía perniciosa, ochenta y nueve años; trombosis coronaria, sesenta y nueve años; neumonía bronquial, ochenta y tres años. ¡Ah! Este señor era el iniciador de la investigación sobre el envenenamiento del pez fugu, trombosis venosa, setenta y cuatro años; cáncer de pulmón, ochenta y seis años. ¡Ah! ¡Volvía a haber muchos muertos!*

—La gente sigue muriendo, Eeyore, ¡pero todos los días nacen muchos más! ¡Ahora vete a la escuela y no te preocupes! Ten cuidado al cruzar las vías del ferrocarril o de otro modo...

De otro modo puedes morir tú mismo... Mi esposa había sofocado la segunda mitad de su advertencia con un estremecimiento.

Eeyore se volvió sensible a las noticias sobre intoxicaciones alimentarias en el telediario de la noche. A partir de principios de junio, en la estación lluviosa, y durante el verano, se registró cierto número de accidentes. Cada vez, corría junto al televisor e imitaba al locutor gritando a pleno pulmón; por ejemplo:

—*¡Ah! Todo un grupo del mercado al aire libre de Nippori sacó alimentos tóxicos de su comida envasada; y el almuerzo era de la variedad que se encuentra en las tiendas de té*.

Una o dos semanas más tarde, habiendo empezado las vacaciones de verano, tomamos un tren hacia la prefectura de Gumma, donde tenemos una cabaña en las montañas, y Eeyore no quería tocar la comida envasada que vendían en la estación y que en un año normal contemplaba con avidez. Le animamos repetidamente a comer. Sus ojos no tardaron mucho en cruzarse, adoptando una expresión severa, mientras se cubría la boca con una mano y colocaba la otra frente a sí, a la defensiva. Su rechazo era tan manifiesto, que unos extraños dirigieron la vista hacia nosotros con suspicacia, como si estuviéramos imponiendo un cruel castigo a nuestro hijo. Ese verano, mi hijo también dejó de comer sushi, uno de sus manjares favoritos hasta entonces. Básicamente, rechazaba llevarse a la boca cualquier pescado crudo. Los pies de cerdo, que siempre le habían gustado, se convirtieron en otro de los platos que se negaba a tocar después de que un exceso le produjera diarrea. El resultado fue que perdió casi diez kilos en un solo año. Parecía que esto era también una reacción por haberle dicho el médico de la escuela que acabaría teniendo problemas si se volvía obeso.

Como había aprendido a tomar religiosamente su medicación, Eeyore no sufrió otro ataque importante, como el que me había aterrorizado, pero hubo cierto número de episodios durante los últimos dos años que fueron como preludios de un ataque. Siempre que sucedía esto y debía quedarse en casa y faltar a la escuela, mi hijo se pasaba el día en el sofá y anunciaba sombríamente una nueva anormalidad en algún órgano de su cuerpo:

—*¡Ah! ¡Mi corazón no produce ningún sonido! ¡Creo que me estoy muriendo! ¡Mi corazón no produce ningún sonido!*

Mi esposa y yo hicimos un estetoscopio con un tubo de goma, y se lo colocábamos a mi hijo en el pecho y en la oreja. O bien organizábamos una consulta de aficionados sobre los ataques coronarios, escogiendo palabras que mi hijo pudiera captar, luchando de algún modo para aligerar su preocupación por la muerte. Al mismo tiempo, yo sondeaba para descubrir, utilizando como un puente el dolor o la ansiedad que ahora experimentaba él, cómo habíamos captado esos mismos sentimientos en la época de su primer ataque. Pero al final nunca fui capaz de descubrir alguna información sustancial.

Durante este proceso conseguí, indirectamente, averiguar qué opinaba Eeyore de cierta conducta que él había adoptado y que hasta entonces me tuvo confundido. Si hubiera de recrear la conversación que mantuvimos, diría que, en realidad, yo hice muchas preguntas; pero si tuviera que resumirla, nuestro diálogo sería como sigue. La respuesta de mi hijo, aun siendo oscura, tenía a su alrededor un extraño anillo que nos dio que pensar a mi esposa y a mí.

—Eeyore, poco antes de sufrir el ataque, ¿recuerdas si te arrancaste el pelo? Te arrancabas el pelo por encima de la placa de plástico, poco a poco, ¿recuerdas?, y te dejaste un claro redondo. Lo mantenías así todos los días. ¿Fue porque te picaba? ¿Se te estaba levantando la piel encima de la placa? ¿Te dolía? ¿Sentías tanta molestia en el interior de la cabeza que no podías soportarla si no te arrancabas el cabello? ¿Puedes recordarlo? ¿Qué estaba sucediendo?

—*¡Fue un tiempo interesante! ¡Los viejos tiempos fueron interesantes!*

Mi hijo sonreía con expresión ausente mientras hablaba, como si hubiera enviado sus pensamientos a un lugar distante.

Cuando concluía la estación de las lluvias y el verano

empezaba de veras, llevamos a mi hijo al hospital universitario Nihon. Ya he descrito su violencia mientras yo me hallaba ausente, en Europa, y partiendo de que eso tenía una causa física, debía ser examinado por un especialista. Mi esposa fue al mostrador de recepción de cirugía cerebral para presentar el acostumbrado volante solicitando un reconocimiento por el doctor M, y cuando regresó al sofá en un rincón de la sala de espera, donde yo estaba sentado con mi hijo, parecía desalentada.

—El doctor M ha cumplido sesenta y cinco años y debe jubilarse. Todavía viene por aquí unas pocas veces por semana, y al parecer visitará a pacientes que soliciten una cita especial.

Mi hijo estaba muy animado ante la perspectiva de encontrarse con el doctor M por primera vez desde hacía mucho. Comprendiendo claramente que por alguna razón el doctor no estaba aguardando en la sala de reconocimientos al otro lado de la cortina —siempre era rápido para comprender los asuntos que le concernían a él—, su vitalidad decayó. Mi esposa y yo estábamos en una situación embarazosa. Era como si nunca hubiéramos dudado de que, por más tiempo que siguiéramos acudiendo al hospital, el doctor M estaría allí —¡eternamente!— para darnos instrucciones fiables sobre nuestro hijo. Ahora nos percatábamos, considerando los diecinueve años transcurridos, que se habían mantenido sin cambios la sala de reconocimiento, la bata blanca del doctor M, su carácter decidido y el buen humor que subyacía a él, pero que su condición y apariencia se habían desplazado año tras año hacia la ancianidad. Las imágenes del doctor danzaban en nuestras mentes como relámpagos, mientras permanecíamos sentados en silencio. Pero yo era el más desmoralizado. Cuando por megafonía nombraron a mi hijo y mi esposa lo acompañó a ver al nuevo médico, yo me quedé donde estaba con el pretexto de vigilar nuestras pertenencias.

Diez minutos después, salió de la sala de reconocimiento con su buen humor recuperado. También

mi esposa parecía animada, pero bajo su emoción pude advertir que su mente seguía dando vueltas, y su agitación interior me predispuso a blindarme contra la inminente revelación de una dificultad. Informó de que Eeyore debía someterse a cierto número de pruebas. Primero deberíamos hacer análisis de sangre y de orina y luego acudir a radiología.

De camino hacia el laboratorio, mi esposa me dijo que el nuevo médico era ayudante del doctor M desde que operó por primera vez a Eeyore diecinueve años antes. Y que había expresado dudas de que los síntomas de los años recientes estuvieran relacionados con la epilepsia. Por lo que él podía recordar, Eeyore había nacido con dos cerebros separados por el defecto de su cráneo. Habiendo determinado que el cerebro externo no funcionaba, el doctor M lo extirpó, pero la porción de cerebro vivo más próxima al lugar de la intervención quirúrgica controlaba el nervio óptico. Si el cerebro había sido traumatizado allí, Eeyore podía muy bien sufrir una pérdida de visión por breves períodos de tiempo, y los síntomas que habíamos interpretado como epilepsia acaso guardaran relación con el mismo problema.

La interrumpí:

—¿Dos cerebros? ¿Extirparon el cerebro externo, que no funcionaba?

—El doctor dijo que tú estabas enterado de eso, y yo acabé por entender lo que querían decir cuando se referían a «síndrome de separación cerebral».

Dos cerebros: eso pondría claro más allá de toda posibilidad de equívoco el significado de la deformidad que mi hijo había traído al mundo consigo; de aquel bulto brillante, de color carne, tan grande como para ser confundido con una segunda cabeza. Pero era imposible que yo supiera eso por el doctor M en la época de la operación y se lo hubiera ocultado a mi esposa.

—¿Sabes el dibujo a pluma de un cerebro que hay en la pared, encima del escritorio, en tu estudio? —preguntó mi mujer—. Hay un solo ojo en medio, y a juzgar por el

tamaño de ese ojo, el cerebro parece un poco menor de lo normal. Me pregunto si no será un dibujo del otro cerebro.

Yo sentía aprecio por aquel dibujo de un cerebro. Se había usado como frontispicio de una colección de ensayos que el profesor W había publicado inmediatamente después de la guerra, *Sobre la locura y otros temas*. Coloqué la ilustración en un marco de madera y la colgué en la pared porque el siguiente pasaje del libro me había influido profundamente: «Hay quienes dicen que los grandes logros son imposibles en ausencia de locura. ¡Eso no es cierto! Los logros que la locura hace posibles van inevitablemente acompañados por la desolación y el sacrificio. Los logros en verdad grandes los alcanzan individuos humanistas que trabajan honrada, incansable y humildemente mientras mantienen la conciencia mucho más despierta que los demás, lo que los hace susceptibles de volverse locos.»

Después de la operación, cuando el doctor M me habló del objeto semejante a una pelota de ping-pong, me lo representé como una especie de hueso, por asociación con un defecto en el cráneo. Ahora mi esposa parecía sospechar que la descripción que le hice de un bulto que contenía una materia como de hueso había sido intencionadamente desorientadora. Como influido por la sospecha de mi mujer, me estaba replanteando el asunto. Quizá el doctor M me informó de los dos cerebros, sin más, y yo, para protegerme, eludí asimilar esa información. Y quizá lo comprendiera de modo subconsciente, fuertemente condicionado por aquel dibujo a la tinta de un cerebro, obra del profesor W. En relación con el único ojo, el cerebro era claramente inferior a lo normal.

Con una palabra de agradecimiento pronunciada en el tono de un anuncio de la radio, Eeyore salió al pasillo procedente de la sala de rayos X. Las pruebas implicaban para él un gran compromiso: aunque se esforzaba en seguir las instrucciones del médico, su torpeza era tan extrema que me llevaba a preguntarme si su estructura ósea podía ser anormal. Los rayos X habían sido su última prueba, y mientras montábamos en un taxi, mi hijo dijo en tono serio,

pero con exaltación en su voz:

—*¡Fue dolorosísimo, pero hice cuanto pude!*

Algo me inquietaba.

—Esa condición que mencionaste —le dije a mi esposa —, ¿la explicó el doctor de una manera que Eeyore pudiera comprenderla?

—Creo que sí; parecía muy interesado. Dijo: «¡Oh, muchacho! ¡Dos, dos cerebros!» Algo así.

—*¡Exactamente! ¡Yo tenía dos cerebros! Pero ahora tengo uno. Mamá, me pregunto adónde fue a parar mi otro cerebro*.

Al conductor, que había estado escuchando, se le escapó una carcajada. Se ruborizó desde las mejillas hasta las orejas y pareció enfadado consigo mismo por su indiscreción. Algunos taxistas que acuden sobre todo a las paradas de los hospitales se imponen la que podríamos llamar misión de dar muestras de simpatía hacia los pacientes y sus familias. La solicitud de nuestro conductor le había salido mal, y parecía estar castigándose a sí mismo. Pero cuando mi hijo estaba de buen humor, disfrutaba con los retruécanos y los juegos de palabras. Incluso ahora había estado imitando un anuncio de la televisión, de modo que si el conductor le hubiera reído la gracia se habría sentido halagado. Cabalgando en la ola del momento, dije:

—Eeyore, tu otro cerebro murió. ¡Pero hay un cerebro estupendo y vivo trabajando a tope dentro de tu cabeza! Sin embargo, tuviste dos cerebros, ¡y realmente eso es algo!

—*¡Apuesta a que sí; realmente es algo!*

¿Cómo manejar esta nueva información de que hubo un par de cerebros? Me senté desmañadamente, incapaz de poner en orden mis sentimientos, y la alegre sorpresa de Eeyore al conocer la verdad, su exaltación, me suministraron un indicio. ¿Por qué razón no había yo de estar tan animado como él a causa de su nuevo conocimiento? Mi hijo había venido al mundo con la carga de dos cerebros, pero había sobrevivido a la intervención quirúrgica y a sus secuelas, esforzándose a pesar de que resultaba extremadamente doloroso. Y seguía en pie.

—Eeyore, estás vivo porque el otro cerebro murió.

Necesitas cuidar bien del cerebro que tienes y hacer lo posible para vivir hasta edad avanzada.

—*¡Exactamente! ¡Hagamos lo posible para vivir hasta edad avanzada! ¡Sibelius llegó a los noventa y dos años, Scarlatti a los noventa y uno, Eduardo di Capua vivió hasta los ciento doce! ¡Oh, muchacho, eso era realmente algo!*

—¿Al joven le gusta la música? —preguntó el taxista en un intento de ganar el terreno perdido, con los ojos fijos en la calzada que tenía delante—. ¿Qué clase de músico era ese señor Eduardo?

—¡Escribió *O sole mio*!

—¡No me diga! ¡Eso es algo! ¡Cuídese!

—*Gracias, es usted muy amable. ¡Voy a hacer todo lo posible!*

Yo me representaba un paisaje desierto. Un niño frío, un niño que sólo tenía un cerebro pequeño, con un solo ojo abierto en él, permanece expuesto al aire furioso. Grita, con la clase de grito que un niño que sólo es materia cerebral puede emitir: ... *los niños de seis mil años / que murieron en la infancia rabia furiosa una poderosa multitud rabia furiosa / permanecen desnudos y pálidos en el expectante aire para nacer*.

3

ABAJO, ABAJO A TRAVÉS DE LO INMENSO CON ALBOROTO

Hace unos dos años, cuando mi hijo aún iba a la clase especial de la escuela media, hubo un período en el que yo trataba de enseñarle a nadar. Durante varios meses, en el otoño y el invierno de aquel año, me lo llevaba a mi club de natación al menos dos veces por semana, y en ocasiones hasta tres. Me animó una observación que el profesor de educación física le hizo a mi esposa el Día de los Padres, acerca de lo difícil que resultaba manejar a Eeyore durante los ejercicios de natación. Al parecer, el profesor había expresado su punto de vista de que a mi hijo le faltaba la voluntad de flotar, a pesar de que el cuerpo posee esa voluntad de forma instintiva. «Era en cierto sentido como entrenar a una taza.» Estos pensamientos perturbaban a mi esposa, pero cuando me los comunicó, supe inmediatamente a qué se estaba refiriendo el profesor. Y cuando me llevé a mi hijo a la piscina, la naturaleza del apuro que experimentaba el pobre se me hizo tan evidente, que tuve que echarme a reír a carcajadas. No cabía duda de que aquello iba a ser más laborioso que enseñar a nadar a una taza.

Si se coloca una taza boca abajo sobre la superficie del agua, se llenará y se hundirá. Pero si una taza tiene asas, al menos se le podrá decir: «¡Vamos! ¡Procuremos mantenernos a flote!» En el caso de mi hijo, si bien estaba claro que no flotaba, no resultaba tan fácil afirmar de modo concluyente que se hundía. En pie en la piscina, yo le daba instrucciones, y parecía que estaba haciendo todo lo posible

para seguirlas obedientemente; y al mismo tiempo parecía distraído. De forma gradual, dejé de imaginar la irritación del profesor de educación física, y empecé a experimentar la mía propia.

—¡Otra vez, Eeyore! ¡La cabeza en el agua, los brazos por delante y golpea con esos pies tan fuerte como puedas!

A mi hijo no le daba miedo el agua. No dudó ni por un momento. Y se movió tal como le dije. Lo que sucedía era que se movía a un ritmo que no tenía nada que ver con la pauta que yo esperaba vagamente. Despacio. Como un líquido viscoso empapando un papel secante o un molusco bivalvo enterrándose en la arena.

Bajando la cabeza apaciblemente hacia el agua y extendiendo ambos brazos al frente, levanta los pies del fondo. Mueve los brazos de una manera que sugiere que está imaginándose no sólo flotando sino haciendo crol, pero el movimiento es tan cuidadosamente lento, que sus brazos parecen no hallar resistencia en el agua. Mientras tanto, su cuerpo desciende de manera gradual hacia las profundidades. Y en determinado punto del proceso, en un movimiento del todo natural, Eeyore vuelve a quedar de pie sobre el fondo. No siente pánico en su descenso, no se contorsiona ni traga bocanadas de agua. Puesto que en el transcurso de esta serie de gestos ha avanzado medio metro o un metro, la repetición de la serie le llevará, desde luego que con gran lentitud, de un extremo a otro de la piscina. Lo cual puede significar que a su manera él crea que ésa es la manera de recorrerla nadando.

Yo le advertía constantemente: «Haz como si cavaras con las manos en el agua» o «Trata de impulsarte con los pies». Y cada vez él respondía con la misma fórmula amistosa: «*¡Es una excelente idea!*»

Pero el minuto que bajaba la cabeza hasta el agua empezaba a moverse como un nadador en un sueño o como una imagen en una película tomada con cámara rápida, y no mostraba signo alguno de progreso. A veces yo me ponía mis gafas de buceo y nadaba junto a él para entrenarlo: bajo el agua sus movimientos eran tranquilos, tan

tranquilos que yo podía ver sus ojos hundidos y ovales abiertos de par en par en una expresión de serena interrogación, y podía ver también cada burbuja salir de su boca y su nariz y ascender fulgurante hacia la superficie. Me encontré preguntándome si acaso éste podía ser el comportamiento de una persona bajo el agua previsto por la naturaleza.

Aunque me llevaba a mi hijo a la piscina dos veces por semana y en ocasiones más, no había indicio de que su estilo de natación cambiara. Puesto que el propio nadador parecía pasarlo bien, no había en ello inconveniente alguno; pero los días en que la piscina estaba atestada se nos planteaba un problema. El club disponía de dos piscinas para natación competitiva y tres más hondas para saltos y prácticas de buceo, pero Eeyore sólo podía utilizar la principal, de veinticinco metros, en la que se había reservado una calle para «natación discrecional». Cuando la piscina principal estaba ocupada por nadadores de la escuela de natación o por quienes practicaban en las calles de entrenamiento, el único lugar disponible para él era la piscina de veinticinco metros reservada a los miembros del club.

Pero a partir de mediados de otoño hubo veces en que todas las puertas de la pared de cristal en torno a la piscina de socios estaban cerradas. En otras palabras, el recinto había sido reservado a un grupo especial. Puesto que sus componentes nunca permanecían allí más de dos horas, yo permitía a Eeyore nadar en una calle de entrenamiento en la piscina de veinticinco metros, cuando había alguna abierta. De no ser así, aguardábamos a que terminara el grupo de la piscina de socios. Una vez Eeyore se había puesto su bañador y bajado a las piscinas, no había ni que mencionar que aquel día no se pudiera nadar. Por otra parte, si había que esperar, mi hijo se sentaba en el banco, al borde de la piscina todo el tiempo que fuera necesario, sin decir palabra.

El grupo que había reservado la piscina de socios era único en el club, y se atenía a su particular pauta de actividad. Lo formaban quince jóvenes de veintitantos años. Pude precisar su número porque oía contarlos antes y después de practicar, al otro lado de la división de cristal. Por razones que explicaré, el conteo era en español: *uno, dos, tres, cuatro*, y siempre terminaba en *quince*.

Los jóvenes eran por supuesto japoneses, y todo en ellos, desde sus cuerpos a la expresión de sus rostros y sus movimientos más triviales, les hacía aparecer como si fueran instruidos a la manera de nuestros antiguos militares. El estilo en que se pasaba lista en español era inequívocamente militar. Hace algún tiempo pasé varios meses en Ciudad de México, y recuerdo haberme despertado una mañana de domingo o de festivo, porque fuera del apartamento los niños iban y venían gritando en un español redondo, con vocales marcadas, tan familiar para mí y que me devolvía, en un relámpago, a la aldea de Shikoku de mi niñez, y se mezclaba con mis sueños mientras me despertaba. Pero aquel español en el que se pasaba lista no tenía nada en común con el lenguaje de mi juventud; había en él una rudeza retumbante que era la propia de un soldado japonés.

Había otras cosas en aquellos jóvenes que recordaba a los militares: su pelo corto, los bañadores caqui, del mismo color que los pantalones cortos que llevaban cuando bajaban a la piscina. Cuando yo llegaba al tiempo que ellos se apeaban del microbús, semejante a un vehículo patrulla, que les traía y les llevaba del club, vestían trajes de camuflaje, con rayas verde oscuro y verde claro y aspecto idéntico. Los miembros del club de natación universitario, que se ejercitaban en la sala de pesas del tercer piso, tenían una piel y unos músculos que eran producto de una alimentación excesiva aunque bajo control, en el transcurso de una vida de mimos y lujo. Los suyos eran cuerpos privilegiados, flexibles y abundantes hasta un grado que resultaba casi perverso. Cuando no estaban haciendo ejercicio, sus juveniles rostros de niños mimados tenían un

aspecto flojo y entontecido. Los jóvenes militares, en parte porque el grupo les llevaba diez años, eran de un tipo físico enteramente distinto. Sus cuerpos también estaban desarrollados, pero había algo hambriento y descuidado en ellos, como si hubieran conseguido sus músculos efectuando una tarea ardua, como cavar trincheras. Cuando se entrenaban en la piscina, nadaban como aficionados, agitando el agua vigorosa pero ineficazmente con sus manos y pies; y su jefe, un hombre llamado Shumuta, que tenía prestigio nacional como entrenador de natación, parecía poco inclinado a corregirlos.

Cuando los jóvenes llegaban en su autobús celular, con las ventanillas estrechadas mediante marcos de madera, entraban en el club por la puerta de los empleados y se cambiaban en un rincón del vestuario de la escuela de natación, reservado para su uso exclusivo cuando estaban en el edificio. Mientras nadaban en la piscina de socios, la separación de cristal permanecía cerrada, y cuando terminaban se duchaban y partían en el autobús sin utilizar la sala de vapor ni la sauna. En otras palabras, la esfera de su actividad los aislaba del resto del club, pero aun así algunas de las socias manifestaban abiertamente su resentimiento:

—Es como si vinieran a nadar aquí desde la cárcel. Ni siquiera hablan entre ellos y ¡esas caras ceñudas! ¡Esos chicos no viven en la misma época que nosotros!

Recordé de manera especial esta última observación porque yo tuve la misma impresión. Me hizo sentir como si los años dorados del resurgimiento del Japón de posguerra encajaran a la perfección en el abismo temporal que separaba a los nadadores universitarios de aquel otro grupo de jóvenes. Por otra parte, su jefe, el señor Shumuta, era un individuo risueño y vivaz, que parecía muy de estos tiempos, y mientras los jóvenes estaban en la piscina, se sentaba en la sala de vapor o se remojaba en la bañera caliente y entablaba conversaciones animadas con cualquiera en voz baja. De hecho, el contraste entre el señor Shumuta y los jóvenes a su cargo era tan extremo, que

apuntaba en la dirección de algo casi grotesco a propósito de su relación.

Aunque no pregunté detalles —el pasado del señor Shumuta era al parecer de dominio público entre los habituales del club, y hacer averiguaciones por la vía directa parecía inapropiado—, estaba fuera de toda duda que había sido un atleta de clase olímpica en campo y pista. En la cumbre de su carrera se había lesionado varios dedos de los pies en un accidente. Los muñones rosados seguían pareciendo en carne viva. Cuando se sentaba en la bañera caliente con sus piernas carnosas pero firmes extendidas descuidadamente ante él, era imposible no verlos. Después del accidente, parece que abandonó la competición e hizo una afortunada carrera como entrenador personal de atletas, y viajaba como miembro regular del equipo japonés una olimpiada tras otra. Hasta tiempos recientes, también enseñó educación física en la Universidad de Keio. El director del club atlético de Keio obtuvo un premio en sus tiempos de estudiante, y como resultado de esta relación parecía que el señor Shumuta era consejero de nuestro club de natación desde su fundación. Sin duda este historial convenció al club, que se apartó radicalmente de su política y permitió el uso privado de la piscina de socios, aunque por períodos limitados.

Su frente alta y prominente y las dos mejillas semejaban tres montículos contrapuestos en el rostro de un niño grande. El señor Shumuta instalaba su voluminoso cuerpo en la sauna o en la bañera caliente y llenaba el recinto con su risa cordial que resonaba fuera de la pared de azulejos; sin embargo, cuando se hablaba con él, inmediatamente quedaba claro que no era un hombre que se caracterizara por una inocencia juvenil. A pesar de aquella cara reluciente de gigantesco niño feliz, los estrechos ojos, como unos repliegues bajo las delgadas cejas, le llevaban a uno a preguntarse si se le habían quedado así por efecto de una sonrisa.

«Sensei»: en sus labios la palabra no sonaba como el saludo habitual utilizado entre condiscípulos para dirigirse

unos a otros; había desdén en su tono, como si fuera un jornalero que alimentara rencor hacia un hombre que se ganaba la vida en su estudio. Cuando entré solo en la sala de vapor, después de dejar a mi hijo metido en la bañera templada, el señor Shumuta me llamó como si hubiera estado esperándome.

—He sabido de usted por un amigo de Ciudad de México. He estado yendo allí desde la olimpiada de México. Otro conocido, japonés, tiene una gran explotación de hortalizas, me voy a llevar allí a algunos jóvenes y me estableceré en el lugar. Los mexicanos están volviéndose quisquillosos con la importación de mano de obra a su país, pero espero que se les pase. En cuanto tenga a los chicos un poco entrenados en la granja, me los llevaré a territorio salvaje. En todo caso, Sensei, me gustaría que usted les diera a mis muchachos una charla sobre México, ¡y estaría muy bien si pudiera dársela en español!

—¡En eso no puedo serle de utilidad! Sólo he aprendido unas pocas palabras y unas frases...

—¡Vamos, no sea modesto! Un hombre con su preparación... ¡Apuesto a que hablaría usted como un nativo si pasara medio año en el país!

—Estuve en Ciudad de México, pero no me concentré en aprender español.

—Puede usted decir lo que quiera, pero a mí me consta lo fácil que es para un sensei como usted aprender un idioma. Mis chicos ¡eso sí es un asunto diferente! Mientras estaban en el campo de entrenamiento sólo se les permitía utilizar el español. Un año entero sin permisos y sin que se les autorizara a tener libros japoneses en el pabellón. Tampoco periódicos ni televisión. Ni siquiera radios. Unos pocos han aprendido español mientras dormían. El problema es que despierten, ¿me comprende? Ahora deben estar hambrientos de japonés. Alguien se hizo con un tebeo que había llevado uno de los niños de la escuela de natación, y todo el grupo se lanzó sobre él como tiburones, arrancándoselo de las manos uno a otro hasta que las páginas salieron volando. Los pesqué infraganti, los mandé

a todos al vestuario y les hice pasar por baquetas desnudos. Tuve cuidado de que ninguno de los niños fisgara, porque aquí el director es muy quisquilloso en cuanto a disciplina. Si me pregunta, no puede haber nada mejor que unos azotes en las nalgas, ¿me comprende? En cualquier caso, de veras me gustaría que les hablara en español. Más o menos la mitad de los chicos del grupo habían sido fanáticos de la ultraderecha, y la otra mitad, agitadores comunistas. A todos les gustaría tener una conversación con usted, aunque no estoy seguro de por qué razón. Los que estudiaron con Sensei M —el señor Shumuta mencionó bruscamente el nombre del famoso novelista que se suicidó hace unos años — son los más perspicaces...

—Realmente yo no sé español... Bastante dificultad tengo con el inglés, a menos que me lo prepare con antelación.

—¡Y dale! No tiene que ser tan precavido. Mis chicos son antiguos radicales; ahora han visto la luz y se disponen a partir hacia México en busca de un nuevo mundo, y ya no practican la violencia. Lo que quieren es debate, sólo debate, ¿comprende lo que quiero decir? Piénselo. ¿Qué tal algo sobre el décimo aniversario del suicidio de Sensei M? ¡Eso sería algo! ¡Yo lo apreciaría!

Me di cuenta de que los ojos de Eeyore nos observaban ansiosamente a través del cristal resistente al calor, como si le perturbara la risa explosiva del señor Shumuta, y yo me levanté y abandoné la sauna. Me sentía curiosamente culpable a propósito de la invitación que me había ofrecido en un tono a la vez divertido y desafiante. La verdad era que yo hablaba español, y me preguntaba si no sería simple cobardía lo que me volvía tan cauto respecto a esos antiguos derechistas e izquierdistas que, al parecer, estaban tan interesados por mí.

Siguiendo mi conversación con el señor Shumuta, no pude dejar de pensar en sus jóvenes, y mi interés por ellos me llevó directamente a cuestiones mías personales. En efecto,

se aproximaba el décimo aniversario del suicidio de M, y en las esquinas empezaron a aparecer carteles anunciando actos conmemorativos para ese día patrocinados por diversos grupos.

Mientras tanto, uno de los socios del club había llegado a sus propias conclusiones a propósito del grupo del señor Shumuta, que arrojaban sobre ellos una luz distinta de la que proyectaba su jefe. Parecía atribuir particular importancia al décimo aniversario de la muerte de M. El nombre de ese socio era Minami, y mientras algunos consideraban que su crítica estaba basada en rumores negativos motivados por el resentimiento hacia el grupo por monopolizar la piscina de socios en horas convenidas, relegando a los demás, otros consideraban que, después de todo, era un profesor auxiliar que estudiaba las dimensiones física y psicológica de la medicina deportiva en la Universidad de Keio, donde en tiempos había enseñado el señor Shumuta, lo que le otorgaba un grado de credibilidad. Por otra parte, él y los demás socios regulares del club mantenían cierta despreocupación desde sus días de estudiantes, y se mortificaban unos a otros de una manera que parecía chistosa pero escondía malicia. Todo el tiempo que estuvo hablando, sentado en la sauna —resultó que el señor Shumuta no estaba allí—, se dibujó una sonrisa en sus ojos amables y femeninos, en contraposición a lo tenebroso del tema.

Sostenía Minami que no era en absoluto el caso, como había pretendido el señor Shumuta, que algunos de los jóvenes del grupo hubieran estudiado con M. De hecho, si bien era cierto que el grupo estaba separado por posiciones políticamente extremas a izquierda y derecha, el vínculo que unía a todos sus miembros era su adhesión a la filosofía y a la acción de M. Ninguno de ellos había pertenecido a su ejército privado, pero la mayoría, en su soledad individual, había leído y admirado sus escritos, y se habían sentido abandonados cuando se suicidó. Sólo después de su muerte formaron un grupo para estudiar su pensamiento y su obra. En un determinado momento, un estudiante que había sido

miembro del club atlético del señor Shumuta sirvió como intermediario para reunir a su antiguo entrenador y al grupo. El señor Shumuta había trabado amistad con M en el gimnasio donde éste hacía pesas.

El señor Shumuta estuvo aconsejando al grupo durante diez años, pero había sido entrenado en un campamento y su número se había reducido, aunque sólo desde finales del penúltimo año. Una mayoría reclamaba la continuidad de sus actividades en el décimo aniversario del suicidio de M, y cuando se hubo separado de los que ponían objeciones, los que quedaron construyeron un campamento de entrenamiento en los bosques que se extendían a lo largo de la línea férrea de Odakyu, con fondos que el señor Shumuta había obtenido de una poderosa personalidad de la derecha con la que también se decía que mantenía amistad. Estaban destinados a establecerse en México, y en la actualidad se les adiestraba para emigrar allí, lo que explicaba el énfasis en el español. Así era, y uno de los jóvenes colegas de Minami estaba enseñando español en el campamento. Al parecer era verdad que sólo se permitía el español en el lugar de aprendizaje, pero el instructor informó de que los jóvenes se esforzaban más en el entrenamiento con armas, las cuales comprendían puñales y otros utensilios.

—No sé lo que está tramando Shumuta, pero no creo que esos jóvenes valientes estén intentando empezar de nuevo en México porque las cosas hayan ido de mal en peor en los últimos diez años, desde que M murió. ¿Cómo sabe usted que no creen que ahora ha llegado el tiempo de alzarse y utilizar esos cuchillos que han estado afilando durante diez años? Cuando M vivía dijo más de una vez que odiaba a los políticos, ¿no es así? Y después del suceso usted criticó su suicidio. Si va usted a darles una charla, ¿qué les detendrá para que la sangre de usted sea la primera en su camino para luchar en las calles? Incluso podrían estar planeando usar su español como un código cuando asalten la guarnición de Tokio, en Ichigaya, para vengar a M...

Ahora aparecían a diario en las calles los carteles del décimo aniversario de la muerte de M. Y un día, unos pocos estudiantes del señor Shumuta desertaron mientras estaban en el club. Esto dio origen a nuevas especulaciones sobre el grupo. Aunque yo no estaba allí por entonces, sí estuve presente en una conversación sobre el incidente, entre el señor Minami y el señor Shumuta, y me enteré de algunos detalles.

Una tarde de primeros de noviembre, cuando llegué al club con Eeyore y bajamos las escaleras, no había nadie nadando en la piscina de socios. Cuando nos dirigíamos allí después de haber tomado una ducha, un estudiante que trabajaba en el club a tiempo parcial vino corriendo a nuestro encuentro y nos anunció que estaba cerrada. Aquella mañana se había producido un accidente, dijo, y la pared de ladrillos de cristal que daba a la calle se había roto. Mirando a través del cristal por aquel lado, pude ver que en el rincón más alejado de la pared exterior, al otro lado de la piscina, había un hueco como si se hubiera abierto un túnel. Tres hombres vestidos con monos parecían inspeccionar el boquete; probablemente estaban calculando el coste de la reparación. Mientras tanto, el señor Shumuta movía diligentemente de acá para allá su cuerpo duro, semejante a un neumático inflado, hablando con facundia, y parecía de buen humor.

Sin tener idea de lo sucedido, llevé a Eeyore para acompañarlo a la piscina principal y aguardé a la pausa entre las clases de la escuela de natación a fin de que practicara su movimiento lento subacuático, de aproximación a lo que es nadar. Luego lo senté en un banco al borde de la piscina y yo me hice algunos largos, braceando duro para ahorrar tiempo. Cuando subimos a la sauna, los señores Minami y Shumuta estaban enfrascados en una conversación que parecía divertida. Me senté separado de ellos y empecé a enjabonar el cuerpo de Eeyore, para evitar saludarles.

—¡Los ladrillos de cristal se han venido abajo! Pensé que la cosa iba a salir por diez mil, pero es sólo una parte

de esa cantidad, y ni siquiera van a cargar el precio de la reparación... Empezaba a sentirme culpable...

Mientras hablaba, la cabeza del señor Shumuta se movía atrás y adelante sobre un cuello grueso como el de un toro, empapado con lo que era claramente sudor y no agua caliente de la bañera.

—Lo importante es que nadie ha resultado herido —decía Minami en tono inexpresivo, como si tratara de distanciarse del señor Shumuta.

—¡Eso es porque han sido templados! Se necesitaría mucho más que eso para que resultaran heridos. Aun en el supuesto de que no pudieran evitar ser heridos, no les hubiera supuesto un gran trastorno. ¡Material ligero, nada grave! ¡Esos cuerpos han sido templados! Ahora son como yo. ¡Una persona corriente hubiera perdido un pie en el accidente que yo tuve!

—Dicen que dos de ellos levantaron el banco, que el tercero los guió desde atrás y que lo lanzaron contra la pared para abrirse una salida. Al parecer emplearon el banco como un puente hacia el exterior por encima del cristal roto. ¡Tenían un plan perfecto, como de profesionales!

—Los profesionales que huyen no son de utilidad para nadie.

—Y ahora ¿qué? ¿Informó usted a la policía?

—Sensei, ¡éste no es asunto de la policía! Quien quiera escapar que lo haga. Los muchachos como esos no serían útiles para nosotros aunque los recuperásemos. Por lo que a mí respecta, tenemos reglas estrictas sobre cómo vivimos, pero nadie se dedica a vigilar para que la gente no se vaya.

—Entonces, ¿por qué esperaron a venir a la piscina para escapar? Quiero decir que romper una pared de cristal con un banco y huir en bañador es un ejercicio peligroso; un falso movimiento y hubieran podido resultar gravemente heridos...

—Esos cuerpos no hacen falsos movimientos —replicó el señor Shumuta riendo de nuevo de buena gana—. No estoy seguro de por qué no tuvieron el buen sentido de

cambiarse de ropa. ¿Temían subir y encontrarme? ¿O ese pronto que les dio cuando estaban abajo, en la piscina, les empujó a actuar precipitadamente?

—Probablemente ambas cosas.

En la curiosamente seca respuesta de Minami no había rastros de la timidez de niña que normalmente reflejaban sus ojos cuando hablaba.

—Pero mire, la mayoría de ellos permaneció donde estaba, aun cuando esa pared se rompiera y pese a que yo no estaba presente.

Sin responder, Minami se puso en pie y se dirigió al vestuario. El señor Shumuta se volvió hacia mí, con sus enigmáticos ojos como un repliegue en un rostro por lo general iluminado por una sonrisa vacua, pero yo no deseaba volver a representar el papel de oyente, y me concentré en friccionar el cabello de Eeyore.

—Es una grave equivocación, Sensei; ¡esa clase de mimos no son buenos para un chico retrasado! Apuesto a que aún moja la cama por la noche. Usted debió comunicarle un sentimiento de independencia, ¡y eso significa que debería haberlo templado!

El señor Shumuta frunció sus despobladas cejas, pero su rostro mantuvo el aspecto de jovial y gigantesco bebé, con lo que el efecto era sencillamente grotesco. En ese momento regresó Minami en busca de sus gafas de buceo y su bañador y empezó a hablar, y aunque sentí cierta pena por el señor Shumuta, aproveché la oportunidad para abandonar la sauna con Eeyore a remolque.

—Shumuta Sensei, ¿no debería usted regresar junto a sus estudiantes? ¿Cómo sabe usted que los fugitivos no están maquinando para volver y acosar a los demás? Hay un grupo que está utilizando la fotografía de la cabeza cortada de M para convocar una reunión, y circula el rumor en la escuela de que están tramando algo para el décimo aniversario del golpe de Estado de Ichigaya. Sus muchachos están desconectados de las noticias sobre el mundo exterior, pero ¿qué pasaría si se encontraran frente a ese cartel? ¡No me sorprendería que todo el grupo se reuniera en torno a

él!

M había elegido morir por propia mano el 25 de noviembre, aniversario de la muerte del patriota Shoin Yoshida. Llegó el día y hubo programas especiales sobre el asunto en la radio y en la televisión, de la mañana a la noche. Por entonces yo estaba fuera del país, pero hubo imágenes y fragmentos sonoros que me llevaron a evocar el momento de una manera tan vívida que me hizo sentir como si personalmente hubiera sido testigo de los hechos. Observé que la horrible fotografía de la cabeza cortada de M no apareció en la pantalla de televisión ni en los periódicos, y que también había sido suprimida la información sobre la reunión estudiantil que utilizó la foto como cartel.

A primera hora de la tarde, Eeyore regresó de la escuela especial con una nota del profesor de educación física. Según informó el propio Eeyore, que lo explicó como si estuviera recitando, le preguntaron por sus progresos en natación, y él se limitó a responder que no lo recordaba. El profesor le recomendaba que reanudara sus lecciones de natación, y cuando le sugerí que aquel día podíamos ir a la piscina, Eeyore se mostró entusiasmado.

Cuando llegamos al club, y como si el señor Shumuta hubiera aceptado el desafío de llevar a sus jóvenes a una piscina en el centro de la ciudad el aniversario de M, su grupo (que al pasar lista ahora debía de haberse quedado en *doce*) ya había ocupado la piscina de socios y estaba agitándose en el agua. También la escuela de natación estaba en plena sesión, y por el momento me fue imposible encontrar una calle que Eeyore y yo pudiéramos usar. Nos sentamos en un banco en la parte de la salida de las duchas, a la espera de la siguiente interrupción de las clases. Había llegado el invierno y me sentía cohibido y fuera de lugar, allí sentado, desnudo y sin meterme siquiera en el agua, mientras la gente afuera, en la calle, se protegía del frío con sus abrigos. El banco estaba situado más arriba de las

piscinas: desde donde estábamos sentados podíamos ver en toda su extensión la piscina de veinticinco metros a la izquierda y la separación de cristal, cerrada, en torno a la piscina de socios. La honda y estrecha piscina reservada para saltos y buceo estaba delante mismo de nosotros.

En el extremo opuesto, un instructor de la universidad, asimismo bien conocido en el mundo de la natación —yo había utilizado su libro para corregir mi brazada en el crol—, estaba entrenando a una colegiala a la que el club preparaba para ser una saltadora de competición. De pie en el largo borde de la piscina, dando la espalda a la división de cristal, el instructor hacía zambullirse repetidas veces a la niña desde un trampolín graduable con un tirador redondo. Pero la base de sus juicios, que le llevaban a asentir con la cabeza o a sacudir ésta en el breve momento en que la niña estaba en el aire, entre el trampolín y la superficie del agua, resultaba imperceptible a los ojos de un novicio. Aun así, había algo fascinante en la contemplación de aquel cuerpo joven, tenso por un instante, que se contraía, se disparaba y, finalmente, se abandonaba a un estado que parecía relajado al máximo.

El señor Shumuta no tardó en aparecer junto al instructor, vestido con traje de entrenamiento. En la misma postura que aquél, dando la espalda a los jóvenes a su cargo, observaba intensamente la práctica de los saltos. Llevar a sus hombres al club el día de las concentraciones había sido sin duda una prueba de coraje, pero no parecía estar cómodo pasando el tiempo en la bañera caliente y en la sauna mientras ellos practicaban, como hacía normalmente. Por otra parte, debió de considerar que montar guardia en la piscina de socios hubiera sido como perder la cara, de modo que optó por observar la práctica de saltos en la piscina contigua.

De repente, se produjo una conmoción silenciosa al otro lado de la separación de cristal. Un tropel de jóvenes con pantalones cortos de color caqui se reunió a empellones junto a la pared de cristal y pareció hacer gestos frenéticamente. Me levanté del banco y vi al señor Shumuta

volverse como presa del pánico al enfrentarse a la alteración al otro lado del cristal. ¿Qué había sucedido? En ese momento, yo estaba sumido en mi propia urgencia, enteramente fuera de lugar. Si la cabeza cortada de M hubiera incitado a aquellos jóvenes a la algarada, yo no me habría agachado, ni apartado ni huido; habría mantenido mi posición frente al poder de aquella cabeza cortada, por más indefenso que pudiera estar para oponerme a aquel vigoroso ejército privado, aunque eso significara recibir una paliza delante de Eeyore.

En el instante siguiente, uno de los jóvenes que se habían congregado rompió el cristal con un decidido puñetazo. Introduciendo un brazo ahora ensangrentado hasta el codo a través de la abertura, señaló en esta dirección. Por el mismo boquete en el cristal, las voces apagadas de los jóvenes, a coro, me impactaron como un golpe en el estómago.

—El niño, el muchacho, la piscina, difícil, enfermo... peligroso, ¡anegarse!

En otras palabras: el niño, el muchacho, la piscina, dificultad, enfermedad, peligroso, ahogarse: gritaban las palabras en español que tenían en su repertorio. Con un movimiento tan lento que me hizo sentirme despreciable, me volví y comprobé que Eeyore no estaba sentado en el banco. Mientras me ponía de pie, el señor Shumuta pasó por delante de mí con asombrosa agilidad para un cuerpo hecho todo él de músculos prominentes, y por vez primera sentí que hallaba respuesta a una pregunta que me había estado inquietando: ¡Eso es! ¡Se parece al muñeco de los neumáticos Michelin!

Al otro lado de las piscinas, apoyado en un pilar, había un tanque de 1,80 metros de diámetro por casi quince de profundidad que se usaba para prácticas subacuáticas. Normalmente estaba cubierto con una red, pero tuve la sensación de que quizá lo vi abierto cuando pasé por la mañana. Corrí detrás del señor Shumuta. Estaba plantado delante del tanque, mirando en su interior, y luego le vi quitarse su traje de entrenamiento con dos movimientos. Se

arrojó precavidamente al agua, de pie. Ante las ondas que se habían formado en la superficie, vi a Eeyore, con la boca abierta de par en par, hundiéndose lentamente, como si nadara en el espacio. «Abajo, abajo a través de lo inmenso con alboroto, furia y desesperación»: el verso se me ocurrió, fuera de contexto, cuando me inclinaba sobre el tanque con ambas manos en el borde. Frente a mi nariz, el grande y rojo pie del señor Shumuta, con los dedos amputados, se impulsaba por encima del agua mientras caracoleaba perpendicularmente hacia el fondo del tanque.

Aquel día, de camino a casa, Eeyore y yo nos sentamos juntos en el tren, desamparados como dos niños que habían estado a punto de ahogarse. Mi contrariedad se debía en parte a algo que el señor Shumuta me dijo cuando terminó de ayudar a Eeyore a expulsar el agua que había tragado.

—¡Sin duda cuidar de los niños es como un gran dolor en el trasero! ¡Pero no se puede abandonar a la mitad, una vez hemos empezado!

No había nada de despótico en su tono de voz en esta ocasión, como cuando me regañó por mimar a un niño retrasado, pero sus palabras me golpearon como un tiro de gracia. ¡En aquel momento de emergencia, lo único de lo que fui capaz fue recordar un verso de Blake!

En ocasiones como ésta, sólo había una persona en el mundo que pudiera animarme, y estaba sentada a mi lado. Yo era consciente de que Eeyore me dirigía miradas furtivas, como si estuviera tratando de medir a su manera si sería apropiado hablar sin haber sido invitado a ello. Dispuesto a cooperar, le pregunté con una voz bronca, que sonaría desalentada en exceso incluso a mis propios oídos:

—Eeyore, ¿hay algo que no marcha? ¿Aún te sientes mal?

—*¡No! Estoy inmejorable* —replicó en tono afectado—. *Me hundí. De ahora en adelante voy a nadar. ¡Ahora estoy listo para nadar!*

4

EL ESPECTRO DE UNA PULGA

Aquel mes de julio vino a verme una joven americana. Posgraduada de la Universidad de Virginia, estaba redactando su tesis doctoral sobre dos autores japoneses, M y yo, así que nuestras conversaciones fueron una especie de trabajo de campo para su investigación. En un seminario público en la universidad donde ella estaba matriculada, había propuesto investigar el tratamiento japonés de los temas de sexo y de violencia. Más tarde, esa misma noche, probablemente porque era delicada, con el tipo de complexión y formas que atraían a los japoneses, recibió una llamada telefónica de un hombre de voz insinuante que le preguntó si era la señora o señorita Martha Crowley, le explicó que compartía su interés por el sexo y la violencia y se preguntaba si podrían reunirse a solas para mantener una conversación.

Martha se interesó por mí y por mi trabajo, pero también me interrogó minuciosamente sobre mis impresiones a propósito de M, basadas en que lo conocí en vida. En un momento dado, observé que si bien era famoso por haber modelado su figura haciendo pesas, M había sido realmente bajo incluso para ser japonés.

—Ahora que lo menciona, siempre he tenido dificultades para representarme su estética de la muerte y la violencia, como producto de la escritura de un hombre corpulento y de musculatura prominente.

Esta observación de Martha de que la estatura de M tenía sentido para ella, fue bruscamente interrumpida por mi hijo, con una voz tan alta que sobresaltó a la estudiante americana:

—*¡Realmente era muy bajo! Tenía aproximadamente este tamaño*.

Extendiendo el brazo con la palma hacia abajo, Eeyore lo mantuvo a unos veinticinco centímetros del suelo y miró por debajo como si estuviera observando algo tangible.

—¡Eeyore! ¡No creía que recordaras a M! ¡Nunca has dicho una palabra sobre él hasta ahora! Estoy realmente sorprendido.

En aquel momento me percaté de lo que mi hijo daba a entender con su observación y sus gestos. M invadió el cuartel de la División Este de las Fuerzas de Autodefensa Nacional en Ichigaya, y se hizo el *hara-kiri*. Eeyore se estaba representando mentalmente la cabeza cortada, apoyada en el suelo, en la foto del escenario de los hechos que apareció en los periódicos. ¿De qué forma el recuerdo de esa fotografía se había conservado, durante más de diez años, en la mente dañada de mi hijo? Hasta ahora nunca había hablado yo ni una sola vez sobre M, pero Eeyore parecía estar tocando con la palma de la mano la presencia real de aquella cabeza cortada. Me di cuenta de que también Martha debió entender lo que significaban sus gestos. La expresión de su rostro, profundamente horrorizada, me llevó a preguntarme si ése fue su aspecto cuando recibió la llamada telefónica de aquel extraño.

Dos años antes, en mi club de natación, mi hijo había estado a punto de ahogarse en un tanque de agua de quince metros de profundidad: esto último lo supe por un aviso fijado después del accidente, advirtiendo del peligro de la que se llamaba «la piscina oscura». Ya he descrito cómo el joven que había pasado el brazo a través de la pared de cristal para alertarme, así como sus compañeros y su jefe, quien realmente había sacado a Eeyore a la superficie desde una profundidad de quince metros, tuvieron algo que ver con el pensamiento y la acción de M cuando aún vivía. Pero ni siquiera entonces se me ocurrió que mi hijo pudiera recordar el nombre asociado a aquella fotografía del periódico, de un suicidio por hara-kiri; un suceso que se había producido cuando él era un niño recién ingresado en

la clase especial de la escuela elemental.

—Profesor, a su ensayo sobre M y Malcolm Lowry nunca acabé de encontrarle sentido —dijo en tono sosegado Martha, como si explicara las razones profundas de la sorpresa que había mostrado, y aunque yo era el objeto de su investigación y no su profesor, ella usaba la palabra inglesa «professor» como un término adecuado de respeto hacia un japonés mayor—. Pero ahora lo entiendo. La cabeza cortada de M debe haber causado un impacto brutal en el espíritu de niños como Eeyore. Y cuando crecen, esa cabeza herida puede influir en sus vidas como una sombra con la que tuvieran que convivir, algo que no pueden conceptuar...

—No creo que sea ése el caso de Eeyore —objeté.

Pero mi pecho se agitaba en mi oscuro interior, por ese hijo mío con una mente que siempre sería la de un niño y con un cuerpo que iba a convertirse en el de un adulto, con una estructura ósea propia de un hombre alto. El poder de esa imagen de la cabeza cortada podía manifestarse en proporciones gigantescas. Dirigí una mirada abatida a la figura corpulenta, con su mano alargada, colocada todavía a poca distancia del suelo.

El ensayo que Martha mencionó, mis pensamientos sobre el suceso de M y sobre la violencia explícita de la expresión de M, era un comentario que yo escribí para una edición de obras completas, difícil de conseguir para una estudiante fuera del Japón, así que lo copié y se lo envié. Titulé mi texto «La política de una cabeza cortada y el Árbol de la Vida», y aunque es algo inusual en una novela, quise citar un pasaje de él que conduce directamente a lo que Martha estaba diciendo.

Empezaba así: «La actuación de M, desde el discurso de agit-prop hasta el suicidio por hara-kiri, escenificada para una nutrida audiencia de tropas de las Fuerzas Japonesas de Autodefensa y en beneficio del reportaje televisivo que había anticipado, ha sido el más hermosamente elaborado espectáculo político que hemos tenido desde el fin de la guerra. Incluso la fotografía de su cabeza cortada, derecha

sobre el suelo, y que se dijo que había sido tomada por azar, pudo muy bien ser parte del plan en su conjunto. Eso también era una representación encaminada a centrar la atención en los detalles del cuerpo humano en sí contra el fondo de un universo estructurado por el imperialismo.» Escribí «eso también» porque yo comparaba las acciones de M con *Relato de un sueño elegante*, una obra narrativa de otro escritor, un libro que había sido aniquilado por el poder político. Aunque dicha obra apuntaba a una interpretación de sentido enteramente opuesto a las acciones de M —aquí podíamos apreciar la insondable polisemia de imagen y representación en una obra literaria—, logró expresarse de la misma manera. «No obstante, esa escenificación de M, en la que los detalles del cuerpo físico venían representados por una cabeza ensangrentada y cortada, apoyada en el suelo, se hizo contra el fondo de un universo estructurado por el imperialismo. Ninguno de nosotros tomó en serio su valor, ni tampoco quienes secundaron la manifestación basada en el suicidio de M ni quienes la rechazaron. Leyendo la palabra que M había escogido para el estandarte que desplegó, "manifiesto", una palabra con significación inequívoca, envolvimos todo cuanto estaba sucediendo en un fardo monovalente, el "Suceso M". Para bien o para mal, esto es lo que hicimos, aunque apoyáramos la manifestación o la rechazáramos, al menos tal como se anunció en los medios de comunicación. El azar de aquella fotografía tomada como por accidente aporta un ejemplo concreto de esa interpretación. Cuando la fotografía en cuestión recibió un premio de periodismo gráfico, el periódico y el fotógrafo se negaron a aceptarlo porque temían que eso significara que deberían exhibir de nuevo la foto. Y así fue relegada a la oscuridad... ¿Por qué, una vez hubo remitido el furor que rodeó al Suceso, los medios de comunicación evitaron traer a primer plano los detalles de la muerte tal como la escenificó M? La repercusión que tuvo *Relato de un sueño elegante* ya les brindó una lección: cubrir totalmente una representación que subrayaba detalles del cuerpo humano contra el telón

de fondo de un universo basado en el sistema imperialista, incluidos sus varios niveles de significado, con todo su poder de provocación intacto, era arriesgarse al peligro de violencia real, incluso bajo una constitución que afirmaba el sistema imperial. Y esto, mientras interpretaba su papel de forma exquisitamente consciente hasta la muerte, fue el único error de cálculo de M: confiar en el poder de su representación en un espacio político para expresar sus múltiples niveles de significado, a pesar del límite impuesto por una palabra como 'manifiesto', única entre las expresiones literarias en su incontrolable univocidad. Pero el tratamiento que dieron los medios al suicidio de M por hara-kiri borró el múltiple valor atribuido a su representación y la simplificó en una imagen de M arengando a las tropas a sus pies, vestido con el uniforme de su ejército privado, con una banda de fanático alrededor de la cabeza; y continuó rebajando la imagen hasta después de que el sonido de su voz se hubiera perdido en el telón de fondo, y todo lo que nos quedara por ver fuera un vacío "manifiesto" colgando de un estandarte... Para quienes el suicidio de M era una afirmación, esto significaba que una realidad física poderosamente evocadora, generada por un ethos imperialista, no había logrado materializarse. En otras palabras, el "Suceso M" no se había producido en el momento adecuado para provocar una reacción en cadena de explosiones que impusiera el ethos imperialista a la sociedad contemporánea. Sin duda, hubo quienes lamentaron la pérdida de poder ocasionada por el fallo del Suceso M. Viceversa, quienes deploraron el Suceso, lograron exponer la univocidad conceptual del manifiesto y refutaron sus afirmaciones, pero no fueron capaces de vindicar el suceso del *Relato del sueño elegante* exponiendo e invalidando el ethos imperialista que aquél evocaba una vez más. Esto llevó a un fracaso para aprovechar la oportunidad que M brindó de afianzar una nueva imagen del futuro del Japón. El proceso que desembocó en el fracaso empezó porque se apartó de nuestra vista aquella cabeza ensangrentada por obra de la mano habitual y hábil

de una poderosa figura...»

Aquella noche, a la hora de cenar, Martha bebió en cantidad impresionante, a su manera bien educada, y con ayuda del alcohol pareció recobrarse de las secuelas de su anterior susto. Contó historias de intentos de seducirla, directa e indirectamente, empezando con la llamada telefónica del hombre interesado por el sexo y la violencia, durante el medio año que pasó estudiando en el Japón sin su marido americano, que también era un intelectual. Comparadas con las de su primera estancia diez años antes, las actitudes japonesas parecían haber cambiado, y ella había observado con frecuencia ejemplos claros de tales cambios. Al parecer, su consejero académico se contaba entre quienes le habían hecho proposiciones, pero ella, bromeando, describía su intento como si bordeara un terreno peligroso mientras hacía bufonadas, aunque sin exceder nunca sus límites como intelectual. A pesar de sus entretenidos relatos, Martha debía haberse preocupado por la representación que antes hizo Eeyore: no tardó mucho en centrarse en su crítica sobre los japoneses en general y sobre mí en particular.

—Cuando leí por primera vez su análisis de la cabeza seccionada de M pensé que era una exageración. Pero realmente le causó impresión a Eeyore, ¿no es así? ¡No puedo imaginar el terror que debió sentir al verla! Cuando empezó a expresarse de este modo, yo esperaba que se repitiera bajo los efectos del alcohol, pero resultó que aún era capaz de construir un argumento: usted escribió que un poder que controlaba los medios de comunicación había retirado la imagen de la cabeza cortada de M, con lo que había borrado su poder de provocación. Pero ¿cree usted realmente que la visión japonesa del cosmos basada en el sistema imperial pudo haber sido desarraigada y desechada por el simple conocimiento de esa cabeza cortada y por el debate acerca de ella? ¿Una visión del universo que los japoneses han sustentado durante más de veintiséis años? No puedo imaginar que eso desaparezca tan aprisa. Y si no me equivoco usted, de hecho, estaba expresando su deseo

de que el poder de la «cabeza cortada de M» sirviera para reunir a los japoneses dentro de un universo basado en la noción de un sistema imperialista. En efecto, usted y M estaban expresando el mismo deseo, y realmente traté de establecer otras clases de conexiones entre ustedes en un ensayo que escribí...

¡Qué absurdo!, pensé. Yo reconocía cierta lógica en su argumentación, pese a que mi cerebro había absorbido una cantidad de alcohol superior a la que ingirió Martha. También se me ocurrió que la debilidad de mi propio ensayo era responsable de un mal entendimiento por el que yo no podía recriminar a aquella estudiante americana, pero antes de que lograra expresar esto con palabras, ella continuó, con el terror claramente pintado de nuevo en su rostro:

—¡Pero lo que importa más es que la memoria de la cabeza cortada de M está grabada en la mente de Eeyore! ¡Eso es horrible! ¿Qué va usted a hacer para borrar ese terrorífico sueño de la mente de un muchacho discapacitado? Profesor, ¿no es eso más importante que contemplar un universo basado en el sistema imperial?

Cada vez que pienso en ello, debo reconocer que Martha estaba en lo cierto. Aunque regresó a su país hace varios meses, sus palabras yo las tenía clavadas. Probablemente la tarea que tengo por delante es más difícil de lo que ella imaginaba. Hay que erradicar la pesadilla que continúa como una mancha en la mente de algún modo nublada de Eeyore. En primer lugar, yo debía determinar la forma y el paradero de la pesadilla. Resultó que descubrimos la existencia de una pesadilla a propósito de la cabeza de M plantada en el suelo. Ahora Eeyore y yo deberíamos determinar juntos si aquello seguía vivo en su mente de la manera que Martha lo había imaginado.

Cuando escribía ahora mismo sobre la dificultad para localizar y extirpar la pesadilla que amenazaba a Eeyore, yo tenía algo específico en mente. Me refiero a la aparente

incapacidad de mi hijo para comprender, por experiencia propia, lo que significa la palabra «sueño». O acaso nunca soñó, y por ello se veía sumido en la confusión cuando era interrogado sobre sus sueños. Yo le sondeé por entonces y luego otra vez, pero el asunto permanece sin aclarar.

Aun así, lo que Martha planteó acerca de la pesadilla de Eeyore no desaparece. ¿Y por qué no debería haber una herida hecha de temor, que nunca se manifiesta en forma de sueño, sino que se aloja para siempre en un lugar oscuro e inconcreto sin posibilidad de catarsis? La fotografía de una cabeza cortada apoyada en el suelo existe, y para Eeyore parecía ser un ser humano individual por sí misma. Además, a partir de la respuesta de su madre al tratamiento que hicieron los periódicos y la televisión en su momento —yo estaba viajando por la India—, Eeyore concluyó que debía tratarse de un ser humano importante, recordó el nombre de M, y esas impresiones permanecieron encerradas sin aflorar a su conciencia.

Pero, de nuevo, ¿quién diría que los sueños no empezaron a inundar la mente de Eeyore por primera vez cuando entró en la adolescencia? ¿Qué clase de turbación podría provocar la nueva experiencia? Este pensamiento me hizo desear proporcionarle una definición de los sueños. Esto se me había ocurrido antes, y en el pasado traté repetidamente de llevarlo a una conversación sobre el tema:

—Eeyore, ¿realmente no sueñas? Te vas a dormir por la noche y te despiertas por la mañana, y a veces, en el intervalo, estás en un concierto, escuchando tocar el piano... ¿Nunca te ha parecido que era así? Estás dormido, pero juegas con tu hermana o hablas con tu hermano... ¿Nunca has recordado algo parecido a eso cuando te despiertas por la mañana?

—*¡Dios mío, qué difícil es eso! ¡Lo olvidé!*

—¿Sucede pero lo olvidaste? ¿O no lo recuerdas porque no sucedió nada de eso? ¿Tomas tu medicina por la noche, te metes en la cama y te duermes y no pasa nada, y cuando te despiertas por la mañana mamá está allí? ¿O mientras estás durmiendo tienes la sensación de que estás

escuchando música, e incluso puedes ver las formas de los intérpretes? ¿Algo así? ¡Eeyore, eso se llama soñar!

—*Escuchar música… Mozart escribió una canción titulada* Imágenes soñadas. *K-cinco-cinco-dos. ¡Dios mío! No lo he oído. ¡Lo siento!*

Pese a resultar infructuoso, este intercambio es un ejemplo de la buena disposición de mi hijo a participar en una conversación sobre los sueños. Fue una rara excepción sobre ese tema, y ante mis repetidos intentos de sacarlo a colación, Eeyore repetía el sonsonete al que recurría para expresar el rechazo más obstinado:

—*Basta. ¡Ahora quiero parar!*

Para mi esposa, que escuchaba en silencio junto a él, su ánimo decidido le resultaba terrorífico. Supongo que temía que llegase el día en que Eeyore cerrara el canal de su mente a todas las cosas del mundo, nuestra familia en primer lugar, con un definitivo «*¡Basta! ¡Ahora quiero parar!*».

Ella nunca expresó su temor, pero yo sospechaba que pudo haber leído una advertencia de esa posibilidad en las rabietas de Eeyore inmediatamente anteriores a su decimonoveno cumpleaños, cuando yo estaba ausente, en Europa.

Pensándolo retrospectivamente, recuerdo haber comentado con mi esposa cuando Eeyore aún era un niño, o más propiamente un bebé —en su caso, comparado con otros niños, la infancia parecía prolongarse interminablemente—, su aparente incapacidad para soñar. Esto era una respuesta directa al descubrimiento de que Eeyore no sabía qué significaba soñar, hecho por el profesor a cargo de las clases de aprendizaje especial, durante un viaje de tres días y dos noches a la «escuela en plena naturaleza». Otro niño del grupo se despertó gritando a causa de un sueño. Al principio, Eeyore escuchó con interés las palabras tranquilizadoras del instructor, pero como el niño persistía en sus gritos, Eeyore pareció dispuesto a atacarlo. El instructor tuvo la sensación de que esa hostilidad se debía a la frustración por no comprender qué

era soñar. Mi esposa se lamentaba de lo que parecía ausencia de la función onírica en los procesos mentales conscientes y subconscientes de Eeyore, y yo traté de consolarla con la ayuda de un poema de Blake.

—No hay que preocuparse tanto porque un niño pequeño no pueda soñar. Un compañero de clase se asusta por su sueño y grita, y parece que Eeyore sea incapaz de comprender su zozobra, ¡pero no deberías inquietarte por eso! Blake escribió un hermoso poema titulado «Canción de cuna». Comienza así: «Duerme duerme belleza brillante / soñando con los gozos de la noche / duerme duerme: en tu sueño / pequeñas tristezas se asientan y lloran.» Pero escucha lo que sucede luego: «Oh los astutos ardides que se arrastran / en tu corazoncito dormido / cuando tu corazoncito despierta / entonces descargan los aterradores rayos.» Según Blake, nosotros, los humanos, hemos caído sobre la tierra y por ello todos, como adultos, tenemos «astutos ardides». Si Eeyore no tiene que instalarlos en su corazón mientras está dormido, ¿qué podría ser mejor que eso? En la vida de Eeyore, los astutos ardides son innecesarios. Y si pudiéramos pasar la vida sin necesitarlos, ¿no sería eso maravilloso?

Estaba hablando como un marido joven —fue hace por lo menos diez años—, dirigiendo mis palabras a una esposa que aún estaba lo bastante próxima a su niñez como para luchar contra el tirón de los pensamientos tristes en su interior.

—¿Dónde podría encontrar esa canción de cuna de Blake? —empezó a preguntar recientemente, de forma inesperada, recordándome nuestra conversación anterior.

Por entonces yo era el único que me inquietaba por la incapacidad de Eeyore para soñar, e insistía en preguntarle al respecto. Posiblemente mi esposa había recordado el poema de Blake que le había leído, y deseaba verlo impreso en respuesta a mi conversación acerca de la deficiencia de sueño de Eeyore, no tanto para refutarme cuanto para tratar de devolverme a mi anterior manera de pensar. Y ciertamente su petición tenía algo que ver con el rápido

incremento del número de libros sobre Blake desparramados alrededor del sofá donde yo me tumbo a leer desde mi regreso de Europa esta primavera. Este enfrentamiento directo con las cosas era la manera en que mi esposa vivía la vida. Lo cual significaba que podía preguntarme cualquier día por qué había desechado mi anterior forma de pensar, y ahora insistía en que la capacidad de soñar era esencial para Eeyore. Una noche, a hora avanzada, mientras sorbía el whisky que necesitaba para dormir, traté de ensayar una respuesta por adelantado: «Porque resulta que yo soy el padre de Eeyore, y los sueños desempeñan un papel en mi profesión. ¡Así que es natural que yo quiera que mi hijo tenga al menos alguna capacidad para soñar!»

Las palabras sonaban bastante bien, siquiera en susurros, pero había una imagen instalada en mi interior de sueños, padres e hijos, que me hacía sentir incapacitado para describirla con alguna fluidez o facilidad. Así que guardé silencio e hice que mi mente se mantuviera silenciosa y se esforzara en oír la imagen como si yo estuviera escuchando el viento. No se trataba de una imagen que yo hubiera creado, sino que me había sido revelada en palabras que no eran mías. «Le dimos la buena nueva de un muchacho dispuesto a sufrir y a soportar. Entonces, cuando (el hijo) llegó (a la edad de) seguirle acá y allá [(para llevar a cabo una importante) tarea con él], dijo: “¡Oh, hijo mío! He tenido un sueño en el que te ofrecía en sacrificio. ¡Ahora considera tu punto de vista!” (El hijo) dijo: “¡Oh, padre mío! Haz lo que se te ha mandado: ¡Si Alá lo quiere, me encontrarás ejercitando la paciencia y la constancia!” Cuando ambos hubieron sometido sus voluntades (a Alá), y lo hubo tendido con la frente en el suelo (para el sacrificio), le llamamos: “¡Oh, Abrahim! ¡Se ha visto tu fidelidad al sueño! [¡Tú has cumplido con la visión!]” Por tanto, recompensamos a quienes obran con rectitud. Pues esto fue claramente una prueba. Y le redimimos con un sacrificio espléndido. Y derramamos (esta bendición) sobre él entre las generaciones (por venir)

hasta los últimos tiempos.»

He copiado este pasaje del Corán, no del Génesis, en el Antiguo Testamento. Una razón para ello es que la imagen interna que he derivado de este episodio se basa en la traducción del Corán en edición de bolsillo de Iwanami, hecha por Toshihiko Izutsu; y otra razón puede ser que en el Corán, pero no en el Génesis, hay un sueño en torno al cual gira el episodio. «Se ha visto tu fidelidad al sueño...»

La fidelidad en cuestión es, por supuesto, la de Abrahim hacia Alá; pero para mí representa la fidelidad, por mediación de un sueño, de la relación entre Abrahim y su hijo. «¡Oh, hijo mío! He tenido un sueño en el que te ofrecía en sacrificio. ¡Ahora considera tu punto de vista!» «¡Oh, padre mío! Haz lo que se te ha mandado: ¡Si Alá lo quiere, me encontrarás ejercitando la paciencia y la constancia!»

Rememorando este glorioso diálogo entre padre e hijo cuando estoy solo en plena noche —animado por el poder del alcohol—, me enfrento a un pensamiento que sólo puedo dejar pasar a través de mí como una tormenta, con el rostro enrojecido y la cabeza inclinada; un pensamiento que me rondará toda la vida. Durante unas cinco semanas, siguiendo el nacimiento anormal de mi hijo, deseé su muerte; en otras palabras, destruirle. Mi anhelo no se basaba en una revelación de Alá que se me hubiera aparecido en sueños, ni en un acuerdo de mi hijo. Era simplemente mi deseo egoísta de proteger mi futuro y el de mi esposa, que aún no sabía nada de la anormalidad de su bebé, ¡un deseo de espantosa urgencia, como carbones encendidos bajo mis pies!

Si durante esas cinco semanas hubiera encontrado la complicidad que buscaba en el hospital donde el bebé estaba ingresado, ¿no habría conseguido eliminar impunemente a mi hijo y extinguir su breve memoria de la vida?

Pero al cabo de cinco semanas conseguí recobrarme. En ocasiones siento que puedo oír una voz susurrándome al oído que todo lo que realmente logré fue resignarme a no

asesinar al recién nacido, evitando el castigo de la ley y una profunda depresión, y accedí a que mi hijo se sometiera a una operación. Desde entonces, apartando la calamidad que ha continuado asaltándonos como familia, hemos sobrevivido. Y mi hijo ha pasado su decimonoveno cumpleaños. Aun así, ningún detergente poderoso me ha permitido borrar de mi existencia esas desdichadas cinco semanas, ni tampoco espero lograrlo mientras viva. Basándome en este sentimiento, espero que, a medida que mi hijo desarrolle el poder de su inteligencia, paso a paso y deliberadamente, llegue el día, habiendo alcanzado determinada etapa, en que diga lo siguiente (imagino que su voz será suave, como cuando, a los cinco o seis años, era capaz de distinguir hasta un centenar de reclamos de pájaros, y murmuraba, por ejemplo, martín pescador, martín pescador rojo): «Padre, a decir verdad, desde que era muy pequeño he tenido el mismo sueño. Aún soy más pequeño en mi sueño, apenas recién nacido, y tú te esfuerzas por encontrar una manera de asesinarme.»

También pensaba acerca de la disfunción de Eeyore en relación con la muy positiva función de los sueños. Era probable que fuese útil preparar una réplica a mi esposa cuando me preguntara por qué hasta ahora no había empezado a lamentarme de la incapacidad de Eeyore para soñar.

Yo sueño. A veces mis sueños revelan un túnel de escape que conducen a la brillantez más allá del mundo real que me constriñe. Mi hijo, aún más estrechamente constreñido que yo por el mundo real, también sueña. Quizá sus sueños sean su túnel de escape; y quizá, si algo parecido a la delgada luz solar del invierno brilla en ese túnel, ese túnel y el mío puedan conectarse. En el túnel de mi sueño yo advierto a mi hijo liberándose en el interior de su propio sueño...

Tuve un sueño real que iluminó esta formulación lúcidamente desde el principio al fin. Acababa de empezar

mi dedicación a la lectura de las Profecías de Blake, con la ayuda de los comentarios de David V. Erdman. Leer a Blake estuvo directamente relacionado con mi sueño. Quizá debiera decir que mi sueño estaba basado en mi lectura de Blake propia de un aficionado y distorsionada.

El mundo de la poesía mitológica de Blake rebosa semidioses que manifiestan el poder y la función del universo, figuras bien conocidas como Urizen, Luvah, Tharmas y Los. Están luego Ahania, Vala y Enion, semidioses que también son únicos para Blake y que pueden considerarse proyecciones del principio femenino. A continuación vienen los personajes simbólicos que sirven para poner de manifiesto la estructura de este mundo como parte del universo divinamente ordenado, un reparto de muchos personajes. Cada vez que me encontraba con un nuevo nombre lo subrayaba, tomaba una nota al margen y trasladaba el nombre a una ficha índice; de este modo me familiaricé gradualmente con las Profecías de Blake. Su fuerza para expresar su simbolismo con esa vivacidad que parecía empírica, actuaba asimismo sobre mi cerebro mientras soñaba.

La escena de mi sueño era un vasto prado más allá de aquel túnel que llevaba fuera de los constreñimientos del mundo real. En un punto que no era visible desde dentro del túnel hay un joven pero robusto acebo. Ah, me doy cuenta, en sueños, de que el lugar que he estado imaginando hasta ahora es ese vasto prado. En este caso, el túnel del sueño de mi hijo debe conducir también allí. En efecto, como si estuviera dotado del poder de ver por vez primera mediante el propio pensamiento, contemplo a Eeyore recién salido de su propio túnel, radiante en la desnudez con que nació. Permanecía en pie, como en la pintura temprana de Blake *Día gozoso*, bañado en luz solar, agitando ampliamente los brazos y balanceándose sobre una pierna. Yo no sólo aceptaba la desnudez de mi hijo como algo natural, sino que estaba convencido de que ese cuerpo fuertemente musculado era su verdadera esencia (un temor al alimento tóxico le había empujado recientemente

a restringir sus comidas, y había perdido peso, pero aún era fofo en el pecho y en el vientre); que el cuerpo de un hombre, en palabras de Blake, «no existe separado de su alma».

El cuerpo de Eeyore desnudo y quintaesenciado fue una revelación para mí. Lo describí, con su papel en mi sueño, en una nota que garabateé en una ficha índice junto a mi cama en el instante en que desperté: *Mi hijo me presentaba el cuerpo más hermoso de su vida. Una ondulación joven de músculos templados bajo la piel radiante de un niño. La sensibilidad y el espíritu que se revelaban en ese cuerpo son inequívocamente simbólicos. Son la lúcida expresión de cierta esencia espiritual. Soñando, comprendo perfectamente que esa esencia, en el universo de mi sueño, definido sólo por símbolos espirituales, se conoce como «Eeyore». Mi hijo ha caído sobre la tierra para revelarme la esencia espiritual «Eeyore». De no haber existido él, yo ciertamente habría perecido sin haber descubierto nunca la esencia espiritual «Eeyore». Ahora soy consciente de que para mi hijo, en mi sueño, yo también aparezco como un símbolo que manifiesta cierta esencia espiritual. Advierto que he asumido la forma de los pájaros cuyas voces eran los únicos sonidos de los que él obtenía placer al oírlos, siendo un niño pequeño. «Reyezuelo» es la esencia espiritual que transmite mi vida. Si pudiera ver su forma, invisible para mí, me sería revelado el sentido de mi vida, habiendo nacido en el universo para laborar, entristecerme, aprender y olvidar. Con el tranquilo batir de las alas del reyezuelo, vuelo hacia la cabeza brillante de mi hijo, tratando de ver mi propia forma reflejada en sus ojos*.

Pero un oscuro remolino me arrastró, bienaventurado por haber tocado el meollo del significado universal de mi vida y aterrorizado al despertarme en este lado del túnel. Pero, incluso despierto, como he descrito el sueño en la ficha índice, sentí que la esencia espiritual «Eeyore» aún la tenía firmemente interiorizada y que todo cuanto tenía que hacer para darle concreción era escribirla.

Lo específico de mi sueño puso en claro que estaba arraigado en mi recuerdo de *Día gozoso*, la pintura de Blake.

En el mundo de la épica mitológica de Blake se llama Orc y simboliza la pasión del fuego. En otro nivel simbólico, también representa la energía cinética de la Revolución Francesa, un tema de urgente interés para Blake. En el sentido en que yo usaba la expresión en mi sueño como si me resultara familiar, Orc personificaba en el mundo del hombre, y en el universo de los semidioses que abarcaba ese mundo, la *esencia espiritual* de la pasión del fuego. Veinte años después de que pintara *Día gozoso*, Blake le añadió un comentario que empieza así: «Albión se alzó de donde él laboraba en el molino con esclavos.» En el universo mitológico de Blake, Albión representa a Todo Hombre. Albión lamenta en el poema *Cantos de experiencia*, en el que un joven es quemado vivo: «¿Se hacen tales cosas en las costas de Albión?» Albión es al mismo tiempo la antigua palabra que designa a Inglaterra, el país de «la tierra blanca». Mientras estudiaba una reproducción de *Día gozoso*, se me ocurrió que en mi sueño había superpuesto la figura de mi hijo, la manifestación en el universo mitológico de la esencia espiritual «Eeyore», a la figura radiantemente gozosa de Albión, liberado de sus tareas por doquier en la tierra, supremo bien y forma bella de la propia condición humana.

Tuve otro sueño, también influido por una pintura de Blake, pero muy doloroso, en el que la esencia de Eeyore, cuerpo-y-espíritu, se reveló como maléfica. En este sueño, opuesto al anterior, Eeyore yacía desnudo como un espíritu tan ruin y miserable que bajé los ojos cuando me enfrenté cara a cara con él a la mañana siguiente. Una vez más está desnudo, pero en esta ocasión su desnudez, mientras permanece de pie en una cocina oscura, es fea y malévola. Ha entrado por una puerta trasera y está de pie con las piernas separadas, y yo me pongo en cuclillas, con el rostro contra su bajo vientre, como si lo masajeara, con el olor reptiliano tan fuerte que permaneció en mi nariz cuando me desperté. Descubro su pene para examinarlo; permanece

rígido aun después de eyacular, y recuerdo que ésta es la condición que los jóvenes de nuestra aldea llamaban «el hueso del tonto». Sencillamente, aun a oscuras, el pene de Eeyore, como una masa para moldear contenida en una bolsa de piel, estaba ensangrentado. Se había apoderado de mí la más honda desesperación y un extravagante júbilo combinado con aquélla, en lo que amenazaba con estallar en mí en un grito bronco. Sentí la agitada presencia, fuera de la casa, de los respetables ciudadanos que habían seguido a Eeyore y que no debían ser ofendidos, y dije, con una voz que pudo haber sido de desesperación o un alarido de alegría: «¡Eeyore, finalmente lo hiciste!» Mirándome, el rostro de Eeyore se hinchó hasta el doble de su tamaño. Los ojos, como los globos oculares de una vaca. El arco superior de su lengua se extendía en toda su longitud entre sus labios apenas abiertos. Y, por encima de todo, la anormal corpulencia de sus hombros y brazos y, cubriendo la piel de ellos, las escamas.

La expresión y el cuerpo de Eeyore en este sueño, sin duda alguna él a pesar de que no se le parecía en lo más mínimo, también tuvieron sus orígenes en una pintura de William Blake. La serie de Blake conocida como Cabezas Visionarias incluye una famosa obra titulada *El espectro de una pulga*. Durante cierto período de sus últimos años, urgido por el acuarelista John Varley, que también era astrólogo, Blake dibujó retratos de personajes mitológicos e históricos que se le habían aparecido en sus visiones. Siempre aseguró que su arte estaba basado en apariciones e incluso que copiaba su poesía tal como había oído decirla.

Una noche, a hora avanzada, junto a los retratos de personajes imaginarios e históricos, desde David y Salomón hasta Eduardo I, que aparecían como visitantes en el estudio de Blake, Varley descubrió la pintura *El espectro de una pulga*. Según el relato de Varley a sus amigos, que fue recogido, la historia de la creación de esa pintura fue como sigue. La noche anterior, cuando visitó a Blake, como tenía por costumbre, Varley lo encontró aún más agitado de lo que era usual. Ello se debía a que Blake acababa de

imaginar algo maravilloso, el «espectro de una pulga». Pero Blake no era capaz de plasmarla en una pintura. Como Varley presionara a su amigo para que pintara lo que había visto, Blake, que había empezado a fijar la mirada en un rincón de la estancia, declaró: «Está ahí... *Alcánzame mis cosas*... ¡No debo quitarle ojo!» Al describir la lengua en forma de dardo del monstruo, que asomaba entre sus labios y expresaba su malévolo apetito, el cuenco para recoger la sangre en su mano y las escamas verdes y doradas que cubrían su cuerpo, Blake procedió a pintar un retrato exactamente como el que describió, según Varley.

En la horripilante imagen de *El espectro de una pulga*, mi sueño me había revelado un Eeyore diferente. Pero la malevolencia de esta imagen, no menos que mi extraño grito, tenía su origen en mí y en nadie más. Esto no guardaba relación alguna con mi hijo. Por el contrario, yo me sentía como si me volviera hacia mí mismo y dijera: «¡Ahora lo veo! ¡Así son los retorcidos pensamientos que se dan en los límites exteriores de tu conciencia cuando consideras la manifestación de la sexualidad de tu hijo, ahora que tiene diecinueve años!»

Eeyore no hacía bromas sucias ni payasadas a propósito del sexo. Cuando se recibían en casa revistas mensuales, tamaño folio, llenas de fotografías de desnudos, las arrojaba a la basura sin abrirlas, tal como llegaban del correo. Aun admitiendo que su mojigatería era una expresión del dilema planteado por el sexo a su edad, no creo que el incidente de mi sueño hubiera podido darse en la realidad. En definitiva, las imágenes de mi sueño debían tener que ver con mi propia sexualidad.

Con todo, me sentí incapaz de mirar a los ojos a mi hijo a la mañana siguiente, y por la misma razón empecé a evitar *El espectro de una pulga* en los libros de arte. Pero la reacción de mi hijo ante la cabeza seccionada de M, que describí al comienzo de este capítulo, brindó la oportunidad de replantear mi relación con la pintura de Blake. Vino en forma de una carta de Martha Crowley, en la que dirigía mi atención a un ensayo sobre *El espectro de una pulga* en una

reciente edición de *Blake Studies*. Su carta decía lo siguiente: «Muchas gracias, profesor, por la maravillosa velada en su casa. La comida era deliciosa. Estoy avergonzada por la postura que adopté respecto a Eeyore. Sentí como si tocara la cabeza del fantasma de M con la mano, y eso me aterrorizó. Una vez en casa, hablé de usted con mi madre, cuya especialidad es la historia del arte europeo. Conversamos sobre Eeyore y sobre Blake. Mi madre sacó de la librería un ejemplar de *Blake Studies*, que el propio Geoffrey Keynes le había enviado cuando ella era joven. Huelga decir que quiso mostrarme las Cabezas Visionarias y *El espectro de una pulga* de Blake. Estoy segura de que usted ha tenido que leerlo. ¿No cree probable que Eeyore se expresara irónicamente cuando pretendió estar teniendo una visión de M, igual que Lord Keynes dijo que la tuvo Blake? ¿No estaba gastándonos una broma descomunal? Si éste fue el caso, cometí una equivocación al criticarle a usted como si aquello fuera un grave problema. Estoy segura de que usted ya lo tiene, pero le envío la segunda edición de *Blake Studies* por correo aparte.»

De esta manera leí inmediatamente el único ensayo que me había saltado a la vista del libro de Lord Keynes, responsable de la edición estándar de la poesía de Blake, y quedé impresionado por la elegancia de su argumento y por la manera en que Martha lo había aplicado al caso de Eeyore. No menos que el estilo de su prosa, las magníficas ilustraciones de este libro grande y que no es fruto de la precipitación, revelan a un hombre de cultura y amplios conocimientos, y refuerzan su tesis, que se desarrolla en el estilo informal de un diario. Dado que el análisis de Keynes es único, quisiera resumirlo aquí, evitando la repetición del episodio que ya he descrito.

Keynes presenta el relato de Varley, e incluye como ilustraciones todas las imágenes relacionadas con *El espectro de una pulga*. La pintura al temple queda ahogada por la virulenta presencia del Espectro que rebasa a las estrellas y a un cometa, los cuales son visibles a través de una oscura ventana. Hay también dos dibujos; uno se usa como

ilustración de la que podría llamarse «Guía zodiacal de las estrellas», de Varley. También se presenta su descripción de cómo la pintura de la pulga ilustra la relación entre la personalidad humana y los planetas. Al parecer, la pintura de Blake apoya las teorías del astrólogo. El otro dibujo, coloreado al temple, es un ejercicio centrado en la parte superior del cuerpo, e incluye un detalle de la región en torno a los labios. Estos dibujos implican cierta jovialidad muy diferente del talante macabro de las pinturas al temple. Otro de los muchos aspectos de Blake como pintor.

Después de detallar la historia de estas pinturas en una narración meticulosa y premiosa, desde el momento de su creación hasta el momento en que se describen, Keynes desarrolla la postura, apoyada paso a paso en referencias concretas a los dos dibujos, que la pintura que se suponía un boceto para *El espectro de una pulga*, tal como había aparecido en una visión, en realidad estaba basada en la miniatura de una pulga incluida en un libro de «Micrografía» publicado a mediados del siglo XVII, un ejemplar del cual se cree fue visto por Blake. Al parecer, Keynes había sido cirujano durante muchos años: su aproximación era definitivamente la de un científico. Sugiere que Varley se mostró bien dispuesto a aceptar la explicación de Blake porque, de ser cierta, la pintura serviría como una inapreciable confirmación de sus propias concepciones astrológicas. Pero había pruebas que sugerían —proseguía Keynes— que Blake hablaba con ironía cuando declaró que el «espectro de una pulga» se le había aparecido antes, mientras manejaba su pincel de pintor.

El análisis de Keynes me mostró un nuevo rostro de William Blake y me abrió otro camino para pensar en la conducta de Eeyore como si se enfrentara directamente al fantasma de M. Tal como Martha lo había sugerido. El efecto liberador de esto me permitió contemplar *El espectro de una pulga* sin que se me hiciera un nudo en el pecho. No se trataba de que fuera más capaz de disipar mi ansiedad a propósito de un momento en el futuro, cuando pudiera revelar el «espectro de una pulga» en mi propio interior; era

yo, después de todo, quien había tenido aquel grotesco sueño.

Aquel otoño, mi esposa y yo hicimos planes para llevarnos a los niños a nuestra cabaña de las montañas de Izu. Diez años antes vimos una fotografía —bandadas de estorninos estallando en el cielo crepuscular desde las zelkovas japonesas, en un pequeño cabo que avanzaba mar adentro— y habíamos empezado a visitar el lugar para gozar de aquella vista impresionante con nuestros propios ojos. El terreno que acabé comprando allí estaba situado en una pequeña colina a espaldas de un acantilado cubierto de laurel, y más allá de unos bosques donde la delgada capa de tierra que cubría las rocas estaba entrecruzada por las raíces de viejos árboles. Había un solo árbol de la cera en la colina: en esencia, lo que adquirí fue un pequeño cuadrado de la ladera en torno al árbol.

La compra de ese terreno era en sí misma, considerando el estado de nuestras finanzas, un acto precipitado, pero me impulsó, por encima de todo, el árbol de la cera y también la variedad de los otros árboles, en especial las gigantescas zelkovas japonesas de los bosques de las inmediaciones. Debiera haberme contentado con poseer un solo árbol de la cera, para acercarme a él de vez en cuando a fin de examinar el tronco y admirar el follaje, para levantar la mirada a las ramas más altas y observar la espesa concentración de árboles en la inmediata vecindad. En lugar de eso, edifiqué una cabaña en la propiedad, añadiéndola a nuestra carga financiera, un paso que di por una premonición de que algún día, a no tardar, mi hijo y yo acabaríamos viviendo juntos en Izu. Puedo recordar muchos momentos en los que me dejé llevar por este sentimiento.

El año en que Eeyore ingresó en su segundo curso de clases especiales en la escuela media, empecé a despertarlo una vez en plena noche para acompañarlo al baño, como un experimento encaminado a curar su enuresis. En esos días yo permanecía levantado hasta el amanecer, trabajando o

leyendo, de modo que me resultó bastante fácil hacer eso. Además, la oportunidad de ver a Eeyore de nuevo después de que se hubiera ido a dormir, me hacía el efecto de un premio extra del día. Salvo por el siguiente punto difícil. Mientras Eeyore permanecía acostado, todavía medio dormido, yo le cambiaba el pañal —si estaba seco la operación se reducía a atarlo de nuevo— descubriendo su bajo vientre. En ese momento, recordando la película de dibujos animados que vi de niño, en la cual la serpiente Yamata no Orochi, de ocho cabezas, descubre sus colmillos para atacar, el pene de Eeyore se disparaba hacia arriba desde el lugar donde estaba confinado. Todas las noches, esta terrible visión me golpeaba el corazón. Cuando esto sucedía, Eeyore tenía la edad precisa en que el pene parecía aumentar de tamaño ante mis propios ojos.

Fui testigo de otro momento cuando acudí a recoger a Eeyore a la escuela media (aunque ya no precisaba que le acompañaran a la escuela ni fueran a buscarlo, debió haber sido un día de excursión, en que vino a casa más tarde de lo habitual). En medio de las sombras del anochecer en el patio de la escuela, emocionados todavía por su salida y por lo tardío de la hora, los niños se resistían a despedirse unos de otros. Eeyore estaba pegado a una niña quizá dos tercios más baja que él y con menos de la mitad de su peso, que cojeaba a causa de la polio, y le miraba a la cara mientras repetía pausadamente una despedida:

—*Adiós, adiós, ahora te dejo, con una sonrisa, hasta mañana*.

Aunque la mitad inferior del rostro de la niña era un triángulo agudo que parecía torcido, resultaba fácil leer en su amplia frente y sus grandes ojos su pena por la inteligencia rota por el demonio de la enfermedad. Eeyore la trataba con tanto cuidado como si fuera una frágil muñeca, y pude ver, aunque ella no dijera nada, que estaba muy complacida por sus atenciones. De repente, mientras estaba yo observándolos, una voz estalló convulsa en mi oído:

—¡Ya basta! ¡Esto es enfermizo, rastrero!

Junto a mí, rodeada por varias madres que también habían acudido a recoger a sus hijos, una joven profesora manifestaba en voz alta su desagrado por las palabras de despedida de Eeyore, rechinándole los dientes.

—¡Ya he dicho que se está excediendo! Una se siente como si le dijeran: «¡Todo irá estupendamente, muchas gracias!» ¡Es que me pone enferma!

Me resigné. No era una sorpresa que los sentimientos de aquella joven inexperta se irritaran a causa de la actitud de Eeyore; resultaba comprensible. Así que me adelanté con bastante calma para poner fin a las despedidas de Eeyore y vi a las madres encoger los hombros y bajar la cabeza, como si las airadas palabras de la profesora hubieran sido bofetadas en plena cara. Me sentí ultrajado. La profesora, moviendo en lo alto de sus amplias y firmes caderas un esbelto trasero, lanzó en torno a mí una mirada de desafío, con el rostro ensombrecido.

Parecía cierto que aquella profesora soltera había notado la presencia de un motivo sexual en la conducta de mi hijo cuando prodigaba sus efusivas despedidas. Pero yo me preguntaba si, sencillamente, no estaba atemorizada por el poder del macho sexual que estaba creciendo en el interior de la corpulenta figura de Eeyore, y que algún día no muy lejano iba a aparecer. Como en mi sueño, esto era una respuesta enraizada en la oscuridad sexual que ella llevaba en su interior.

Además de momentos como ése, contaba también el recuerdo de un incidente que me había perturbado profundamente en mi juventud —cuando sucedió, participó en él una persona con un deterioro mental—, pero lo que a mis ojos daba ahora relevancia al incidente era más bien su peso en mis sentimientos acerca del «lugar» y mi sensación de que yo debía asegurar un «lugar» que sirviera como morada última para mí y para Eeyore. Sucedió la primavera en que abandoné el valle en el bosque —recuerdo mi sensación de que la mudanza era algo temporal y que seguro que llegaría el tiempo en que regresaría a la aldea del valle— y fui a alojarme con una familia en una ciudad

de provincias. Era el último año de la ocupación aliada del Japón, y hubo una relación, al menos en mi imaginación, entre el suceso y la presencia de soldados americanos.

El hombre de la casa donde me alojaba, un militar de carrera que había perdido su trabajo cuando el Japón fue derrotado, me mostró una información sobre el suceso en un periódico local. En una islilla del mar Interior, un joven con una lesión cerebral había matado a una niña. Con una larga lanza de bambú la había atravesado desde los genitales hasta la nuca. Cuando fue detenido en el propio escenario del asesinato e inmediatamente después de éste, el criminal, que tenía mi edad, llevaba una gorra que imitaba la de los soldados americanos, hecha con papel de periódico. Esas gorras habían estado de moda un tiempo, y también yo sabía cómo hacer una...

Recuerdo que el ex coronel dijo que esperaba que el suceso no nos metiera ideas en la cabeza, pero no eran los detalles sexuales de aquel horror los que me preocupaban (sin duda me sentía impresionado, como quien hace un nuevo descubrimiento, porque pudiera decirse que los genitales humanos estuvieran relacionados, a través de los conductos del cuerpo, con la nuca). Lo que me causó zozobra fue la fotografía del escenario del crimen que acompañaba el artículo: la ladera de una montaña en una isla, un bosquecillo de bambúes y maleza espesa, estrechos campos que parecían incultos y, por encima de todo, una parte de la misma tierra honda que debía de ser fría y húmeda todo el año. Ahora se me ocurre que mi valle en el bosque y esa islilla eran topográficamente similares (aunque el valle, con su mar de bosques, tenía de elevado lo que la isla de hundida). Por entonces, yo había reconocido que lugares como ése también podían encontrarse en el valle, y los había imaginado con sus rasgos específicos. En esa clase de «lugares», las personas cometían acciones crueles y degradantes como aquélla. O quizá el lugar en sí hacía que la gente las cometiera. El artículo describía al joven como un idiota. Quizá su idiocia iba en el futuro a resistir la fuerza magnética de ese «lugar». En mi valle, los

niños evitaban ir a esa clase de lugar, y los mayores que se veían obligados a trabajar allí aceptaban la tarea a regañadientes y con rostros ceñudos. (Aquellos que para ganarse la vida debían cultivar los campos en esos lugares parecían hallarse bajo una nube, incluso a los ojos de los niños, y a nadie le extrañaba que murieran a edad temprana.)

Mi siguiente pensamiento me llenó de terror: yo había abandonado el valle para vivir en el «lugar» de un extraño, donde no había bosque ni hitos de referencia; sólo un río de una anchura desproporcionada y unos árboles que no resultaban familiares. No tenía medios de distinguir un lugar amenazador en sitio alguno de aquella ciudad provinciana. Lo cual significaba que yo podía ir a parar a uno de ellos en cualquier momento y no reconocerlo. Quizá estaba ahora mismo allí.

Recordé entonces un suceso menor que había ocurrido dos o tres semanas antes. El dueño y su esposa se habían ido de excursión y yo pasé la noche solo en la casa, con su hija, uno o dos años mayor que yo. En medio de la noche, bajé para ir al baño y la niña estaba peinándose lentamente en la inclinada cama artesana, en su habitación, desnuda hasta la cintura, con la puerta abierta. Oriné y regresé al piso de arriba sin volver a pensar en ello. Sólo cuando regresaron sus padres a la mañana siguiente consideré, con desdén, que ella había tratado de atraerme: si esta casa de huéspedes se hubiera edificado en uno de esos «lugares», yo habría podido atravesarla con una lanza de bambú desde los genitales hasta la nuca. Fui consciente del temor que me había rondado la cabeza y de un retorcido deseo de pasiones oscuras. ¡Cómo anhelaba yo regresar al valle en el bosque! ¡A un mundo donde cada lugar imaginable era familiar para mi cuerpo y mi espíritu!

Han pasado los años, y he descubierto para mí y para Eeyore un lugar que, en cierto sentido, era otro valle en el bosque, con una topografía que yo podía leer claramente. Eso pretendía yo, en definitiva, cuando me hice con mi propio árbol de la cera de montaña, en la falda de una

colina bordeada de bosque virgen, en la península de Izu, y levanté una casa en sus proximidades. Tracé mi imagen de una cabaña y se la envié a un arquitecto al que conocía desde niño. Hasta que la cabaña real estuvo terminada no me di cuenta, con sorpresa, de que mi imagen de una morada definitiva había estado exenta del mínimo realismo. Yo había dibujado una casa bajo el verdor lujuriante de un árbol de la cera, pero el terreno estaba casi por entero en una ladera, y el árbol en cuestión, junto a un ciprés que había crecido recto y sobresalía por encima de sus ramas plenas de hojas, se localizaba hacia la parte más baja. Una vez terminada la casa, desde la sala de estar, en la segunda planta, se tenía una vista sobre el árbol de la cera y el ciprés. Esta discrepancia me sirvió para aprender una vez más sobre la clase de «lugar» que había deseado.

Habíamos planeado pasar en Izu el domingo que se celebraba el aniversario de la escuela media privada a la que acudían los hermanos menores de Eeyore. Pero se aproximaba un gran tifón, y un parte meteorológico predijo que la tormenta se desplazaría tierra adentro, y precisamente pasaría sobre la península de Izu la mañana en que íbamos a estar en la cabaña. Mi esposa y yo abandonamos la idea de la excursión y se lo dijimos a los niños. Eeyore estaba escuchando y no reaccionó, de modo que di por sentado que un viaje a la cabaña no revestía particular importancia para él.

Sin embargo, aquel sábado, precisamente a la hora en que hubiéramos debido salir de casa, Eeyore se plantó de pie ante la puerta principal con el calzado fuerte y pesado, de piel, que normalmente se negaba a llevar, una gran mochila a la espalda y un gorro de montañero, y anunció, como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo:

—*¿Nos vamos? ¡Yo me voy a la casa de Izu!*

En realidad, para cuando mi esposa vino a mi escritorio y me dijo, tras un silencio mientras parecía recobrar la compostura, «Parece haber retrocedido a la situación en que se encontraba cuando estabas en Europa», ella y Eeyore ya se habían embarcado en un diálogo de casi una hora

junto a la puerta principal de la casa, en susurros con objeto de que no fueran audibles para mí desde mi habitación de arriba. Mi esposa argumentó y le halagó. Como respuesta, según contó ella, Eeyore se limitaba a decir:

—*¡No, yo me voy a Izu!*

Finalmente, mi esposa le amenazó con una regañina mía si le oía mostrarse tan irrazonable mientras yo estaba trabajando en mi estudio, pero lejos de asustarse, apartó la mirada de su madre y de sus apenados hermanos y, en un curioso despliegue de obstinación, permaneció con la mirada perdida y los ojos sin expresión. Entonces dijo lo siguiente, con una contundencia que hizo revivir al instante a mi esposa la desesperación que había experimentado durante mi ausencia la primavera anterior:

—*¡No, papá ha muerto! Ha muerto, ¿sabes? Me voy a Izu solo. Porque papá ha muerto. ¡Adiós a todos!*

No pronunció este ultimátum de forma perentoria. Se limitó a plantarse ante la puerta principal como si la familia no se hubiera puesto de acuerdo en cancelar el viaje a la península de Izu. Hizo su primer anuncio en voz alta, pero cuando el resto de nosotros no apareció con el equipaje, continuó esperando, aunque desconfiadamente. En este punto, echando mano de sus estrategias normales y cotidianas, mi esposa y los hermanos de Eeyore intentaron convencerlo de que el viaje a las montañas había sido suspendido. Mi hija recurrió a su interés por el mapa del tiempo en televisión, recordándole que se fijaba todos los días en el tiempo y en la temperatura media de las principales ciudades del país:

—¡Eeyore, se acerca un tifón! Me pregunto lo bajo que pasará, ¡y apuesto a que hará mucho frío!

Etcétera. Su hermano compartió sus conocimientos, que probablemente había adquirido en una revista, sobre la península de Izu, que flotó en el Pacífico hasta que colisionó con su actual localización y quedó soldada.

—Si es así, la península podría volver a flotar algún día en el Pacífico. ¡Y podríamos no regresar nunca más!

La respuesta de mi hijo a este argumento de persuasión fue sencilla y apropiada, y por esta razón, formidable:

—Tengo un suéter de invierno. Creo que debería cogerlo antes de que la península de Izu se vaya flotando. ¡Dicen que se acerca un tifón!

Eeyore ya era consciente, porque veía la televisión, de que un tifón se estaba aproximando a la península de Izu. Como trataba de hacer el viaje a pesar de la tormenta, disuadirle refiriéndose al tifón carecía de sentido. Lo que se necesitaba era algún otro monstruo terrorífico para reemplazar la imagen del tifón en su conciencia. Pero ¡qué esfuerzo fútil, por no decir desagradable!

Mi esposa continuó con su charla monótona, y su vitalidad parecía batirse en retirada. Cuando alcanzó el punto en que Eeyore había empezado a insistir en que su padre estaba muerto, se volvió a medias y habló con calma, dirigiéndose a las estanterías de libros adosadas a la pared.

Miré por la ventana. Entre los pocos árboles de nuestro jardín, el cerezo silvestre, el abedul y la joven stewartia se inclinaban empujados por el viento. Sólo la camelia, con su grueso tronco y su rígido follaje, permanecía quieta; pero si se miraba de cerca, incluso la camelia se movía, aunque con un ritmo distinto. El viento silbaba a través de los árboles y por encima de ellos, rodando lentamente por el cielo y gimiendo. Desde aquella mañana el tiempo estaba ventoso, y llovía a rachas; era como si gruesas gotas de rocío colgaran pesadamente en el aire. A través del cristal de la ventana en la que la lluvia trazaba líneas y luego las borraba, yo observaba el mundo exterior. En la distancia, el cielo era negro cerrado y amenazador; en su seno, bancos de nubes oscuras y más oscuras bullían y ondulaban. Aun así, el viento no era tan fuerte como para no poder caminar en dirección contraria —eso es lo que diría Eeyore—, y no llovía con bastante intensidad como para necesitar paraguas. De hecho, él ya había caminado hasta la parada del autobús aquella mañana, e hizo el recorrido de ida y vuelta de su escuela especial.

Yo había estado trabajando en un ensayo para una

serie que estaba redactando con algunos amigos, lo dejé de lado y me levanté. Sentí a mi esposa vacilar como si estuviera asustada —seguía con la vista apartada de mí, en silencio—, pero en ese momento yo no estaba enfadado con Eeyore. Simplemente, estaba perplejo. Experimentaba los mismos sentimientos que mi esposa, o al menos debería experimentarlos. De todos modos, me encaminé a la escalera. Creo que estaba admitiendo que no sería difícil convencer a Eeyore de que podíamos quedarnos en Tokio mientras el tifón pasaba. Pero cuando miré su gran cabeza y la abultada mochila que llevaba a la espalda, ahora del tamaño de la de cualquier adulto, y vi la antigua muñeca atada a su hombro y su costado derechos mientras se mantenía plantado fieramente frente a la puerta, sentí que me abandonaba el sentido común, que me invadía una estremecida sensación de desamparo, y empecé a tomar la resolución de partir con Eeyore hacia la tormenta y el azote del viento que nos aguardaban en Izu.

La gran muñeca que llevaba amarrada a su cuerpo, de casi un metro de altura, con abundante cabello negro, ojos insinuantes y un incisivo saliente, era la Pequeña Chiyo, una muñeca sucia y deteriorada que había permanecido abandonada en el cobertizo cuatro o cinco años: Eeyore parecía un guerrero a punto de librar su batalla final y desesperada, con su criatura al lado.

—Cuando le dije que ninguno de nosotros iba a ir a Izu, sacó a la Pequeña Chiyo.

La voz de mi hija sonaba cohibida cuando informaba a su madre del asunto de la vieja muñeca. Su hermano menor también parecía apartarse de los ojos muy abiertos de la muñeca.

—Me voy con él. Desharé el equipaje de los demás.

Mientras rehacía mi maleta en la sala de estar, el hermano menor de Eeyore se aproximó en silencio y trató de coger sus cosas. Al parecer estaba urgido por sentimientos que reflejaba cabalmente la ansiedad de mi esposa, quien ahora manifestó:

—Es una buena idea. ¡Es mejor que vayáis los tres en

lugar de sólo papá y Eeyore!

—No. ¡Eeyore y yo iremos solos! —dije, consciente de que mi voz fuerte le parecería una dolorosa bofetada al hermano de Eeyore.

Me estaba autoafirmando violentamente: el resto de la familia, aquellos que deseen continuar existiendo en este mundo, están dispensados, pero Eeyore y yo ¡somos libres para conducirnos tan locamente como se nos antoje!

Los hermanos menores de Eeyore, como si estuvieran avergonzados de sí mismos, aunque no hubiera razón para sentirse así, se retiraron a sus habitaciones. Sin dirigir otra palabra a mi esposa, poseído por un «brinco», salí de casa con Eeyore y su muñeca como si fuéramos dos reyes que partían a las Cruzadas.

Tomamos la línea de Odakyu desde Seijo Gakuen hacia la estación de Odawara, y viajamos de pie, apretujados entre los viajeros habituales que llenaban el tren. Con todos los ojos fijos en él, Eeyore se negó a apartar a la Pequeña Chiyo o siquiera su mochila. Miraba obstinadamente el suelo, cabizbajo, comportándose como si hubiera emprendido un viaje él solo, y ni siquiera pudiera darme su equipaje para que lo colocara en la red sobre nuestras cabezas. Permanecimos de pie, espalda con espalda, como si fuéramos extraños, pero el olor corporal de Eeyore era curiosamente fuerte, de tal modo que yo podía decir, incluso vuelto de espaldas a él, que no se había apeado en una estación del trayecto y continuaba a mi lado.

En Odawara transbordamos al Ferrocarril Nacional, y hasta Atami el tren parecía normalmente atestado para la hora que era, pero cuando nos cambiamos a la línea de Ito, después de comprar comida envasada para cenar, había muy pocos pasajeros. El mar estaba ya oscuro, y la falda de la montaña se cubría también con una pesada sombra, pero había instantes en que la luz brillaba débilmente entre los árboles cuando éstos se inclinaban a causa del viento. Mientras cruzábamos un puente de hierro alcancé a ver un río crecido. Los árboles agitados por el viento y el agua que caía me hicieron recordar las noches de tempestad en el

valle del bosque. Eeyore ocupaba el asiento contiguo, dándome la espalda, y había colocado su molesto equipaje en el asiento de al lado. Yo permanecía sentado como si estuviera solo, junto a la ventanilla sobre la que la lluvia y la oscuridad de la noche tendían una cortina, y recordaba el viento y la lluvia en el bosque. Las noches de tempestad me sentía ansioso y en alguna medida horrorizado, pero las gentes de la aldea del valle parecían mantenerse unidas. En una novela que leí en cuanto pude hacerlo en francés, había una escena del día en que empezó la Gran Guerra, cuando las personas experimentaron *une grande communauté*, y yo estaba seguro de haber entendido ese momento perfectamente. Los pensamientos sobre el curso futuro de la vida que yo iba a llevar estaban incluidos en la exaltación y la incomodidad de esas noches de tormenta en el valle, pero nunca se me ocurrió que me aguardara una vida tan indecorosa como la mía. Avergonzado por mi sentimentalismo, saqué de la maleta *La vida de William Blake*, de Mona Wilson, un nombre que había estado oyendo desde hacía algún tiempo.

Cuando llegamos a Ito, supimos que por el tramo siguiente no se podía circular. Eeyore continuaba comportándose como si viajara solo, pero como esto incluía escuchar cuidadosamente los anuncios en la estación, no hubo necesidad de explicárselo. Cuando salimos de la estación, Eeyore siguiéndome a dos o tres pasos, llegué a un acuerdo con uno de los taxistas que esperaban a los pasajeros, en medio de lo que era ahora un aguacero, para que nos llevara a nuestro refugio de montaña en las alturas de Izu.

—¿Tiene que ir a vigilar su casa? ¿Podré pararme a comprar pilas para mi linterna? —preguntó el conductor, esforzándose por no quedarse mirando a Eeyore—. Si la cosa se pone realmente fea, doy media vuelta; ¡no puedo dejarles y luego no poder regresar yo! ¡Dicen que el tifón va a descargar de pleno sobre Izu! ¿Es que se ha dejado la casa abierta?

Mientras circulábamos, la tormenta se volvió violenta,

pero el conductor consiguió llevarnos a nuestra cabaña. Incluso nos iluminó el camino con los faros desde atrás, mientras avanzábamos los más o menos diez metros hasta la puerta principal, adonde llegamos empapados. El sendero a nuestros pies permanecía en la oscuridad; lo que los faros iluminaban con tanta brillantez que hería los ojos era el profundo océano de follaje de las enloquecidas ramas del árbol de la cera, que casi parecía llamear cuando el viento lo golpeaba contra el tronco del ciprés. Tras abrir la puerta de madera, conseguí empujar dentro a Eeyore antes de que el viento la cerrara violentamente, y luego rodeé la casa hasta la parte posterior, en busca de un haz de ramas secas para utilizarlas como combustible. De regreso, la leña que transportaba se enredó con la rama de un árbol, que se curvó hacia atrás y al recuperar su posición me golpeó en plena cara, arrancándome las gafas y haciéndome sangrar la nariz. ¡Qué inesperada fuerza desplegaba aquella tormenta, para detenerme cuando me secaba los labios y buscaba mis gafas!

Pero una vez hube cerrado la puerta tras de mí, experimenté cierta paz, muy diferente de mis dolorosos pensamientos hasta entonces. Ante todo, Eeyore se puso alerta nada más entrar y, con la electricidad cortada, parecía estar usando la linterna para moverse por el piso de arriba, desde el comedor a la sala de estar. Saqué toallas del baño y subí a llevárselas, junto con un colchón de mi dormitorio, lo bastante ancho para los dos si nos acostábamos bien juntos. Desnudé a Eeyore y él mismo se secó, mientras yo regresaba al piso de abajo en busca de sábanas. Adivinando mi intención de encender el fuego y dormir frente a la chimenea, tomó posiciones, enderezó el colchón y colocó a la Pequeña Chiyo en el suelo, junto a aquél.

Puse un montón de ramas secas en el hogar y, encima, encendí algunas páginas arrancadas de una revista. Como no había abierto la válvula del gas propano, situada en el cobertizo en el extremo de la propiedad, no pudimos hervir agua. Le di a Eeyore el envase de comida adquirido en la

estación del tren y un tazón de agua, vertí en mi propio tazón el sake que quedaba en la cocina, en una botella de dos litros, y empecé a beber mientras vigilaba el fuego. Eeyore, con su voluminoso cuerpo encorvado en la oscuridad, miraba de reojo el envase de comida para inspeccionar su contenido mientras lo tomaba. Comía en silencio, demorándose mucho, y luego se tendió en el mismo centro de la colcha que cubría el colchón, colocando a su lado a la Pequeña Chiyo. Cayó dormido, roncando ruidosamente, como le ocurría siempre después de un ataque. Me quedé solo ante el fuego que pugnaba por mantenerse.

El viento y las espesas cortinas de lluvia golpeaban las contraventanas de madera. Un gran dragón de viento se enroscaba a través de las hojas de los arbustos alrededor de la casa. En lo alto del cielo y en el espacio que ascendía abruptamente desde el camino que discurría a lo largo del lado de la casa donde estaba la cocina —más allá, en el terreno al otro lado del camino, el espacio era lo bastante amplio como para acoger un pino en el que siempre se posaban grandes cornejas—, pude oír el chirrido del viento desatado refrotándose contra sí mismo, una capa sobre otra. En un momento dado también oí un chasquido, como si un gran árbol hubiera sido cortado por el tronco (a la mañana siguiente, y dado que los pinos eran escasos en la zona, el único árbol dañado, salvo los más jóvenes, resultó ser el gigantesco pino frente a la cocina, cuyo olor a resina era tan fuerte que me producía dolor de cabeza).

Mientras dormía, los ronquidos de Eeyore habían cambiado a un sonido semejante a un lamento. Tendido de espaldas sobre la colcha que cubría el colchón colocado en el suelo, donde yo me sentaba, con las piernas abiertas, parecía una momia en su tumba. Junto a él, con sus ojos provistos de muelles también cerrados, la Pequeña Chiyo era una momia más pequeña enterrada con su amo.

Avivé un poco el fuego, pues había quedado leña, y leí a Mona Wilson a la luz del hogar, sin ayuda de las gafas, inclinando el libro hacia aquél. Había llegado al capítulo en

el que interpreta *Los cuatro Zoas* como yo recordaba en mi primer encuentro con este poema épico en mi juventud, y me sentí de nuevo atraído por él. El panteón de semidioses de Blake explica que el mundo que conocemos ha caído desde su bienaventuranza primordial, y las dos mujeres entre ellos, Ahania y Enion —que pueden considerarse emanaciones de los principales semidioses o de sus consortes, y que también simbolizan las diversas esencias de este mundo—, se reúnen para lamentarse. Relatan lo que acontece en las «cavernas cósmicas de la tumba». Hablan del *Hombre, el Hombre eterno*, que debe permanecer dormido tanto tiempo como los mortales vivan en confusión.

Llega el tiempo en que el *Hombre* observa, como en un sueño, el árbol, la hierba, el pez, el ave y la bestia. Recogiendo las partes desperdigadas de su cuerpo inmortal, piensa restaurar la forma elemental a partir de la cual crecen todas las cosas. Este Hombre eterno, con H mayúscula, como en *Ese Hombre debería laborar y entristecerse y aprender y olvidar y regresar / al oscuro valle del que vino para empezar de nuevo sus tareas*, era por supuesto Albión, la existencia humana última. Hubo un período en mi juventud en que vi mi destino en el suyo, y en su dolor, el mío. En el pasaje siguiente, Albión se lamenta del destino que le impone de nuevo el sufrimiento en este mundo real, a fin de redimir a la humanidad a través de Cristo, «el cordero de Dios»:

Con dolor suspira con dolor labora en su universo / gritando en pájaros sobre lo profundo y aullando en el lobo / sobre matar y gemir en el ganado y en los vientos / y llorar sobre Orc y Urizen en nubes y fuegos llameantes / y en los llantos del nacimiento y en el estertor de la muerte su voz / se oye por todo el universo allá donde crece una hierba / o unos retoños de hojas a El Hombre Eterno se le ve se le oye se le siente / y todas sus Penas hasta que recobre su antigua bienaventuranza.

Aprendiendo una lección de Blake, pude oír la existencia y la tristeza de El Hombre Eterno en el sonido del

viento y la lluvia envolviendo la casa. Aunque sabía que la sala de estar se iba a llenar de humo, dejé cerrado el tiro de la chimenea para evitar que la lluvia penetrara en ella, pero el gemido al otro lado del cierre del tiro era como un aullido de dolor de la gigantesca garganta del Hombre.

Cuando repasaba el pasaje citado por Mona Wilson, fui consciente de un hecho que parecía tan incontrovertible, que me sorprendió que yo mismo lo hubiera pasado por alto hasta ahora. En mi novela corta *El día que él se digne secarme las lágrimas*, representé al padre como ***ano hito*** (ese hombre). El significado que intenté transmitir con la negrita cursiva, si me hubiera expresado en inglés, habría sido *Man* (Hombre), con M mayúscula. Admito que fui influido por mi lectura del lenguaje de Blake. En un nivel, el ***ano hito*** de mi relato era «padre», y en otro nivel era un símbolo, como en Blake, de Todo Hombre.

En mi larga novela *El juego contemporáneo*, llamé al patriarca que vuelve a la vida una y otra vez el «Hombre que deconstruye». En este mundo contemporáneo caído, que corresponde al mundo real de Blake, el cuerpo del Hombre que deconstruye ha sido cortado en pedacitos y sepultado en el bosque. En un sueño apasionado y doloroso, un niño reúne los fragmentos uno a uno e intenta devolverles la vida y restaurar también la vida de la Edad, pero finalmente es incapaz de realizar su tarea y se aflige. Martha Crowley había preguntado sobre la relación entre este episodio y el mito de Osiris y otras fuentes. Pero ¿acaso no estaba yo, sencillamente, reflejando las circunstancias del Hombre de Blake antes de que él renaciera? Más adelante fui capaz de confirmarlo cuando leí el análisis de Kathleen Raine sobre Blake como místico. Tal vez, para resumir, yo había estado escribiendo novelas durante casi veinticinco años simplemente para volver a expresar, con mis propias palabras, los versos de Blake que había visto en la biblioteca universitaria cuando estaba yo entrando en la edad adulta. Pero esto no fue sólo un proceso de influencia inconsciente; yo había comprendido que utilizaba la poesía de Blake como fuente de mi obra de ficción en numerosas

ocasiones.

Sentado entre la chimenea y el colchón donde Eeyore dormía, me amodorré. Sentía la suma total de mi trabajo como autor como superficial y simplista, imposible de comparar con una sola página de Blake; por añadidura, me parecía que había fracasado en la única cosa que debiera haber hecho, y ahora el tiempo pasaba. Había declarado mi intención de definir para mi hijo todo lo que hay en este mundo y es de este mundo, pero no lo hice. Las definiciones también eran para mí, pero las estaba descuidando. ¿No estaría usando el daño cerebral de Eeyore como una excusa para no tomarme aquella tarea en serio? Si estaba claro que había en mí algo infantil, aunque me aproximaba a los cincuenta años —era probable que fuese ante todo mi infantilismo lo que mi esposa y los hermanos de Eeyore padecieron a propósito de nuestro viaje a la cabaña—, ¿ello no se debía a mi dependencia de la incapacidad de Eeyore y a mi deseo de permanecer con él para siempre en el ámbito de la infancia?

Supongamos que hoy día él fuera un estudiante de segundo curso universitario, con su cerebro intacto, y viniera a mí con la siguiente pregunta: «Padre, dime lo que piensas sobre la muerte, con toda la sinceridad que te sea posible. He leído todas las definiciones que has escrito hasta ahora y no estoy convencido. No te pregunto sólo para presionarte. ¡Estoy inquieto! Por favor, ayúdame; dame la definición de muerte que has conseguido extraer de todos tus años de vida.» Si un hijo mío con la mente sana me planteara esa pregunta, ¿podría quedarme aquí sentado, perdido en mis cavilaciones mientras él me miraba fijamente a la cara?

Si yo intentara una definición de la muerte para un Eeyore cuya inteligencia hubiera sido restaurada, hay un verso otra vez en *Los cuatro Zoas*, hacia el comienzo, que aportaría una indicación. Como sugiere el título, tomado de «las cuatro criaturas vivas» en la versión griega del Apocalipsis, hay cuatro principios fundamentales del universo, uno de los cuales viene simbolizado por el dios

Tharmas, que representa la sustancia material de este mundo, y cuya consorte, Enion, que ya he mencionado, es un símbolo de la libertad material. Al comienzo de este poema épico, como manifestación de la confusión del mundo, Tharmas y Enion deben separarse, y me obsesiona su cántico en el que expresan la pena en el momento de la separación. Me inspiran un sentimiento especialmente intenso los versos de Tharmas cuando se sienta a llorar entre sus nubes, temblando y pálido: *y yo soy como un átomo / una nada abandonada en la oscuridad pese a que soy una identidad / yo deseo y siento y lloro y gimo. ¡Ah, terrible! ¡Terrible!*

¿Qué pasaría si me diagnosticaran un cáncer en el reconocimiento anual al que me someto en mi club de salud —digo esto a causa de una incómoda sensación de que en algo que llevo dentro de mí hay malignidad— y debiera prepararme para morir dentro de dos o tres años, por más desesperadamente que luchara para evitarlo? ¡Cómo podría yo trascender en ese período el actual estado de mi alma! Y cómo, por lo mismo, podría yo evitar decirle a mi hijo (ahora estaba absorbido por el supuesto de que mi hijo, un estudiante universitario de segundo curso y que me había formulado una pregunta, era un joven sano): «¡Eeyore! ¡En el momento de la muerte quizá tan sólo podamos repetir el lamento de Tharmas! Pálido y tembloroso, con la cama del gran hospital sentida como si fuera nuestras nubes... *y yo soy como un átomo / una nada abandonada en la oscuridad pese a que soy una identidad / yo deseo y siento y lloro y gimo.»* ¡Ah, terrible! ¡Terrible!

Pero ¿cómo podría el Eeyore cuya inteligencia permanecía intacta (a decir verdad, mi hijo, con el cerebro dañado, tenía sus propios temores a propósito de la muerte insondable y de su propia aproximación para trascenderla) animarse con una respuesta como ésta: «¡Ah, terrible! ¡Terrible!», por parte del padre con el que él contaba? El pensamiento me llevó a representarme a mí mismo añadiendo la siguiente explicación dirigida a mí mismo: «Lo que he leído de la biografía de Blake me lleva a creer que

tuvo una muerte espléndida. Completó una de sus iluminaciones únicas, pintó el retrato de su esposa y le dirigió palabras amables. Fue su compañera durante muchos años, una mujer a la que él había sacado de una ignorancia tal, que fue incapaz de firmar el acta matrimonial, y fue también su ayudante en el taller. Después de entonar un canto de alabanza a Dios, murió. Éste es el hombre que hace tiempo, siendo joven, cuando su amado hermano menor murió, vio su alma aplaudir gozosa porque se separaba del cuerpo. *El roble es cortado por el hacha, el cordero cae bajo el cuchillo / Pero sus formas eternas existen para siempre. Amén Aleluya*. Me pregunto si vivir no es más que un proceso de preparación para este delicioso medio día antes de la muerte. ¡Y qué si este delirio es mera ilusión, pues lo que sigue es la nada; por qué habríamos de inquietarnos por eso! El problema reside, en mi caso, en que yo no he sabido prepararme para mi medio día de delicia. Aunque me estoy aproximando a la edad en que murió mi padre, que sería tu abuelo.»

Parece que pronuncié estas palabras en voz alta (a decir verdad, estaba rodeado por el rugido de la tempestad, que no mostraba señal alguna de amainar), lo cual debe haber significado que estaba bebido. Creo que también estaba medio dormido. Ahora sentía el tacto de una mano tranquila y amable, que apenas me tocaba el hombro, el brazo y en torno al pecho, despertándome, y oí una voz:

—*¡Todo va bien! ¡Es un sueño, sólo estás soñando! No hay nada de lo que asustarse, ¡es sólo un sueño!*

Aun así, parecía que yo continuaba donde me había quedado, elevando mi voz contra el fragor del viento, hablando al medio fantasma que era mi hijo. Cuando abrí los ojos, Eeyore estaba arrodillado junto a mí, calmando mi cuerpo con ambos brazos extendidos, fijando en mí su mirada con sus ojos de color tinta bajo sus cejas, espesas y oscuras al resplandor del fuego. Cuando me senté, Eeyore se echó atrás con la agilidad que en ocasiones desplegaba, y colocando a un lado a la Pequeña Chiyo, me dejó sitio para dormir. Entonces se echó de nuevo boca arriba, como una

momia, con los brazos doblados sobre el pecho, y yo me tendí a su lado y extendí la colcha sobre ambos.

Por efecto del sake caí dormido en seguida, antes de que pudiera reflexionar sobre lo curioso de las palabras que me dirigió Eeyore. Por un instante, pareció ser consciente de algo que retrocedía silenciosamente a través del comedor contiguo a la sala de estar, y a través de la puerta, que había quedado abierta a la oscuridad de las escaleras situadas más allá.

Cuando desperté, el cuerpo de Eeyore no estaba junto a mí, la ventana situada más lejos de la chimenea, junto a la cual yo estaba echado, había sido abierta y la luz penetraba por ella. Sobreponiéndose al olor a humo que llenaba la habitación, el olor acre de pino era tan fuerte que me golpeaba la cabeza. Me volví hacia la luz y descubrí una figura recortada en tono oscuro, sentada, inclinada hacia delante, en una de las sillas de la zona del comedor, entre mi persona y la ventana blanqueada. Era mi esposa, y parecía abatida. A través del marco de la ventana iluminada por el sol, más allá de donde estaba ella, advertí que había algo fuera de lo común en relación con la vista exterior, que faltaba algo. Además, algo negro y plano aparecía y desaparecía en aquel espacio centelleante, como si fuera izado y luego se le dejara caer de nuevo. Obedeciendo a un hábito arraigado, tanteé en un espacio alrededor de mi cabeza y encontré mis gafas (que no debían estar allí) y reconocí aquella cosa negra como una corneja, debería decir una corneja grande y gorda, un pájaro viejo al que conocía bien. Se posaba en nuestro pino gigante y de vez en cuando emprendía el vuelo como para hacer algún ejercicio, se deslizaba fuera de la vista y luego regresaba y daba reposo a sus alas. Ahora, el nudo situado en un lugar descubierto, en una rama próxima a lo más alto del árbol, donde era fácil posarse, había desaparecido, y con él, el pino entero.

—Eeyore encontró tus gafas y no permitía que nadie

más te las trajera. Todos están fuera limpiando. Quieren almacenar las ramas rotas para usarlas como leña.

Mi esposa parecía haber percibido desde el principio que yo estaba despierto.

—¡El pino grande se ha venido abajo! Es extraño que un árbol viejo como ése haya sobrevivido a todo hasta ahora, y en una noche, de repente, se parta. La corneja está frenética.

—Cayó atravesándose en el camino y arrastró los cables telefónicos. Es como si hubieran construido un puente hasta nuestra propiedad. ¿Oíste el ruido?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Hemos llegado esta mañana.

—¿De veras? Creí haberte visto de pie en lo alto de la escalera a última hora de la noche.

Por un instante, el cuerpo recortado contra la luz pareció ponerse rígido; luego, con una voz que pugnaba por contener sentimientos intensos, mi esposa dijo:

—No era posible que estuviera de pie ahí, mirándote. Los tres nos alojamos en un hotel para hombres de negocios en Ito.

Después de que Eeyore y yo nos marcháramos, mi esposa y los dos hijos menores, de acuerdo con una propuesta hecha por el hermano menor de Eeyore, salieron hacia Izu en el tren bala desde la estación de Tokio. Pero incluso el tren bala llevó una velocidad más lenta en el trayecto a Atami como resultado del tifón, y para cuando llegaron a Ito y se enteraron de que la línea a partir de allí estaba interrumpida, eran casi las diez. El taxi que encontraron frente a la estación resultó ser el mismo que nos había llevado a nuestra cabaña a Eeyore y a mí. El conductor no estaba mal dispuesto a llevarlos también a ellos si estaban decididos a ir, a pesar de que el viento y la lluvia habían empeorado en las últimas dos horas, pero insistió en detenerse en la comisaría que había de camino, para registrarnos como familia potencialmente suicida. Entonces llevó a mi traumatizada esposa y a los niños a un hotel para hombres de negocios, repleto de clientes

habituales que se refugiaban allí de la tormenta, y les ayudó a inscribirse.

—¡Suicidio familiar, qué tipo más alegre!

Traté de disimular con una carcajada, pero el perfil en sombra de mi esposa permaneció rígido. Aquella mañana temprano, bajo un cielo claro y brillante, llegaron hasta aquí en un taxi, atravesando los lugares dañados por el temporal, pero en la misma entrada de la zona de casas de vacaciones un árbol derribado les obligó a bajarse del coche. Mientras se acercaban a la casa a pie, con árboles caídos alrededor y más arriba, y pedruscos volcados en el camino, mi esposa tropezó y se produjo erosiones en ambas rodillas. Precisamente ahora, alineando dos sillas, acababa de curárselas. A medida que mis ojos se habituaban al brillo y a la sombra, me percataba de sus dos piernas, inesperadamente gruesas, levantadas frente a ella.

Me tumbé de nuevo. Las vigas de madera sin pulir, cruzándose en el techo, brillaban pálidas en las sombras. Cuando estábamos construyendo nuestra primera casa, yo bromeaba diciendo que preferiría no tener vigas vistas, porque sin ellas no podría colgarme. Mi esposa le comunicó eso, literalmente, al arquitecto, y cuando cinco años más tarde le pedimos a la misma persona que proyectara nuestra casa en la montaña, en lo que pudo ser una forma de compensación psicológica, le pidió vigas vistas en la zona de estar y comedor.

—Estaba pensando en lo que el taxista dijo sobre el suicidio familiar —empecé—. ¿No crees que lo que le indujo a decir eso fue más el hecho de que nos fuéramos a las montañas en medio de un tifón, que algo que vio en mí y en Eeyore o en ti? Deben de haber ocurrido sucesos así en el pasado.

Mi esposa declinó mi invitación a generalizar, y en cambio pronunció las palabras que debió haber estado considerando interiormente hasta ahora:

—Has dicho que me viste de pie aquí la pasada noche. Debería estar agradecida por ser yo y no el «espectro de una pulga». En la carta que me dirigió, Martha escribió que lo

que la asustó no fue que Eeyore viese el espectro de la cabeza cortada de M, sino que el profesor también parecía mirarla con él. Ayer, Saku dijo que Eeyore probablemente se calmaría cuando llegara a la casa, pero no había manera de saber qué podía estar pensando papá cuando se fue a Izu. Así que mejor ir tras ellos, dijo, ¡por causa de papá!

Podía oír lo que ahora era un seco y uniforme viento y las voces de los niños, en particular las campanudas instrucciones de Eeyore a sus hermanos menores para reunir pequeños fragmentos de madera, mientras él cargaba con lo más pesado. Yo seguía echado, cavilando sobre cómo me aproximaría a mi esposa y le explicaría por qué la mitad de mi cara estaba hinchada. Dada mi conducta el día anterior, debía tener derecho a reparar el daño psicológico entre mi esposa y yo y los hermanos de Eeyore. Me senté a la luz y dije lo siguiente, como para animarme a mí mismo y a los demás, consciente del titubeo de mi esposa, una vez más, al darse cuenta de la inflamación de mi cara:

—Quizá Eeyore no sueñe, ¡pero sabe que la gente sueña! A medida que se hace mayor, si finalmente llega el día en que sueñe, creo que será capaz de decir que aquello fue un sueño. Aprender que por eso la noche anterior valió la pena.

Yo temía que el primer sueño de Eeyore fuera doloroso, y que para entonces yo ya no estuviera vivo y, por tanto, no pudiera permanecer a su lado. Pero sabía que Eeyore sería capaz de decir, volviéndose hacia sí como soñador: «*Todo va bien. Todo va bien, sólo es un sueño*.» ¿Por qué debería atormentarme? Eeyore sería capaz de volverse hacia sí mismo y proseguir: «*¡Tan sólo estás soñando! No hay nada en absoluto que temer. ¡Es sólo un sueño!*»

5

EL ALMA DESCIENDE COMO UNA ESTRELLA FUGAZ HASTA EL HUESO DE MI CALCAÑAR

Es extraordinario cómo pueden coexistir en la invención de Blake lo grotescamente extravagante y lo familiar. He tenido esta sensación a menudo, y además he leído numerosos pasajes que de algún modo concuerdan con detalles de mi vida con mi hijo. En el comienzo del poema épico *Milton*, por ejemplo, el poeta desciende a este mundo caído, después de haberse elevado al cielo, e intenta llevar por el camino de la salvación a su esposa, a sus hijas y, por supuesto, a toda la humanidad. Tengo en la mente el pasaje en el que relata el descenso de Milton a la tierra, y que empieza:

Cuando un hombre sueña, los sueños no reflejan que su cuerpo duerme,
pues despertaría; así él parecía entrar en su sombra.

El alma de Milton entra en el cuerpo de Blake, quien reside en este mundo real, y se embarcan, en un solo cuerpo, en un viaje a través de las fatigas y el dolor, pero antes de la partida Blake escribe que el espíritu de Milton llega como una llama. Cuando empecé a leer de nuevo a Blake en Frankfurt, me di cuenta gradualmente de que la ilustración de la cubierta de mi volumen de bolsillo de los poemas completos, un hombre que parecía a punto de caer, con una estrella fugaz a sus pies, era una de las treinta láminas que acompañaban *Milton*.

Entonces lo vi primero en el Cenit como una estrella fugaz,

descendiendo perpendicularmente, rápido como la golondrina o el vencejo;
y entró en mi pie izquierdo, cayendo sobre el tarso;
pero de mi pie derecho se levantó una nube negra que se extendió sobre Europa.

No puedo resistirme a comparar la idea de que el espíritu entró en el cuerpo de Blake por el hueso del calcañar o por el empeine, con el amor irrazonable o al menos el extraordinario interés de mi hijo por los pies de su padre. Siempre que tiene la sensación de que nuestra relación no marcha bien, Eeyore trata de restablecer la comunicación entre nosotros por el intermedio de mis pies. El espíritu de Milton desciende como una estrella y llega al centro de Blake penetrando por el tarso. De la misma manera, Eeyore confía en la mediación de mis pies en su intento de reabrir el paso hacia mi centro. Esta práctica tuvo su origen en los días en que yo sufría mi primer ataque de gota, y la fuerza de la relación con mi hijo parecía retroceder. Al menos eso es lo que yo siempre di por supuesto: que mi definición de pies para Eeyore estaba basada en el hecho de estrenarme con la gota.

Pero ¿he tenido bien en cuenta los sentimientos de Eeyore? ¿Fue mi definición válida desde el punto de vista de Eeyore? Se alza un muro entre Eeyore y yo. Le aterra mirarme a la cara, en particular mirarme directamente a los ojos. Si fuera posible, él preferiría superar la crisis con las caras desviadas, como si cada uno ignorara dónde están las caras de los demás. Una carga frontal dirigida al «centro» de su padre —un padre que a Eeyore le parece que está enfadado con él— requeriría más valor del que posee, y ni siquiera se le ocurriría la idea. En lugar de eso, busca un asidero en los «márgenes» del cuerpo paterno. Los pies como periferia del cuerpo humano. Los pies que parecen sobresalir, cuando un hombre se tiende de espaldas con las piernas por delante, más allá del borde del cuerpo de su propietario. La cabeza, el rostro, el pecho y otras partes que constituyen el centro del cuerpo parecen estar directamente

conectados con el individuo, mientras que los pies se sitúan a cierta distancia, más allá del alcance de la conciencia. Por ello dan la sensación y tienen la tangibilidad de los objetos quintaesenciales; incluso por su forma son merecedores de un amoroso cuidado en tanto que objetos independientes. Como tales objetos, por tanto, Eeyore se agarra a mis pies. Pero en este caso los pies en cuestión están sin duda vinculados al centro paterno y, por ello, al masajearlos es capaz de descubrir un canal entre él mismo y su propietario.

El antropólogo cultural Y, cuyo trabajo teórico sobre el «centro» y la «periferia» le ha valido reputación internacional, es amigo mío y se ocupa mucho de Eeyore. Esto último mi hijo lo captó de inmediato. Resultaba gratificante por lo demás descubrir que la teoría de Y podía aplicarse a mi relación con Eeyore. Con Y como mi punto de partida, pensé desarrollar el significado del uso de mis pies por Eeyore como «periferia» para establecer un canal hacia mí, como aproximación para definir la función de la conciencia global de mi hijo. Mis pensamientos al respecto me llevaron directamente a la cuestión de la imaginación. De nuevo aquí estaba clara la relevancia de Blake. Por esta razón, dado que dispongo aquí de un tema que desarrollar, deseo comenzar revisando mi historia personal como escritor de ficción tratando de mi hijo, y como lector de Blake.

He descrito mi encuentro casual, de joven, con unos pocos versos de *Los cuatro Zoas*, que me trastornaron profundamente. Más tarde, como estudiante y como posgraduado, antes de averiguar que aquellos versos eran de Blake, hubo un período de mi vida en que encontré sus poemas más breves sumamente evocadores, y escribí algo de ficción centrada en ellos. Esto me llevó a seleccionar un poema, o unos pocos versos de un poema, que pude no haber leído de principio a fin, e introducirlos en mi narración de una manera que cabría considerar arbitraria o incluso obstinada. Mirando ahora hacia atrás, encuentro ejemplos en los que debería decir que entendí mal los

versos que empleé (todavía ahora, al internarme en la selva del denso y retorcido simbolismo de las largas Profecías de Blake, con sólo mi comprensión de aficionado y autodidacto como guía, sin duda me hago culpable de nuevos errores). Aun así, cuando avanzo en la lectura de Blake y descubro un error que en otro tiempo tuvo una gran fuerza evocadora para mí, debería servirme para redescubrirme a mí mismo en aquella época. Hoy sé que Blake es un poeta que continuaré leyendo hasta que me muera, lo cual significa tener la sensación de que Blake puede permitirme construir un modelo para vivir mi propia vida conforme avanzo hacia la muerte. Mientras confirmo interpretaciones erróneas en mi propia obra de ficción y de nuevo me conmueven, evoco el trabajo de mi imaginación, en su conjunto, cuando era joven. En efecto, mi recurso a Blake procura la oportunidad de ajustar hoy mis cuentas conmigo mismo en el pasado.

La primera vez que cité a Blake fue en una novela que escribí inmediatamente después de que Eeyore naciera con una discapacidad, y que basé en mi experiencia real por aquel tiempo: *Una cuestión personal*. De los llamados Proverbios del Infierno, en *El matrimonio del cielo y del infierno*, tomé este verso: «Más vale asesinar a un niño en su cuna que alimentar deseos que no se realizan...» El hecho de que yo reemplazara la parte final con una elipsis, como si abreviara el pasaje que seguía, me sugiere que realmente no había leído *El matrimonio del cielo y del infierno*. Además, al traducir el verso, desplazaba la responsabilidad a la joven de la novela, al atribuirle a ella la traducción, con lo que el asunto se adaptaba a mi relato. «¡Es mejor matar al niño en su cuna! Antes que acabar alimentando deseos irrealizados...»

Mirando atrás desde mi ventajosa posición actual, que me permite abarcar la obra de Blake, entiendo que esos *deseos no realizados* representan un modo de vivir que Blake condenaba violentamente, y que su insistencia era acorde con la segunda mitad del verso. Está claro que yo debí haberlo trasladado como un llamamiento apasionado:

«Comparado con alimentar deseos no realizados, incluso asesinar a un niño en su cuna es un mal menor.» No se trata de que mi traducción sea incorrecta; lo que no me queda claro en todos los años que siguieron es si forcé a Blake a encajar en las exigencias de una escena de mi novela, atribuyendo el verso a la joven de la narración, o si la experiencia del nacimiento de un hijo con el cerebro dañado estaba condicionando mi lectura del verso.

La joven de mi relato ofrece de buen grado un magnánimo estímulo, sexo incluido, al joven protagonista, quien se halla en estado de regresión a causa del trauma de haber tenido un hijo anormal. Yo la retrataba como una joven liberada, completamente opuesta a la «virgen» a la que Blake escarnece en el coro final de «Un canto de libertad»: *Ni que la pálida lujuria religiosa llame virginidad / a lo que desea pero no actúa*. Aun así, en vista de que no fui capaz de percibir la relación entre el «deseo» que cité y esos versos, y por tanto no debí captar la personal visión de Blake del «deseo», parece probable que haya leído —más propiamente, haya leído mal— este Proverbio del Infierno tal como lo traduje en *Una cuestión personal*. Pero fue esta lectura equivocada lo que me aportó uno de los motivos de aquella novela temprana. Reconozco la posibilidad, por extraña que parezca, de que haya construido un autor fuera de mí mismo, precisamente a partir de esta variedad de certidumbre equivocada.

Cuando mi hijo tenía cinco o seis años y era capaz de sentarse en un sillín colocado en la parte frontal de mi bicicleta, durante un período en que lo llevaba todos los días a una tienda de fideos chinos, escribí una novela corta con un poema de Blake como «núcleo», que titulé *Padre, oh padre, ¿adónde vas?* En el siguiente tipo de diálogo empecé a usar a Eeyore como uno de los nombres que daba a mi hijo en la ficción: «Y mientras se dirigía a casa en su bicicleta, con el rostro enrojecido por los humeantes fideos que comunicaban su calor al viento, preguntaba repetidamente: “Eeyore, los fideos de cerdo y la Pepsi-Cola ¿eran buenos?”, y cuando su hijo respondía: “¡Eeyore, los

fideos de cerdo y la Pepsi-Cola eran buenos!”, consideraba que se había logrado la completa comunicación entre padre e hijo, y estaba contento.»

El «yo» en esta historia, en parte superpuesto a mí mismo cuando yo era joven, es un escritor que intenta redactar una biografía de su padre. «Yo» trabaja en su borrador como si estuviera dictando a un magnetófono. En esa sección cito a Blake: «*Padre, padre, ¿adónde vas? / Oh, no camines tan aprisa. / Háblale, padre, háblale a tu pequeño / o estaré perdido*.» El poema pertenece a los ampliamente conocidos *Cantos de inocencia*. A este añadí la última estrofa de «El país de los sueños», del *Manuscrito Pickering*: «¡Padre, oh padre! ¿Qué hacemos aquí, / en este país de increencia y temor? / El País de los Sueños está mucho más lejos, / por encima de la luz de la Estrella de la Mañana.» *(Padre, oh padre, ¿qué estamos haciendo aquí, en este país de increencia y temor? Y el país de los sueños está muy lejos, ¡más allá de la luz de la estrella de la mañana!)* Después de traducir mal a Blake de esta manera, con el mismo estilo, como si el poema continuara, «yo» habla al magnetófono acerca de sí mismo: «¡Padre, oh padre! ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¡Y qué creo yo estar haciendo en medio de la noche, en este país de increencia y temor, sentado seriamente junto a un magnetófono como si fuera un dispositivo para enviarte señales a ti, comiendo pies de cerdo con miso de mostaza, al estilo coreano, y bebiendo whisky; a qué se supone que voy a recurrir durante el camino hacia el país de los sueños, que está tan lejos, por encima de la luz de la estrella de la mañana!»

Leyendo esta novela breve que escribí a mis treinta y pocos años, descubro hoy que el protagonista «yo» se identifica con el niño del poema de Blake. «Yo» es por supuesto el padre de Eeyore, pero, más que eso, es un niño solo y, junto con Eeyore, son dos pajarillos piando en el mismo nido; está clamando por su padre perdido.

Me he apoyado en el pensamiento de Blake no sólo en mi obra de ficción sino también en mi crítica literaria, en la cual he citado pasajes del poeta. Quizá esto era el doloroso

avanzar a tientas de alguien que se ha convertido en autor sin experiencia de la vida. Desde los comienzos de mi carrera, he pensado acerca de la imaginación. He propuesto que la imaginación está en el centro de la función del lenguaje en la narrativa, y es crítica para observar las circunstancias de nuestro mundo contemporáneo. Esto me ha obligado a estudiar las teorías de la imaginación de mis predecesores. Empezando por Jean-Paul Sartre, he llegado, tras numerosos desvíos, a la obra de Gaston Bachelard. Cuando escribí «Metodología de la narrativa», cité el siguiente pasaje de la traducción de Eiji Usami de *El aire y los sueños* de Bachelard:

> Todavía hoy la imaginación es considerada la capacidad para formar imágenes. Pero es más bien la capacidad para deformar imágenes presentadas por la percepción, la capacidad para liberarnos de las imágenes básicas, la capacidad, en particular, para cambiar las imágenes. Si no hay cambio de imágenes, si no hay emergencia inesperada de imágenes, no hay imaginación y no se produce el acto de imaginar... Si una imagen presente no hace evocar una ausente, no se produce un cambio de imágenes que nos libere, en particular, de las imágenes básicas. Como proclama Blake, «la Imaginación no es un Estado: es la Existencia Humana misma».

En mis primeras lecturas de este pasaje, presté escasa atención al verso de Blake. Ignoraba la importancia de la palabra «imaginación» en el mundo mitológico de Blake, y también sentí, en mi arrogancia, que puesto que mis pensamientos sobre la imaginación parecían ligarse directamente a Bachelard, no tenía necesidad de la mediación de Blake. Sin embargo, desde la primavera, cuando empecé a leer la obra completa de Blake, he reconfigurado mi propia construcción de la palabra «imaginación».

El verso citado por Bachelard aparece en *Milton*, que ya mencioné al principio de este capítulo. Las palabras con mayúscula en este pasaje, Imaginación, Estado, las usa Blake en cada caso de modo muy personal, con significados sólo para sí, y una vez comprendidas liberan el texto de la

impresión de misticismo o de ambigüedad. Lo que queda, y puede ser leído, es una presentación tangible y lúcida del pensamiento básico de Blake:

Juzga entonces por Ti Mismo: tus eternas delineaciones ¿exploran
lo que es Eterno y lo que es Mudable y lo que es Aniquilable?
La Imaginación no es un Estado: es la Existencia Humana misma.
El Afecto o el Amor se convierte en un Estado cuando se aparta de la Imaginación
La Memoria es un Estado siempre, y la Razón es un Estado
Creado para ser Aniquilado y Creada una nueva Ratio
Todo lo que puede ser Creado puede ser Formas Aniquiladas no pueden
El Roble lo corta el Hacha, el Cordero cae bajo el Cuchillo
Pero sus Formas Eternas Existen Para Siempre. Amén Aleluya

Localizar la palabra «imaginación» en los textos de Blake se consigue fácilmente: «El Cuerpo Eterno del Hombre es la imaginación, que es el propio Dios; el Divino Cuerpo es Jesús, nosotros somos sus Miembros.» «El Hombre es Todo Imaginación Dios es Hombre y Existe en Nosotros y Nosotros en Él.» «Pues Todas las Cosas Existen en la Imaginación Humana.» Para Blake, la sustancia de Dios está fundada en la Imaginación. Lo mismo es verdad respecto del Hombre último. El Hombre alcanza a Dios por medio de la Imaginación. El hombre será redimido de este mundo caído e ilusorio cuando toda la Humanidad se convierta en el cuerpo único de Dios, y la Imaginación es el medio de realizar ese Estado: cuando todos los Hombres finalmente se conjunten con el Cuerpo Eterno, o sea, con Dios, en ese mismo momento se alcanzará la plenitud de la Imaginación.

La primera cita procede de estos pensamientos sobre la imaginación: «La Imaginación no es un Estado: es la Existencia Humana misma.» Una vez alcanzada la visión del hombre último conjuntado con Dios, una conjunción

posible gracias a la imaginación, debería poder aceptarse directamente la visión de «Imaginación» como sustancial, como la existencia humana misma. Donde Blake se torna difícil de entender es en su singular uso de términos como «Estado» y «Formas», el «Estado del Hombre» en este mundo caído o las «Formas» que expresan la esencia de lo que llegará a ser el Hombre último.

Ahora, pues, si la imaginación es la existencia humana misma —me veo obligado a utilizar la definición de Blake como base de mi propio pensamiento—, ¿de qué forma vive la imaginación en Eeyore? La siguiente pregunta asoma a la superficie como una conclusión mayor (a decir verdad, he dado este rodeo para llegar a ella): «Eeyore, ¿tienes tú imaginación? Admitiendo que la tengas, ¿cómo funciona?» Una y otra vez he experimentado el dolor de plantear esta cuestión urgente. Hasta que he concluido que dar con una respuesta era el desafío más difícil en la vida, no sólo para Eeyore ¡sino también para mí!

En *Jerusalén*, su última «profecía», Blake escribió: ... *como en vuestro propio Pecho lleváis vuestro Cielo / y vuestra Tierra y todo cuanto tenéis, aunque aparece Sin es Dentro / en vuestra Imaginación de la que este mundo de Mortalidad no es más que una Sombra*. Leyendo estas hermosas palabras, ¿fui capaz de reconocer con el corazón y la mente serenos que a mi hijo le faltaba la fuente fundamental de la existencia en este mundo?

Desde hace unos diez años, durante el período correspondiente a la pubertad de Eeyore, lo que hemos sido capaces de ver de su vida interior ha sido revelado principalmente a través de la música. Dicho esto, debo añadir que he sido personalmente incapaz de relacionar estas agitaciones en el alma de Eeyore como respuesta a la música, tanto con el ejercicio como con el desarrollo de la imaginación.

De niño, Eeyore era un experto en identificar los cantos de los pájaros. En mi novela *La inundación ha alcanzado mi alma*, llamo «Jin» al personaje modelado sobre mi hijo, y a él corresponde esta descripción:

«Siempre que estaba despierto, la vida de Jin consistía en escuchar el canto de los pájaros que su padre había pasado a cinta a partir de montones de discos. Y los cantos de los pájaros extrajeron por vez primera “palabras” del niño que empezaba a caminar. Desde el magnetófono a su almohada en la cabaña donde se sienta o se tumba, el canto de un pájaro llega a un volumen casi imperceptible. A través de los labios apenas entreabiertos, con una voz aún más baja, Jin dice en un suspiro: “Tordo..., es un tordo oscuro” o “Aguzanieves, es una aguzanieves, es un papamoscas, un ruiseñor, es un ruiseñor...”. De esta manera, el niño con una inteligencia disminuida aprendió a distinguir no menos de cincuenta cantos de pájaros y, al escucharlos, descubrió el mismo placer que experimentaba comiendo.»

Cuando me di cuenta del interés en ciernes de Eeyore, hice un esfuerzo, tal vez vano, por alimentar su afinidad interior con los sonidos de los pájaros. Cuando ingresó en la clase especial en la escuela elemental y empezó a hacer amigos, su pasión se desplazó a la música de Bach y Mozart. Pero pervivió en él durante los años preescolares de su niñez. Por ejemplo, oyendo el fuerte y agudo «pip» que descendía gradualmente en la escala, diría: «Es el martín pescador..., es el martín pescador rojizo.» Desde que yo manejaba el magnetófono y Eeyore recibía mi señal y respondía con palabras, lo interpreté como que se había establecido comunicación con él. Tal vez, pero ¿significaba que la imaginación de mi hijo había intervenido en ello? No había posibilidad de que Eeyore se representara la imagen del pájaro a partir del sonido de su canto en la cinta. Su visión estaba deteriorada de un modo que sólo podía ser corregido con una compleja configuración de prisma y lente. En esos días, antes de que se pusiera gafas, posiblemente no hubiera podido identificar la forma o la figura de un pájaro; aun así, me tomé la molestia de señalar fotografías de pájaros en las solapas de los álbumes de discos y le repetía: «Ésta es una urraca, éste es un estornino.» Pero nunca parecía ocurrírsele mirar las

fotografías por sí mismo mientras escuchaba la cinta.

En resumen, el pájaro como objeto no existía; su canto servía tan sólo para invocar su nombre. Tampoco si se proponía a Eeyore el nombre de un pájaro había forma de sonsacarle el canto correspondiente. En otras palabras, el estímulo para nombrar el pájaro en cuestión, que tenía una existencia concreta a partir de su canto grabado en la cinta y que se traducía en el nombre pronunciado en un susurro por mi hijo, tan sólo era fruto de la imaginación de su padre.

Cuando Eeyore se reunía con otros niños con discapacidades similares a la suya, su interés se desplazaba de los cantos de los pájaros a la música de creación humana, y aunque esta transición se produjo inequívocamente y fue un acontecimiento importante en nuestra vida familiar, no creo poder explicar satisfactoriamente su significado a una persona ajena. Tengo la misma sensación a propósito de los procedimientos especiales para la comunicación que he desarrollado entre Eeyore y yo a lo largo del tiempo: estoy seguro de que también parecerán extraños a una persona ajena, y siento que estoy desanimándome mientras me dispongo a describirlos. Para mi esposa y para los hermanos menores de Eeyore, nuestra manera de proceder, que expresábamos en voz alta, consistía en sonidos familiares. Teníamos dos, y ambos comenzaban con juegos. Uno evolucionaba a una especie de gozoso reconocimiento; el otro escondía una amenaza de castigo que me resisto a describir.

Hace ahora siete u ocho años que una joven coreana me visitó, camino de Nueva York, para entregarme una petición de un escritor de Seúl. Su recado requería tan sólo una breve conversación, y cuando llegó el momento de irse, la persona a la que iba a ver a continuación, y que había acordado recogerla en mi casa, no se presentó. Se trataba de un coreano residente en el Japón, y yo conocía su

nombre, pero no era la clase de persona cuya dirección es asequible, de modo que no había forma de que yo llevara hasta él a mi visitante. Ya era tarde, y como la joven empezó a dar muestras de auténtica zozobra, Eeyore acudió con un juego para entretenerla. Ella no hablaba japonés, pero cuando cantó estrofas de canciones coreanas, Eeyore las interpretó al piano y añadió acordes a las melodías. Durante nuestra conversación y después, la joven pareció cautelosa, con una expresión casi grave en su rostro, pero gradualmente quedó prendida en el juego, adaptando el tono a los tambores bongo de Eeyore, su instrumento favorito cuando era pequeño, y aporreando a la vez su piano para marcar los ritmos coreanos.

La joven siguió viaje a América, y Eeyore incorporó a su repertorio cierto número de canciones folclóricas coreanas y melodías basadas en ellas. Luego yo puse letra a una de las melodías que a él le gustaba interpretar. El resultado fue un sencillo sonsonete que me gustaría consignar al comienzo de cada verso con el símbolo musical que acostumbrábamos ver en las revistas populares de la inmediata posguerra, cuando publicaban una tonada de moda.

♪*¿No te inquietes. No hay nada que temer*
cuando mi querido muchacho Eeyore está aquí?...♪

Originalmente, yo había escrito unos versos previos a éstos, pero en algún lugar por el camino Eeyore olvidó la letra y yo, la melodía, con lo que acabamos cantando únicamente el estribillo. Con el tiempo, la canción terminó por servir como señal de reconocimiento entre Eeyore y yo. «No-o-o te inquietes», empezaba yo a cantar, pronunciando las primeras palabras, y desde cualquier rincón de la casa donde se hubiera metido, aparecía Eeyore, que tardaba en llegar a mi lado lo que yo en concluir «Ee-ee-yore está aquí», y decía, extendiendo un brazo para tocarme como si fuera una consigna de equipo en un partido reñido: «¡Muchas gracias!»

El origen de nuestro juego fue espontáneo; no se trató de algo que yo hubiera inventado con un propósito premeditado. Yo cantaba los versos espontáneamente, como para mí mismo —«No te inquietes, no hay nada que temer cuando mi querido muchacho Eeyore está aquí»—, y Eeyore, al oírme, regresaba a mi lado y respondía con un «¡Muchas gracias!» y un exagerado gesto para acompañarlo, y eso era todo. Recuerdo que hasta entonces raramente se apartaba de mi vista, metiéndose bajo mi escritorio mientras yo trabajaba, o esperando frente a la puerta principal el sonido de mis pasos cuando regresaba después de haber salido, pero Eeyore empezó a descubrir cosas que hacer por sí solo en rincones poco frecuentados de la casa. Poco después, empecé a utilizar nuestra canción, no siempre pero sí a menudo, como un medio de que se reuniera conmigo cuando no se presentaba después de haberlo llamado.

En la puerta de al lado de mi estudio, en su dormitorio, habiendo previsto un cambio de pañales, mi esposa aguarda a Eeyore. Pero él deja pasar el rato en el piso de abajo, escuchando música de una emisora de FM u hojeando una revista de sumo en la sala de estar. Abandono mi escritorio, camino hasta lo alto de la escalera y canto: «No-o-o te inquietes, no hay nada que temer cuando mi querido muchacho Ee-ee-yore está aquí.» Al instante Eeyore se sacude su letargo y viene brincando por las escaleras a golpear efusivamente la palma de mi mano abierta. «*¡Muchas gracias!*» Y el cambio de pañales se realiza sin incidentes.

Este procedimiento nuestro era invariablemente tan efectivo, que cuando dejé a mi familia en el Japón para una estancia en Ciudad de México, yo empezaba a canturrear «No-o-o te inquietes» y me detenía en seco. Si cantaba el estribillo, temía que Eeyore pudiera encontrar una manera de viajar la cuarta parte del mundo sin una preocupación por la distancia que nos separaba, y llegara a mi lado en un triste estado de agotamiento después de su desafío de un mes de duración para palmear mi mano mientras yo

permanecía allí, de pie, mudo, y él exclamara: «*¡Muchas gracias!*»

El otro procedimiento que empleábamos iba inequívocamente dirigido a una forma de castigo. A menos que respondiera a una invitación a hacer algo que le gustaba, como escuchar música, mi hijo sólo se movía con movimientos lentos. Cuando se le decía que hiciera o dejara de hacer algo, accedía con lentitud (en realidad, necesitaba tiempo para comprender lo que se le había encargado hacer y entrar en acción, pero esto no lo explica todo). Así, cuando su madre le pedía que se lavara la cara, se pusiera la camisa y los pantalones, y él no daba ninguna señal de moverse, cosa que ocurría casi a diario, me volvía hacia él y empezaba a contar: uno, dos, tres, cuatro... Las más de las veces, Eeyore estaba ya de pie cuando yo llegaba a «seis».

Yo contaba como jugando. Pero si me mostraba demasiado divertido, la cuenta continuaba y parecía que si Eeyore entraba en acción, iría a parar lentamente a un rincón. En tal caso el espectro del «castigo» volvía grotesca la situación. Había veces en que yo llegaba a «doce, trece, catorce, quince», y Eeyore aún no había hecho lo que se le mandaba. Obviamente, nunca le pegué, pero la evolución natural e inevitable de la situación era que mi exasperación se hiciera audible conforme contaba, y eso era una amenaza para él.

Cuando Eeyore no ha conseguido dormir bastante, es probable que sufra un ataque que puede o no ser un síntoma de epilepsia (mi esposa y yo discrepamos al respecto), en especial durante la mañana, cuando pierde la visión por un minuto o, en ocasiones, hasta dos. Es importante que le acostemos a las ocho y media. El problema es que *Clásicos Favoritos*, programa de la NHK, empieza a las ocho cincuenta. Si conseguimos cambiarle los pañales a Eeyore antes de las ocho y media, se resigna a irse a la cama, pero cuando su madre anda ocupada en algo más, como hablar por teléfono con otras madres de la escuela especial, y deja de llamarlo al dormitorio a las ocho y media, él hará lo que pueda para quedarse otros quince o

veinte minutos. Puede tratar de moverse con lentitud hacia y desde la cocina con el vaso de agua que necesita para tomar su píldora antiepiléptica antes de acostarse, o pretenderá haberse abrochado mal el pijama y volverá a abotonarlo laboriosamente. Mientras tanto, la voz de su madre le llama una y otra vez desde arriba, y cuando por fin empieza a subir, puede dar media vuelta para otro viaje al baño y arreglárselas así para pasar de regreso frente a la televisión. Si se diera el caso de que *Clásicos Favoritos* se emitiera en ese momento, se convertiría en un pedrusco inamovible ante la pantalla, y así no hay alternativa salvo empezar a contar antes de que eso ocurra, de una manera que es una clara advertencia desde el principio, «uno, dos, tres, cuatro...».

Un domingo, unos pocos amigos del hermano menor de Eeyore estaban jugando en casa. Eran conscientes de que algo en el hermano mayor de su amigo representaba una variación con respecto a su propia normalidad, pero, con la cortesía que formaba parte de su educación de clase media, se guardaron de llevar a cabo una investigación activa. En lo que parecía una actitud natural, evitaban mirar a Eeyore. El cual, si bien estaba irritado porque se entretenían con cosas que para él eran un misterio, se contentó con dirigir su atención a las revistas de sumo y a la discografía de Bach, en el rincón de la habitación donde siempre se tumbaba, y no intentó sumarse a sus juegos. Yo me fui arriba, a trabajar en mi estudio, y cuando volví a bajar, aunque mi mujer y mi hija no se dieron cuenta porque estaban disponiéndose a cambiar los pañales de Eeyore, se había desarrollado una situación extravagante.

El hermano de Eeyore y sus amigos habían montado unas vías de tren eléctrico Merculin formando un círculo que ocupaba la mitad de la sala de estar. Los raíles eran viejos y estaban doblados (algunas de las juntas se habían roto) y encajarlos unos en otros debió ser una tarea difícil. Aun así, la locomotora iba resoplando alrededor del círculo de vías, arrastrando un vagón de carga, pero los niños parecían desilusionados. El problema era Eeyore: dentro del

círculo, con su voluminoso trasero pesadamente colocado entre las piernas según su habitual manera de sentarse, y con la cabeza adelantada como si estuviera a punto de tomar un naipe de una mesa de juego, echaba fuego por los ojos mirando el transformador, con una mano amenazadoramente levantada en el aire frente a él. Los amigos de su hermano hacían ver que estaban absortos contemplando cómo el tren daba vueltas por el círculo de raíles. Su hermano menor estaba sentado mirándolo a él al otro lado del transformador, con su cuerpo inclinado también hacia delante, desafiándolo en algún sentido, aunque sólo tenía un tercio de la corpulencia de Eeyore, y parecía acusar el impacto de la hostilidad de aquél. Parecía esperar que alteraría la situación si mantenía en lo posible la resistencia.

De inmediato comprendí la fuente de la tensión que había llevado a tan curioso punto muerto. Si se movía la palanca del transformador en la dirección +, el tren aceleraba. Naturalmente, si se movía en el otro sentido, disminuía el voltaje y eso hacía que el tren desacelerara hasta pararse. Cuando la palanca aún estaba más bajada, habiendo pasado de cero a *S*, la corriente se invertía y el tren empezaba a retroceder. Pero por un instante, cuando la palanca llegaba al punto *S*, el transformador zumbaba. Eeyore era hipersensible a ciertos sonidos, y ese zumbido era, al parecer, uno que le resultaba difícil de soportar. De hecho, habíamos embalado el tren Merculin y lo guardamos en el cobertizo, precisamente por esa razón. Los chicos debieron encontrarlo allí aquella tarde, y el hermano de Eeyore, en su deseo de complacer a sus amigos, al parecer ensambló los raíles y empezó a jugar con el tren sin pararse a considerar el efecto del ruido del transformador sobre Eeyore. Los chicos habían puesto la locomotora a resoplar alrededor del círculo de vías con alegría desbordante —hasta pocos momentos antes yo había oído sus gritos y sus risas excitados desde mi estudio, arriba—, y cuando invirtieron la palanca para dar marcha atrás al tren y el transformador zumbó, en ese instante Eeyore debió de

haber intervenido con una agilidad que raras veces desplegaba. Colocándose en el centro de las vías, permanecía ahora vigilante para que nadie tratara de volver a tocar para nada el transformador.

—¿Quieres escuchar el nuevo Glenn Gould en la otra habitación? —sugerí—. ¡Si nos llevamos el amplificador de aquí, los otros altavoces realmente cantarán!

Eeyore me miró un instante y volvió a vigilar el transformador con inamovible decisión. Recientemente habíamos observado esta variante de intratabilidad, que empezó a revelarse como una de sus actitudes habituales: «Yo no puedo hacer nada para evitar comportarme de esta manera, así que tened la amabilidad de dejar de intentar engatusarme para que desista, porque estáis perdiendo el tiempo.» Ésta era su actitud. Sentados alrededor del círculo de las vías, los muchachos miraban la montaña inamovible que era Eeyore, con los ojos bajos, y allí estaba yo de pie, mirándolos y tratando de pensar en algo más que decir. Fue entonces cuando el hermano de Eeyore habló mientras miraba desafiante a éste al otro lado del transformador:

—Papá, ¿por qué no lo intentas con el uno-dos-tres-cuatro?

Antes de que yo pudiera responderle, ruborizado, avergonzado por haber recomendado utilizar la amenaza del castigo contra su hermano, mi hijo menor miró alrededor a sus amigos, como pidiendo excusas, y como autocastigo se puso en pie bruscamente y se fue a su habitación. Como los atletas que se abstienen de recriminar a un compañero de equipo aunque su error les haya costado el juego, sus amigos se pusieron en pie y le siguieron sin mirar atrás a las vías que se habían tomado la molestia de montar.

Eeyore continuaba vigilando el transformador con una mano levantada en el aire, como prevenido por si una rata pudiera saltar sobre él en cualquier momento. Solo con él, miraba cómo el tren mantenía una velocidad constante en torno al círculo de vías. Uno-dos-tres-cuatro: el procedimiento que yo había intentado como un juego era

percibido ahora por toda la familia, incluidos Eeyore y su hermano menor, como una técnica para emitir órdenes que comportaban la amenaza del castigo. Me sentía como un tirano que hubiera recurrido a un castigo disimulado para controlar la desobediencia de mi hijo débil mental, sin preocuparme por lo que pudieran pensar los demás. ¡Un tirano cruel!

Si yo fuera capaz de descubrir la imaginación de Eeyore funcionar según sus modos espontáneos de expresión, sería capaz de animarle a desarrollarla. He tenido este pensamiento desde los días en que él escuchaba los cantos grabados de los pájaros, y aún lo acaricio. Actualmente Eeyore encuentra placer en expresarse mediante juegos de palabras y componiendo música. Se entrega a dos variedades de tales juegos, ambas relacionadas con la televisión: los basados en la publicidad y las imitaciones de individuos concretos que aparecen en pantalla, como las estrellas de los espectáculos de variedades. Mientras le estaba aplicando un vendaje con un emplasto en un forúnculo que le había salido en el costado, dijo, en parte para darme las gracias: «*o-deki kangeki!*» (¡forúnculo, agradecido!). Esto era una referencia a la exclamación de gozo en un anuncio de un curry instantáneo, interpretado por un famoso cantante cuyo nombre es Hideki. En otra ocasión, cuando la estudiante americana sobre la que he escrito cenaba en nuestra casa, y mi esposa le había ido dando los nombres ingleses de las verduras que estaba friendo, y dejó sin traducir alubias blancas *(ingen-mame)*, Eeyore aportó una palabra de manera que fuera un inglés aceptable y que podría transcribirse como «*Ingen shim border!*». La joven, tan formal, confesó su ignorancia del mundo, pero se apresuró a añadir que muchos nombres de plantas provenían de lenguas indias americanas. Yo comprendí el extravagante juego de palabras de Eeyore: era una imitación de un anuncio de la televisión protagonizado por un luchador de sumo que a él le gustaba: *Ningen*

shimboda (¡la vida es perseverar!).

Cuando se ponía a trabajar en una composición musical, Eeyore empezaba escribiendo «Compuesta por Hidan Toru» en el encabezamiento de la primera página de la partitura. Creó su seudónimo combinando el nombre de pila del compositor que lo había querido como a su propio hijo, «Toru», y el depresor de los ataques epilépticos que debía tomar a diario, «Hidantol».

En uno de los programas favoritos de Eeyore, los cuentacuentos tradicionales respondían con agudezas y juegos de palabras a las preguntas que les formulaba el comediante que actuaba como maestro de ceremonias. Las réplicas que se juzgaban superiores eran recompensadas con un cojín *zabuton*. Al comienzo de cada programa, el presentador ridiculizaba al gigante barbudo, de cara rojiza, que era el portador de los cojines de premio, describiéndolo con una serie de metáforas cómicas llenas de saltos grotescos. Eeyore se deleitaba con esta representación, y acababa aplicando la técnica de crear un nombre para un comentarista deportivo de la NHK con cara de niño, ojos muy abiertos y brillante cabeza calva: «La muñeca pepona que sabe de deportes.» Otro ejemplo que sólo tendrá sentido para los aficionados al sumo que sigan de cerca los combates por televisión, y que también podría requerir una nota que centrara la atención en la relación entre el color y la sensación de un huevo escalfado y la forma de una taza de té: el nombre escogido por Eeyore para el luchador de sumo Hakuryu es «Taza de té escalfada».

Los juegos de palabras de Eeyore no eran complejas manipulaciones intelectuales. Las notas de los profesores de su clase especial de la escuela media incluían quejas por sus frecuentes retruécanos, y peticiones de que se le quitara esa costumbre. Con todo, Eeyore había descubierto una manera de provocar risas separando palabras según sus sonidos y creando una distorsión. ¿Y quién diría que esto no era un ejemplo, aunque trivial, de que su imaginación funcionaba? Cuando se encontraba con la imagen de un locutor de telediario o con un luchador de sumo en la pantalla,

inventaba metáforas con sus propias palabras para evocar esas imágenes. Prefiero creer en su actividad como el trabajo de una imaginación brillante y jovial. ¡Pero si sus juegos de palabras y metáforas cómicas fueran esfuerzos estériles, buenos para reír con ellos una vez, y eso no aportara nada real a su vida diaria...!

Poco después de que Eeyore comenzara el tercer grado, supe que la esposa de un redactor al que yo conocía desde hacía muchos años era profesora de piano, y le pregunté si le daría lecciones. Los escritores habían expresado su gratitud hacia este redactor que había tenido a su cargo la edición de libros nuevos y de bolsillo, los cuales habían sido importantes para mí desde mis días de estudiante de secundaria. Cuando, con el tiempo, me fue asignado, me sentí contentísimo. Durante los años de la guerra, cuando él estaba en pleno crecimiento, sufrió como consecuencia de provenir de una familia cristiana (sin adscripción a ninguna iglesia en particular), y como adulto vivía una vida que se atenía a estrictos principios. Su esposa, la señora T, tenía sus propios y singulares puntos de vista sobre la enseñanza de la música, que parecían concordar con los valores de su marido. Aunque los dedos de Eeyore eran largos y bien formados, los movía con torpeza, pero ella no se centró en desarrollar su técnica. Sus lecciones iban dirigidas a crear una vía de comunicación con Eeyore a través de la música, que en ocasiones parecía superior a mi propia relación con mi hijo.

Llegó el tiempo, bajo la guía de la señora T, en que Eeyore empezó a componer. Poco después de su ingreso en la escuela media, la señora T interpretó uno de sus ejercicios en una tonalidad diferente de aquella con la que había sido escrito, y Eeyore, al escucharlo, dijo con convicción: «*¡Esto es mejor!*» En lo sucesivo, cuando encontraba una melodía que le gustaba, pedía que fuera interpretada en varias tonalidades. La señora T la incorporaba a sus lecciones, ideando ejercicios de «tonalidades transportadas» y de «construcción de bloques melódicos». Si los primeros se referían a la tonalidad, los

segundos proponían practicar la composición: la señora T comenzaba el fragmento de una melodía, y cuando Eeyore lo había captado, ella volvía a empezar. Con el tiempo, esto llevó a Eeyore a crear melodías completas por sí mismo. La señora T continuó enseñándole cómo armonizar en cuatro partes la melodía que él había creado, y no tardó mucho en cambiar la melodía durante ese proceso. Pronto tocaron juntos, la señora T con la mano derecha y Eeyore con la izquierda, y los dedos de éste daban vida a hermosas melodías.

Su especialidad era la memoria. Blake sostenía que la memoria era una función negativa y la colocaba en oposición a la imaginación: Blake hubiera dicho que un defecto llamado memoria le puso límites a Eeyore y le obligó a dejar volar su imaginación. En cualquier caso, una vez habían nacido en él una melodía y la armonía, no las olvidaba. Después de una lección, tumbado boca abajo en el suelo de la sala de estar, llenaba los pentagramas de una página manuscrita con extensas notas semejantes a brotes de alubias. Nada le distraía, ni siquiera sus hermanos menores que miraban la televisión a su lado.

Con motivo de su decimoctavo cumpleaños, hice un libro con la composición más larga de Eeyore hasta el momento, e imprimí veinte ejemplares para sus amigos. Fotocopié y encuaderné las páginas de su partitura manuscrita y grabé el nombre de la pieza y una ilustración en una goma de borrar que usé para estampar la cubierta: Partita en *re* mayor, opus 2 de Hikari [nombre real de Eeyore]. La pieza empezaba con un preludio y seis variaciones: una *allemande*, una *courante*, dos zarabandas, una siciliana y una giga. No es de sorprender que la estructura de la pieza siguiera de cerca a Bach, al que Eeyore escuchaba repetidamente, pero sus melodías y su armonía me parecieron que revelaban cierto grado de originalidad. En el avance diario de Eeyore en escritura, la señora T percibía un crecimiento que iba más allá del desarrollo de su técnica pianística. De hecho, en lo que atañe a los requerimientos de una pieza a la que Eeyore se

refería como partita, si bien había observado estrictamente al escribirla las reglas de la digitación pianística, excedía su propia capacidad técnica para interpretarla.

A mediados de otoño, recibimos una petición para una colaboración entre Eeyore como compositor y yo como escritor. Atravesando un torrente lleno de truchas desde la cabaña donde pasábamos los veranos, en la prefectura de Gumma, había un centro donde niños con minusvalías físicas y mentales cultivaban sus propias hortalizas y practicaban la vida en común. Mi esposa y yo habíamos llevado a Eeyore de paseo hasta allí diez años antes. Aunque con anterioridad nunca se había amilanado con nada, ese día Eeyore se agarró a mi muñeca y se negó a seguir. Por entonces sólo me llegaba a la cintura. Mi esposa y yo nos dimos cuenta de que le espantaba la posibilidad de ser abandonado allí.

Ahora el centro tenía previsto celebrar en las próximas navidades un festival con motivo de su decimoquinto aniversario, y nos pidió que pensáramos en crear una pieza musical para que la interpretaran los niños disminuidos. Como el tiempo transcurría con rapidez, dejaron el formato a nuestro criterio. Sólo se nos recomendó que renunciáramos a una música demasiado complicada y a un drama con excesiva acción, y que escogiéramos como tema el papel desempeñado por el débil para evitar los horrores de la guerra. Acepté de inmediato la propuesta y me emocionó escribir un libreto.

El tema que elegimos me llevó a reconsiderar un asunto que guardaba relación con los minusválidos y que se me había propuesto como una especie de deberes el año anterior. Eeyore acababa de pasar a la división de escuela secundaria en su centro especial, y se reunía en Tokio la convención nacional de la Asociación de Padres y Maestros de tales centros, a la que acudían delegados de todo el Japón. Como padre de un niño minusválido, también asistí. Concluida la reunión, cuando me dirigía a la estación a

tomar el tren, un par de profesoras, con sus vigorosas piernas enfundadas en toscos vaqueros, me dieron alcance para pedirme ayuda a fin de resolver un problema. El año anterior, los estudiantes mayores de su centro especial viajaron a Hiroshima en su excursión anual. La exposición del Museo de la Paz, que reproducía el horror en el momento del estallido, había trastornado a los niños. Y a sus profesoras les parecía que todos ellos habían cambiado en algún sentido. Este año tenían intención de volver a Hiroshima, pero algunos padres se oponían. ¿Qué consejo podía yo darles para que cambiaran de opinión?

Aquellas jóvenes estaban convencidas de que yo me mostraría favorable a un viaje escolar a Hiroshima para sus niños minusválidos, pero cuando me imaginé a Eeyore y a sus compañeros de clase recorriendo en fila la oscuridad del Museo de la Paz, me sentí incómodo. Les dije a las jóvenes profesoras que no podía estar seguro de que una u otra postura fuera la adecuada. Admitiendo que numerosos padres sostuvieran el criterio opuesto, resultaba difícil pronunciarse sobre si la organización del viaje era un error. Si fuera verdad que la impresión producida por la visita a Hiroshima había provocado cambios en la salud de los niños minusválidos, entonces sin duda el viaje del año anterior a Hiroshima fue una excelente experiencia instructiva. Pero ¿cómo podía explicarse el horror de las armas nucleares a los niños, en particular a aquellos que estaban gravemente disminuidos, y qué prueba habían visto de los cambios resultantes en la salud?

Los niños disminuidos no se contaban entre quienes crearon las armas nucleares y las desplegaron. O sea que sus manos no estaban manchadas. Además, en el caso de un ataque nuclear a las ciudades donde ellos vivían, ciertamente serían los más vulnerables. Los niños disminuidos estaban calificados para oponerse a las armas nucleares. Yo había visto a personas en sillas de ruedas participar en manifestaciones antinucleares en Hiroshima, y quedé muy conmovido por su causa y ante los estudiantes voluntarios que les ayudaban.

Además de todo esto, quedaba el asunto de Eeyore como individuo. Con su sensibilidad a la muerte, podía captar la tragedia de una bomba atómica que incinerara una ciudad entera, con cientos de miles de personas que morirían en un instante y muchas más durante los meses siguientes, entre las que resultaran heridas. Dado el temor a la muerte que ya había interiorizado, podía incluso sumirse en la oscuridad de una enorme sombra de muerte. Y ciertamente cambiaría. Pero este peculiar cambio podría suponerle recibir una herida que ni siquiera su padre llegaría a curarle nunca, al experimentar la destrucción y la muerte como parte de su propio cuerpo físico. «*¡Uh-oh! ¡Ciento cuarenta mil personas murieron con una sola bomba! Y otras más murieron después. Hubo gente que se evaporó; ¡el relámpago de luz quemó a la gente convirtiéndola en peldaños de piedra! Oh, es realmente espantoso. ¡Todas esas personas murieron!*»

¿Qué pasaría si Eeyore empezara a expresar pensamientos como ésos de forma habitual? ¿Sería posible llevarle desde su oscuridad interior a la luz? ¿Incluso cuando su propio padre se sintiera desolado al repasar el estado de las armas nucleares en el mundo? Ésos eran los pensamientos que se me ocurrieron y que expresé. Traté de convencer a las profesoras de que si se proponían exponer a unos niños discapacitados a realidades crueles y terribles, primero debían considerar cuidadosamente un mecanismo para convertir el impacto que con seguridad recibirían los niños en algo análogo a la esperanza. A los niños con mente normal podría considerárseles capaces de descubrir ese mecanismo por sí mismos —aunque sin duda los habría entre ellos que no podrían, y no sólo niños sino también adultos—, pero esperar que niños con discapacidades graves realizaran una operación de esa naturaleza sería imponerles una carga más pesada de la que podrían soportar.

Las decepcionadas profesoras acabaron por guardar silencio y se alejaron; pero el problema que me plantearon permanecía sin resolver. ¿Acaso no había fallado yo en

crear un mecanismo que permitiera que la conciencia de la tragedia de la guerra, incluyendo las armas nucleares, se abriera a la perspectiva de la esperanza? ¿Acaso no fracasé en dotar a Eeyore de ese mecanismo, a la vez que le aportaba una definición capaz de transformar en algo positivo el impacto que habría de recibir? Sentí que esas preocupaciones me inspiraban una composición musical acerca de las gentes desprovistas de poder y de su papel en la evitación de los horrores de la guerra.

Esa semana escribí un libreto que titulé «El pie de Gulliver y el país de la gente pequeña». Había que montar un escenario en el gimnasio del centro, con un telón bajado a medias. En mitad del espacio que quedaba visible bajo el telón, que lo cortaba inmediatamente por encima del tobillo, un solo pie, gigantesco, de cartón piedra. El coro de niños minusválidos, incluidos los que se desplazaban en sillas de ruedas, se agruparía en torno al pie. La voz de Gulliver debía sonarles a los espectadores como un eco procedente de muy por encima del pie gigantesco, y detrás del telón.

I. En la playa, blandiendo azadones y palos, la gente pequeña permanece en la base del pie gigante de Gulliver, y alza un grito de lamento. Hay noticias de que se aproxima un buque de guerra del país vecino. Desde por encima de las nubes, la voz de Gulliver llega abajo como un trueno: Una crisis como ésta ¿ha ocurrido en el pasado y, de ser así, qué se hizo al respecto? La gente responde: Defenderse con las armas que tenían guardadas en las montañas y esperar a que los invasores se retiraran. Aun así, cada pequeña escaramuza inevitablemente costaba muertos y heridos en ambos bandos. Después la paz ha reinado en el país durante un tiempo. La gente parece haberse percatado de que no procuraba provecho alguno ocupar un país tan pobre como aquél. Pero ¿por qué su vecino había escogido aquel momento para atacar de nuevo? Una guerra también a ellos les acarrearía sufrimiento.

II. El rey y sus ministros llegan procedentes de la ciudad. El rey pide una escalera de mano para apoyarla en el pie de Gulliver, y desaparece tras el telón. Los ministros dan explicaciones al pueblo. El rey solicita a Gulliver que aniquile los barcos enemigos en mar abierto arrojándoles pedruscos. O que los rodee con una cuerda y capture la flota entera.

III. La voz de Gulliver trata de convencer al rey de que reconsidere su estrategia para la batalla. Una victoria en esa guerra no haría más que ahondar el odio del pueblo hacia el país vecino. Y ni siquiera Gulliver podría aniquilar a toda la gente pequeña de ese país. La guerra estallaría de nuevo cuando tal vez Gulliver llevara ya mucho tiempo muerto. Era mejor adoptar la vieja política de huir a las montañas. Si necesitaban ayuda para transportar enseres, él con mucho gusto les prestaría ese servicio.

IV. El rey, airado, desciende por la escalera y dirige un discurso al pueblo: Gulliver es un ingrato. Su glotonería ha empobrecido el país, pero en tiempo de crisis no hace nada. ¡Los que estáis cerca de él debéis rogarle que participe en la batalla! Dicho esto, el rey se retira con sus ministros.

V. Sin ningún otro recurso, la gente pequeña pide a Gulliver que luche en su favor. El silencio de Gulliver refleja su perplejidad.

VI. Llega un representante del pueblo del país vecino. Explica que su rey está haciendo un llamamiento a sus súbditos para atacar, pues teme que de no hacerlo Gulliver apoye al rey de este país para atacarlo.

VII. Gulliver declara que no participará en la guerra. El rey y sus ministros regresan para detener al representante del país vecino acusándole de espía, pero la gente pequeña se une para expulsarlos.

VIII. El representante promete que su país se desarmará. La gente pequeña y Gulliver le observan alejarse por el mar.

Cuando llegó el momento de confiar el libreto a Eeyore, dibujé un diagrama del escenario, mientras explicaba el desarrollo de la acción. Eeyore tenía experiencia en funciones teatrales: su clase especial en la escuela media había representado *El nabo gigante*, y traté de utilizar ejemplos de esa experiencia para hablarle del gran pie de cartón piedra, pero no pude estar seguro de lo que dijo, y eso me inquietó, por si no había comprendido el argumento:

—Oh, muchacho, ¡ese gran pie! Eso está bien. ¿Es el pie de papá? No puedo escribir música para una historia tan larga. Es una obra importante, ¿no te parece? Es difícil, ¿no te parece? No puedo hacerlo. ¡Siempre me olvido de todo!

La señora T y la hermana de Eeyore le animaron a emprender la tarea. La hermana descompuso el libreto en escenas breves y dibujó un *storyboard*. Eeyore había elegido ver el pie de Gulliver como el de su padre, pero su hermana dibujó el rostro de Gulliver para que se asemejara al de Eeyore, y esto pareció despertar su interés. La señora T seleccionó entre las composiciones de Eeyore las melodías más vigorosas, y las organizó como una especie de catálogo o inventario. En cada lección de piano, ayudaba a Eeyore a escoger melodías que parecían adaptarse a los versos de mi libreto y las recompuso para construir la partitura. Una vez interpretada una melodía y la armonización que la acompañaba, el uno junto a la otra al piano, a Eeyore le correspondía transcribirla en el pentagrama y tenerla lista para la siguiente lección.

Yo hice sólo una petición relativa a la música. Había escrito los versos del discurso del rey para que se adaptaran a una canción que Eeyore ya había compuesto para otra ocasión: la ceremonia de la inauguración de las pruebas atléticas en su escuela, el Centro Especial Pájaro Azul. «Marcha del Pájaro Azul», como se llamaba, empezaba lenta, y luego el estribillo se convertía en un allegro utilizando tresillos que transmitían tensión. Le pedí que transportara la marcha a una tonalidad menor para que de este modo se adaptara a mi letra. Como yo había esperado,

la música reflejaba perfectamente la mezcla de desenvoltura y relinchos que daba especial sabor al rey. Una vez Eeyore empezó a trabajar en la tonada, yo oía a menudo a mi esposa cantar en la cocina el discurso del rey:

> *La glotonería de Gulliver nos ha empobrecido,*
> *pero no hace nada para ayudar...*

Toda la familia participaba en completar el musical. El hermano menor de Eeyore consideraba mi libreto demasiado largo y quería recortarlo hasta resumirlo en un esquema lógico. También descubrió en los anaqueles de mi librería un volumen sobre diseño de escenarios, y dedicó diez días a construir una maqueta del decorado. De esta manera, con todos colaborando activamente, se completó «El pie de Gulliver y el país de la gente pequeña». Pero poco después de enviarlo al centro, recibimos una solicitud para que lo simplificáramos más en consideración a la capacidad de los niños y a la duración de la obra. Una vez más recurrimos a la señora T, y con su ayuda hicimos la versión definitiva. Conseguí convencer a Eeyore de la necesidad de revisar el libreto, pero cuando llegó el momento de rehacer los arreglos, no quiso que lo aburrieran con eso. Al parecer, sólo hallaba placer y capacidad para concentrarse en el acto esencial de crear la composición.

Dos días antes de Navidad, cuando nuestro musical iba a ser representado, Eeyore y mi esposa se fueron a nuestra cabaña de las montañas. Durante la última lección de piano del año, la señora T se había tomado tiempo para recordar a Eeyore, inquieto por la emoción de la marcha, que los niños que interpretarían Gulliver no sólo eran músicos aficionados, sino también minusválidos, y que no debería enfadarse aun en el caso de que el compás fuera desigual y el canto equivocara la tonalidad. En otra ocasión, dirigiendo su propia composición para coro en su clase especial de la escuela media, Eeyore, a quien gustaba ver en

televisión no sólo los conciertos sino los ensayos, provocó quejas de las madres de la escuela porque golpeaba con su batuta el estrado y gritaba órdenes de repetir. Informado Eeyore por la señora T de que asistiría al ensayo como compositor pero que esta vez no dirigiría, él accedió y retiró la batuta que había metido en la mochila. Su sumisión se debía casi con certeza a su ánimo exaltado ante el pensamiento de que iba a tener a su madre toda para él durante los dos días de su viaje juntos.

Solo en la casa de Tokio con los hermanos de Eeyore, me di cuenta de lo largo que se hacía el tiempo cuando Eeyore y su madre pasaban la noche fuera. Tras una cena temprana, mi hija se quedó a la mesa del comedor para hacer sus deberes, y mi hijo desapareció en su habitación y se entregó al furtivo bip bip de un juego de ordenador. La casa respiraba tranquilidad y orden. La ausencia de Eeyore, que ahora hubiera estado tumbado acá y allá, comunicaba una sensación de vacío y de frialdad que nos imponía el reconocimiento de hasta qué punto se proyectaba sobre nuestras vidas su voluminoso cuerpo, con sus brazos y piernas doblándose espasmódicamente, como los de un niño.

Aquella noche, apartando una carta «de un lector» que me había causado turbación, me dedicaba a leer la crítica, principalmente social y política, que Erdman hacía de Blake. De algún modo, una nube de tristeza parecía cernerse sobre los miembros de la familia que nos habíamos quedado en casa. Recientemente yo había recibido numerosas cartas anónimas del tipo que la gente dirigía a individuos concretos, porque los medios de comunicación ignoraban sus propias afirmaciones sobre esto o aquello. Cuando las cartas estaban penetradas de sentimientos de victimización, tenían a su manera fuerza y dogmatizaban. La de hoy, con matasellos de Mikawa, en la prefectura de Yamaguchi, la había provocado una colección de discursos míos pronunciados ante reuniones estudiantiles de protesta antinuclear y ante asociaciones de padres de hijos minusválidos. Los responsables de la nación y de la

sociedad, empezaba la carta, tanto en América como en Europa o Japón, deben sobrevivir a una guerra nuclear ocultándose en refugios gigantescos, para estar en condiciones de reconstruir el mundo después de que los soviets lo hayan destruido. En tiempos normales, la diversión puede ser importante, pero en tiempos de crisis los autores son parásitos inútiles de la sociedad, y los niños minusválidos, más todavía. Honradamente, ¿pueden un autor y un niño minusválido reconstruir el mundo después de una guerra nuclear? ¿No es más probable que no puedan construir ni una sola casa? Los que se sienten desprovistos de poder tienden a caer en el derrotismo. «¡Y gente como ésa se dedica a criticar a los dirigentes del campo de la libertad, que se las ven a diario con la inevitable confrontación nuclear con el fascismo totalitario soviético! No estoy sugiriendo que usted y su hijo retrasado se suiciden, pero ¿ha considerado usted alguna vez mantener la boca cerrada en lugar de vomitar su veneno sobre nuestro mundo?»

No era que me sintiera incapaz de refutar al autor. Era más bien que su lógica pronto se apartó de mi conciencia, dejando atrás solamente una imagen: suponiendo que hubiéramos sobrevivido a la guerra nuclear juntos, me construiría una cabaña para mí y para Eeyore en la que escapar de la arremetida de la lluvia negra. Esa noche los tres moradores de la casa fuimos a acostarnos en nuestras respectivas habitaciones sin darnos siquiera unas buenas noches decentes. El día siguiente, sábado, resultó ser el último de escuela, y aunque no habíamos previsto acudir a la representación, acordé encontrarme con los niños en la estación, después de su ceremonia de clausura, y decidimos sin más reunirnos con Eeyore y mi esposa.

Nuestra cabaña de Gumma parecía desnuda y desprotegida. El abedul plateado había perdido su follaje, y el primer tifón del verano había barrido desde la meseta hacia abajo, erradicando los pinos que crecían en el delgado suelo que cubría la roca volcánica. Llegamos al atardecer y tomamos el sendero que conducía al centro

especial, situado en la vertiente opuesta. Las hojas que cubrían el suelo bajo nuestros pies tomaban un tono rojizo apagado a la luz menguante. A través de la niebla, los últimos rayos de luz iluminaban el torrente que discurría por el fondo del valle. En el sendero, la luz era tan insólitamente clara, que desde quinientos metros de distancia pudimos distinguir las figuras de mi esposa y de Eeyore encaminarse juntas en dirección a nosotros, con los ojos fijos en el suelo ante ellos.

—Llamémosles —sugirió la hermana de Eeyore.

Pero su hermano la detuvo:

—Podrían creer que estamos aquí porque ha sucedido algo malo.

Un sentido del peligro de esta naturaleza ha acechado en las mentes de los niños en todo tiempo. Éste era el aspecto de la vida diaria que pesaba sobre la familia, pensé para mí. Pero los niños ya habían adoptado un talante despreocupado y corrían juntos colina abajo, la hermana de Eeyore moviéndose, como siempre, con la soltura y la gracia de un potro haciendo corvetas. Una vez reunidos, los cuatro empezaron a ascender hacia donde yo aguardaba, mirando en mi dirección conforme se acercaban. En mi persistente melancolía, yo los imaginaba cuando yo hubiera muerto, pero tal como eran ahora, reunidos en torno a Eeyore, protegiéndolo y dirigiéndolo a pesar de que él era el más corpulento. Colina arriba, marchaban con buen ánimo, cantando, y al cabo de un minuto pude identificar la letra:

La glotonería de Gulliver
ha empobrecido nuestro país…

De regreso en la cabaña, mi esposa me informó del ensayo con vestuario al que Eeyore había asistido a primera hora de la mañana. En la primera escena, cuando escuchaba a la gente pequeña cantar a coro, levantó los codos y los apretó contra sus costados, se inclinó hacia delante doblándose por la cintura y apoyó la cabeza entre las

manos. «*Chico, qué sorpresa. Esto es un problema. ¿Qué vamos a hacer, mamá?*» Esta vez Eeyore no daba rienda suelta a su enfado como altivo compositor; estaba profundamente inquieto. A un observador podía parecerle que se sentía mortificado por alguna equivocación propia. No obstante, el profesor de música, un hombrecillo que parecía estar informado a propósito de Eeyore, bajó del estrado con la partitura en la mano y le explicó que había simplificado aún más los arreglos durante los ensayos, a fin de adaptarlos a la capacidad de los niños para cantar a coro, y que incluso había convertido cierto número de solos en recitativos para el grupo. Mi esposa le escuchaba con creciente aprensión, pero Eeyore la sorprendió por su pronta aceptación:

—*Lo comprendo. Hay veces en que el intérprete olvida las repeticiones. Veamos: Glenn Gould es uno de ellos, y en el disco monoaural de Lupatti ¡hizo lo mismo!*

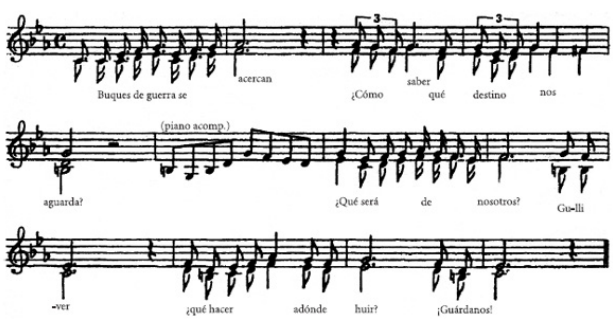
El ensayo se reanudó, y en esta ocasión Eeyore cantó al mismo tiempo que miraba —como cantante tenía una bella voz, clara como la de un niño antes de que le hubiera cambiado, y sin vibrato—, pero cada vez que la acción en el escenario se retrasaba o que un nuevo cantante empezaba a salirse de tono, sacudía la cabeza con discreción. El profesor de música también pareció darse cuenta, y el hecho de que el piano debía trasladarse a un lado del escenario el día de la representación y los problemas que él y Eeyore habían identificado, parecían ser dos motivos de preocupación. En este punto, y por sugerencia de mi esposa, Eeyore aceptó el puesto de apuntador, empezaron los ensayos la misma tarde, y aquello supuso una gran diferencia. El lugar que había escogido para instalarse fue una sorpresa reservada para nosotros hasta la representación, al día siguiente. El hermano menor de Eeyore, cuya maqueta de decorado se había utilizado para construir el real, estaba seguro de conocer la respuesta al secreto.

Utilizando madera todavía verde de los pinos derribados por el tifón a comienzos del verano, me las

arreglé con dificultades para encender la chimenea, la familia se sentó alrededor en semicírculo y comió el arroz con verduras y pollo en botes de cerámica que habíamos adquirido en la estación de Yokohama. Me sentí contento, pero era una clase diferente de contento que cuando Eeyore y yo viajamos a Izu durante el tifón. Mientras proseguíamos nuestra conversación, Eeyore se levantó con la agilidad que poseía cuando emprendía una acción que le gustaba, y abrió de par en par la ventana de la parte de la cabaña que daba al valle. El profundo y silencioso frío que precede a la nieve sobre la meseta se coló en la habitación. Tiritando, estaba a punto de mandar a Eeyore cerrar la ventana cuando me hizo callar al exclamar con gesto teatral: «*¡Chist! ¡Escuchad todos!*»

Buques de guerra se acercan.
¿Cómo saber qué destino nos aguarda?
¿Qué será de nosotros?
Gulliver, ¿qué hacer, adónde huir?
¡Guárdanos!

Desde el centro situado en la ladera al otro lado del valle nos llegaba el débil sonido de voces cantando, a través de la tranquilidad del lugar de vacaciones. Era el primer coro que Eeyore había compuesto, con letra escrita por mí inmediatamente después de que hubiéramos decidido colaborar en la función musical. Aquí reproduzco la partitura en su forma original:



En vista de que el profesor de música está preparando la publicación del proyecto completo, que se remonta a cuando nos pidió a mí y a Eeyore que interviniésemos, seré breve acerca de la representación definitiva, aquella Navidad, de «El pie de Gulliver y el país de la gente pequeña». Me limitaré a algunas impresiones de los individuos sobre el escenario, que me conmovieron, así como a la conducta de Eeyore ese día.

La dirección escénica del señor M se basaba en su interpretación del país de la gente pequeña como si fuera, literalmente, una reunión de niños minusválidos. Aunque estaban vestidos como campesinos de la Europa medieval, los niños no trataban de ocultar sus deficiencias, y aparecían en escena con sus sillas de ruedas o sus muletas o, sin más, sentados en el suelo los que se habían caído. Sus interpretaciones parecían meras extensiones de su comportamiento cotidiano. Era más bien como asistir a una celebración un día corriente de fiesta en el centro. Cuando los niños minusválidos se sobreponen a sus deficiencias para comportarse con normalidad, tanto más si lo hacen en grupo, infunden en el espacio alrededor una honda humanidad y una vitalidad que respiran valor. También aquí los coros tenían fuerza y presencia, precisamente porque cada uno de los cantantes estaba sobreponiéndose a su propia dificultad para llevar a cabo una representación natural, mientras se movía o permanecía inmóvil en el escenario.

Nuestra obra sirvió para demostrar hasta qué punto los niños estaban tratando sus propias deficiencias individuales. Un ejemplo fue el papel del rey, interpretado por un niño de infinito encanto, con síndrome de Down, con una cara redonda y regordeta. Estaba resplandeciente con las bayas rojas de brezo silvestre que constituían una vista familiar en la maleza de la región. No sólo las llevaba en la corona, sino formando guirnaldas en sus hombros y pecho. Para este niño, subir por una escalera de mano se presentaba como una ardua empresa que sólo recientemente le había sido posible y con gran esfuerzo. En

la escena en que el rey asciende por la escalera apoyada en el pie de Gulliver, todos en el escenario le animaban, y cuando sus pies y piernas, redondos y cautelosos, desaparecieron finalmente tras el telón, la representación fue interrumpida por un aplauso. Y pareció del todo natural que al final el rey, que había sido expulsado por sus pequeños súbditos, apareciera entre la multitud junto con sus ministros diciendo adiós al mensajero del país vecino.

Cuando llegó el momento de salir a las candilejas para recibir aplausos, el señor M se levantó de donde había estado tocando el piano, hasta un lado del escenario, bajo el gran abeto que se había talado en las inmediaciones como árbol de Navidad, y dijo dirigiéndose al pie de cartón piedra de Gulliver:

—Me gustaría presentarles al compositor. Por favor, acérquese.

El público, que ocupaba todos los asientos dispuestos en la mitad anterior del gimnasio, parecía guardar silencio, expectante: niños minusválidos de los grados inferiores, padres que habían acudido para llevárselos a pasar las vacaciones de Año Nuevo, y adultos y niños de las familias establecidas en los alrededores para roturar el terreno. Esperaban que Eeyore saliera del interior del pie de cartón desde donde había desempeñado con éxito su tarea como apuntador. Sentados en la misma fila que yo, mi esposa y los hermanos de Eeyore también esperaban con una emoción brillante y ávida en sus rostros, que yo no había observado desde hacía mucho rato. Cuando la parte posterior del pie se abrió, Eeyore podía rodear con facilidad la boca del escenario de la forma que quisiera. El señor M lo llamó por segunda vez:

—Dése prisa, por favor; todos le estamos esperando.

Pero desde el interior del pie, Eeyore replicó en voz alta, con convicción:

—*Creo que voy a quedarme aquí. ¡Muchas gracias!*

La risa que estalló era bienintencionada: el resto de la familia y yo también reímos. Sacudiendo la cabeza como si estuviera desconcertado a pesar de su propia risa, Eeyore

aguardó no obstante a que el señor M regresara al piano a fin de que las risas cesaran, antes de hablar con una voz atronadora por última vez. Empezó por dirigirse a los niños disminuidos del escenario que le eran familiares, y luego habló a toda la sala, elevando aún más la voz:

—*Como propina cantaremos el coro triste del principio. Luego interpretaremos el último coro con nuestras voces más altas. Luego, espero que el público se una a nosotros en* Noche de paz.

El coro rompió a cantar, y en el preciso momento en que cambiaba la tonalidad, el foco que iluminaba el pie de Gulliver se apagó y unas linternas de mano iluminaron con movimientos ondulantes el gigantesco pie de cartón, colocado sobre una estructura de madera y vigas de bambú. En el interior, con su voluminoso cuerpo que parecía ocupar enteramente el espacio, Eeyore, como los demás intérpretes, movía lentamente su brazo derecho adelante y atrás y lo subía por encima de la cabeza y se sumaba al canto. Cuando apareció la sombra chinesca que era Eeyore, los aplausos arreciaron, llenando el espacio frente al escenario que se suponía era el mar por el que navegaba el mensajero en su viaje de regreso.

Hasta ahora mi meta había sido precisar definiciones de cosas y personas para uso de Eeyore; pero en este momento era Eeyore, al presentarme una estrofa del *Milton* de Blake como una lúcida visión, quien creaba una definición para su padre:

Entonces lo vi primero en el Cenit como una estrella fugaz,
descendiendo perpendicularmente, rápido como la golondrina o
el vencejo;
y entró en mi pie izquierdo, cayendo sobre el tarso.

La visión continuaba, sin embargo, y desplegaba la imagen, urgente y triste, de una nube negra que surgía de mi pie derecho para cubrir Europa, mi mundo contemporáneo. Y como animado por la esperanza de hallar coraje para enfrentarse a tan amenazadora imagen, levanté

la voz y de veras empecé a cantar.

6

DEJA AL ALMA ENCADENADA LEVANTARSE Y MIRAR

Inscribimos a Eeyore para terapia ocupacional en el Centro de Setagaya de Bienestar para Discapacitados. Durante dos semanas, con el permiso de su escuela para niños minusválidos, se dedicaría con regularidad a un verdadero trabajo. Los deberes que se le asignaron para prepararlo consistían en introducir palillos chinos de madera —del tipo desechable— en sus fundas de papel. Cuando volvía de la escuela y sacaba de su cartapacio un gran número de palillos blancos de madera y un paquete de fundas, era como si el mundo del adivino —la pureza o la profanación, no estaba claro— se hubiera introducido en nuestras vidas diarias. A una distancia apropiada de los dos altavoces, Eeyore se acurrucaba como una morsa, con las piernas encogidas bajo su voluminoso trasero. Entonces extendía los palillos de madera sobre una esterilla estampada y procedía, lenta y laboriosamente, a enfundarlos en sus envoltorios de papel. Pero no antes de examinarlos de cerca. Cuando descubría uno roto o partido, exclamaba, lamentándose:

—¡Demasiado malo! ¡Este palillo es una pieza para desechar!

Y lo llevaba a la cocina, donde lo sepultaba respetuosamente en la basura.

Cuando acababa con un centenar de pares y los había contado de nuevo, mi esposa los alineaba de tal manera que la superficie impresa de las fundas era visible desde cualquier ángulo, y a continuación les aplicaba una etiqueta

y los empaquetaba en un envoltorio de plástico. Este paso final era difícil, pero al parecer se trataba de una técnica que un adulto llegaba a dominar con rapidez. Cuando toda la familia íbamos al supermercado, mi esposa se detenía ante estanterías que normalmente los demás habríamos ignorado, y examinaba paquetes similares de cien palillos de madera, con un ojo crítico, propio de un artesano, antes de empujar nuestro carro despacio por el pasillo.

A mi hijo le llegó el tiempo de ir a trabajar al centro de entrenamiento, la primera vez en su vida en que participaría, aunque de forma insólita, en sociedad. A mí se me ocurrieron algunas cosas al respecto, y al parecer mi esposa estuvo dando vueltas a pensamientos similares. Una noche, a hora avanzada, cuando hubo terminado los preparativos para la ceremonia de apertura, me dijo, mientras yo leía a su lado:

—Creo que pondré el folleto del señor F sobre la constitución en el bolsillo del guardapolvo de Eeyore... Algo parecido a lo que nos pidió que hiciéramos.

Subí a mi estudio y, de un armario donde guardaba recuerdos de amigos y colegas a los que admiraba y que habían fallecido, saqué un librito publicado por el Sindicato de Profesores de Okinawa veinte años antes, cuando Okinawa aún se hallaba bajo la jurisdicción militar estadounidense. El hombre que me presentó el folleto, alguien que sin duda pertenecía a la categoría de los colegas a quienes apreciaba y admiraba, natural de Okinawa y llamado F, llevaba muerto algún tiempo: a principios de año, se había celebrado un importante ritual popular de Okinawa, en conmemoración del decimotercer aniversario de la muerte de aquel hombre, en su isla natal de Iejima. F era un activista del movimiento para la devolución de Okinawa al Japón, y había muerto en un incendio en un hotel donde se alojaba después de una manifestación. Buen bebedor, había caído en un coma etílico cuando se declaró el incendio. Nunca le vi bajo la influencia del alcohol cuando trabajamos juntos, y me sorprendió oír después de su desaparición que le gustaba

beber y que en ocasiones, cuando estaba bebido, era ofensivo. Yo sólo recuerdo un encuentro con él que me hizo pensar que pudo haber estado bebiendo, una escena en la que también Eeyore tuvo su papel.

Hubo un período en que Eeyore era un niño y él y yo nos dedicábamos a comer pies de cerdo. Aún lo estoy oyendo pedir en su limpio tono de voz: «Pies de cerdo con miso especiado.» Me gustaba llevarlo a los restaurantes coreanos acá y allá y que probara los pies de cerdo especialidad de la casa, en cada lugar con ligeras diferencias en la preparación del miso y en la forma de cocer al vapor la carne. Cuando le servían un solo pie de cerdo, partido en mitad de una fuente, Eeyore se comía primero la gruesa piel, luego la carne y a continuación el tendón gelatinoso subyacente, y de cada articulación del pie extraía el pequeño nudillo y lo alineaba en la mesa con los otros. Un día lo observé mientras miraba fijamente un nudillo, con una expresión de curiosidad, al parecer por no saber dónde colocarlo en la fila. Cuando lo cogí y lo examiné, vi que era uno de sus dientes de leche, que se le había caído. Pese a lo joven que era, la aproximación de Eeyore a los pies de cerdo estaba presidida por un principio: no terminaba hasta haber alineado los nudillos en su orden adecuado.

Una noche de invierno —recuerdo que habíamos tenido que desplazarnos a cierta distancia desde casa para encontrar un restaurante coreano que sirviera fideos fríos fuera de la estación veraniega—, caminábamos de regreso por una calle de bares y restaurantes en el distrito llamado Sangen-jaya, cuando un hombrecillo cabezudo, con tronco en forma de barril y piernas sorprendentemente cortas, emergió de una casa de comidas que servía el mordiente licor que en Okinawa llaman awamori, y volvió hacia nosotros un rostro de niño cansado. Enfundados como íbamos en nuestras ropas de invierno y dada la corpulencia que teníamos en común Eeyore y yo, debíamos parecer una extraña pareja, pero sin duda el hombre nos vio y reconoció. Se paró en seco, como pegado a la calle, y

cuando le saludé —«¡Señor F!»— pareció sollozar y pasó de nuevo bajo el toldo de la entrada de la casa de comidas de la que acababa de emerger.

El difunto señor F y sus camaradas del movimiento contra el control estadounidense de Okinawa llevaban en sus bolsillos interiores un folleto sobre la constitución. Para mi esposa, que no era dada a los comportamientos teatrales, deslizar el mismo folleto en el guardapolvo de Eeyore en su primer paso en el mundo exterior, pudo haber sido un tributo a la vida de un hombre de corazón tan tierno que se sentía herido ante la mera visión de un encuentro en la calle con un niño disminuido.

Mi esposa subió al dormitorio que compartía con nuestra hija. Yo coloqué el folleto, con su cubierta de papel marrón, en la mesa del comedor y reflexioné, mientras bebía mi último trago de whisky del día, acerca de mi plan para crear una colección de definiciones destinadas a niños disminuidos. Tratarían de nuestro mundo, la sociedad y la humanidad; un proyecto que iba a incluir una adaptación de la constitución con mis propias palabras para uso de Eeyore. No había alcanzado mi meta, pero no porque fuera demasiado difícil. Ni siquiera era por falta de interés, como desafío a un autor. No obstante, aunque hablaba de ello con bastante frecuencia, no lo había vuelto a tocar. Todavía ahora, estaba escribiendo una serie de narraciones breves e intentaba transformarlas en una colección de definiciones, pero al liberarme del condicionamiento de que el lenguaje debe ser comprensible para los niños discapacitados, el proyecto ya no era el que había planeado originalmente.

Había una razón concreta que abonaba mi idea de haberme movido en esa dirección: David V. Erdman, el editor definitivo y comentarista de Blake después de Keynes, y uno de los compiladores de la *Blake Concordance* en la que yo me apoyaba. Recientemente había estado leyendo el libro de Erdman *Prophet Against Empire*. Basado en una exhaustiva investigación en periódicos y opúsculos escritos en vida de Blake, el libro interpreta el lenguaje del poeta en los largos poemas que él llamaba Profecías, en el

contexto de las condiciones sociales de su tiempo y contra el telón de fondo de las guerras napoleónicas. Encontré el libro lleno de nuevas indicaciones y sugerencias, pero estaba particularmente interesado en el análisis de Erdman sobre la expresión poética de Blake a propósito de la filosofía de la Declaración de Independencia en su largo poema *América, una profecía*. De acuerdo con la lectura hecha por Erdman, en los versos que siguen a la sexta de las dieciocho iluminaciones en la edición infolio, Blake reconfigura poéticamente las afirmaciones de la Declaración de Independencia. Empieza con «Vida»:

La mañana llega, la noche se aparta, los vigías abandonan sus puestos;
se abre la tumba, se esparcen las especias, se envuelve el lienzo,
los huesos de los muertos, la arcilla que los cubre, los nervios contraídos, desecados,
reviviendo se agitan, inspirando se mueven, ¡respiran!, ¡despiertan!
Surgen como cautivos redimidos, cuando se sueltan sus ataduras y sus barras.

Luego, «Libertad»:

Deja salir corriendo al campo al esclavo que muele en el molino:
déjale mirar a los cielos y reír en el aire luminoso;
deja al alma encadenada, prisionera en tinieblas y suspiros,
cuyo rostro no ha visto una sonrisa en treinta años dolorosos,
levantarse y mirar…

La «persecución de la felicidad» sigue así:

… sus cadenas están sueltas y las puertas de su mazmorra, abiertas.
Y permite que su mujer y sus hijos dejen atrás el azote del opresor.
Se vuelven a mirar a cada paso y creen que es un sueño.
Y cantan: El Sol ha abandonado su negrura y ha encontrado

una mañana más fresca.

La conclusión proclama que derribar la opresión es un derecho y un deber:

Y la bella Luna se deleita en la noche clara y despejada
porque el Imperio ya no existe, y ahora el León y el Lobo
cesarán en sus desmanes.

Los lectores es probable que se dividan entre los que encuentran estos versos exaltadores y otros que sostengan que Blake se ha limitado a refundir la ideología de la Declaración en versos recargados. Quizá esta última respuesta sea la más natural, pues el talante de la época de Blake nada tiene en común con el nuestro, ni tampoco nos remitimos a la metáfora mitológica procedente de la Biblia. No obstante, me cuento entre los que se sienten hondamente conmovidos por estos versos. Y mis sentimientos respecto a ellos reflejan los estremecimientos de emoción que experimenté de joven ante los cambios radicales que se produjeron inmediatamente después de la guerra —quizá debería decir durante y después de la guerra—, y más en concreto a raíz de la promulgación de la nueva constitución japonesa, que fue el punto culminante de ese cataclismo. He descrito mi experiencia de esa época en un comentario y unos ensayos que han sido blanco de críticas por parte de quienes disputan la importancia de los cinco años de verdadera democracia que siguieron a la Rendición. ¡Cómo —argumentan— puede alguien que tenía once o doce años cuando se promulgó la constitución haberse sentido conmovido por su lenguaje abstracto!

Un deseo de responder a esta variedad de crítica y de ridículo debe haber animado mi decisión de usar la constitución como punto de partida para una colección de definiciones para Eeyore. Y debo admitir que mi dificultad para iniciarla se ha debido, al menos en parte, al temor de no ser capaz de reflejar de forma adecuada mi emoción en aquella época. No es una tarea imposible ni dejaría de tener interés como empresa literaria: lo que me ha impedido

hasta hoy sentarme a trabajar con buen ánimo ha sido el presentimiento de una dificultad ineludible y específica.

Tales eran mis pensamientos a altas horas de aquella noche mientras examinaba el folleto sobre la mesa, frente a mí, y consumía una cantidad de whisky que excedía con mucho la dosis que normalmente requería para conciliar el sueño. Ahora recordaba con vívidos detalles una escena que se había escapado de mi memoria y que al evocarla me revelaba la fuente de la observación de mi esposa sobre el folleto, que le había parecido tosco y extraño. Varios meses después de nuestro extravagante encuentro con el señor F, nos visitó en Tokio para pedir mi apoyo en las primeras elecciones que iban a celebrarse en Okinawa bajo la jurisdicción de la ocupación estadounidense. Como no hizo referencia al incidente de Sangen-jaya, empecé a preguntarme si me equivoqué sobre el hombre que salía del restaurante. Por otra parte, estaba claramente nervioso por causa de Eeyore, mirando como asustado cada vez que se paseaba por la sala de estar donde conversábamos.

Servimos al señor F una comida sencilla aquella noche. Recuerdo que sólo bebió un poco de cerveza, declinando ostensiblemente mi ofrecimiento de whisky. Mientras mi esposa nos servía, él le dijo bruscamente, expresándose como un ex profesor:

—La deficiencia de su chico no parece grave; ¡si estuviera en Okinawa podrían matricularlo en una clase normal!

Por entonces mi esposa se sentía deprimida, y replicó que ella y otros padres de niños disminuidos sólo tenían una cosa en la mente allá donde estuvieran —en casa, en las reuniones de la asociación de padres y profesores, en todas partes—, a saber, vivir aunque sólo fuera un día más que sus hijos para poder cuidar de ellos siempre.

Al oír esto, el señor F adelantó su gastado rostro de niño, con el oscuro y suave aspecto de pene de anciano, y declaró:

—¡Señora! ¡No debe usted pensar así! ¡Eso es derrotismo! En la sociedad que podemos crear, su chico

llevaría este folleto en el bolsillo de la camisa, y siempre que tuviera un problema, lo sacaría y diría: «¡Miren esto!» ¡Y el problema se resolvería! ¡Todo lo que no sea esa meta es derrotismo!

El señor F había muerto en un incendio en el hotel gestionado por el Centro de la Juventud Japonesa, antes de la retrocesión de Okinawa. Y mi esposa había deslizado el folleto que nos dejó aquella noche en el bolsillo de Eeyore, el día de su marcha para ser entrenado, por vez primera, para participar en sociedad. Huelga decir que ella era dolorosamente consciente, a pesar de haber transcurrido diez años de la muerte de nuestro amigo, de que no habíamos logrado crear un mundo en el que un muchacho disminuido, en un momento de apuro, no tuviera más que sacarse un folleto sobre la constitución de posguerra. Lo más probable es que ella se limitara a homenajear la memoria del hombrecillo que avanzó con el paso de un corpulento enano para oponerse al derrotismo con la decisión propia de un gigante.

En los versos que cité más atrás, Blake entreteje principios políticos y simbolismo cristiano; y la expresión directa de su postura política diferencia *América* de sus posteriores profecías. Las chispas de la Revolución Americana prendieron en Francia y el fuego acabó por extenderse a la propia Inglaterra. Blake profetizó: *Y la bella Luna se deleita en la noche clara y despejada / porque el Imperio ya no existe, y ahora el León y el Lobo cesarán en sus desmanes*. Pero ante la reacción a la posibilidad de que esta visión pudiera hacerse realidad, la tristeza de Blake se tornó más honda y dejó de escribir sobre política de manera explícita.

En el mundo real, el archiantagonista político de Blake era el rey Jorge III. Pero ¿pudo la misma época que inspiró desaliento en Blake haber restaurado la brillantez de espíritu del rey? Rememorando la historia británica que leí para preparar mis exámenes de ingreso en la universidad —Pitt el Viejo y el Joven, la gloria del almirante Nelson y su

muerte—, pasé el tiempo tratando de situar a Blake entre sus contemporáneos. Comprendo que no es éste el lugar para una revisión de la historia inglesa, pero con Blake como guía debo volver en seguida a mi hijo. Quiero, sin embargo, dar cuenta de un solo episodio de la historia. Era creencia común que el choque por la pérdida de las colonias americanas llevó a la locura al rey Jorge. En su intrigante libro titulado *America's Last King*, Erdman presenta una escena que anticipaba un segundo acceso de locura. El 13 de febrero de 1801, mientras estaba orando arrodillado, el rey se levantó bruscamente y sobresaltó a la concurrencia, que llenaba la iglesia, gritando a pleno pulmón el Salmo 95, cuyas palabras parecían adecuadas para su mente frenética: «Cuarenta años anduve desabrido de aquella generación y tuve que decirme: Éstos son gente de torcido corazón, que desconoce mis caminos.» Cuando sucedió esto, en 1801, se cumplía ciertamente el cuadragésimo año del reinado de Jorge. Vale la pena señalar, según escribe Erdman, que Jorge se identificaba con Yavé. Arrodillándose de nuevo, el rey volvió a rezar, y rezó tanto tiempo a pesar de la frialdad del pavimento de piedra y del gélido aire invernal, que se puso a tiritar hasta los huesos.

Los rumores de este incidente llegaron a Blake, y se reflejan en las adiciones que por entonces hizo a *Los cuatro Zoas*, que revisaba con frecuencia. El rey Urizen, que trata de controlar todas las cosas mediante la razón, es una figura representativa del mundo mitológico de Blake, y un indicio del rey loco Jorge se proyecta en el retrato que Blake hace de Urizen:

Tendido sobre las piedras de hielo de su trono
Urizen, estremecido, oyó cómo los temblorosos miembros sacudían las recias cuevas.

Lo que tan poderosamente me atrae de Blake es que no sólo formula su mundo mitológico único basado en una tradición que se extiende desde el cristianismo hasta el

misticismo esotérico, sino que también refuerza su mitología para que se desarrolle por sí misma infundiéndose de la energía de su vida y su tiempo. Y su avance por esta vía le permite dirigir su mundo mitológico a través y más allá de sus motivos de política contemporánea y de relaciones internacionales, a un lugar que trasciende el tiempo. Para mí, esas dos facetas del mismo logro explican la fuerza magnética de Blake.

Cuando empecé a leer sobre el vasto y ricamente articulado mundo mitológico de las Profecías de Blake, no pude dejar de preguntarme qué fuerza en concreto pudo haberle impulsado a producir tan voluminosa cantidad de versos día tras día. Los libreros sólo publicaron *La Revolución Francesa*, y de ésta, sólo uno de los siete volúmenes que Blake había planeado originalmente. Permanece el hecho de que Blake compuso estos larguísimos poemas en soledad, revisión tras revisión, sin pedidos de las librerías o respuesta de los lectores. Y con los censores en mente, ocultó su verdadero significado bajo complejas capas de invención mitológica. Esto se debía a la opresora monarquía de Jorge III. Al mismo tiempo, la desaprobación de que Blake hacía objeto al rey le llevaba todos los días a afinar y pulir sus versos para conferirles la mayor brillantez. Erdman investiga sus lecturas de fuentes coetáneas a fin de recrear este proceso de manera convincente.

Las revelaciones de Erdman me sugieren la pregunta de si Blake y su fiel compañera de toda la vida, Catherine, pudieron haberse dedicado a la crítica acerba del reinado del soberano en sus momentos de intimidad hogareña. Esta perspectiva me lleva a mi vez a interrogarme sobre qué se siente al descubrir una nueva verdad sobre un episodio famoso que acabó con Blake ante un tribunal.

En 1800 Blake abandonó Londres y pasó un tiempo en una casa a orillas del océano, que más tarde definió como «tres años de sueño en la costa del Atlántico». Durante este período, sostenido por el poeta diletante William Hayley, Blake pintó retratos en miniatura y grabó ilustraciones que

no guardan relación con su mundo mitológico. Gradualmente, creció su descontento, y hacia el final de su estancia en Felpham, Sussex, fue acusado de un delito. De haber tomado el subsiguiente proceso un mal cariz, hubiera podido muy bien ser condenado a muerte por traición. Basándose en una declaración jurada que reproduce Erdman, el caso cabría resumirlo como sigue: Un día, Blake descubrió a un soldado desconocido para él vagando por su jardín. Este último era un lugar sagrado para Blake, pues consideraba que los espíritus del bosque asistían a un funeral a la sombra de las hojas caídas. El soldado simbolizaba para él la elementalidad y la cruel bestialidad de este mundo caído. Blake arroja al soldado a empellones de su jardín y el soldado busca venganza proclamando que Blake maldijo al rey y a sus súbditos en voz alta y le acusa de conjura para derrocar la monarquía. Con todo, hay partes de la declaración que consideré verosímiles. Mientras Blake y el soldado se están dando empujones, aparece Catherine e instiga a su marido. Declara además su intención de unirse a la pelea hasta derramar la última gota de sangre. «Querida —exclama Blake—, ¿estás segura de que no quieres luchar contra Francia?» «¡Desde luego que no! ¡Haría cuanto estuviera en mi poder a favor de Bonaparte!»

A juzgar por los dibujos de Blake, Catherine era una mujer alta, rolliza, de facciones carentes de atractivo. Inculta, firmó el acta de matrimonio con una X; pero en los años siguientes adquirió los conocimientos que necesitaba para ayudar a Blake en el entintado e impresión de las planchas de sus grabados. Parece improbable que Blake o Catherine empleara el tosco lenguaje que aparece en el testimonio del soldado. Por otra parte, el contenido del lenguaje que se les atribuye corresponde, hasta un grado curiosamente alto, al pensamiento que ambos compartían. Blake quedó aterrorizado cuando le mostraron la declaración, según supone Erdman, y es probable que se sintiera obligado a confundir a los espías que parecían estar observándole, oscureciendo sus críticas al rey Jorge con

metáforas enigmáticas. Erdman coloca el incidente al comienzo de la transición al prolongado silencio que Blake mantuvo hasta sus últimos años.

Lo que yo imagino es que Blake y su esposa sostuvieron la conversación que recordaba el soldado, pero no en el lenguaje tosco y vulgar que afirma haber oído. Napoleón no era todavía emperador en esa época, y Blake aún lo veía como un liberador que portaba la tea de la Revolución Francesa. En esta versión del futuro, la esencia de su anhelo, la fuerza de la revolución se extendería a Inglaterra y permitiría su liberación (Blake necesitó poco para desilusionarse de Napoleón y considerarlo un opresor odioso).

Dado que el Tribunal Superior declaró inocente a Blake, no hay base para creer el relato del soldado; aun así, cuando me imagino a Blake reducido a crear una obra antitética respecto de sus creencias en tanto dependía del apoyo de un caballero poeta de talento mediocre, aunque criticara aquellos tiempos en largas Profecías comprendidas por las pocas personas que comprendían sus pinturas —Hayley las ridiculizaba como obras de la locura—, y cuando imagino que pudo haber poseído, aun mediada la cuarentena, la fuerza física para repeler al soldado, y que, como insistía éste, su esposa Catherine pudo haber recurrido al lenguaje violento para expresar ideas radicales, me siento hondamente conmovido. En efecto, parece probable que Blake y Catherine permanecieran en silencio mientras Blake luchaba con el intruso. Y que el lenguaje del que informó el soldado lo intercambiaron sus almas, sin palabras. De algún modo, el soldado vencido había conseguido oír la voz del silencio.

Al permitir que mis pensamientos giraran en torno a este episodio de violencia, subió a la superficie de mi memoria una escena de mi niñez. Me sentía capturado por la fuerza de ciertas palabras que Blake empleaba repetidamente. La escena incluía a mi padre, que murió durante la guerra. He

escrito innumerables veces sobre la muerte de mi padre, quizá no explícitamente, pero aludiendo a él de forma inequívoca. Ahora, por primera vez, una escena que había olvidado volvió a mí, y a su vívida luz pareció que yo descubría algo nuevo sobre mi vida: que mi angustia de niño bajo la autoridad en tiempo de guerra, la muerte de mi padre y mi respuesta a la derrota del Japón al final del conflicto eran una sola pieza, un contexto único. Mi experiencia de las cosas a través de la mediación de Blake sigo sintiéndola como algo misterioso.

Antes y durante los años de la guerra, mi familia se dedicaba al negocio de las cortezas. Adquiríamos corteza de Mitsumata en las granjas cercanas y pagábamos a los granjeros por ponerla a remojo en agua hasta que se ablandaba, y entonces se retiraba la áspera capa externa, y la interior, una pulpa amarilla, se quitaba con raspadores que nosotros suministrábamos. Cuando la corteza interna se había desteñido al sol hasta blanquearse, la recogíamos en pequeños fajos, que comprimíamos hasta convertirlos en fardos planos y oblongos y los enviábamos a la fábrica nacional de moneda, donde la corteza se usaba para fabricar billetes de banco.

De niño, me parecía que mi padre revelaba diferentes aspectos de sí mismo cuando trabajaba en las diversas facetas de su negocio, sin hablar apenas una palabra. En sus negociaciones con los granjeros, en parte como una función de mis ingenuas suposiciones acerca de él, parecía tener el aspecto de un patriarca. Sentado con las piernas dobladas bajo el cuerpo sobre el suelo de madera, formando fajos con las tiras de corteza, retirando la pulpa que sobraba con su cuchillo de oscuro brillo, parecía un artesano, la imagen que siento más próxima a mí y a mi trabajo cotidiano con pluma y papel. En la etapa final del proceso, mientras manejaba la prensa de la corteza en un rincón oscuro del almacén situado junto a la carretera provincial, me parecía un obrero fabril. Mirándolo contener y dirigir la fuerza violenta que brotaba de su interior, tuve la sensación más vívida del cuerpo físico de mi padre como adulto.

La prensa de la corteza era una tabla de roble con sendos engranajes en los extremos de dos barras de hierro de diez centímetros de perímetro. Las palancas que movían los engranajes eran también barras de hierro que sobresalían a los dos lados del dispositivo. Cuando dos hombres situados a ambos lados empujaban las palancas, el almacén se llenaba de ecos del crujido de los fardos bajo la tabla. Cuando se soltaba el freno y las palancas se accionaban en dirección opuesta, los engranajes que movían la tabla rechinaban y volvían de nuevo a la parte superior de las barras de hierro, y el proceso volvía a comenzar: *crujir, crujir, crujir, rechinar, rechinar, rechinar*. Cuando los fardos de corteza habían sido comprimidos hasta una quinta parte de su grosor original, se ataban con cuerda hecha de corteza blanda, y se arrojaban pesadamente al pavimento de madera que sólo se extendía bajo la prensa.

La prensa estaba instalada en la parte posterior del almacén, en medio de sombras tan densas como el rincón donde mi perra había tenido a sus cachorros. Ante expresiones como «molino» o «rueda» o «prensado de la uva», que tienen connotación negativa en Blake, recuerdo el crujido y el rechinar que producen. Blake usa «rueda» y «molino» para evocar la taxonomía de la razón, con Urizen en su cúspide. La razón era responsable de los errores de la humanidad; «prensado de la uva» y «molino», como en los versos de *América* citados arriba, son símbolos de la tarea que no es apropiada para la humanidad recién expulsada del Edén. Contemplando las palabras de la página, recordé un suceso relativo a la prensa de corteza, que se produjo el año anterior a la muerte de mi padre, y pensé que yo también podía ver que eso estaba ligado de algún modo al episodio de violencia en el jardín de Blake.

Por vez primera, el gobernador de la prefectura visitó nuestra aldea en el valle, en viaje de inspección. El gesto probablemente iba dirigido a estimular la industria casera local, como parte de la campaña del gobierno en tiempo de guerra para incrementar la producción «en el frente del

hogar». Mi padre debió recibir la noticia con antelación de la oficina de la aldea: vestido con una flamante chaqueta marengo, de tejido de algodón grueso como una tabla, y con el aspecto de una persona diferente —ahora que pienso en ello, él tenía mi edad actual—, se sentó a esperar en una silla de madera, dando la espalda a la prensa, sumida en la oscuridad, con un fardo de corteza procesada brillando suavemente a su lado, y la cabeza pensativamente baja. Contemplándolo a la pálida luz desde donde yo estaba, de pie, afuera, al borde de la carretera, ya me estaba sintiendo incómodo.

Habiéndose detenido en el camino que conducía al almacén de madera y a la fábrica de salsa de soja, bajando hacia el río, el gobernador y su séquito salieron a la carretera principal, con el jefe de nuestra aldea y el jefe de policía de la ciudad vecina abriendo la comitiva. Dentro del almacén todo el mundo se detuvo para escuchar al jefe de nuestra aldea describir para conocimiento del gobernador la historia del procesado de la corteza en nuestra localidad. Mi madre miraba la oscuridad desde debajo del alero de la entrada, e incluso desde donde yo estaba, detrás del grupo de adultos, podía advertir la razón de la preocupación que leía en el rostro de mi madre y en la tensión de su cuerpo. El plan consistía, indudablemente, en seguir la explicación del jefe con una demostración: pequeños haces de Mitsumata estaban ya cargados en la prensa. Pero la máquina requería dos operarios, uno para cada palanca, y el socio de mi padre había sido movilizado diez días antes. No se había llamado a ningún sustituto. El grupo del gobernador aguardaba, con las cabezas vueltas para mirar la semioscuridad donde mi padre estaba sentado solo, con la barbilla sepultada en el rígido cuello de algodón de su camisa, los ojos fijos en el suelo frente a él.

—¡Eh, usted! —estalló una voz dirigiéndose a mi padre.

Era el jefe de policía, que se expresó en un tono de voz oficial que nunca utilizaba con nadie, ciertamente no con mi padre, y ni siquiera con el ganado; daba la impresión de

ser un tono que nunca se había oído en nuestro valle en el bosque. Yo me estremecí y sentí que mi madre se estremecía a mi lado. Pero mi padre permanecía sentado, y mientras bajaba de nuevo la cabeza, el jefe de policía se adelantó hacia él y le dijo en tono de reprimenda:

—¡Eh, usted! ¿A qué está esperando?

Mi padre se levantó despacio, descargó su peso sobre la palanca de hierro, apretó sobre la corteza crujiente, y luego la accionó para que la tabla de roble volviera, rechinando, a lo alto de la prensa. Repitió el proceso, moviendo atrás y adelante la palanca, mirando el espacio delante de él como si no lo estuvieran observando. Forzando el eje horizontal hacia abajo por un solo lado parecía estar doblando la máquina; si las barras de hierro se soltaban de la base de roble en la que estaban apoyadas, la palanca del engranaje retrocedería fuera de control y golpearía a mi padre, derribándolo. Yo temblaba. En aquel momento, mi padre soltó la palanca y pasó frente a la máquina en su recorrido hacia el otro lado, aproximándose despacio al gobernador y a los demás. De pie a mi lado, mi madre, que tenía diez años menos de los que tiene ahora mi esposa, emitió un sonido gutural como si ahogara un grito en su garganta. En el costado de la chaqueta de algodón que confería a mi padre el aspecto de un soldado extranjero de uniforme, llevaba una hachuela que usaba para romper las tensas cuerdas con que se ataba la corteza. Cuando avanzó despacio hacia nosotros, tenía agarrado el mango de la hachuela, con el codo sobresaliendo de su cuerpo. Pero pasó ante los adultos como perdido en sus pensamientos, echó mano de la otra palanca y continuó trabajando, con dificultad al principio, pero luego con movimientos poderosos que se fueron haciendo más fluidos, aplanando la crujiente corteza y volviendo la palanca con un rechinar de los engranajes. Ahora el gobernador y su séquito se encaminaban hacia el vivero de castaños río arriba, pero mi padre continuó trabajando, moviendo atrás y adelante las palancas para accionar los engranajes en ambos lados de la máquina, hasta que completó el fardo.

Mi recuerdo se reanuda un año más tarde, a principios de la primavera anterior al fin de la guerra, el día que empezó con mi madre bajando a primera hora de la mañana para anunciar que mi padre había dejado escapar un grito de rabia en plena noche y había muerto. No guardo memoria del año intermedio: cuando evoco lo que ocurrió, el día de la humillación de mi padre frente al séquito del gobernador, le sigue inmediatamente la noche de su grito airado y su muerte. Pero sólo conservo un recuerdo borroso de lo que siguió realmente. Recuerdo la réplica de mi madre al jefe de la asociación de vecinos cuando nos visitó para tratar de las gestiones para la incineración, y observó, cuando expresaba sus condolencias, que el último año mi padre había sido «un beodo». Mi madre le había estado respondiendo con una voz débil y llorosa; ahora se puso de pie en toda su estatura y le dijo con una curiosa voz de bajo:

—Mi marido se hartaba de beber por la noche; pero a primera hora todas las mañanas, antes de que cualquiera de ustedes estuviera levantado, leía sus libros y el cielo sabe que trabajaba a lo largo de todo el día. ¿Es eso lo que usted llamaría «un beodo»?

Mi otro recuerdo de este largo día es que mi cabeza se llenó de terribles pensamientos. Reconsiderándolos ahora, a la luz reflejada por el episodio en el jardín de Blake, puedo organizarlos como sigue. El jefe de policía había ordenado a mi padre que se pusiera manos a la obra con la prensa como si estuviera regañando a un perro, y mi padre había trabajado. La máquina pareció a punto de partirse bajo la fuerza desequilibrada que le aplicó, pero fue realmente la violencia interior de mi padre lo que estuvo a punto de estallar. Para aflojar la presión, la violencia la canalizó fuera de su cuerpo. Me preguntaba si mi madre pudo haber dejado de leer en los movimientos y expresiones de mi padre, ese día, una intención de hacer frente a quienes le ultrajaban, sin importar quiénes fueran: el jefe de policía, nuestro jefe de aldea, el gobernador o incluso Su Majestad Imperial —volveré dentro de un momento para explicar en

qué me baso para esta idea—, una decisión de igualar su ultraje con otro aunque eso significara esgrimir la hachuela. Y si esto podía explicar lo asustada que había parecido mi madre cuando él avanzó hacia nosotros desde la máquina con su hachuela a la cintura.

Pero mi padre había acatado la reconvención del jefe de policía y se había aferrado a la prensa de la corteza con una sola mano. La máquina sobrevivió, pero un año más tarde la violencia que mi padre llevaba dentro había perdido su válvula de escape, rompió el mecanismo de su cuerpo y murió con un bramido de ira. Pero ¿qué habría pasado si hubiera levantado su hachuela, me pregunto yo ahora, y respondido vociferando al jefe de policía? Al niño que era yo entonces le parecía claro que el jefe de policía lo hubiera matado allí mismo o lo hubieran torturado hasta la muerte en la cárcel. Una vez hubiera empezado a comportarse amenazadoramente, los oponentes se hubieran interpuesto entre él y los adultos, uno tras otro, en un orden ascendente que recorría toda la escala ¡hasta Su Majestad el Emperador! Mi lógica no se me presentaba claramente con palabras, pero cuando reuní los pensamientos que ascendían en mi interior como burbujas ese día, apuntaban en ese sentido.

La noche de la rendición, cuando mi madre supo de la alocución radiofónica del emperador, mucho después de que hubiera terminado —desde la muerte de mi padre, insistía en que ya no había ni una sola buena noticia, y dejó de leer el periódico y de escuchar la radio—, se me acercó con las mejillas enrojecidas por la agitación y susurró cálidamente a mi oído:

—Es exactamente lo que tu padre dijo: ahora los de arriba están abajo, y los de abajo, arriba. ¡Es así!

Pocos días más tarde, me había aislado en el río a primera hora de la tarde; no sólo estaba solo en el agua, sino que no había ningún niño a la vista en la orilla ni en el puente, a lo lejos (la peculiaridad de las circunstancias sugiere que esto puede ser el recuerdo de un sueño). Y me asaltó un pensamiento extravagante. El día en que el

gobernador efectuó una gira entre sus gobernados, y el jefe de policía azotó a mi padre con su lengua y le impulsó a convertir su trabajo en un espectáculo, ¿qué hubiera pasado si en aquel instante la proclamación imperial del fin de la guerra hubiera resonado por un aparato de radio en todo el valle? Entonces mi intrépido padre, con su chaqueta de algodón, habría levantado su hachuela con la mano derecha y habría ordenado al jefe de la policía y al gobernador que ocuparan sus lugares junto a las palancas de los engranajes para dar comienzo al crujir y al rechinar. Y unos tres puestos detrás en la fila, Su Majestad el Emperador se quitaría los guantes blancos y aguardaría su turno para ponerse a trabajar.

Unos diez años después, cuando mi madre me permitió llevar la radio a la sala grande con ocasión de un programa para «ciudadanos menores», me di cuenta de que el orden social, con el emperador en la cúspide, no se había subvertido por completo, al menos no hasta el punto de que Su Majestad pudiera ser obligado a trabajar en una prensa de corteza. Mi coetáneo, el erudito K, debe de haber escuchado la misma emisión, porque más tarde la incluyó en su historia de la educación de posguerra. He copiado el fragmento que me produjo la impresión que acabo de describir:

> Lo importante es entender la importancia de Su Majestad para nosotros, así como de cumplir sus órdenes. La forma en que nos rendimos no habría podido suceder en otro país. Su Majestad sólo tuvo que hablar una vez, ordenándonos deponer las armas, y aunque habíamos luchado contra el enemigo con todo nuestro corazón y nuestra alma hasta el día anterior, dejamos de pelear sin una queja. ¡Lo que hace a nuestro país tan especial es que nosotros, los japoneses, obedecemos de todo corazón las órdenes de nuestro emperador! Después, y sin que importen las dificultades que podamos hallar, nuestro país prosperará tanto tiempo como continuemos escuchando de este modo a Nuestra Majestad. Además, como país bendecido con tan magnífica Majestad Imperial, es nuestro deber cuando tratemos con naciones extranjeras evitar disensiones y enfrentamientos; en lugar de eso, hay que trabajar para

asegurar que todos los países se estrechen las manos con fuerza y coexistan felizmente.

Estas experiencias grabaron en mi vida una definición fundamental de la violencia, de la cual la lectura de Blake me ha hecho agudamente consciente. Hay algo dentro del cuerpo que se asemeja a un condensador. Cuando la carga eléctrica excede su capacidad, el mecanismo empieza a torcerse, y si la tensión se incrementa, se rompe de fuera adentro. La única manera de controlar la distorsión es encontrar algún medio de descargar la violencia al exterior de vez en cuando. Me pregunto si la conducta a la que yo sigo refiriéndome como «brinco», utilizando el nombre que le daba de niño, no era una especie de ejercicio que anticipaba el futuro mientras mi propia carga era aún relativamente leve. Hasta el momento no he hecho nada que se acerque a tomar la hachuela de mi costado y dirigirme a gritos al gobernador y su séquito, como mi padre pudo haber hecho aquel día. ¿Significaba eso que me estaba encaminando al momento en que yo también abandonaría el mecanismo de mi cuerpo a la destrucción desde el interior, tras emitir un grito de indignación? Después de todo, yo era tan sólo un año mayor de la edad que tenía mi padre al morir. No hace mucho, cuando Eeyore yacía en el sofá recuperándose de un ataque, con el rostro oscurecido por el agotamiento y la fiebre, descubrí que sólo yo entre mis hermanos no me parecía a mi padre. Me sentía empujado a examinar mi cara en el espejo, y siempre había notado que era el único de mis hermanos que no se parecía a mi padre, pero con mi imagen del rostro de Eeyore como guía, fui capaz de advertir un parecido con una fotografía tomada poco después de la gira del gobernador, la última foto de la vida de mi padre.

Pero el verano que terminó la guerra, solo y apartado de los ojos de los otros niños, en el río en el que pude haber tenido un sueño, decidí en mi imaginación aproximarme a un tratamiento de la violencia que ni le destruyera a uno interiormente ni se liberara salvajemente dirigiéndola hacia el mundo exterior. Si tuviera que expresar con palabras las

pasiones que viven en mi recuerdo del momento, difícilmente podría hacerlo mejor que con los versos de Blake que ya he citado:

Deja salir corriendo al campo al esclavo que muele en el molino:
déjale mirar a los cielos y reír en el aire luminoso;
deja al alma encadenada, prisionera en tinieblas y suspiros,
cuyo rostro no ha visto nunca una sonrisa en treinta años dolorosos,
levantarse y mirar…

Y prosigue:

… sus cadenas están sueltas y las puertas de su mazmorra, abiertas.
Y permite que su mujer y sus hijos dejen atrás el azote del opresor.
Se vuelven a cada paso y creen que es un sueño.
Y cantan: El Sol ha abandonado su negrura y ha encontrado una mañana más fresca.

Eeyore continuó yendo y viniendo entre el hogar y el centro de terapia ocupacional, y por entonces se dedicó a trabajar ensamblando las cajas de papel empleadas por el restaurante Nakamura-ya, de Shinjuku, para contener los almuerzos destinados a los excursionistas. Cuando le hablaba uno de los profesores o un adulto minusválido, respondía cortésmente, formando las palabras con especial cuidado. En el descanso, escuchaba con atención y aplaudía cuando una de las niñas tocaba el piano o cantaba una canción en el cuarto de recreo. En ocasiones incluso corregía su digitación o le mostraba un acorde para tocarlo con la melodía, y ella y los demás no tardaron en apoyarse en Eeyore. Observando este aspecto de su conducta, el profesor encargado convocó a mi esposa a una reunión. Eeyore era considerado por sus camaradas y trabajaba duramente en su puesto, pero al final del día, cuando llegaba el momento de limpiar, tomaba una escoba o una

mopa, como si estuviera dispuesto a empezar, y luego se quedaba de pie en el sitio sin hacer nada. ¿Era perezoso o, sencillamente, aquel tipo de trabajo era excesivo para él?

Sorprendida, mi esposa empezó inmediatamente a enseñar a Eeyore a limpiar la casa. Mi hijo era por entonces un hombre corpulento, de elevada estatura y de complexión recia, pero yo le observaba desconcertarse ante las hojas caídas en las losas del jardín, o esparciendo las hojas que antes había amontonado cuidadosamente en un rincón. Ahora que había sido observado por alguien de fuera, era imposible no advertir que algo fallaba en la enseñanza que habíamos dado en casa a Eeyore para desenvolverse.

Un día en que mi esposa estaba gimiendo a causa de un resfriado y un dolor de cabeza, fui en su lugar a esperar a Eeyore a la parada del autobús frente al centro de terapia. Llegué temprano, y empecé a pasear arriba y abajo por la calle para no padecer el frío, pues el viento que soplaba después de ponerse el sol era helado. Había otra razón por la que prefería no quedarme quieto en la parada. Una mujer, unos quince años más joven que yo, estaba ya aguardando allí. Su figura corpulenta estaba envuelta en un voluminoso abrigo abotonado hasta el cuello, su rostro era cetrino y desprendía un aire de honda y esquiva melancolía que me revelaba, inequívocamente, que debía de ser la madre de una criatura que asistía al centro.

Recientemente se habían producido dos defunciones en la escuela especial de Eeyore. Uno de los niños fue con su padre a presenciar la procesión de santuarios portátiles a un festival cercano, comió buey a la parrilla, y se fue a dormir con su padre a su lado. A la mañana siguiente parecía dormir demasiado, y cuando su padre fue a despertarlo con el tiempo justo para salir hacia la escuela, ya estaba frío. Leyendo el anuncio del director, me sentí conmovido por la tranquila velada que el muchacho había pasado con su padre su última noche, y porque murió sin un susurro, como una luz débil que se extingue a gran distancia. Al otro niño, que llevaba el pelo estilo mohawk y parecía que él mismo se lo había cortado, lo recuerdo con una sonrisa.

Habiendo alcanzado la etapa en que era capaz de bañarse solo, sufrió un ataque epiléptico cuando estaba en la bañera y se ahogó.

Cuando llegaron a la escuela las noticias de estas muertes, resultó que mi esposa estaba allí, haciendo los preparativos para la tómbola anual. La conversación giró en torno a la organización de una visita de pésame a la familia, y una joven madre dijo:

—Que se ofrezca alguien voluntario para ir. ¡Lo que ha ocurrido es una bendición!

Cuando mi esposa me informó de las palabras de la joven madre, no exteriorizó tanto una marcada desaprobación cuanto un sentimiento de infortunio compartido con la joven. Le sugerí, puesto que parecía dar vueltas a esas palabras en su cabeza, que la joven madre había hablado en un momento de desesperación que se renueva repetidamente, y que siempre es inesperado. Si no se preocupara por la comunidad de niños minusválidos, ¿para qué presentarse voluntaria a trabajar en la tómbola? Lo que dijo era mejor olvidarlo, si fuera posible; sin duda la que así habló lo recordaría más tiempo que nadie que la hubiera oído.

Sin que hubiera razón alguna para ello, yo tenía la sensación de que la mujer que se apoyaba desalentada en la parada del autobús, envuelta en su voluminoso abrigo, era la misma joven madre. Cuando pasé frente a la entrada del centro por segunda o tercera vez, tropecé con tres mujeres aún más jóvenes que miraban hacia el edificio principal a través de la cancela. Parecían formar un equipo e iban vestidas igual, con abrigos de ante y botas marrón rojizo, una moda dirigida a acentuar el tinte rojizo que todas llevaban en el pelo. Eran unas muchachas elegantes y vivaces. Cuando pasé ante ellas estaban comentando con énfasis, como si hablaran entre ellas pero con la clara intención de que se enteraran los que pasaban: «¿Os dais cuenta de lo fantástico que es?» «¡Como un palacio o algo así!»

De regreso siguiendo el mismo recorrido, pasando

frente al centro en dirección al cruce para ir al otro lado de la calle, pensé ociosamente acerca de las curiosas observaciones que acababa de oír. Entonces me di cuenta de que no tenían nada de curioso o que eran poco claras. Las observaciones de las jóvenes a propósito de que el edificio era fantástico me parecieron extrañas porque yo di por supuesto que estaban allí como madres que se proponían matricular a sus hijos discapacitados. Por el contrario, casi seguro que criticaban la política municipal de instalaciones de bienestar social, y estaban haciendo un reconocimiento del centro antes de organizar una protesta. Si tal era el caso, las observaciones que estaban haciendo adrede para que las oyera todo el mundo que pudiera, tenían perfectamente sentido: mi esposa, en concreto, se había sentido sobrecogida al ver por vez primera el centro de bienestar social, pues se trataba de un hermoso edificio.

En ese preciso momento, Eeyore apareció en la puerta principal y, según vi desde el otro lado de la calle, le rodearon las tres jóvenes y él empezó a responderles con la que parecía, por sus gestos, su cortesía habitual. Continué con mi ciclo, pasando ante la escuela hasta la esquina, crucé la calle y viceversa sin frenar siquiera mi paso, observando la escena a distancia. Eeyore hablaba, sacudiendo la cabeza lentamente, y luego se detuvo: encorvó los hombros, sacó pecho y pareció ponerse rígido, asemejándose a algo tan implacable como una pared, y guardó silencio, cabizbajo. Como si no se hubieran dado cuenta, las tres mujeres continuaron hablándole, evitando que se marchara. Ahora, otros chicos habían salido del centro, pero las mujeres continuaron dirigiendo su encuesta sólo a Eeyore.

Aceleré el paso, pero antes de que pudiera llegar hasta Eeyore, la madre afligida que aguardaba en la parada del autobús se había apresurado calle arriba, donde se reunió con las otras mujeres. Durante la breve conversación que siguió, la madre con el voluminoso abrigo mantuvo el brazo en torno a los hombros de Eeyore, como un ave gigantesca, y pareció empujarlo para liberarlo de aquellas mujeres. En

este punto llegué yo, y las jóvenes se fueron a toda prisa al verme. Con un brazo rodeando a Eeyore y el otro a una niña que también había salido del centro, la madre me miró, con el rostro ensombrecido por la agitación, y dijo:

—¡Usted se limitaba a estar ahí y a mirar! ¡Debería avergonzarse!

Eeyore me devolvió la mirada con una patente superioridad que le hizo parecer que estaba plenamente de acuerdo con la madre de su amiga. Me incliné, le di las gracias y tuve la sensación de que mi hijo se unía a mí a disgusto.

En el autobús traté de averiguar qué le habían preguntado a Eeyore las mujeres, pero mantuvo un obstinado silencio. La madre que había corrido en su ayuda había tomado el mismo autobús y, en un tono de voz que todos los pasajeros oyeron, me ofreció una explicación:

—Esas mujeres están luchando para detener la construcción de un centro de bienestar social cerca de las casas donde ellas viven. Hoy estaban aquí para reconocer el terreno. Interrumpen las obras, escriben al periódico para que priven a nuestros hijos de espacio para jugar. Hace un tiempo ofrecieron donar setenta y cinco mil dólares y actuar como voluntarias dedicando su tiempo a cuidar de los minusválidos. ¡Prometieron hacer todo eso y más a cambio de no tener un centro de bienestar social en su vecindario! ¡Tratan a nuestros hijos como si estuvieran sucios!

Una vez en casa, mi esposa se unió a mí en las preguntas a Eeyore, pero él se negó a decir una sola palabra sobre el interrogatorio. Ni siquiera quedó claro que las mujeres formaran parte del movimiento para detener la construcción de un centro de bienestar social. Cuatro o cinco días más tarde vimos el lugar del edificio en cuestión en las noticias de la noche. Cuando las obras se reanudaban, se tocaba una campana para avisar a los protestatarios del vecino edificio de apartamentos, y las amas de casa se apresuraban por las escaleras de incendios. Mientras gritaban sus protestas contra los trabajadores

municipales del otro lado de una valla asegurada con cadenas, con sus niños detrás de ellas, era fácil advertir su nivel de vida en sus expresiones, gestos y apariencia: estaba claro que las tres jóvenes con abrigos de ante y botas de piel no se habían «vestido» cuando fueron a ver el centro. Al escuchar el comentario, Eeyore exclamó:

—*¡Dios mío! ¿Están en contra de que se construya un nuevo centro? ¡Es terrible!*

Aproveché la oportunidad para interrogarle de nuevo sobre lo que le habían preguntado o dicho las tres mujeres frente al centro, y que le hizo bajar la cabeza airado o tal vez cohibido.

—*¡Ya basta! ¡Dejémoslo!* —dijo con énfasis, y miró para otro lado.

Mi esposa había estado observando, y cuando habló también parecía estar evitando sutilmente mi mirada:

—La madre que ayudó a Eeyore dijo que consideraban a nuestros hijos sucios, pero me parece que creen que van a ser atacadas por algo espantoso. Pienso que sienten que sus vidas van a verse invadidas por algo que las aterra. Pienso también que sus sentimientos contaminarán a sus hijos. Por lo que acabamos de ver, parece como si eso hubiera sucedido ya. Y qué pasaría si se llega al punto de que niños aterrorizados empezaran a tirar piedras. Me preocupa la placa de plástico que Eeyore lleva en la cabeza. Puede tener que acabar yendo al centro con casco, como diez años atrás. Cuando esta vez se gradúe, irá a ese centro que están tratando de parar...

En mi novela *El memorándum del Pinch Runner*, un accidente en la clase de educación especial en la escuela elemental lanza al protagonista a una campaña para enseñar a su hijo y a otros niños discapacitados a defenderse por sí mismos. La hipérbole del discurso que pronuncia se mantiene dentro del «realismo grotesco» que subyace al tono cómico de la novela:

> La única ayuda que un profesor puede prestar a los niños que se aventuran en el mundo es acompañarlos para que vean y para enseñarles: «¡Aquí está, muchachos, y aquí están los

> lugares para observar!» ¿Es eso posible? ¿Y se dignarán *nuestros profesores* hacer eso por *nuestros niños*? Porque lo que se les ha enseñado es cómo mantener sus brazos y piernas para no sufrir daño: ¡están siendo preparados para sobrevivir en algún rincón de la futura sociedad como imbéciles que sólo requieren vigilancia mínima! Y, quién sabe, quizá la sociedad del futuro adapte nuestro criterio a sus propias prioridades y les enseñe cómo cuidar de sus cuerpos en su totalidad en lugar de sólo sus brazos y piernas, para mantenerlos fuera del camino. Vosotros entendéis lo que quiero decir. ¡Sí, matándose ellos mismos! ¡Sí! ¡Sí! ¡Eso sería algo! Así, si estuviéramos realmente preocupados por *nuestros niños*, deberíamos enseñarles cómo armarse contra el poder de la sociedad futura, que tratará de relegarlos a ese rincón exterior. Y esto se volverá cada vez más crítico debido a que el número de niños como los nuestros está destinado a incrementarse, en saltos cuánticos, en tanto este planeta continúe contaminado, y cuando los niños como *nuestros niños* se multipliquen entre la población hasta que estén por todas partes adonde miréis, serán vistos como símbolos de todo lo negativo respecto al futuro ¡y se convertirán en objetivos del odio de las masas! ¡El odio de los debilitados y de los discriminados contra los cuales ha tenido que sobrevivir la amenaza representada por *nuestros niños*! Y algunos de la raza debilitada y excluida acabarán levantándose. ¡Qué estamos haciendo para mostrar a *nuestros niños* cómo defenderse cuando eso ocurra!

Al inicio de la novela, que está escrita de manera similarmente artificiosa, un niño disminuido se pierde en la estación de Tokio. Al describir la desesperación del padre cuando trata de encontrar a su hijo, cité unos versos de Blake. Mientras busca a su hijo perdido en el hervidero de gente en la estación, el padre siente que es él quien ha sido abandonado:

> «¡Padre! ¿A qué lugar del mundo fuiste cuando me abandonaste?» Murmuré las palabras para mí, y lo siguiente que supe fue que estaba hablando como en una plegaria sólo para aquella ocasión, como si yo fuera un ateo en busca de ayuda de alguien cuya identidad me era desconocida (¿de mi Padre, tal vez? ¡Vaya broma!): Padre, padre, ¿adónde vas? / Oh, no camines tan aprisa. / Háblale, padre, háblale a tu pequeño / o estaré perdido. Caminé por toda la estación en

círculos, cada vez más y más rápido hasta que me quedé sin aliento, casi corriendo, a la caza de la persona que trataba de abandonarme, ¿acaso en persecución de mi padre?... ¡Vaya broma!

En la época en que estaba escribiendo este libro, dos o tres años antes de que fuera publicado, en el invierno del décimo cumpleaños de Eeyore, realmente nos ocurrió algo parecido al incidente que acabo de describir. Excepto que Eeyore no se limitó a irse caminando: cierto grupo lo apartó de nosotros y quedó abandonado. Opté por no usar el incidente en la novela de la misma forma en que ocurrió porque yo estaba asustado, quizá paranoide, de que pudiera inspirar a algún lector intentar lo mismo. Deseando evitar que la prensa se ocupara de ello por la misma razón, no acudí a la policía. Sin duda mi esposa habría denunciado el caso de no haber localizado a Eeyore al final del mismo día. Y yo no hubiera intentado detenerla.

Por entonces, mi esposa vivía con el temor de que mi paranoia pudiera impulsarme a defenderme con cierto grado de violencia que habría de considerarse injustificada, aun en el caso de que el otro grupo fuera el agresor. No estoy tratando de desplazar la responsabilidad de mi paranoia de entonces a otra persona. Lo que quiero decir es, paladinamente, que se desencadenó una tenaz campaña contra mí en forma de cartas y llamadas telefónicas que duraba ya cuatro o cinco años y que estaba lejos de terminar. Al comienzo, daba por supuesto que el autor de la carta, cuyo nombre y dirección conocía, y el autor de las llamadas telefónicas, que permanecía en silencio al otro lado de la línea cuando yo contestaba a sus llamadas cinco o seis veces diarias, eran personas diferentes. Como también di por supuesto que las llamadas eran obra de más de una persona, llegué a tener la sensación de que constituían una expresión de hostilidad dirigida a mí por la sociedad en general. Más adelante, supe que las llamadas silenciosas, quizá no todas pero sí la mayoría, procedían del autor de las cartas.

Prefiero no entrar en detalles de lo que ya era una

pesadilla de larga duración. Diré que la persona que estaba tras las cartas y las llamadas era un estudiante del departamento de comercio de una conocida universidad, que me escribía para solicitarme que le facilitara su iniciación como crítico profesional, y sugería que yo podía empezar a ayudarle a liberar su pluma del bloqueo del escritor, que le mantenía en su despacho de la mañana a la noche sin producir una sola línea. La arrogancia de sus cartas, que nunca contenían una vacilación de principio a fin, era posiblemente su único mérito. No tardó mucho en dirigirlas no sólo a mí sino también a mi esposa, y nos fulminaba por ocuparnos de las necesidades de un hijo minusválido mientras ignorábamos las necesidades de una persona sana. Nuestros pensamientos a menudo estaban ocupados por las cartas y las llamadas telefónicas durante días seguidos, pero el estudiante quería saber, mientras mantenía su ataque a la familia, por qué él tenía que ser el único en sufrir. Cuando empezó a mencionar el suicidio, le escribí una carta sugiriendo que si se proponía continuar sus estudios o encontrar un trabajo, su prioridad debía ser recuperar su salud mental, y le urgía a visitar a un psiquiatra. Esto se tradujo en una nueva tanda de llamadas telefónicas que me dejaban claro que quien llamaba y escribía las cartas eran una sola persona: el teléfono sonaba desde la mañana hasta primera hora de la noche —mientras los padres del estudiante estaban fuera de casa, supuse—, y cuando yo contestaba, una voz susurraba, antes de que la línea quedara muerta: «¡Llévese a un hospital mental su propio culo enfermo!» Cuando contestaba mi esposa e informaba de que yo no estaba en casa, la voz le formulaba preguntas; por ejemplo, si había leído en los periódicos sobre el hombre al que un extranjero sentado a su lado en el tren le rompió la cabeza de un porrazo. Llegó un momento en que mi esposa y yo nos blindábamos cada vez que sonaba el teléfono. La situación me recordaba otro ataque telefónico más de diez años antes, y rememorando este asalto por motivos políticos aún me hundí más en la paranoia.

Por esta época, ocurrió lo siguiente. Pasada la medianoche, yo estaba escribiendo en mi despacho, con mi chaquetón con capucha y ésta echada sobre la cabeza (porque había desconectado la calefacción al irse a la cama mi familia), cuando oí una voz insistente en el exterior. Al principio pensé que era una conversación entre dos personas, pero no, la voz parecía llamarme por mi nombre. Cuando miré fuera desde la entrada principal de la casa, vi a un hombre corpulento hablando por el interfono estropeado situado en un lado de nuestra cancela.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—¡Como si usted no lo supiera! —replicó una voz que sonaba ebria y rota, como la de un niño malhumorado.

Pedí a la figura que regresara por la mañana, a menos que se tratara de un asunto urgente, y cerré la puerta principal. Pero el joven continuó hablando por el interfono. Incapaz de trabajar, empecé mis rutinarios ejercicios de gimnasia que habían sido durante años mi tratamiento nocturno contra el insomnio. Aún levantaba el mismo peso máximo que en los últimos años de mi juventud, y los ejercicios regulares de treinta minutos me habían conferido un aspecto robusto. Cuando terminé los ejercicios, el joven seguía en medio de lo que sonaba como una discusión con el interfono, y sentí que aumentaba incontrolablemente mi enfado. Decidí agarrar al joven por la pechera de la camisa y llevármelo a rastras hasta la comisaría (naturalmente, sabía que era mejor coger una barra de levantar pesas que pudiera servir de arma). Sospecho que el incidente en el jardín de Blake, en Felpham, puede haber influido en mi proceder por entonces. Cuando salía de la casa y me encaminaba al círculo de luz proyectado por la lámpara de la cancela, con la cabeza encapuchada, dos voces gritaron, una detrás y la otra delante de mí. Mi esposa había gritado a la vista de mi figura encapuchada, mirando hacia la cancela desde la ventana de su dormitorio. La fuente del otro grito llegó de calle abajo como la niebla antes del viento. La reacción de mi esposa era la prueba de su temor de que aquella paranoia pudiera empujarme a hacer algo

dañino en un gesto que yo consideraba de autodefensa.

No es que mi vida, mediada la treintena, estuviera enteramente cerrada a la interacción con los marginales. Considérese, por ejemplo, una reunión en mi casa con dos estudiantes. De ello resultó el día más terrorífico de mi vida con Eeyore, y estuve a punto de incurrir en lo inadmisible. Mis anotaciones sombrías en mi diario de la época me permiten reconstruir el día de la visita con algún detalle: el estudiante, Unami, decía proceder de la región de Kioto-Osaka, y su guía hasta mi casa, Inada, su compañero de clase del instituto, ahora en la universidad de Tokio, apenas habló.

Cuando me levanté tarde aquella mañana y bajé del estudio donde también dormía, resultó que Eeyore estaba jugando al juego de Mozart con unos visitantes en la sala de estar. El objetivo era, para Eeyore, identificar la composición y la tonalidad, cuando alguien leía un número de K en una discografía de Mozart. Por cierto, que yo acababa de publicar un breve ensayo sobre el juego. Mi esposa se atareaba en la cocina preparando el almuerzo, cuencos de arroz con pollo y huevos encima, en cantidad suficiente para alimentar a la familia y a los visitantes. Mientras se afanaba, me informó de que los estudiantes habían sido presentados por el profesor W. El más locuaz le había recordado a un miembro de la asamblea municipal perteneciente al Partido Soka-Gakkai. El otro era taciturno y sombrío. Pero juntos parecían estar haciendo un excelente trabajo entreteniendo a Eeyore, que no había asistido a la escuela porque se levantó indispuesto. Al parecer, uno de los estudiantes había asistido a una clase especial para niños discapacitados.

Ayudé a mi esposa a llevar la comida a la sala de estar y hablé con los estudiantes después del almuerzo. Eeyore parecía resistirse a interrumpir su juego con Unami, y se quedó en la habitación con su madre. Su talante era jovial, cosa rara en la etapa en la que se hallaba: en el breve

espacio de tiempo desde mi llegada, Unami, cuyo cabello muy corto estaba pasado de moda en aquellos días, hasta el punto de que podía vérsele el cráneo reluciente, y que encajaba con la descripción de mi esposa tan perfectamente que no pude dejar de sonreírme, había conseguido encandilar tanto a Eeyore como a su madre con su charla exuberante. El saturnino Inada, un tipo familiar desde la época de los disturbios estudiantiles, observaba la actuación de su amigo con lo que parecía algo de desconcierto.

La conversación ese día, y en especial lo que Unami tenía que decir, se desarrolló en tres etapas claramente diferenciadas, como una representación bien dirigida. Después del almuerzo, mientras mi esposa y Eeyore permanecían en la habitación con nosotros, informó de noticias recientes sobre diversos eruditos destacados, en un tono familiar que implicaba la consideración en que le tenían. Yo había iniciado la conversación preguntando qué le había dicho Unami al profesor W sobre su deseo de conocerme. Lo pregunté porque sabía que el profesor ya no gozaba de la plena confianza de los activistas estudiantiles, como consecuencia de una serie de incidentes en el curso de los últimos años, cuando los estudiantes sacaron libros de sus oficinas en la universidad sitiada y los vendieron a librerías de lance.

Unami informó de que había encontrado al profesor fuera, bajo el pálido crepúsculo invernal, pintando las tablas del suelo a lo largo de un pequeño estanque en la parte trasera de su casa, y que por eso tuvo la impresión de que vivía más modestamente que el especialista en literatura francesa de Kioto, que tenía su propio escenario Noh en casa. Al tiempo que me hacía saber que había leído *Pensées Sauvages* de Lévi-Strauss, pero no en traducción al japonés, añadió lo encantado que estuvo al comprobar que el profesor W tenía tiempo para el bricolaje.

Entrando en materia, Unami me dijo que su presentación al profesor W había corrido a cargo del especialista en literatura francesa de Kioto al que se había referido. La finalidad de su visita fue solicitarle un ejemplar

del *précis*, en francés, de mi tesis de graduación, y pedirle una presentación para el especialista en ciencia política Masao Maruyama (la relación original entre ambos profesores era su amigo común Herbert Norman, el diplomático canadiense y especialista en historia japonesa, que se había suicidado en El Cairo al final de la era McCarthy). El profesor W le dijo a Unami que la precaria salud del profesor Maruyama le impedía recibir a estudiantes. Examinando mi tesis, había sugerido que Unami se pusiera directamente en contacto con el autor.

Mientras yo escuchaba atentamente lo que Unami decía, me di cuenta de que no se daba precisamente el caso de que hubiera venido a verme con una presentación. En cualquier caso, en los pocos días desde su llegada a Tokio desde Kioto, este estudiante se había reunido con numerosos eruditos, escritores y críticos que habían defendido la democracia de posguerra en las instituciones académicas y en el periodismo (yo pertenecía a la generación que había crecido bajo su influencia).

—Nos hemos reunido con las personas que se han hecho responsables como luchadores de primera línea para reducir la democracia a un eslogan —empezó—. Lo que realmente hicieron es declarar la bancarrota, rendirse en mitad de la batalla. Y para ser honrado, una de nuestras tácticas usuales cuando criticamos su ideología es esgrimir los ensayos de usted como un ejemplo de lo que los americanos llaman una *laughing matter*. Pero tal como la vemos, esta batalla va a producir una resaca. Y si es así, podemos hacer algún arreglo con la gente del otro lado de la valla, que nos mira como si hubiéramos roto relaciones con ella. Cuando mostramos a algunos profesores a los que todavía conocíamos en Kioto un borrador de plan de cómo proceder, quedaron impresionados por nuestra capacidad para ver más allá de la oscuridad que se extiende por delante: ¡conseguimos todas las presentaciones que deseábamos!

En la entrada de mi diario de ese día, yo identificaba tres desplazamientos distintos en la actitud de Unami tal

como se reflejaban en su lenguaje y modo de expresarse, I, II y III, y lo anterior aparece al comienzo de II, inmediatamente después de que mi esposa engatusara a Eeyore para sacarlo de la habitación. Hasta entonces, Unami habló cortésmente sobre sus profesores y evitó mencionar la valoración que de mí hacían sus compañeros de estudios.

—Es un hecho que consideramos sus ensayos *laughing matters*, pero desde que no se ocupa usted de teoría política y no es activista, creo personalmente que nos equivocamos al convertir a alguien como usted en objetivo de nuestra crítica doctrinal. ¡Pero nos vuelve usted locos! Porque con independencia de nuestra frialdad hacia usted o si le dedicamos burlas, no abandona su postura; se limita a seguir escribiendo lo mismo que aparecía en sus ensayos cuando empezamos a leerle en el instituto. Nada de lo que digamos o hagamos parece obligarle a salir de su agujero y acercarse un poco más a los partidarios del realismo. Pero no se aparta del fantasma de la democracia de posguerra y no se une a nuestro combate... ¡A quién le importa que la gente llame a eso tonterías de viejo! Y dentro de diez años ¿su pensamiento cambiará una pizca? ¡Lo irritante de usted es que es como la melaza! ¿Y qué motivos tiene para creer que está en el buen camino y que nunca tendrá que cambiar? Tratamos de plantearnos eso desde el punto de vista de usted, y concluimos que su motivo es su hijo minusválido. Hay un movimiento, que nosotros apoyamos, de integrar a los niños discapacitados en clases normales. Estoy seguro de que usted lo sabe, pero usted no se une a nosotros y su hijo está matriculado en una clase especial que separa a los minusválidos de los demás. Y cuando le atacamos por promover la discriminación, ¡de nuevo la melaza! Hay diferentes enfoques acerca de la educación de los minusválidos. Algunos deberían integrarse en clases normales, pero las especiales son más apropiadas a las necesidades de su hijo, ¿no es éste el planteamiento? Toda su vida gira en torno a su hijo, usted la ha organizado de este modo, y su juicio se basa en su experiencia, de modo

que los de fuera pueden criticarle hasta que se harten. ¿Puede usted negar eso? Usted se ha jurado a sí mismo que está preparado para cuidar de su hijo deficiente a su aire, sin preocuparse de lo que le ocurra a la sociedad, ¿no es así? Cualquiera que lea *La inundación ha alcanzado mi alma* lo sabe. Tal como usted se lo plantea, no hay razón para que se adhiera al movimiento. Y lo que usted hace es encastillarse en su postura y no apearse de ella, ¡eso es lo que queremos decir con lo de melaza!

Cuando Unami se interrumpió, como para observar mi reacción, pregunté al silencioso Inada si se incluía en el «nosotros» de Unami, y pronunció las que pudieron ser sus únicas palabras de aquel día:

—Estoy de acuerdo en todo lo que ha dicho; eso es lo que yo pienso.

¿Qué podía yo decir? Y el análisis de Unami sobre mi postura en aquella época, la parte de dicho análisis que yo clasificaba como II cuando escribía, parecería una elaborada e intencionada alabanza a la vista de lo que vendría después: su tono no tardó mucho en desplazarse bruscamente de I y II hacia la provocación pura y simple.

—Sabemos que usted cedió los derechos de autor de sus libros a la «Segunda Generación de Supervivientes» de la bomba atómica. La organización manifestó a los reporteros que el dinero se destinaba a adquirir un vehículo para hacer campaña por todo el país. La verdad es que compraron un trasto viejo con la quinta parte del dinero. Y cuando se averió el día antes del previsto para iniciar el viaje, acudieron a usted llorando para que les diera dinero y repararlo. Pero ¿qué había ocurrido con el dinero sobrante, se le ocurrió a usted que pudo terminar en algunos bolsillos de los responsables de la organización? Hace algún tiempo mandaron a unos estudiantes a Tokio para manifestarse, y cuando parecía que podrían detenerlos, le pidieron a usted y al canciller suplente de la Universidad de Hitotsubashi dinero para regresar a Hiroshima en avión. Y usted acabó pagándolo todo, ¿no es así? ¡Tenían miedo de que el partido de la oposición se mostrara violento con ellos, se

volvieron a llorar a casita con papá, y usted les pagó para eso! Parece que no hay límite para el dinero que está usted dispuesto a gastar, pero ¿qué hay del otro lado? Y hablando de dinero para comprar coches, del que parece usted disponer para ellos, ¿qué tal si nos donara un coche a nosotros? Tenemos intención de instalar un transmisor de onda corta en una furgoneta y emitir en vivo mientras viajamos. Los estafadores del gobierno y de las altas finanzas se arrastran a la Dieta para testificar, pero casi nunca dicen la verdad. Nosotros planeamos construir una pequeña cámara de tortura en nuestra furgoneta y emitir nuestro interrogatorio en directo. Recorreremos Tokio capturando por el camino a políticos, industriales y burócratas, les torturaremos y radiaremos su testimonio en directo mientras seguimos circulando. Nuestra furgoneta va a costar mucho más que el dinero para gastos que les dio a los supervivientes de la segunda generación. ¿Tal vez consideraría contribuir con algo de dinero para sembrar?

Cuando vi, sin tener que preguntárselo otra vez, que Inada estaba de acuerdo con todo lo que decía Unami, perdí el deseo de continuar la conversación. Unami estaba misteriosamente bien informado: no sólo se refería a cosas que sólo conocían los que habían estado en comunicación conmigo, sino que ciertos aspectos cobraron sentido para mí por primera vez a la luz de su interpretación. Pero él era perfectamente consciente, con independencia de lo fundamentado que estuviera su argumento, de que yo no iba a tomar en serio su proposición. Por su manera de hablar estaba claro que su intención se limitaba a provocarme, y en eso estaba teniendo éxito. Mientras yo permanecía allí sentado, preguntándome sombríamente qué podría hacer para despedir a los estudiantes, mi esposa, preocupada porque la duración de la visita podía impulsarme a la excesiva autodefensa que la inquietaba por aquellos días, regresó a la habitación. Y en el instante en que apareció con el té en una bandeja, seguida de Eeyore, Unami volvió a transformarse de repente en una persona encantadora.

—Eeyore, mientras hablaba con tu papá se me ha ocurrido otra pregunta para ti. ¿Estás listo? ¿Cuál es la tonalidad más sonriente de Mozart? Muy sencillo: flatulencia en *si*. ¿Lo captas?

Un minuto más tarde los estudiantes se excusaron y se fueron.

Esos días, mi esposa acompañaba a la escuela a Eeyore por la mañana, y yo iba a buscarlo en bicicleta al final de la jornada. Empezó en la escuela elemental a los ocho años, y ahora asistía a una clase especial para los alumnos de tercer grado. En respuesta a la preocupación de sus profesores de que acaso no desarrollara la capacidad para ir solo a la escuela si continuábamos acompañándolo de puerta a puerta, le dejábamos recorrer la última parte solo, extendiendo gradualmente la distancia a lo largo de una ruta que seguían otros estudiantes en su camino a la misma escuela, de manera que no había posibilidad de error. Al pie de la colina de Seijo Gakuen, donde vivíamos, había una zona de tráfico denso que rodeaba los solares que formaron parte de los estudios Toho Film, y los estudiantes debían tomar un paso de peatones elevado que cruzaba una vía céntrica para llegar a la escuela, situada al otro lado, pero su recorrido había sido cuidadosamente considerado. Mientras yo aguardaba con mi bicicleta frente a la oficina de telégrafos, en lo alto de la colina, Eeyore, que parecía más pequeño que en casa, ascendía lentamente por la calle en dirección a mí con un inconfundible modo de andar que parecía ser a la vez natural e intencionado. Todos los días me sentía lleno de gozo al verlo. Yo aguardaba de pie junto al bordillo y él caminaba por el lado de la calle contrario al sentido del tráfico, como se le había enseñado. Como aún le estaban adaptando los cristales de las gafas, no me veía hasta que estaba a tres metros. Su expresión, cuando se detenía frente a mí, era invariablemente plana, inmutable, pero la tensión abandonaba su cuerpo como el vapor que desaparece en el aire, y volvía a ser una criatura tan suave

que parecería impensable exponerla a la intemperie. Lo acomodaba en el asiento metálico fijado en el manillar, y yo pedaleaba a casa con su espalda apoyada en mi pecho.

Aquel día aguardé junto a la oficina de telégrafos, pero Eeyore no aparecía al pie de la colina. Gradualmente, la corriente de niños de los grados inferiores que pasaban junto a mí fue disminuyendo. Dos niñas mayores que Eeyore, pero alumnas de la misma clase especial, alcanzaron la cumbre de la colina cogidas de las manos, y les pregunté si habían visto a Eeyore, con cuidado de no asustarlas, pero se pusieron tiesas como tablas y me rebasaron en silencio. Monté en la bicicleta y fui calle abajo, cruzándome con otros niños que subían. Dejando la bicicleta junto al paso elevado, atravesé corriendo el túnel hasta la entrada de la escuela, subí los peldaños y crucé el patio hasta el edificio de las clases especiales. Aún seguía allí un joven profesor, trabajando en su escritorio, y me dijo que Eeyore se había ido media hora antes. Desanduve todo el camino corriendo hasta mi bicicleta y pedaleé a casa siguiendo el recorrido habitual, en busca de una señal de Eeyore. Cuando llegué a casa, supe por mi esposa que no había regresado.

Mi esposa se puso en acción inmediatamente. Telefoneó al profesor encargado y le informó de que Eeyore había desaparecido, y se puso en contacto con la red de madres dedicadas a organizar partidas de búsqueda, compuestas por dos o tres progenitores, cuando algún niño no aparecía. Hasta que salió para unirse a la búsqueda, que empezaba en la inmediata vecindad de la escuela, fue poco lo que yo pude hacer para ayudar. Como me constaba que ella y la red de madres actuarían con más eficacia sin mí, me quedé en casa al cuidado de los hermanos de Eeyore y a la espera de llamadas de profesores y padres.

Pocos minutos después de que mi esposa se marchara, sonó el teléfono una sola vez. Recuerdo haber echado un vistazo al reloj en el momento de levantarme de la silla, y experimentar una inexpresable desdicha y al mismo tiempo rabia, al comprobar que eran las tres en punto. ¿Podía estar

empezando de nuevo, recuerdo haber pensado, en un momento como éste; podía tratarse del aspirante a literato, con su familiar rutina telefónica, llamada tras llamada durante todo el día, y silencio en el otro lado de la línea cuando yo contestaba, hasta que finalmente maldecía y colgaba? La personalidad inflexible y tenaz del estudiante era evidente en la menuda caligrafía, trazada con lápiz duro, que hacía sus cartas imposibles de leer a menos que se expusieran a la luz. Empezaba a llamar a las dos o las tres de la tarde, cada media hora. No tardó en condicionarme hasta el punto de hacerme consciente del sonido del teléfono un instante antes del timbrazo. Con su sostenido ataque telefónico, el estudiante había instilado en mí una fijación similar a la suya.

Aquella tarde, cuando el teléfono sonó por segunda vez y luego permaneció silencioso, se apoderó de mí un remordimiento que me machacó la cabeza. ¿Y si el que llamaba tenía a Eeyore? Después de todo, era la persona que había escrito cartas acusándonos de cuidar de nuestro hijo disminuido con exclusión de cualquier otra persona, y que nos había llenado de insultos por lo que llamaba la vida privilegiada que nos permitía ignorar desconsideradamente nuestras obligaciones para con los demás. Estaba claro que había estado merodeando en torno a la casa: unas pocas semanas antes había depositado en nuestro buzón informaciones sobre su fracaso en el examen para conseguir un empleo en una caja de ahorros y en otros lugares. Si yo hubiera preguntado ahora a la persona que llamaba y guardaba silencio, tal vez habría conseguido que me contestara. «Sí, tengo a su hijo, y éstas son mis condiciones para liberarlo.» ¿Y si aquélla era su última llamada, su último recurso a mí, y ahora se hubiera dedicado a poner en práctica los horribles pensamientos contenidos en sus cartas?

Si deseaba conseguir su dirección, no tenía más que mirar las cartas que había guardado en un envoltorio de papel manila. Pero ¿convencería a la policía de mis sospechas? Pasé media hora de pie junto al teléfono. A las

cuatro, en el instante en que sonó, descolgué y dije mi nombre. Silencio al otro lado de la línea. «¡Diga! ¡Diga!» Al cabo de un instante me llegó un murmullo: «Sí...» Pensé decir algo, pero antes de que pudiera hablar, el joven me dijo con una voz ensombrecida por la ira: «¡Váyase usted a un jodido hospital mental!», y colgó. ¡O sea que estaba encerrado en su casa y empeñado en el mismo acoso telefónico de antes! Ésta fue la primera vez que me sentí liberado por una llamada telefónica suya, y sería la última.

Pasadas las seis, y ya noche cerrada, después de que mi esposa me informara de que Eeyore seguía desaparecido, recibí una llamada del estudiante Inada. Empezó diciendo: «Creí que debía decírselo», y el estudiante que había permanecido sentado en silencio junto al locuaz Unami, durante su visita, me hizo el siguiente relato. Su tono era sombrío, pero no revelaba sentimiento alguno de culpa.

Su amigo Unami, actuando enteramente por cuenta propia y utilizando información que había conocido a través de mi esposa, acerca de nuestro diario ir y venir de la escuela, se había hecho cargo de Eeyore aquella tarde. Unami estaba enfadado por mi rechazo de la acción política, y aún más enfadado porque yo usaba a mi hijo minusválido para justificar honradamente mi postura. En consecuencia, había decidido que quitando de en medio al niño, podría colocarme en una situación desde la que ya no pudiera defender mi inacción o, alternativamente, que podría arrancarme una promesa de emprender cierta acción como condición para liberar a Eeyore sano y salvo. Planeó retener a mi hijo mientras abría negociaciones para determinar hasta dónde estaba yo dispuesto a llegar. No obstante, según un comunicado que Inada acababa de recibir, después de tratar sin éxito de hablar conmigo por teléfono, Unami, hastiado, desistió y tomó el tren bala a Kioto, abandonando a su suerte a Eeyore en la estación de Tokio. Aunque él no tenía nada que ver con todo esto, Inada pensó que sería mejor informarme.

Mi esposa acababa de regresar. Ella y otras madres se habían tomado un respiro en la búsqueda por los

alrededores de la escuela, y decidió venir a casa durante una hora a fin de preparar la cena. Probablemente estaba preocupada por mi aptitud para cuidar debidamente de los hermanos de Eeyore, muy niños aún. Fui capaz de controlar la ira que creció en mí al pensar en la observación con que Inada empezó y terminó su explicación —pensé que sería mejor informarle—, pero cuando traté de contarle a mi esposa lo que acababa de oír, mientras ella estaba allí de pie, desprendiendo un olor helado y metálico, con copos de nieve en el cabello y en los hombros de su abrigo, pude sentir que vomitaba la miasma de la negrura que bullía en mi pecho, a la vez que mis palabras.

—El estudiante que nos visitó, el que hablaba tanto, ha raptado a Eeyore. Se proponía obligarme a entrar en acción acabando con Eeyore, ¡acabando con Eeyore!, o liberándolo bajo ciertas condiciones. Ha raptado a Eeyore para controlarme. Pero ha desistido, hastiado. Ha... desistido, hastiado, y se ha ido a su casa en el tren bala.

Salía de casa hacia la estación de Tokio, pero mi esposa dijo que quería acompañarme, y fue a la casa vecina a pedirle a una mujer a la que no conocíamos particularmente bien, que vigilara a los niños. En aquel momento no se me ocurrió, pero ella estaba aterrorizada de que reapareciera Unami y de que yo lo matara o, al menos, lo dejara malherido. Mi esposa y yo recorrimos juntos durante más de tres horas la estación de Tokio buscando a Eeyore, y viví la experiencia interna concreta que describí en *El memorándum del Pinch Runner*.

Pasaban de las diez y la estación estaba casi vacía cuando encontramos a Eeyore en el andén del tren bala. Sentado en el andén de hormigón, con la espalda apoyada en un hueco en la pared de un quiosco, permanecía quieto observando la nieve caer pesadamente sobre las vías. Sus botas estaban llenas de orina, que le había mojado los pantalones y se derramaba por las piernas abajo. Cuando me puse en cuclillas a su lado y le miré a la cara, él me devolvió la mirada, vacía como siempre, como si no experimentara emoción alguna, pero la tensión se

desvanecía de su rostro y de su cuerpo, y la criatura suave que siempre aparecía de este modo, se puso de manifiesto con una irradiación deslumbradora. Fuimos a casa en taxi en medio de la noche y de la nevada, deteniéndonos para equipar a Eeyore con pantalones y botas nuevos. Más tarde, vomité en una de las botas todavía húmedas de orina y lancé un grito de rabia. Cuando terminé, y mientras permanecía relajado en mi silla, mi esposa me dijo que el miedo se había apoderado de ella mientras buscábamos a Eeyore; temía que yo atacara e hiriera a Unami y acabara en la cárcel.

Al día siguiente de las vacaciones de Año Nuevo, a primera hora de la mañana, un profesor de una escuela de aprendizaje rápido y un funcionario municipal que vivían en una ciudad dormitorio en la periferia de Kioto fueron muertos a golpes con una tubería de plomo. Iba yo de viaje a Hiroshima y leí sobre el caso en la edición de Kioto del periódico. No le dije nada a mi esposa, que parecía desconocer lo sucedido después de leer el periódico de Tokio. Según el artículo, las víctimas, antiguos miembros de una facción del movimiento estudiantil, eran Sankichi Unami y Akira Inada, ambos de treinta años. Tres días más tarde, nada más dar las seis, mientras estaba nadando en mi club, mi esposa recibió una llamada de Kioto.

—Un amigo y yo les hicimos una visita hace diez años —dijo, con tacto, la voz—. Yo soy el que se hacía llamar Unami.

Explicó que llamaba en relación con las muertes, que parecían una consecuencia de los linchamientos internos durante la época, ya pasada, del movimiento estudiantil. Su propósito era evitar un malentendido por nuestra parte. Al leer en el periódico que Unami e Inada habían sido asesinados —al tiempo que mi esposa me relataba la conversación telefónica, me dijo por primera vez que había visto el artículo y que lo había conservado—, podíamos tener la sensación de alivio al saber que la justicia poética

había recaído sobre los hombres que se apoderaron de nuestro hijo para abandonarlo después. O que podíamos dormir mal porque el asesinato parecía excesivo incluso para la justicia poética. En cualquier caso, él y su amigo habían visitado nuestra casa y utilizado los nombres de dos activistas de una facción adversaria. Las víctimas de unos días antes eran los verdaderos Unami e Inada. Quizá se habían desconectado del activismo político, pero lo más probable era que su pasado se hubiera vuelto contra ellos cuando permanecían en hibernación. La persona que llamó estaba comprometida con el movimiento. Su vida actual no guardaba relación alguna con la literatura, pero tenía entendido que mi esposa, yo y nuestro hijo estábamos vivos y bien.

Habiéndose contenido hasta este momento, mi esposa exteriorizó ahora su ira: el estudiante había causado un daño terrible a nuestro hijo; ¡qué habría ocurrido de haberse caído del andén a las vías o qué si, vagando, hubiera montado en un tren que se dirigía a algún lugar lejano y nunca hubiéramos podido encontrarlo! Pero el hombre que se hacía llamar Unami, y que había abierto una cruel herida en nuestra memoria, exclamó:

—¡Señora! Hablando francamente, ¿no hubiera sido mejor que así ocurriera? ¡Ustedes han malgastado diez años de esclavitud con su hijo en lugar de disfrutar de la vida! Y piense en su marido: sigue con la misma vieja canción que señalamos hace diez años, y a él quizá le hubiera gustado encontrar una manera de romper con esa rutina. Señora, todo el mundo sabe que un niño con el cerebro dañado nunca llega a ser productivo. Podría decirse que su metabolismo social no funciona del todo bien. Pero su marido utiliza al chico como justificación para no enfrentarse al tumulto de la sociedad. ¡En diez años no ha cambiado un ápice! ¿No es eso lo que un crítico se preguntaba acerca de él recientemente, si tenía la intención de seguir tal cual hasta la tumba, sin crecer filosóficamente? Su marido afirma estar viviendo la vida por dos, la suya y la de su hijo, pero la verdad es que

gracias a esta dependencia consigue eludir el esfuerzo y el sufrimiento que una sola vida suele implicar. Por mi parte, he trascendido el trastorno de la política y de lo social y he alcanzado la siguiente etapa. Encabezo la asociación de jóvenes de un grupo religioso, y pongo todo de mi parte para averiguar cómo salvar un alma humana. Cuando su marido tenía mi edad, escribía cosas verdaderamente irritantes como *Pensad en ello, hay algo llamado salvación*... Pero su marido no busca la salvación como algo urgente; prefiere quedarse en su lugar, en paz y tranquilidad pero sintiéndose incómodo. La batalla política de hace diez años era un juego de niños comparada con nuestra lucha por alcanzar la salvación del alma. Hablamos de la vida y la muerte, y sin salvación ni siquiera podemos morir en paz. Yo soy responsable de los jóvenes que han sufrido en esa batalla y han pasado al otro lado. Pero necesito decirle esto directamente a su marido: regresará a las diez, ¿no es así? Leí en el periódico de la noche, tal vez fue el año pasado, que va a su club de natación por la tarde. Llamaré otra vez alrededor de las diez.

Nadaba mil metros en estilo libre en mi club de natación todas las tardes, y luego me iba a casa y empezaba a beber el whisky que necesitaba para dormir. Durante casi siete años ésa ha sido mi rutina diaria. Pero si hubiera empezado a beber esa noche, habría estado borracho a las diez. Y aunque los hermanos de Eeyore se hubieran retirado a sus habitaciones, era probable que aún permanecieran despiertos y pudieran oír la voz airada de su padre bebido. Yo quería evitar eso. Me tendí en el sofá y hojeé el libro de Erdman al que ya he hecho referencia, demasiado distraído para seguir leyendo. Eeyore, que se encontraba en la sala de estar con sus hermanos mientras mi esposa me explicaba la llamada telefónica, subió a su habitación a las nueve. Allí tumbado, mirando el reloj y aguardando a que sonara el teléfono, evoqué recuerdos del prolongado asedio telefónico que había alcanzado su punto culminante diez años antes, y una vez más sentí la agitación de sentimientos paranoides multiplicados y la agresividad latente que los acompañaba.

Si bien yo rechazaba la falaz valoración que Unami hacía de Eeyore, era verdad, en efecto, que habíamos estado prisioneros de su presencia durante los últimos diez años, o si se prefiere durante los últimos veinte, desde el momento de su nacimiento. *Deja salir corriendo al campo al esclavo que muele en el molino: / déjale mirar a los cielos y reír en el aire luminoso; / deja al alma encadenada, prisionera en tinieblas y suspiros, / cuyo rostro no ha visto una sonrisa en treinta años dolorosos, / levantarse y mirar*... Leyendo los versos de Blake en la oscuridad, sentí como si yo estuviera encadenado. Eeyore nunca se liberaría del daño cerebral; para Eeyore y su madre, nunca sería posible escapar del látigo de ese opresor y regresar felizmente. *Se vuelven a mirar a cada paso y creen que es un sueño. / Y cantan: El Sol ha abandonado su negrura y ha encontrado una mañana más fresca*. Pero Blake había comprobado que esta gozosa certidumbre era una mera ilusión, y la conciencia de ello le impulsó a su prolongado silencio como poeta.

Los agotados nervios de mi esposa la habían empujado a acostarse temprano, pero dos minutos antes de las diez bajó a la sala de estar, o así me lo pareció. Cuando levanté la vista de mi libro, allí estaba Eeyore, con un camisón que le llegaba del cuello a los pies y que le hacía parecer un soldado con atuendo medieval.

—¿Has olvidado tu medicina? Tómatela y vuelve a la cama.

Eeyore, obediente, se dirigió a la cocina. Pero estaba tomándose su tiempo, y en el momento en que leí sus intenciones en su vacilación, el teléfono empezó a sonar. Para cuando yo me puse de pie, Eeyore se había plantado entre mi persona y el teléfono, y al disponerme a descolgar, él descargó su peso sobre mí con un gruñido. Sucedía después de un prolongado ejercicio de natación, y yo hubiera debido ponerme en pie con más rapidez, pero el encontronazo con aquel cuerpo me desequilibró y me di de espaldas contra la mesa del comedor. Mientras me caía me di cuenta de que mi esposa había corrido de su cama a la sala y observaba el efecto de la violencia de Eeyore con una

expresión atemorizada en los ojos.

—*Sí, sí, soy Eeyore*. —Empujando la cabeza contra la pared como para evitar nuestra mirada, y con el auricular muy pegado a su oreja, se puso a hablar por teléfono. Hubo una pausa y después volvió a hablar, con voz más potente de lo habitual—: *¡Usted es una mala persona! ¿De qué se ríe? No puedo seguir hablando. De ninguna manera; ¡es que no puedo!*

Eeyore colgó de un golpe, como si el teléfono fuera un arma. Su cabeza seguía apoyándose en la pared, y parecía esperar que aflorase algo que bullía en lo profundo de sí. Me senté en una silla junto a la mesa volcada del comedor y mi esposa se acomodó a mi lado, tiritando de frío, pues iba en pijama, y trató de tranquilizar a Eeyore con una voz que sonaba como un grito estrangulado. Era como el sonido que emitió cuando me vio salir de casa a altas horas de la noche, y también me recordó el que dejó escapar mi padre cuando se aproximaba a las autoridades con su hachuela.

—¡Si te enfadas tanto tendrás un ataque! ¿Te acuerdas de él, Eeyore? ¿Ese enfado es por algo que sucedió hace diez años?

—¿Eres capaz de enfadarte hasta ese punto? —oí decir—. ¿Tienes capacidad para enfadarte por algo que recuerdas?

Mi esposa se volvió hacia mí como haciéndome un llamamiento, pues su temor se hacía más hondo conforme hablaba:

—¡Estoy preocupada! Puede sufrir un ataque a causa de esto o herir a alguien. ¿Y por qué está tan enfadado? Si recuerda lo que sucedió, al menos tendrá cuidado de no irse con alguien otra vez... Nunca mencionó lo que le hizo Unami, pero lo recuerda y está furioso por eso...

Eeyore retrocedió como si despegara la cabeza de la pared y se encaró con nosotros. Me di cuenta de que lo que había parecido extraño en él cuando bajó con su camisón de noche fue su tensión, pero ahora la tensión parecía haberse diluido, e incluso había un eco de confiado consuelo en las palabras que dirigió a mi esposa:

—*¡Siempre lo he recordado! Era una mala persona. Pero no tienes por qué preocuparte, mamá. Nunca más me enfadaré. Ya no hay ninguna mala persona. ¡Absolutamente ninguna!*

Todo hombre tiene derecho a sus propias ilusiones, aunque no sea más que eso, y derecho a expresarlas en voz alta: *Y la bella Luna se deleita en la noche clara y despejada / porque el Imperio ya no existe, y ahora el León y el Lobo cesarán en sus desmanes*.

7

¡DESPERTAD, OH JÓVENES DE LA NUEVA ERA!

He trenzado mi vida con mi hijo disminuido y mis pensamientos suscitados por la lectura de William Blake en una serie de textos breves. Mi propósito, con ocasión del vigésimo aniversario de mi hijo el próximo junio, ha sido lograr una visión de conjunto —la mía, la de mi esposa y la de los hermanos menores de Eeyore— del tiempo que hemos compartido con él hasta ahora y el que compartiremos en el futuro. También he querido escribir un libro de definiciones del mundo, la sociedad y la humanidad basado en mi propia vida. Con el propósito, ahora, de completar la serie, he estado pensando en el árbol de la lluvia o jabonero de China, tema de un libro anterior de relatos breves. Siento que ocupa su propio lugar en el círculo que relaciona a mi hijo y a Blake. Me ha conducido a este descubrimiento una especie de poema, «Más allá del árbol de la lluvia», que escribí cuando estuve en Java.

Cuando publiqué mis relatos del árbol de la lluvia en un solo volumen, cierto crítico escribió que había creado una metáfora en favor del universalismo, pero que no había conseguido sacarla a un espacio donde tuviera relevancia para alguien que no fuera yo. «Dice usted que ha visto el universo en el árbol de la lluvia. Admito que sea así, porque también escribió que su metáfora alcanzaba al compositor T, y retornaba como un abundante eco. El problema es que usted seguirá sin cambiar aun después de que el árbol de la lluvia haya desaparecido de la Tierra. En otras palabras: en su visión, el “árbol de la lluvia” ni evoluciona ni se expande. ¿Qué intenta hacer, mantenerse bien agarrado a la metáfora de su árbol que va envejeciendo, como si fuera un

talismán, hasta el momento de su propia muerte?»

Había terminado mi serie de relatos del árbol de la lluvia, y sólo pude responder con el silencio. En aquel momento, sentía mis pensamientos rondar otro árbol de la lluvia sobre el que no había escrito. El auténtico árbol de la lluvia. Cuando, de pie en un bosquecillo de altos árboles, oí a un guía referirse al árbol de la lluvia como si estuviera dando una explicación, miré rápidamente por encima de mi hombro en la dirección de la voz. En ese instante, mi siguiente acción, directamente relacionada con mi hijo, quedó decidida, y concebí la especie de poema que acabo de mencionar.

El lugar donde vi, en estas circunstancias, el árbol de la lluvia desde lejos fue los jardines botánicos de Bogor. Si alguna vez vuelvo a visitar Indonesia y Eeyore me acompaña, iré directamente a esos jardines y casi con seguridad confirmaré que el árbol en cuestión era un samaan del género *Samanea*. Éste es el árbol al que los japoneses se refieren con una variedad de nombres, incluido el de mimosa americana. En América se conoce comúnmente como manada de monos o árbol de la lluvia. Es posible que el árbol que yo tenía en la mente fuera, después de todo, la mimosa americana, pero yo prefería pensar en él como un samaan porque lo que había leído sobre la mimosa americana, que encoge las hojas antes de que llueva, me creaba un problema. Yo dudaba de que ese árbol fuera capaz de almacenar gotas de lluvia y, como queda claro en las líneas siguientes de mi novela, mi imagen del árbol de la lluvia requería aquella especial cualidad: «Se llama árbol de la lluvia porque cuando ha llovido durante la noche, su follaje deja caer gotas hasta pasado el mediodía siguiente, como si aún siguiera lloviendo. Otros árboles se secan en seguida, pero las ramas del árbol de la lluvia están cubiertas de hojitas del tamaño de la yema de un dedo, cada una de las cuales puede conservar unas pocas gotas de lluvia. Es un árbol inteligente, ¿no os parece?»

Había pasado tres horas solo en los jardines botánicos

de Bogor, camino de casa en un viaje a Bali con unos amigos. Mi encuentro con el clima, la topografía y las artes populares mitológicas de esa sorprendente isla, y el estar en presencia, aunque fuera de paso, de nativos que parecían descender del propio universo, había suscitado en mí lo que sólo puedo describir como una experiencia trascendental que afectaba tanto a mi espíritu como a mis emociones. También era consciente de una profunda relación con Eeyore, del que llevaba separado diez días por primera vez después de mucho tiempo. Esa relación la experimenté como algo efectivo en las excavaciones del santuario budista de Borobudur, camino de Bali, y una vez en la isla, en el «templo de la muerte» de Pura Darem. Fueron unos momentos que parecieron golpearme en el alma misma. Más tarde, cuando ya había dejado a mis compañeros de viaje y visitaba por mi cuenta los jardines botánicos de Bogor, la destilación de mis experiencias acumuladas en el viaje emergió para empujarme a hacer una elección. En el instante que supe que el árbol de la lluvia que tanto deseaba ver estaba tan cerca de mí, opté por caminar en la dirección opuesta, hacia el laberinto creado por una variedad de otros árboles que crecían en hileras ordenadas.

Sin mapa que me guiara, estuve vagando por los jardines, tomando por un sendero u otro cuando mi intuición me decía que me conduciría a los árboles que deseaba ver. Llegué así a un área que se parecía más a un jardín inglés que a una isla tropical, brillante y abierto en lugar de lozana exuberancia, y me quedé de pie ante un baobab. Un grupo de hombres y mujeres de aspecto refinado, que parecían turistas americanos, ellos con trajes de lino y ellas con vestidos blancos de verano, se detuvo en el sendero frente a mí. Su guía, que hablaba un inglés con marcado acento y con una seguridad que sugería que estaba orgulloso de su trabajo, dijo poniendo énfasis, como si se interrumpiera para hacer un anuncio:

—Éste es el famoso árbol de la lluvia.

Bajo el resplandeciente sol de Java, me estremecí. Por un instante, bizqueé a causa del sol al mirar el ligero dosel

de delgadas ramas desde las que se derramaban las hojas, y luego bajé la cabeza y avancé en la dirección opuesta. Tenía que ver este árbol de la lluvia con Eeyore, pensé; yo no podía contemplar el árbol solo, habiéndolo abandonado a él. A este pensamiento subyacía otro: que yo acabaría dejando atrás a Eeyore y partiría solo en busca de un mundo más pacífico. Tuve la seguridad de que ver de cerca el árbol de la lluvia sin Eeyore a mi lado para que me diera ánimo era más de lo que podía soportar. Sentí que me tambaleaba.

He mencionado experiencias que habían suscitado en mí ese sentimiento, el cual estaba allí latente, esperando ser activado por las palabras «árbol de la lluvia». Quiero describir esos momentos. Los incontables Budas de piedra que cubrían la montaña en Borobudur estaban en proceso de restauración. La coexistencia en la montaña de un lugar de construcción y de un yacimiento de ruinas arqueológicas, uno junto a otro, me chocó como algo imposible de conciliar. Al fondo de un largo tramo de peldaños de piedra, en la mejor localización para un puesto de venta, un anciano de baja estatura —me pregunté si no tendría más o menos mi edad, pero su aspecto era marchito, no sólo por su piel sino incluso por su actitud, ¿a causa del sol tropical y de la exposición al viento y a la lluvia en su vida a la intemperie?— vendía té espeso y ranas de color purpúreo y plateado hechas con papel y arcilla. Las ranas eran juguetes: la cabeza era movible como un fuelle, y cuando se levantaba croaba como las ranas indonesias que yo había oído con frecuencia a lo largo del viaje.

El hombre llevaba una ajada camisa de batik, de largas mangas, y en la mano izquierda, que sobresalía de la manga, advertí un triste sexto dedo semejante a un espolón. Sin duda ese dedo le había asegurado la preferencia para obtener un puesto en el terreno de excavación más importante de Java. Tomé de su mano de seis dedos una rana de papel y arcilla y mi cambio, me dirigí a la raquítica sombra de un tamarindo, e imaginé que si Eeyore hubiera nacido y crecido en Java, el objeto adherido a su cráneo,

como una segunda cabeza, probablemente le habría valido la preferencia para establecer un puesto de venta. Reflexioné con nostalgia sobre el sentido comunitario de la sociedad indonesia.

El filósofo N, la principal autoridad de nuestro partido, ha escrito sobre el significado universal en el folclore isleño del «templo de la muerte» de Pura Darem, el escenario de mi paso por Bali. Si puedo resumir lo sustancial de su ensayo, me ayudará a transmitir mi sentimiento de dónde estaba yo cuando permanecía de pie en el patio aquel día. En cada aldea de Bali hay tres templos que, juntos, forman una sola institución. El litoral de la isla tiene valor negativo y se sitúa en oposición a las montañas, que son positivas. Pura Darem, junto al mar, es un templo para las almas de los muertos antes de que hayan sido purificadas, o sea antes del funeral. Cuando han sido purificadas, las almas de los muertos son objeto de celebración en un segundo templo. Y hay un tercero que dirige la vida comunitaria de la aldea. El espíritu patrono de Pura Darem, la bruja Randa, invade a una serie de personas y las posee. También utiliza su magia para curar a los enfermos. Lo que sigue es una cita literal del ensayo de N que revela la creatividad que aplica al desarrollo de una tesis basada en el folclore de Bali: «La persona de la bruja Randa permite que la debilidad humana y el mal se manifiesten e incluso sean celebrados en lugar de suprimidos o ignorados, y este mecanismo de insuperable efectividad en el folclore de Bali protege a los isleños del pathos al tiempo que incluso vitaliza su cultura.»

Entramos en la aldea de Pura Darem. Debía haberse celebrado una fiesta. Muchachas con flores en el cabello se movían por el terreno todavía húmedo a causa de un chaparrón, descalzas, y penetraban por una gran puerta de piedra llevando ofrendas en hojas de banano. En el patio, niñas ataviadas con bandas de tela roja observaban desde un edificio con techo de paja, reuniendo esta última. Conforme caminábamos por los terrenos del templo, deteniéndonos acá y allá para observar la función del espacio sagrado, las jóvenes y las niñas empezaron a irse,

tal vez porque el sol se estaba poniendo. Finalmente, sólo quedó una niña, con dos criaturas que parecían sus hermanas, y no mostraba intención de retirarse. Era como si se propusiera ofrecer una plegaria especial en el interior del templo y aguardara a que todos, incluidos nosotros, abandonáramos el lugar. Nos dimos cuenta de eso en seguida, y mostrándonos conformes, como una clara respuesta al espacio del templo, conversando en voz baja, caminamos hacia la entrada del patio. Pero yo me había dejado el cuaderno de notas en el firme y elevado pavimento del edificio con techo de paja. Cuando regresé solo en su busca, la niña y su hermano y hermana menores penetraban por la puerta de piedra que se alzaba en el crepúsculo como una pagoda. Cuando la niña se volvió hacia mí, vi que la mitad de su rostro, adorable y encantador, estaba horriblemente desfigurado por lo que debía de ser una deformidad congénita. Aun así, desprendía una naturalidad serena y graciosa que abarcaba su deformidad y de algún modo se veía reforzada por su porte, que era elegante, y por el obvio respeto e íntimo afecto hacia los hermanos que la acompañaban. Como si yo fuera de nuevo un niño que cruzara los límites de un santuario sintoísta, me incliné por respeto al espacio del recinto donde me hallaba, y me retiré. Si Eeyore hubiera nacido en Bali, habríamos observado la costumbre solemne de presentarnos todas las tardes en Pura Darem para ofrecer una plegaria a la bruja Randa. Yo tenía la seguridad de esto en lo más hondo de mí, y esta certidumbre me estimulaba e incluso me inspiraba.

De regreso en mi habitación de hotel en Yakarta, tras la visita a Bogor, sumido en una soledad próxima al pánico, y no al tipo de soledad que podía superarse con una temprana ronda de bebidas antes de la cena, mi primer y único ataque de esa clase durante el viaje, trabajé en mi especie de poema hasta que fue hora de reunirme abajo con mis amigos, y lo llamé «Más allá del árbol de la lluvia»:

Hacia el árbol de la lluvia

y, a través de él, hacia el mundo que está más allá,
nuestros espíritus se sumergían, consustanciales,
pero los yoes, tan libres como pueden ser,
regresamos...

Más tarde, me di cuenta de que esos versos habían sido influidos por el que durante mucho tiempo fue mi mentor y amigo, el compositor T. Incluso el título, «Más allá del árbol de la lluvia», se basaba directamente en una pieza para violín y orquesta que T estaba componiendo por entonces y de la que me había hablado, titulada «Más allá de la llamada distante». Luego, cuando yo trabajaba en las narraciones del árbol de la lluvia, que tenían su origen en mi especie de poema, revisando el original, me animé a mí mismo cantando en voz alta: «*En alguna parte sobre el árbol de la lluvia, arriba, en lo alto / hay una tierra de la que oí una vez en una nana*.» O también: «*En alguna parte sobre el árbol de la lluvia vuelan pájaros azules, / vuelan pájaros sobre el árbol de la lluvia, ¿por qué, entonces, oh, por qué no puedo yo volar?*» Tanto la melodía como la letra provenían del arreglo de T para guitarra de «Sobre el arco iris». T no nos había acompañado a Bali, pero había visitado antes la isla, y fue su charla sobre la profunda y lúcida belleza de la música de gamelán lo que había inspirado el viaje. Ahora, mientras permanecía sentado en el patio de ese templo de pilares de piedra y con árboles que apuntaban al cielo como por designio, y presenciaba arrebatado las danzas reales balinesas con acompañamiento de música de gamelán, con las estrellas en lo alto, sobre mí en el cielo oscuro, casi podía oír la voz tranquila de T, como si estuviera agachado junto a mí en la noche de Bali. En mi serie del árbol de la lluvia explicaba cómo se había inspirado para componer su música de cámara sobre ese mismo tema, mediante la metáfora que creé en el pasaje que citaba más arriba; y cómo a mi vez había sido inspirado para crear una serie de narraciones cuando llevé a mi esposa a escuchar una interpretación de su composición.

Sucedió que no incluí mi especie de poema en la serie

del árbol de la lluvia: enfrascado en escribir una historia tras otra, mi «árbol de la lluvia» se incendió y se quemó hasta el suelo. Tomé notas para el borrador de una novela larga en la que pretendía devolver la vida al árbol de la lluvia, pero decidí dejar las cosas como estaban cuando llegué al final de la colección:

> Todavía acudo a diario a la piscina y me pregunto, mientras nado con estilo libre, un largo tras otro sin descansar, si llegará el día en que redescubra el árbol de la lluvia, aunque sea como metáfora. No tengo ni idea. También me pregunto qué me llevó a creer que si continuaba escribiendo este borrador acabaría redactando un capítulo en el que el árbol de la vida renaciera. ¿Qué me empujó a aferrarme a la patética esperanza de que algo de ficción y no auténtico podía garantizarme el estímulo que necesitaba en mi vida real? Sin duda mi impulso me llevaría a un capítulo de conclusión, pero ¿cómo podría el árbol de la lluvia que aparecía en él ser más que algo falso? ¿Y cómo podía algo falso sacarme de mi yo enfermizo para brindarme una experiencia genuina sin que importara el empeño con que nadaba y continuara nadando?

Hoy, trabajando en el capítulo de conclusión de esta crónica de William Blake superpuesta a mi vida con mi hijo, que intento completar para su vigésimo aniversario, siento que soy plenamente consciente por vez primera del significado que acecha en el interior de esta especie de poema que escribí en la isla de Java hace cuatro años (casi diría, imitando a Blake, que me limité a copiar lo que me transmitieron los espíritus de los árboles en los jardines botánicos de Bogor). Habiendo completado mi iniciación a Blake con un recorrido por su mundo mitológico, también estoy seguro de que continuaré leyéndolo el resto de mi vida. Ni que decir tiene que mis propios versos se habían vuelto claros para mí leyendo a Blake. Ya era consciente de la importancia de su pensamiento esotérico, que subsume el neoplatonismo, cuando el antropólogo cultural Y, que participó en el viaje a Bali y nos dio una conferencia sobre el universalismo mitológico de las artes populares de la isla, me prestó el libro de Kathleen Raine *Blake and Tradition*. El

tema de esta obra monumental era precisamente el aspecto de Blake que yo esperaba comprender con más detalle. Me ayudó a hacerme consciente y a reformular la escena del capítulo final de mi novela *El juego contemporáneo*, que recuerdo haber completado el día antes de mi partida hacia Bali, y en el que describía un paisaje que me había representado a mí mismo en el valle del bosque y que luego descubrí realmente en un sueño. Raine también me hizo notar el significado de mi visión en «Más allá del árbol de la lluvia». Llegué tan lejos como para considerar que el pensamiento esotérico de Blake había hallado una nueva expresión en mi metáfora del árbol de la lluvia.

Quizá el capítulo que ahora escribo sobre Blake y mi hijo pueda servir también como conclusión a mi novela del «árbol de la lluvia»: «Hacia el árbol de la lluvia y, a través de él, hacia el mundo que está más allá...» Cuando escribí estas palabras yo pensaba en mi propia muerte y en la de Eeyore. «Nuestros espíritus se sumergían, consustanciales, regresamos...» Eeyore y yo pasamos al ámbito de la muerte y permanecemos en él más allá del tiempo. Como iluminados por un reflejo de esta misma imagen, el significado de mi vida con Eeyore en el presente parece elevarse hacia la luz.

La cancela de madera se abre con un ruido inconfundible. Fuertes pisadas se arrastran por el sendero hasta la casa y la puerta principal se abre de golpe. Se quita las zapatillas de gimnasia, primero un pie y luego el otro, y los golpes en el pavimento de hormigón se dejan oír en el interior. Finalmente Eeyore aparece por la puerta camino de la sala de estar, con su uniforme de estudiante, como si hiciera su entrada en un escenario, llenando el espacio, con una radiante sonrisa en su rostro y con la cartera en la mano. Era avanzada la tarde, y eso casi constituía un ritual que yo aguardaba impaciente todos los días, de lunes a sábado.

Un día, a comienzos de este año, mientras yo permanecía tumbado en el sofá leyendo la nueva colección

de ensayos de Raine, *Blake and the New Age*, con un diccionario y unos lápices sobre una caja de madera a mi lado —mi hijo había pasado un año entero en su clase especial de la escuela media pintando la caja de color naranja—, Eeyore, que había aparecido en la puerta como siempre, me miró con ojos inquietos y algo sombríos, prestó la mínima atención a mis palabras de bienvenida, y pasó corriendo junto a mí camino de la cocina, donde informó de lo siguiente a mi esposa:

—*¡Tengo turno en el dormitorio! ¿Estamos listos? ¡Me traslado el próximo miércoles!* —Hizo una pausa y continuó —: *¿Estará bien papá mientras yo estoy fuera? ¿Superará este obstáculo?*

A esto último mi esposa respondió riéndose a carcajadas, pero yo me sentí inesperadamente conmovido, y mientras yo sonreía involuntariamente, creo que estuve a punto de llorar.

—Tu voz suena como la del que anuncia un combate de sumo. Pero la responsabilidad será tuya, no de papá. Has tenido ataques por la mañana porque te levantabas demasiado tarde, y en el dormitorio tendrás que tomar tu medicina todas las mañanas en cuanto te levantes.

Cada alumno de la escuela especial de Eeyore debía pasar un período en el dormitorio del recinto. Hacía algún tiempo que sabíamos que el turno de Eeyore se acercaba, y él sentía aprensión ante la perspectiva. Durante las vacaciones de Año Nuevo, cuando nos reuníamos en familia para desayunar tarde, su acostumbrada lentitud a la mesa se acentuó gradualmente hasta el punto de que apenas se movía. Conseguía acabar de comer, pero la tensión en su rostro cuando se tendía en el sofá después del desayuno le hacía parecer una persona diferente: parecía haberse transformado de pronto en un hombre de más que mediana edad con un aspecto algo avejentado. Me encontré evocando la solemnidad, quiero decir la solemnidad primigenia que mostraba el rostro del profesor W en su lecho de muerte. Ahora apareció un rubor en la parte superior del rostro de Eeyore, cuyos ojos parecían

resplandecer con una luz ambarina, y su expresión revelaba un sufrimiento que él no comprendía y del que, por tanto, no podía quejarse con palabras. Cuando apoyé mi mano en su amplia y prominente frente, la sentí caliente, con un calor plomizo. Había olvidado tomar su medicamento contra la epilepsia y estaba a punto de sufrir un ataque. Mi esposa continuaba insistiendo en que Eeyore no era epiléptico, y aunque yo sabía que ese tipo de ataque se consideraba una forma de epilepsia, me abstuve de afirmar lo que había leído.

El día que debía trasladarse al dormitorio, mientras Eeyore estudiaba el programa guía semanal de FM que publicaba el periódico, traté de determinar qué había tras las palabras que había dirigido a su madre:

—Eeyore, has preguntado si yo superaré este próximo obstáculo. ¿Cuándo fue el último obstáculo?

Esperé a medias que me contestara «Lo he olvidado», su respuesta habitual en ocasiones como ésta. Pero levantó el rostro de la página y, estrechando los ojos en lo que parecía un resplandor, mientras los subía y los dirigía a un lado, dio una lúcida respuesta:

—*Cuando murió de leucemia el señor H, al mismo tiempo Saku padecía cáncer. Pero tú lo superaste. ¡Buen trabajo! ¡Eso duró una semana entera, alrededor del veinticinco de enero hace tres años!*

Resultó que Saku —el hermano menor de Eeyore— en definitiva no tenía cáncer. Había orinado sangre en cantidad suficiente para darse cuenta él mismo pese a ser un niño, y cuando las pruebas realizadas en nuestra clínica local confirmaron la presencia de sangre en la orina varios días seguidos, empezamos a acudir con regularidad al hospital universitario de Tokio. Le sometieron a una batería de pruebas que duraron días, pero de algún modo no se conseguía demostrar concluyentemente que Saku fuera, en palabras del médico que le atendía, «no culpable». Incluso cuando el hermano menor de Eeyore tuvo que soportar un doloroso examen de vejiga, permaneció imperturbable. Yo no me comporté tan bien. Gradualmente, nuestras visitas al

hospital juntos agotaron mi resistencia.

Tomábamos el tren hasta la estación de Ochanomizu, y luego esperábamos en la parada del autobús, en el puente de los autobuses, para dirigirnos al campus. Veinte años antes, aguardé incontables veces en el mismo punto el mismo autobús con mi compañero de clase H, que ahora se estaba muriendo de leucemia en el hospital, al otro lado del canal desde la parada del autobús. Por un tiempo había mostrado signos de recuperación, pero al final del último año sufrió una hemorragia cerebral y estaba en coma desde entonces. Cuando el hermano menor de Eeyore terminaba las pruebas del día, en ocasiones le dejaba en la sala de espera de pacientes externos y me iba a «hacer una visita» a mi amigo, la cual consistía en una conversación, de pie en el vestíbulo, con su esposa, agotada por el esfuerzo de cuidarle y poseída por una especie de frenesí. Después, yo regresaba con ánimo sombrío a la sala de espera situada abajo.

Murió, y yo acepté el papel de anfitrión en su funeral. Durante el velatorio, mientras permanecía sentado en el porche que rodeaba la casa, saludando a los visitantes en medio de un viento gélido, me turbaban los pensamientos sobre mi hijo todavía sometido a pruebas, y me turbaban tanto más a causa de la observación que se dijo había hecho uno de los asistentes, un escritor mayor:

—Es una vergüenza terrible. Esta vez el enfermo es su hijo menor y no el mayor.

A fuer de honrado, la observación parecía haber sido captada a la ligera y así me la espetaron, pero eso suscitó en mí un cruel pensamiento que por un instante destelló en mi conciencia: «¡Mejor Eeyore que su hermano menor!»

Aquella noche, durante la cena, formulé una pregunta al hermano de Eeyore:

—Cuando te examinaron los riñones porque creían que era allí donde estaba el trastorno, debatimos si, en caso de que hubiera que trasplantarte un riñón, te lo cedería yo, tu madre o Eeyore. ¿A cuál de nosotros hubieras elegido?

—Buena pregunta. —El hermano menor de Eeyore

siempre se detenía a pensar antes de hablar, y ahora se demoraba más de lo acostumbrado—. Eeyore está tomando Hidantol...

Me enfurecí. ¡Cómo podía decir tal cosa! ¡Cómo podía ser tan egoísta! Quizá era difícil dejar de pensar en lo saludables que eran los riñones del donante, pero ¡basar en eso un juicio al propio hermano! Haciendo cierta abstracción de las palabras que subían a mi garganta, planteé la siguiente pregunta:

—¿O sea que das por sentado que los riñones de Eeyore están dañados?

De nuevo el hermano de Eeyore se detuvo a pensar, visiblemente sonrojado. Debía estar avergonzado por la imagen de sí mismo reflejada en la desavenencia con su padre.

—Eeyore está tomando Hidantol —repitió, procurando ser exacto—. Doy por sentado que un supresor de la epilepsia debe estar lleno de ingredientes dañinos. ¿No necesitaría ambos riñones para procesar todas esas toxinas?

Me disculpé, y reconocí que su preocupación por su hermano estaba justificada. Después de cenar, Eeyore trató de responder a mi sugerencia de que escogiera los discos que no tenía pasados a cinta, a fin de poderlos grabar y llevárselos al dormitorio de la escuela, donde le permitían disponer de un reproductor. Pero parecía bloqueado ante la tarea: sentado en el suelo con las piernas bajo el cuerpo, estuvo mirando más de una hora la pila de discos frente a él, sin seleccionar un solo álbum.

—No podrás perder el tiempo de este modo cuando estés en el dormitorio, o serás una molestia para los demás —le advirtió mi esposa.

Después la hermana dijo:

—Para Eeyore la música lo es todo. Quizá no pueda escoger una parte de ese todo.

—*¡Eso mismo! ¡Exactamente! ¡Gracias, qué buena eres!*

Le dije a la hermana de Eeyore que consideraba acertada su observación. Aquella noche, antes de irse a dormir, los dos menores charlaban en su habitación. La

hermana de Eeyore parecía buscar la confirmación de su hermano de que yo la había elogiado. Escuché la respuesta:

—¡Estuvo bien, ya lo creo! ¡También a mí me ha elogiado!

En parte por el inminente traslado de Eeyore al dormitorio de la escuela, mi esposa y yo habíamos estado concentrando nuestra atención en él. Al parecer, sus hermanos menores se sentían preteridos, por su padre en particular. Abajo, sentado todavía frente a sus discos, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, Eeyore murmuraba para sí, pero como si me hablara a mí:

—*Es un problema. ¡Verdaderamente es un problema!*

Después de que H fuera hospitalizado a causa de la leucemia, durante el período en que parecía haber superado la primera crisis y haberse recuperado, aunque fuera ligeramente, le visité en numerosas ocasiones. Las personas que le rodeaban, incluida su esposa, no le habían informado del diagnóstico, pero yo tenía la sensación de que me daba a entender que lo sabía. Poco después de su ingreso en el hospital, me mostró las quemaduras que cubrían su todavía robusto cuerpo. Algo más tarde, como resultado de la radioterapia, se le cayó el cabello y dejó su espléndido cráneo al descubierto salvo unos pocos cabellos blancos brillando en lo alto de aquél. Sus ojos eran terriblemente claros, y se desplazaban incansables mientras me hablaba (en el breve intervalo en que su esposa abandonaba la habitación):

—Ofendemos a algunas personas en el transcurso de nuestras vidas, y recibimos ofensas de los demás. Y por el camino ajustamos cuentas. Nos las ajustan algunos y a otros les requerimos para que nos compensen. De esta manera cerramos los libros: así es como se me aparecía el futuro cuando era estudiante. Ahora me doy cuenta de que realmente no se trata de cerrar los libros en el transcurso de la vida de uno. Al final, todo lo que puedes hacer es preguntar a los que has ofendido que te perdonen y

perdonar a los demás de la misma manera. Me parece que no hay elección. Ahí tienes a Jesús, que perdonó los pecados de la humanidad. Dicen que el cristianismo introdujo esa idea en el pensamiento europeo por primera vez desde la antigua Grecia. ¿Has pensado alguna vez en eso?

—No sé nada del cristianismo —repliqué, consternado por lo débil que sonó mi voz—. Pero Blake va incluso más allá. Desde su punto de vista, el pecado es un mero reflejo de la presuntuosa razón, una ilusión bajo la que labora la humanidad, de modo que denunciar el pecado o tomar represalias contra él carece de sentido... Lo único que tiene alguna importancia es el perdón de los pecados por Jesucristo.

—¿El perdón de Cristo? Supongo que pensar así pondría las cosas más fáciles. Nuestros pecados contra los demás y los pecados que los demás cometen contra nosotros son dolorosos, y también lo es el rencor que quema y nunca se extingue.

Después de su muerte, oí que H se volvió hacia su esposa cuando enfermó y le dijo: «He llevado la confusión a tu vida, ¿no es así?» Entonces recordé nuestra conversación. Cuando me llegó un rumor sobre un enfrentamiento físico entre la viuda de H y la propietaria del bar favorito del difunto —la cual sostenía el punto de vista opuesto, en el sentido de que a H su esposa le había arruinado la vida, y al parecer se lo dijo así a la interesada cuando se dejó ver en el bar una noche—, evoqué de nuevo nuestra conversación con un sabor amargo en la boca.

Recuerdo otra conversación que mantuvimos avanzado el otoño del año en que mi amigo cayó enfermo, cuando parecía claro que estaba en camino de recuperarse y su cabello había vuelto a crecer. Enterado de que finalmente yo había conseguido publicar una novela en la que llevaba trabajando desde siempre, *El juego contemporáneo*, expresó el deseo de leerla inmediatamente. Pero el médico le había ordenado moderar sus lecturas, y como me pareció que leer aquel grueso volumen echado de espaldas en la cama

debilitaría su energía, le prometí para después de Año Nuevo apartar un volumen, arrancarle las cubiertas y dividirlo en partes más ligeras. Pero un día fui a visitarlo y descubrí que había mandado a su esposa comprar el libro y ya lo había leído de principio a fin. Con una sonrisa en los ojos, que ya no disparaban dardos pero seguían tan claramente cristalinos que resultaban extraños, elogió generosamente el libro. Luego me contó un recuerdo que no había significado nada para mí en su momento, acerca de algo que sucedió cuando éramos estudiantes.

—Cuando íbamos en autobús a apoyar la huelga de Sunakawa, dijiste que no importaba que te rompieran la cabeza de un porrazo y murieras, y luego hablaste sobre la práctica de los «despegues del alma» cuando eras niño. Hiciste reír a todo el autobús, y recuerdo que me pregunté si no eras más que un payaso. ¿Por qué no has incluido ese episodio en la novela? Cuando vuelvo a pensar en ello, me choca como una historia que encierra una urgencia, no como algo meramente gracioso sino conmovedor, y lo he echado de menos en la novela.

Varias semanas más tarde, cuando H estaba de nuevo en estado crítico, sin perspectivas de recuperación, y yo le visitaba en su estrecha habitación del hospital, después de volver a recorrer el camino hasta la estación de Ochanomizu tras recoger al hermano de Eeyore del hospital universitario y dejarlo luego en casa, recordé finalmente con toda claridad el episodio al que se refirió. Unos días antes H se quejaba de un violento dolor de cabeza y entró en coma, y si bien sus riñones habían cesado en su función —cuando supe esto mis pensamientos se desplazaron al hermano de Eeyore—, aún le administraban solución de Ringer por vía intravenosa, y todo su cuerpo estaba hinchado de fluido. Luego, la autopsia reveló que los vasos sanguíneos habían estallado en el cerebro y los pulmones de H, y que la sangre, sin tener donde ir, se había estancado en pesados y chapoteantes globos repartidos por todo el cuerpo. Aun así, el corazón, fortalecido por la práctica del rugby en el instituto de Hibiya, aún latía en su pecho, y el

respirador, que parecía el artefacto de un artesano aficionado, con sus rígidas válvulas de goma y sus blandos tubos también de goma y semejantes a un acordeón, continuaba silbando como un fuelle.

Cuando miraba a H en ese estado, se me aclaró el significado de sus palabras dos semanas antes. En efecto, yo les hablé a mis compañeros de autobús, camino de Sunakawa, sobre la práctica de los «despegues del alma» siendo niño. Pero eso era el recuerdo de un sueño en una secuencia de sueños que tuve de joven. Reunidos acá y allá a lo largo del camino que ascendía por la colina, los niños del valle del bosque corrían camino abajo mirando arriba, al cielo, como si se remontaran en planeadores. Practicábamos «despegues del alma» para asegurarnos de que nuestras almas estarían bien preparadas para escapar de nuestros cuerpos al llegar la muerte. Cuando el alma se desprendía del cuerpo, ascendía al cielo por encima del valle y planeaba en el aire al tiempo que observaba a la familia y a los amigos abajo, disponiendo el cadáver, una cáscara que había quedado allí. Entonces se elevaba cada vez más, describiendo círculos cada vez más amplios, hasta que alcanzaba las copas de los árboles del bosque que rodeaba el valle. Y allí residía, aguardando el día en que planearía al valle para penetrar en un nuevo cuerpo. Para asegurar que este proceso de muerte y renacimiento se produjera con suavidad, practicábamos «despegues del alma» poniendo los brazos en cruz mientras corríamos camino abajo produciendo un ruido como el de un avión en picado.

Debo haber omitido este sueño en *El juego contemporáneo* porque, al trabajar en el libro, no pensaba en la muerte y el renacimiento como algo tan urgente como H, que yacía en su lecho de enfermo aquejado de leucemia. Y éste había sido su punto de interés, su observación final acerca de mí.

Fui criticado con frecuencia por llenar *El juego*

contemporáneo con imaginería y simbolismo tomado de la mitología, el folclore y la antropología cultural. En efecto, según Y, de cuyos libros he tomado la mayor parte de lo que he aprendido, la imaginería y el simbolismo en el corazón de la novela eran originales míos. Y, ciertamente, mientras escribía era consciente de los indicios y las pautas tomados de un almacén de sueños oscuros de mi infancia en el valle. Mientras ponía palabras a mis sueños, me inquietaba descubrir su relación, bajo la superficie, con las mitologías de otros lugares y otros países.

Esta imaginería-simbolismo en el núcleo del mundo mitológico que describí en *El juego contemporáneo* aparece como el ensueño de un joven (yo mismo) vagando en el bosque de noche, con fiebre alta, y, al mismo tiempo, como una visión que se observa realmente. En el momento culminante de la guerra, el joven = yo explica la siguiente idea a dos astrónomos evacuados a nuestra aldea: «Si fuera posible percibir todas las galaxias del universo de una vez y de un solo vistazo, quizá descubriéramos un número infinito de mundos que existen como unidades de espacio multiplicado por el tiempo, y quizá veríamos en el interior de la vastedad de esas unidades un infinito número de leves variaciones sobre nuestro propio mundo, aunque creamos que es único, y cuyas historias se desarrollaran en paralelo con la nuestra propia. En otras palabras, ¿cómo sabemos que lo que consideramos historia no es simplemente una versión de la historia seleccionada a voluntad por una entidad semejante a un dios, como si estuviera jugando a un juego y se nos revelara como el nuestro propio; cómo sabemos que nosotros no somos un mero elemento en el mecanismo de ese juego?» Aunque yo había hablado a la ligera de mi idea como si fuera una broma, me obsesionó desde que, de pequeño, me sentí fascinado por la astronomía. El siguiente pasaje, una escena que el joven = yo recrea para su «hermana», como si lo hubiera conservado en una mente aquejada de fiebre, es de hecho un sumario de los sueños recurrentes que tuve desde que era niño en el valle, con sólo ligeras variaciones:

> Y entonces, hermana, durante esos seis días de experiencias en el bosque, percibí con mis propios ojos, como una realidad, la visión que yo, en broma, describí a Apogeo y Perigeo [los motes que les habíamos puesto a los astrónomos]. Mientras yo caminaba recogiendo los fragmentos en que se había roto *El hombre que deconstruye*, se me revelaba un espacio tan claro como las bolas de cristal del modelo de una molécula. Dentro de ese espacio luminoso rodeado de árboles, matorrales y arbustos, podía ver al Pastor y a la Tejedora. De este modo, en los espacios tan claros como las bolas de cristal que continuaban apareciendo ante mí, vi cada uno de los personajes que nos han transmitido el folclore local. Y vi que existían simultáneamente, en el mismo momento, incluso los que figurarán en episodios en el futuro. Conforme caminaba por el bosque día tras día y observaba las figuras que se me revelaban, me di cuenta de que no había necesidad de buscar fuera de la Vía Láctea; que, al igual que dijeron Apogeo y Perigeo, todo lo que era y es y será podía encontrarse aquí mismo, en el bosque. Comprendí que lo que estaba allí, frente a mí ahora, era precisamente ese panorama sobre el que había bromeado, próximo a un número infinito de unidades de espacio multiplicado por tiempo, todas vistas de una sola ojeada. Mi comprensión nada tenía que ver con las palabras; la lección estaba contenida en la suma total de la visión que aparecía ante mis ojos escena tras escena. Y lo que es más: la mitología y la historia de nuestra aldea-como-nación-como-universo, en la cual, como ahora percibí, todo era visible a la vez, coexistiendo al mismo tiempo; esa verdadera mitología e historia era en y de sí misma una manifestación de *El hombre que deconstruye* crecido hasta proporciones gigantescas. Ésta era la razón de ese vagar por cada rincón oscuro de nuestro bosque contemplando mi visión mientras caminaba, dedicado a recrear a *El hombre que deconstruye* a partir de los fragmentos en los que se había roto...

Recordando la observación de mi amigo H, me di cuenta una vez más de que no había escrito nada acerca del nacimiento y la muerte. Hablaba sólo de *El hombre que deconstruye*, un cadáver desmembrado aunque todavía prístino, no descompuesto. Pero los sueños de mi infancia, que eran la base de la imagen, estaban directamente relacionados con el nacimiento y la muerte. Las cuentas de cristal que flotaban entre los oscuros árboles en la

profundidad del bosque, iluminadas desde dentro por una luz resplandeciente, contenían todos los seres humanos del pasado, el presente y el futuro de nuestra aldea-nación = pequeño universo. Yo mismo estaba dentro de un capullo, semejante a una crisálida en estado de animación suspendida. Los que iban a nacer en el mundo real de nuestra aldea-nación = pequeño universo sólo tenían que abandonar sus capullos y descender al valle, impulsándose como planeadores. En la hora de la muerte, planeadores de nuevo, regresarían a sus capullos en el bosque. Y en la plenitud del tiempo abandonarían el capullo para regresar una vez más al valle, y se produciría otro renacimiento. Y la suma total de personas que pertenecen a la historia completa de nuestra aldea-nación = pequeño universo, la suma total de capullos de cuentas de cristal en el bosque, es *El hombre que deconstruye*. El joven = yo que trató de cubrir cada centímetro de terreno de nuestro bosque, trató de llevar a cabo ese acto febril de devolverlo a la vida. Y una vez revivió, hasta el último hombre, mujer y niño del pasado, presente y futuro de nuestra aldea-nación = pequeño universo, todos subsumidos en él, entrarían en un nuevo estadio. Una premonición de este gran logro estuvo siempre presente en mi sueño repetido, como un feroz y ardiente deseo acompañado por el terror. En *El juego contemporáneo*, el joven = yo tiene que decir lo siguiente acerca del experimento que le llevó todo lo cerca posible de su meta, pero que le dejó a distancia de su logro real. También resulta ser la conclusión de la novela:

> ¡Hermana! La razón de mi llanto y mi lamento después de que los bomberos del escuadrón de rescate me inmovilizaran era que estaba siendo forzado a abandonar la tarea de recrear el cuerpo físico de *El hombre que deconstruye*. Hube de abandonar entonces y allí el proyecto que yo había considerado mi prueba personal. Yo debía seguir mi camino a través de todas las unidades de espacio x tiempo en la mitología y en la historia de nuestra aldea-nación = pequeño universo, y gracias a este esfuerzo iba a recrear el troceado cuerpo de *El hombre que deconstruye*, los huesos, los músculos, la piel, los ojos y los dientes e incluso el cabello. ¡Había realizado la mejor parte! Me

> devolvieron al valle gimiendo angustiado por tener que desistir de alcanzar la meta en que culminaba mi prueba, y he vivido fuera del bosque desde entonces, ridiculizado e injuriado como el sirviente del duende narizotas del bosque...

Ahora esta visión, con su fuente en los sueños de mi infancia, encaja en el análisis que Kathleen Raine hace de la poesía de Blake y con la famosa acuarela de la colección Petworth, *Una visión del Juicio Final*. Y de nuevo hay motivos para considerar, como yo lo hago, que quizá todo lo que he sentido a lo largo de mi vida, incluidos ámbitos próximos a mi subconsciente, fue previsto por Blake. (El cuerpo despedazado de *El hombre que deconstruye* se refleja en el simbolismo que Blake usó con frecuencia y que Raine analiza refiriéndose al mito de Osiris, sobre el que Martha Crowley me preguntó, y también a los mitos de Dioniso y Orfeo. Podría decirse asimismo que el joven = yo que trasciende el ámbito de la vida y la muerte para rondar por el bosque nocturno es una variación de la imagen de Blake del «niño perdido, el niño hallado».)

Refiriéndose al río de seres humanos que fluye hacia arriba, hacia un Cristo radiante en su trono, y que desciende hacia el infierno en *Una visión del Juicio Final*, Raine asevera que Blake no representa a individuos sino más bien «un conglomerado de células que circula a través de la fuerza de la vida universal». Añade que la pintura es la versión de Blake del «gran hombre» de Swedenborg, «humanidad divina» en su caso o «Cristo = imaginación»; o sea, un solo Dios en todas las cosas y todas las cosas en un solo Dios. Desde el punto de vista de la autora, *Una visión del Juicio Final*, con su proximidad a los innumerables seres humanos retratados en sus mínimos detalles, representa en su conjunto al único Jesús como imaginación en sí misma.

Remite al lector al siguiente pasaje:

> Este mundo de Imaginación es el Mundo de la Eternidad es el seno Divino al que iremos todos después de la muerte del cuerpo vegetativo. Este mundo [de Imaginación] es Infinito y Eterno mientras que el mundo de la Generación o Vegetación es Finito y [por un breve momento] Temporal. Existen en ese

> Mundo Eterno las Realidades Permanentes de Toda Cosa que vemos reflejadas en este Cristal Vegetal de la Naturaleza.
>
> Todas las Cosas están incluidas en sus Formas Eternas en el cuerpo Divino del Salvador la Verdadera Vid de Eternidad. La Imaginación Humana que se Me apareció como Dirigiéndose al Juicio entre sus Santos y rechazando lo Temporal a fin de que lo Eterno pudiera implantarse. A su alrededor se veían las Imágenes de la Existencia según cierto orden adecuado a mi Ojo Imaginativo.

Raine ve el concepto de «humanidad divina» como la existencia comunitaria que también aparece en *Los cuatro Zoas*. Identifica versos en los que Jesús manifiesta «la totalidad de la familia del mundo como un solo ser humano», y considera *Una visión del Juicio Final* como la expresión última en pintura del universo espiritual de Blake, o sea de Jesús como un universo constituido por un solo ser humano. Cuando opuse al análisis de Raine lo que yo sentía y pensaba acerca de los innumerables conglomerados de cuentas de cristal en el bosque —podía llamarlas también células— y acerca de *El hombre que deconstruye*, como la suma total de tales conglomerados de cuentas a partir del modelo de una molécula, se aclararon muchas cosas. Si algo faltaba en mi visión, era sencillamente la idea de que el día en que el cuerpo de *El hombre que deconstruye*, del salvador, de Jesús, regresara a su estado original, ese día sería, en realidad, el de «el Juicio Final».

En una de las pinturas más hermosas de Blake, a la pluma y acuarela, titulada *El mar de tiempo y espacio*, Raine ve el simbolismo esotérico de la «cueva de las ninfas». En lo que puede considerarse una categoría neoplatónica, el nacimiento en el mundo real significaba para Blake un proceso de convertirse en mortal que empezaba con una caída de la vida eterna y una entrada en la carne de este mundo para ser generado y vegetar. En *El libro de Thel*, las almas que se hallan en lo alto oyen la angustia de quienes han abandonado la vida eterna para convertirse en moradores del mundo temporal inferior, y se preguntan por qué deben descender a la tierra. La visión de seres humanos

cuyos cuerpos están siendo tejidos para ellos en un telar en la cueva que comunica cielo y tierra, es ubicua en la poesía de Blake. La siguiente estrofa me hizo recordar la cabeza deformada de Eeyore cuando era un bebé, y hubo un tiempo en que me aterrorizaba que mi esposa pudiera descubrirlo:

> *Tú Madre de mi parte Mortal,*
> *con crueldad no moldeaste mi Corazón.*
> *Y con falsas lágrimas soñadoras*
> *no ataste mi Nariz Ojos y Orejas*.

El poema que leí poco después de ingresar en la universidad, y que supuso un choque para mí aun antes de saber que pertenecía a Blake —*Ese Hombre debería laborar y entristecerse y aprender y olvidar y regresar / al oscuro valle del que vino para empezar de nuevo sus tareas*—; esos versos eran un lamento cruel por las almas que deben caer repetidamente sobre la tierra desde la cueva donde se tejen sus cuerpos mortales. De joven fui directamente transportado por esos versos al valle del bosque donde nací y crecí, y me pareció que la trayectoria de mi propia vida estaba siendo profetizada en ellos. Mis ensoñaciones infantiles con ese bosque como escenario tenían las mismas raíces que la cueva donde las ninfas tejían los cuerpos mortales para las almas eternas. Hasta que llegara decisivamente el momento de la salvación —en el simbolismo de Blake, hasta el tiempo de «el Juicio Final», y en el simbolismo de mis sueños y mi novela, hasta que *El hombre que deconstruye* resucite—, las almas de todas las personas residirían en las cuentas de cristal relucientes entre los árboles del bosque, y durante tiempo y tiempo deberán caer de nuevo al valle tejidas en sus cuerpos mortales.

Sólo faltaban dos días para que Eeyore se trasladara al dormitorio de la escuela. Ocupada todo el día en las tareas domésticas, mi esposa permanecía levantada hasta horas

avanzadas de la noche, etiquetando las cosas que él debía llevarse. Una vez dividida en porciones la medicina para la epilepsia, en forma de polvos, en dosis diarias envueltas en papeles cada una con la fecha escrita, tuvo que poner su nombre en una sorprendente variedad y número de artículos. Y cada etiqueta debía ser cosida: ropa de cama y edredón, dos sábanas, pijamas (un par), almohada, una bolsa para la almohada y los pijamas. Camisetas (3), calzoncillos (4 pares), camisas y pantalones para diario (2 de cada), uniforme y camisas de uniforme (2), pantalones de entrenamiento, camisa de entrenamiento, shorts (uno de cada), pañuelos (5), calcetines (5 pares), colgadores (3), paraguas (1), zapatillas para la habitación, zapatillas para las salas, calzado de lona para diario (un par de cada), cepillo de dientes, polvos dentífricos, taza, jabón, jabonera, peine, neceser de plástico, una palangana grande y otra pequeña, champú, toalla de manos y de baño (una de cada). Mi esposa echaba atrás la cabeza de vez en cuando, con la vista fija en su aguja a través de sus gafas de lectura. No era la primera vez que la había visto en esa postura, pero mis sentimientos ahora, mientras la miraba, eran nuevos e inesperados. Se me ha dicho a menudo que soy algo infantil para mi edad. Si mi conducta tiene que ver con mi relación con Eeyore, que conserva el espíritu de un niño de preescolar, entonces el mismo efecto debería haberse dado en mi esposa. Y aunque se complacía con las divertidas salidas de Eeyore cuando hablaba, y se las reía a carcajadas, siempre percibí en ella cierto espíritu juvenil, anterior al nacimiento de Eeyore, y que permanecía esencialmente inmutable. Cuando él se fuera al dormitorio, ¿se convertiría en una mujer que se comportaría como si el paso del tiempo hubiera dejado atrás su juventud, tranquila y poco reidora? Me hacía la misma pregunta respecto a mí mismo. En aquel preciso momento, sin disminuir la actividad de la aguja en su mano, mi esposa dijo, como si estuviera pensando lo mismo:

—¿A que no sabes qué es lo primero que ha dicho Saku cuando ha llegado de la reunión de su club? Que no

reiremos tanto mientras Eeyore esté en el dormitorio. No quería decir que Eeyore haga cosas cómicas, sino que somos capaces de reírnos de cosas triviales porque Eeyore nos mantiene alegres.

Asentí porque estaba de acuerdo con la explicación del hermano de Eeyore. Si la atmósfera en nuestra familia era, normalmente, como una fiesta, se debía a que Eeyore era el payaso y el sumo sacerdote de esa fiesta.

—Mientras viajabas por Europa —continuó mi esposa— nos tuvo como caminando sobre cáscaras de huevo, y temíamos reírnos delante de él.

—Hoy he recibido una felicitación de Año Nuevo de un estudiante japonés en Alemania, y cuenta que un escritor al que conocí en Hamburgo estaba preocupado por Eeyore. Al parecer, el estudiante tradujo una narración breve mía sobre Eeyore y se la enseñó al escritor, el cual dijo que su corazón estaba más con Eeyore que conmigo o contigo. Es un hombre que posee una especial sensibilidad hacia la violencia, basada en su propia experiencia, por lo que según él eso hace que su opinión tenga algún peso. Se llama Eppendorfer.

Con este hombre gigantesco, que se estaba quedando calvo pero conservaba una belleza juvenil en torno a sus ojos y su boca, me había aventurado por los refugios antinucleares situados frente a la estación central de Hamburgo, y por el distrito de diversión conocido como Reeperbahn. También participé en un simposio con intelectuales de Hamburgo que él reunió. Así es como le presenté en un opúsculo que escribí sobre mis viajes por Europa, en los que conocí a personas vinculadas a los movimientos antinucleares y pacifistas:

«Hay algo fuera de lo común que debo explicar a propósito de este escritor que este año cumple los cuarenta. Tiene que ver con su propósito de establecer un vínculo entre la violencia nuclear a escala global y la violencia que reside en el individuo. Eppendorfer es un escritor que vive y trabaja en Hamburgo, pero de acuerdo con la novela autobiográfica que puede ser su mejor obra, *El hombre de*

cuero, de joven mató a su novia porque se parecía demasiado a su madre. Como consecuencia de ello, pasó diez años en prisión. En la actualidad publica una revista para homosexuales y trabaja como escritor.»

—Eppendorfer se pregunta cómo podemos controlar la violencia —le dije a mi esposa—, pero experimenta una genuina simpatía por las personas que son presa de la violencia o que no pueden negar la presencia de ella en sí mismas. Es un hombre que se vio empujado por impulsos sexuales a asesinar a alguien cuando tenía aproximadamente la edad de Eeyore. Quizá la violencia latente en Eeyore le recuerda a él mismo.

La aguja en el dedo de mi esposa dejó de moverse y ella se dio media vuelta para mirarme sin quitarse las gafas de lectura. Pude advertir interrogación en la manera de hacerlo y me sentí estremecer por adelantado.

—Quizá se deba a que tú describes a Eeyore en tus novelas de una manera que lleva a esa conclusión. No creo que distorsionaras adrede lo que escribiste. Cuando yo leía lo que habías escrito, imaginaba que estabas describiendo exactamente lo que viste y te chocó a tu regreso de Europa. Pero eso mismo los demás no lo vimos ni siquiera cuando se comportó tan mal en tu ausencia.

Mi esposa debía de referirse a mi descripción de lo que vi en los ojos de Eeyore aquella primera noche, la bestia en celo.

—Por la manera como reaccionaste, temía que sucediera algo espantoso, de lo que nunca nos recuperaríamos. Pasamos un tiempo terrible con él mientras estuviste fuera, pero la peor parte fue el día de tu regreso.

—Puedo entender que sintieras eso... —El resentimiento de mi esposa, que aparecía ahora, después de un año reprimido, me había provocado agitación—. He dicho que Eppendorfer se veía a sí mismo como un joven en Eeyore, pero cuando regresé de Europa pude haber proyectado el crimen de Eppendorfer en Eeyore.

Algo más que operaba bajo la superficie también había afectado a cómo se me aparecían las cosas, una experiencia

que tuve en Europa y que no pude contar a mi esposa. La contemplaba en silencio mientras volvía a su trabajo con las etiquetas, frunciendo las cejas tras sus gafas de lectura, al parecer perdida en sus propios pensamientos. Ahora me retiré llevándome escaleras arriba, a la habitación que era a la vez mi estudio y mi dormitorio, mi vaso de whisky de la hora de acostarme. Me detuve ante la puerta de la habitación de mi hijo, que siempre estaba entornada, y contemplé la cama donde no dormiría en los dos días siguientes. Su voluminosa cabeza y su nariz arqueada eran visibles a la pálida luz que provenía del vestíbulo. Reposaba boca arriba, mirando directamente al techo. Lo correcto de su postura, a pesar de su corpulencia, me recordaba a mi amigo H yaciendo en su lecho de muerte. Me asaltó un sentimiento de pérdida irreparable. Mientras permanecía allí de pie, hundiéndome en un gran desamparo, Eeyore se dirigió a mí con una voz afable, sin volver la cabeza ni mover un músculo de su cuerpo:

—*¿No puedes dormir, papá? Me pregunto si dormirás cuando yo no esté. ¡Espero que tengas ánimo y duermas!*

Hubo otro episodio en Europa. Llegamos a Viena y nos unimos a un grupo de intercambio de estudiantes japoneses y algunos austríacos que participaban en el movimiento antinuclear. Desde Viena nos trasladamos a Hamburgo, y luego tomamos un tren hacia el sur, a Friburgo, cerca de la frontera suiza, para reunirnos con activistas y políticos jóvenes del partido «alternativo». Desde allí nuestro itinerario nos llevó a Basilea para hablar con activistas suizos y después, por Frankfurt, a Berlín, nuestro destino final.

Gocé y me sentí estimulado por el ritmo febril al que trabajaba el equipo de televisión, conduciéndose sus miembros sin reservas, de acuerdo con la peculiar lógica de su profesión. Puesto que cubrimos todo lo previsto en sólo una semana, nuestras jornadas comenzaban a primera hora de la mañana y terminaban con la cena en plena noche.

Pero nuestro agitado programa me dejaba poco tiempo para que decayera mi ánimo.

En la ciudad universitaria medieval de Friburgo, al borde de la Selva Negra, asomados al Rin desde las laderas del Schwarzwald, almorzamos en un albergue de esquiadores situado en la periferia de la ciudad. Mientras contemplaba los abetales y los hayedos bajo el sol de mediodía, vi el espectro de un extenso bosque consumido por un voraz fuego nuclear; tal era mi estado mental al comprobar la realidad del armamento nuclear día y noche. Cuando me despertaba en plena noche, leía algo de Blake en la edición Keynes que había adquirido por el camino, y sentía como si estuviera prendido en el verso.

Nuestra primera noche en Berlín, asistimos a una reunión con un grupo de estudiantes de la Universidad Libre que habían formado un movimiento para crear una zona desnuclearizada en Europa. El grupo tenía vínculos con el movimiento en Berlín Este. El refinamiento urbano y la compostura de sus argumentos formaban un interesante contraste con la apasionada reunión de Friburgo. Más tarde, aquella noche, tomamos lo que debió ser un ejemplo de genuina comida coreana, destinada a los trabajadores coreanos en Alemania: fideos fríos servidos sin caldo y embadurnados con mostaza caliente, y habiendo confirmado una vez más que la cena en grupo era una parte esencial de una jornada laboral juntos, regresé a mi hotel.

Pasaba ya de las dos de la madrugada cuando sonó el teléfono junto a la cama. Con la curiosa combinación de soltura y torpeza que se da cuando un japonés que ha vivido en un país extranjero trata de hablar su lengua materna, se presentó una mujer de mediana edad. En el instante en que oí la voz, supe quién me hablaba, aunque no la veía desde hacía veinte años y podía sentirla revivir en mi memoria exactamente igual que cuando la conocí, en nuestros tiempos universitarios. Su padre era un coreano que había tomado un nombre japonés cuando su país fue anexionado, y luego se graduó en la Universidad Imperial de Tokio y se casó con una japonesa. Con ocasión de la

derrota del Japón, en 1945, recuperó su nombre coreano, Ri. De los dos elementos utilizados en la escritura, el carácter chino para representar el nombre Ri, «árbol» y «niño», derivé el sobrenombre «Ki-ko» para su hija, que ahora daba a entender por su actitud al teléfono que nuestra relación, aunque no muy estrecha, al menos requería que nos viéramos, ya que ambos estábamos en la misma ciudad. Se me ocurrió que mi elección de un restaurante coreano inmediatamente después de llegar a Berlín pudo tener algo que ver con pensamientos subconscientes sobre ella.

—Quizá no te emocione una llamada mía inesperada, pero así es Ki-ko, ya sabes. Mi apellido ha cambiado desde la última vez; se trata de un apellido alemán que no te dirá nada. He oído que venías a Berlín al mismo tiempo que me enteraba de que H había muerto de leucemia. Es muy triste. En cualquier caso, veámonos esta noche.

—Esta noche parece que ya ha pasado —dije, reconociendo que su insistencia en lo no convencional no había cambiado con el tiempo (de haber sabido yo desde dónde me telefoneaba, habría podido estar de acuerdo, pero sólo era vagamente consciente de que se encontraba en algún lugar de la ciudad)—. Mañana por la mañana tengo una reunión con el equipo de televisión, y luego pasaremos el resto del día en Berlín Este. Pasado mañana nos reunimos con la asamblea universitaria antinuclear de Berlín, en la sala Otto Braun, y luego acabamos la noche con una recepción en la legación japonesa...

—No te muestras muy amistoso, pero no lo voy a tomar como algo personal. Trataré de asistir a la asamblea universitaria. ¡Y no mires con insistencia a la multitud desde el escenario en busca de una mujer de mediana edad que te recuerde a Ki-ko cuando era joven! Más o menos cuando regreses de la cena con el ministro o con quien sea, me pondré en contacto. Si has estado viajando con un equipo de televisión, apuesto a que no has sido capaz de buscar damas amistosas... ¡Deberías estar feliz por mi reaparición!

Su forma de hablar cuadraba perfectamente con la imagen que yo conservaba de ella desde hacía casi treinta años, aunque más recientemente nos habíamos encontrado una sola vez, y a pesar de que daba a su voz un tono afectado como para ayudarle a salvar el tiempo transcurrido, podía oírla algo envejecida. Cuando dudé un instante, Ki-ko me habló en un tono de voz distinto y luego colgó:

—Apuesto a que tu viaje de mañana a Berlín Este será cancelado... Es el día anterior a la asamblea universitaria, a la que se ha dado la mayor publicidad. De todos modos, aguardaré hasta pasado mañana...

La casa de huéspedes donde se alojaba Ki-ko, cerca del campus de Hongo, de la Universidad de Tokio, había sido ampliada repetidas veces desde su construcción antes de la guerra, y en la época en que ella vivía allí estaba llena de salas oscuras a las que se ascendía y de las que se descendía atravesando pasillos que formaban ángulos, como los de un barco. Parecía no haber límite para el número de huéspedes que podía albergar. Yo me encontraba constantemente con caras nuevas en el vestíbulo, que era espacioso como una caverna en contraste con el resto del espacio, angosto, y en torno a la escalera principal. El amigo común, mi contacto con H, era un estudiante llamado I, ahora especialista en Balzac, quien vivía en una habitación pentagonal que era nuestro lugar de reunión. La amante de H, una compañera de clase muy guapa, compartía habitación en la misma casa de huéspedes con otras varias escolares. Como resultado de un simple malentendido entre ellos —mirando atrás, puedo advertir que esta clase de cosas creó a menudo cambios en la vida de H—, ella había corrido a echarse en brazos de un estudiante de posgrado que ya estaba produciendo una obra poética de alta calidad. (Tras el funeral de H, una mujer que se había alojado con su ex amante, y que resultó ser la esposa de alguien que iba por delante de nosotros en el departamento de literatura francesa, empleó la frase anticuada, que he conservado en la memoria hasta ahora, de que «había corrido a echarse en sus brazos». Según ella,

su amiga había «tomado el camino equivocado» al romper con H: «La habitación del estudiante de posgrado estaba en el mismo piso, y a partir de aquella noche ¡ella nunca regresó a la nuestra!») Nada de todo esto me afectó en aquella época; el único interés que me inspiraron los asuntos amorosos de mis amigos era la relación de I con una muchacha de instituto a la que estaba ayudando a superar los exámenes de ingreso en la Universidad de las Artes de Tokio. En parte porque yo era el único que vivía en una casa de huéspedes distinta, y en parte porque me trataban como al joven del grupo, aunque pasaba tiempo con H y con los otros, era excluido de la faceta romántica de sus vidas.

Entonces una muchacha se mudó a una habitación aislada como una torre de vigía. Se había criado en Berlín, donde su padre coreano y su madre japonesa aún trabajaban para una empresa alemana de construcción, y regresó a Tokio para asistir a la universidad japonesa. Habiéndose graduado en un internado, hablaba un alemán y un inglés adecuados, pero su capacidad para entender frases complejas en japonés era limitada. Llegó hasta mí la oferta de una clase particular de lectura en japonés. Resultó que el padre de H era ejecutivo en una empresa japonesa de construcción que había establecido una *joint venture* con la compañía de Berlín, y le había pedido a su hijo que cuidara de la muchacha. Fue H quien la hizo trasladarse a la casa de huéspedes desde el apartamento que la compañía proporcionaba a sus empleados extranjeros, insistiendo en que no tendría oportunidad en ese lugar de experimentar de primera mano la vida estudiantil japonesa. Yo me vi cogido en su relación a tres y me debió haber faltado la motivación emocional para asumir la responsabilidad de una clase particular.

Yo tenía veinte años y Ki-ko, dos menos. Cuando la conocí me impresionó su ánimo risueño y por la curiosa particularidad de que parecía físicamente desequilibrada, desde sus facciones a su cuerpo y a la manera desmañada de sentarse en el suelo de la habitación, que revelaba

claramente que era su primera experiencia de vivir sobre tatamis (diez años más tarde, cuando dejó a su marido alemán y a su familia en Europa y vivía en Tokio sola, el aspecto descoyuntado de su adolescencia tardía se había transformado en una apariencia y un porte que me siento tentado de calificar de regios). Su cabello, recogido sobre la cabeza, era insólitamente abundante, y sus facciones —cejas en forma de luna creciente que recordaban a la princesa de un drama histórico, grandes ojos brillantes, nariz redonda y una boquita fresca de labios gruesos— se distribuían en extraños ángulos unas con respecto a otras en una cara ancha con mejillas prominentes. Su sonrisa torcida podía haber sido un reflejo de la inseguridad que le inspiraba su aspecto. Su cuerpo era ancho y torpe, en particular sus piernas, que parecían demasiado fuertes para un cuerpo asiático y que ella ocultaba bajo una gruesa falda que le llegaba a los talones y, por arriba, hasta el pecho. Durante nuestras lecciones se abrazaba las rodillas con los brazos para balancearse sobre el tatami, pues de otro modo hubiera caído hacia atrás. Su voz, que yo reconocí al minuto de oírla por teléfono en Berlín, sonaba como la de un niño pequeño, nasal y persuasiva, pero el tema del que hablaba y su lógica eran por demás realistas.

Si yo sentía que había algo cómico en Ki-ko, estoy seguro de que ella sentía lo mismo respecto a mí. Años más tarde, H me reveló que Ki-ko había estipulado que escogiera al amigo más divertido para darle clase, y a mí me consta que le gustó el gracioso sobrenombre que le adjudiqué. Dada la esmerada educación de H, su comportamiento me choca por lo extraño cuando lo recuerdo, pero me dijo, creo que provocativamente, o acaso en son de burla, que Ki-ko se había criado en un país sin restricciones sexuales y que, en consecuencia, estaba liberada hasta un grado inimaginable para nuestras costumbres japonesas. No pretendí desplazar la responsabilidad a H por entonces ni lo intento ahora, pero diré que mi conducta posterior, nada sorprendente en un joven sin experiencia, estaba profundamente influida por la

insinuación que encerraban sus palabras. Empecé a dar clases a Ki-ko en abril, cuando se inició el nuevo trimestre, y cesaron un año más tarde, cuando fue admitida en la Universidad Internacional Cristiana. Durante un año entero, excepto cuando ella tenía el período, nos reuníamos todos los días con el exclusivo propósito de practicar el sexo.

Aquel verano fui de vacaciones a casa, en el bosque de Shikoku, y Ki-ko viajó a Hokkaido, a casa de unos parientes de los que había permanecido alejada desde que su madre se casó con un coreano. Le propuse que viviéramos separados aquellos cuarenta días y consideráramos adónde quería cada cual dirigir su vida. A comienzos de otoño, cuando regresé a Tokio y me detuve en la casa de huéspedes llevando en un paquete a la espalda las ediciones de Gallimard de Sartre, que había leído en el valle, un guapo joven vistiendo el suéter de Ki-ko y que parecía proceder del sudeste asiático, estaba guardándole la habitación, sentado en el tatami tan incómodo como lo estaba ella, con la espalda apoyada en un colchón futón enrollado. Fui a la habitación de I con la cabeza dándome vueltas y desempaqueté mis libros de Sartre uno por uno, los comenté y escuché sus comentarios hasta que me sentí lo bastante sereno como para volver a mi hospedaje. Aquel otoño y hasta el invierno continuó sorprendiéndome la intensidad de mi sufrimiento juvenil.

A través del canal informativo entre Ki-ko y H, que continuaba abierto —su verdadera relación nunca estuvo clara: hacia las mujeres con ciertas singularidades desplegaba una combinación de intensa devoción y de extrema indiferencia que parecían coexistir sin contradicción; después de su muerte he conocido a varias mujeres que manifiestan echarle de menos extraordinariamente, aunque su relación con él es un misterio—, pude enterarme de que Ki-ko se había separado del estudiante de Singapur, que estaba en régimen de intercambio, que poco después se casó con un ingeniero de comunicaciones enviado desde Alemania para instruir en el Japón, y que la había contratado como intérprete, y que

abandonó la universidad y regresó con él a Europa.

Poco después de que Eeyore naciera con una cabeza deformada, cuando yo estaba profundamente desesperado y desconcertado, Ki-ko entró bruscamente en contacto conmigo, como siempre, a través de H, y la visité en su habitación de la Casa Internacional del Japón, en Tokio. Mi esposa aún estaba en el hospital. Ya he mencionado que Ki-ko se había convertido en una mujer espléndida desde la última vez que la vi; una transformación inesperada pero fácilmente deducible de su aspecto de muchacha. El tratamiento que recibí de ella ese día —debería llamarlo terapia sexual— fue un consuelo para mí. También me llenó, desde el principio al fin, de un sentimiento de culpa tan brutal como si hubiera estado copulando con mi hermana, y despertó en mí algo grotesco que se parecía, en palabras del poeta Homei, a «un salvajismo desesperado». Estos sentimientos me permitieron comprender, mirando atrás, que lo que me movió a los veintiún años a proponer que pasáramos separados el verano, pensando en nuestras vidas, fue que mi relación con Ki-ko, a la que consideraba más joven que yo por aquellos días, también la había sentido como incestuosa, igual que si me hubiera acostado con mi hermana menor. Esta reviviscencia, casi diez años después, de una vinculación sexual con Ki-ko fue la base de la escena de *Una cuestión personal*, en la que el héroe mantiene una relación sexual con una compañera de clase que escribía su tesis sobre Blake. Comprendí perfectamente bien la importancia del refugio que Ki-ko me había ofrecido desinteresadamente, pero yo era tan egocéntrico a los veintinueve años como al comienzo de la veintena, y aunque vi la cicatriz en su muñeca derecha no le pregunté por ella —el hecho de que fuera zurda había intensificado la torpeza de su cuerpo ancho cuando era una muchacha de dieciocho o diecinueve años—; no indagué acerca de lo que había sucedido durante los casi diez años que había pasado en Europa. Llevaba en Tokio dos semanas, y cuando regresó a Alemania, la angustia que yo había experimentado diez años antes todo aquel otoño y hasta el invierno, me

acometió de nuevo con inesperada violencia. Garabateando estos recuerdos en la página tan aprisa como mi pluma puede moverse, me asalta el sentimiento de que aún tengo que enfrentarme honradamente a la dañina y complaciente crueldad de mis años jóvenes.

La asamblea universitaria se atuvo a lo previsto. Durante un descanso para ajustar la hora con el satélite de comunicaciones que estaba transmitiendo en directo al Japón, el grupo que abogaba por la zona desnuclearizada, con el que me había reunido inmediatamente después de mi llegada a Berlín, se acercó al podio donde yo estaba para reprocharme amablemente por no aparecer para apoyar a los activistas antinucleares en Berlín Este. A la espera de que nos reuniéramos con un grupo de clérigos de diversas iglesias, distribuyeron ejemplares de la traducción inglesa de mi libro de ensayos *Notas de Hiroshima*. Me conmovió saber que las personas con las que estaba previsto reunirme se proponían rezar por la salud de mi hijo disminuido.

Con una sabiduría del mundo que era el reverso de su excentricidad, Ki-ko había predicho correctamente que a causa de un cambio en las previsiones del equipo de televisión quedaría cancelado mi viaje a Berlín Este. Ahora se había instalado en la que podía haber sido la mejor butaca de una sala de conciertos, enfrente mismo del escenario principal, y se sentaba allí tan majestuosa como siempre. Con la excepción de un reducido número de residentes japoneses que se habían enterado del acto por el boletín de la embajada japonesa, la audiencia que llenaba la sala se componía de activistas por la paz y de movimientos antinucleares de toda Alemania Occidental. Muchos de ellos pertenecían también al movimiento llamado alternativo, que incluía a los partidarios de la simplicidad planificada como iniciativa para conservar nuestros recursos naturales. Sentada en medio de esta muchedumbre, con un abrigo de visón envolviéndole los hombros, Ki-ko resultaba, por decirlo suavemente, llamativa, pero tampoco era la única: uno de los miembros del equipo de debate en el escenario, la hija teóloga de

Ruprecht Heineman, el único presidente de Berlín Occidental que había visitado Hiroshima, también vestía abrigo de visón. La hija del ex presidente, rubia y de ojos azules, y Ki-ko, con su pelo negro recogido sobre la cabeza como antes, parecían competir entre ellas desde arriba y abajo del estrado como dos altos picos de dos montañas. Estaba claro que Ki-ko se había convertido en una mujer de mediana edad, pese al aspecto impresionante que era el resultado de un arduo trabajo. Yo advertí la misma sorpresa chusca en ella, que nunca fue capaz de ocultar cuando era una muchacha de dieciocho o diecinueve años. Cuando nuestros ojos se encontraron, se dio a conocer con un antiguo gesto propio de nuestra generación. Era algo que proyectaba oscuridad en su mirada, y mientras inclinaba adelante la cabeza, la parte superior de su rostro, desde la frente a la nariz, parecía ensombrecida. Más tarde, aquella noche, en tanto el debate se intensificaba, dejé de ser consciente de su presencia. Luego, hubo despedidas de mis compañeros de mesa y debates con los japoneses de la audiencia, que llegaron a puntualizar los errores en que había incurrido el intérprete alemán. Yo me daba cuenta, como un buque de guerra que hace su entrada en el puerto, de la presencia de Ki-ko aproximándose lentamente, pero cuando dispuse de un minuto para dirigir una mirada al auditorio, ya no se la veía.

Era casi medianoche cuando regresé a mi habitación del hotel, después de cenar en la legación japonesa en Berlín, y el teléfono sonó casi de inmediato. Era Ki-ko, que llamaba para proponerme que nos reuniéramos en seguida. Me explicó que llevaba alojada tres días en una habitación de la última planta de mi hotel. Había estado telefoneando cada diez minutos para comprobar si yo había regresado, pero al menos transcurrió una hora hasta que abrió sin llamar la puerta que yo había dejado sin pasar el pestillo. Mirando con calma y manteniendo la compostura, entró en la habitación. Llevaba un vestido coreano que recordaba haber visto, de una deslumbrante seda verde pálido, que le llegaba a los tobillos, y sobre su escote desnudo,

inmediatamente debajo de la garganta, lucía un crisantemo. De nuevo me di cuenta de que, aparte de rosas del azafrán y forsythias, no había visto una sola flor durante mi estancia en Europa.

Estaba echado en la cama con los zapatos puestos, leyendo, y cuando me senté, Ki-ko se sentó en la cama vacía junto a la mía. Por un momento nos limitamos a observarnos. Luego me levanté y fui al frigorífico en busca de botellines de whisky y vasos, y Ki-ko, cuyo aliento ya olía a alcohol, me hizo la crítica de la traducción alemana del intérprete. Consideraba que la auténtica y actual amenaza de ataque nuclear, que había sido el punto de mis observaciones, le había parecido algo borrosa, y que la amenaza soviética tal como la subrayó Ishihara, el novelista que era también miembro de la Dieta por el Partido Liberal Democrático, se había obviado por consideración a los soviéticos.

—En otras palabras, los argumentos que llegaron a la audiencia alemana eran menos tensos de lo que os proponíais y eludían la confrontación. Imagino que forma parte de la actuación equilibrada que se imponen los intérpretes profesionales...

Mientras hablaba, igual que cuando visitó mi hospedaje siendo joven, Ki-ko tomó los libros de mi mesita de noche y los examinó cuidadosamente: Blake, *La edad de oro del teatro ruso* y una colección de ensayos de Orwell en edición Penguin. Cuando le alargué un vaso estaba hojeando Orwell y, sentada de nuevo en la cama con el vaso y el libro cogidos con la mano izquierda, dijo lo siguiente en el tono arrogante de una profesora:

—Cuando H estaba aquí investigando a los grupos extremistas me habló de tu hijo. Ya debe de ser adulto. ¿Has pensado en lo que vas a hacer cuando le dé un ataque de frenesí violento?

Debí volverme blanco de ira. Mientras permanecía sentado, incapaz de pronunciar una palabra, con la lengua paralizada, la cara ancha de Ki-ko se contrajo estúpidamente a causa del temor y la tristeza, como si la

hubieran abofeteado por cada uno de sus esfuerzos cosméticos. Entonces vi por primera vez lo oscuro de su tez veteada bajo el espeso maquillaje.

—Estás sugiriendo que a mi hijo le va a dar un ataque de frenesí violento como a un elefante o un camello, pero que yo no le voy a pegar un tiro, ¿no es así? Estás citando «Disparar a un elefante». Pues hay otra cita de Orwell: «Pensaba que eras un ser humano más decente.»

Permanecimos sentados en silencio, mirando nuestras bebidas. Ahora Ki-ko depositó su vaso en el suelo con un movimiento desmañado de la mano izquierda, de algún modo propio de una muchacha. Luego se puso de pie, se aclaró la garganta con un carraspeo y dijo en tono desabrido:

—Llamemos a esto una noche... Parece que he cometido una equivocación que realmente no es propia de mí. Mañana te enseñaré Berlín.

De haberla mirado, imaginaba que habría encontrado en ella algo sombrío, pero mi lengua parecía paralizada de nuevo y no levanté la vista cuando abandonó la habitación.

Al día siguiente, Ki-ko y yo, desanimados, hicimos un extraño recorrido turístico por Berlín. En parte porque el programa había vuelto a cambiar, pues yo salía para Frankfurt a las tres de la tarde, y sólo quedaba tiempo para que cada uno de nosotros eligiera un lugar para visitar. En la universidad había visto una fotografía de una anguila eléctrica amarilla que se suponía continuaba allí, de modo que escogí el acuario de la Budapest Strasse. La anguila resultó decepcionante y lo mismo el resto de los peces, pero la vida vegetal, que había sido espectacularmente instalada para recrear sus hábitats, era digna de verse. Ki-ko no manifestó interés alguno por los peces ni por las plantas y, remisa a subir las escaleras, mantuvo una larga conversación con un anciano guarda en el primer piso.

La elección de Ki-ko fue una película pornográfica, algo que había despertado en ella tanta más curiosidad cuanto que su marido alemán se había negado a llevarla a uno de esos cines. Dimos con una sala X a poca distancia

caminando desde el acuario, en el sótano de una de las tiendas que se alineaban en la Kurfurstendamm, en el distrito de los espectáculos. Cuando uno adquiere la entrada le dan un botellín de whisky. Tras negociar con el joven de la taquilla en un alemán fluido, manifiestamente de clase alta, Ki-ko también consiguió dos botellas pequeñas de ginebra y una lata de cerveza para cada uno. Cuando nos sentamos en el cine, echó un trago de cerveza y volvió a llenar la lata con la ginebra. Yo hice lo mismo, pero no tardamos en vaciar una botella entera. De nuevo en la calle, Ki-ko dijo que deseaba comprar algunos ingredientes de comida coreana, y nos dirigimos al Este siguiendo la Ku-damm, en dirección a unos grandes almacenes que incluían la galería de alimentación más variada de Berlín. Durante el recorrido cambiamos unas pocas palabras, pero la conversación me resultó dolorosa. Empecé con un comentario sobre la película:

—La protagonista practicaba tanto el sexo que resultaba cruel; pero había una escena graciosa, cuando enfría sus genitales con una bolsa de hielo.

—Cuando éramos unos críos practicamos el sexo muchas veces —replicó Ki-ko—. Tal como dices, aquello fue cruel... Peor que cruel, por lo que a mí atañe...

Ki-ko también criticó mis observaciones sobre la asamblea universitaria:

—Decías que no habrá guerra nuclear en un futuro próximo porque todavía no ha sucedido, ¿verdad? Por desgracia, no estoy de acuerdo. Creo que el mundo ya ha sido destruido varias veces. Creo que un reducido número de personas sobrevivió y reconstruyó este mundo miserable en el que vivimos ahora. Pero lo que no sobrevivió fue la lección que había que aprender; ésa es mi conclusión después de haber vivido años en Europa. Creo que la destrucción de Alemania en la segunda guerra mundial —¡mira ahí, lo que queda de la iglesia en memoria del káiser Guillermo!— fue el equivalente del apocalipsis. Me pregunto si la misma camarilla no está planeando utilizar armas nucleares para destruir el mundo y luego

reconstruirlo. El refugio antinuclear es una realidad; nosotros construimos uno en casa.

—Suponiendo —dije— que sea posible reconstruir el mundo.

—Aunque no pudieran reconstruirlo, creo que insistirían en que sí... Es gente que cree en «el juicio final».

—No es así como Blake vio el juicio final —empecé a decir, pero no tuve ánimo para continuar un debate con Ki-ko.

Ya era hora de estrecharse la mano y decirse adiós, y en la seca y germánica atmósfera bajo un cielo nuboso, mientras me tendía la mano izquierda en un gesto familiar desde hacía años, el rostro de Ki-ko se volvió directamente hacia mí por vez primera aquel día. Aunque conservaba su dignidad e irradiación, era claramente la cara de una mujer coreana que se aproximaba al final de la mediana edad. Cuando regresé solo a mi hotel, los jóvenes de nuestro equipo de televisión amontonaban el material formando montañas de cajas frente a la entrada principal... Espero que vieran a un japonés también aproximándose al final de la mediana edad, que parecía invadido por la pena. Había empezado a escribir mi serie de relatos sobre la simbiosis entre las Profecías de Blake y mi hijo disminuido, vinculando la pena de un escritor entrado en años y los impulsos animales contenidos de mi hijo. Aquí, en Europa, ¿podía yo negar que en mí se habían instalado tanto la pena como los impulsos animales? ¿Y no era ésa la razón de que me hubiera afectado tanto descubrir los mismos sentimientos en Eeyore cuando regresé al Japón?

Cuando me levanté, mi hijo ya se había ido al dormitorio de la escuela. Aquel lunes, sin Eeyore, el espacio interior de la casa parecía vasto y poco familiar. Y lo que era más inesperado, me sentía como si tuviera más tiempo en mis manos que no sabía cómo llenar. Vagué por la casa buscando a mi esposa. Quería hablar con ella sobre el sentimiento que me embargaba, de estar suspendido,

indefenso, en un día de treinta horas, pero fue como si el interior de la casa hubiera sido ampliado y yo tuviera dificultades para dar con mi esposa. Me notaba aprensivo. Al parecer, mi esposa también experimentaba una sensación de pérdida: en nuestro jardín marchito a causa del invierno, estaba limpiando de maleza las parras cubiertas de bayas para decorar una guirnalda de flores secas.

Me refugié en Blake, demorándome en detalles menudos y perdiéndome en ellos. Mientras me concentraba en la última profecía, *Jerusalén*, leyendo el texto anotado por Erdman y estudiando un facsímil de las propias ilustraciones de Blake, descubrí una vinculación directa con mi especie de poema sobre el árbol de la lluvia. Me llevó a ello la música de mi amigo y mentor, el compositor T. La primera semana que Eeyore estuvo ausente, en el dormitorio, un grupo de los mejores músicos jóvenes del país interpretaron durante toda una velada las obras de T. La sala estaba en Yokohama. Mi esposa y yo no habíamos salido juntos y solos de Tokio desde que nació Eeyore, y nada más montar en el tren sentí como una especie de renovación. El talante animado de mi esposa se manifestaba en su inusual locuacidad, incluso en el tren. Me habló de una anciana que se le había acercado después de la ceremonia tras la cual Eeyore se había trasladado al dormitorio, y dijo:

—El trimestre escolar en que mi hijo fue al dormitorio fue como las primeras vacaciones que tuve, y las últimas...

—¿Se siente esto como unas vacaciones? —pregunté.

—Sí, porque vivir con Eeyore es como vivir para dos personas —respondió mi esposa con la voz brillante de alguien que está disfrutando de unas vacaciones.

Pero cuando el tren cruzaba el río Tama vimos que la extensión de agua reflejaba el color poco natural de un cielo de nieve y guardamos silencio. Sentí que algo poderoso ascendía de la superficie del agua para agitar la oscuridad de mi interior. Antes del concierto, T apareció al pie del escenario para presentar su suite en tres partes para guitarra y flauta contralto, titulada *Al mar*. Cuando habló

de la parte titulada «Cabo Cod», el sombrío paisaje de la costa de Nantucket, pensé que sentía el cuerpo de mi esposa estremecerse a mi lado. Se estremeció de nuevo durante la interpretación, que me hizo pensar que la oscura superficie del Tama debió de inspirarle también a ella algún recuerdo.

La nueva pieza para piano de T, *Esbozos del árbol de la lluvia*, fue ejecutada por la pianista A, quien recientemente había suavizado la precisión científica única de su estilo con algo más rico y maduro. La pieza era una reelaboración lúcida y persistente del tema del árbol de la lluvia que T ya había utilizado en su música de cámara, pero, breve como era, se trataba de algo más que una simple reelaboración: el «árbol de la lluvia» de T, como metáfora musical, había crecido más exuberante, extendiendo más sus ramas colmadas de follaje. Por lo que a mí respecta, me sentí avergonzado al pensar que yo ya había desarraigado mi propia metáfora del árbol de la lluvia, pero también me sentí algo estimulado.

Ese sentimiento se mantuvo durante el intermedio. La segunda parte del concierto empezó con un solo de percusión titulado *Munari por Munari*. La partitura consistía en aforismos y símbolos que T había escrito en un papel doblado, creación de Munari, el diseñador italiano. La pieza era una improvisación en su idioma musical por Yamashita, el teórico de la percusión. Era como si la música de T de la primera parte aún reverberase, pero esto era más que una reviviscencia; era música en proceso de creación. Parecía que el percusionista estuviera interpretando el espíritu y el cuerpo físico de T, viviendo en el presente pero avanzando hacia el futuro.

La música continua me llevó a un descubrimiento. Era como si hubiera reencontrado algo querido y familiar que hubiera echado de menos dolorosamente: ¡Oh, sí —parecía decirme a mí mismo—, el «árbol de la vida» de Blake es precisamente el «árbol de la lluvia» que describí por haberlo visto en un sombrío jardín de Hawai! Al igual que el árbol de la lluvia, su tronco se eleva oscuramente como un muro que lo ensombrece todo ante sí, y la losa colosal

de sus raíces es idéntica.

Al comienzo del primer relato de mi serie sobre el árbol de la lluvia, describía mi encuentro con el árbol de la siguiente manera. Con el rumor de una fiesta a mi espalda, fijaba la mirada en una negrura que olía a rancio:

> Que la negrura frente a mí la ocupaba en su mayor parte un único y gigantesco tronco, se infería de la masa de raíces que formaban capas y que reflejaban débilmente la luz y la desviaban en esta dirección. Gradualmente, percibí que esta masa negra, semejante a una valla formada por tablas, relucía pálidamente con un resplandor grisáceo-azul propio. Este árbol secular, con su confusión de raíces bien desarrolladas por encima del suelo, se alzaba en la oscuridad ensombreciendo el cielo por encima y el mar bajo el acantilado.

Cuando regresé a casa después del concierto, abrí la edición facsímil de *Jerusalén* por la lámina 76, y me maravillé de cómo me había pasado inadvertido hasta ahora que lo que he descrito aquí era inequívocamente el árbol de la lluvia. Jesús crucificado en el «árbol de la vida». De pie junto al árbol, con los brazos abiertos, el gigante Albión, en quien toda la humanidad es redimida y personificada, dirige su reverente mirada arriba, a Jesús. Albión irradia juventud, mientras que Jesús parece aproximarse a la vejez. Esta escena se plantea como una ilustración del confiado y hermoso diálogo entre Jesús y Albión al final de *Jerusalén*:

Jesús replicó no temas Albión a menos que yo muera tú no puedes vivir
pero si yo muero me alzaré de nuevo y tú conmigo
esto es amistad y Hermandad sin ella el Hombre No es.

¡Así habló Jesús! El Querubín que Cobija vino a la oscuridad
los cubrió con su sombra y Jesús y Así lo hacen los Hombres en la Eternidad
uno por otro para expulsar todo pecado mediante el perdón.

De esta manera, leyendo a Blake, en *El árbol de la vida*

encontré una ilustración que se parecía a mi propia imagen del árbol de la lluvia. Y leyendo en el texto de *Jerusalén* el largo diálogo entre Jesús clavado al árbol y el joven Albión, llegué a los versos que reproduzco arriba. Me doy cuenta de que puede sonar forzado —y es una cosa rara escribir a la luz de lo que yo mismo le había dicho a H en su lecho de muerte, que no creía en el cristianismo y carecía de conocimientos sobre él—, pero me sentía en presencia de algo parecido a la gracia (supero mi vacilación para emplear la palabra diciéndome a mí mismo que sólo era posible la gracia a través de la música de T). No obstante, es gracia, o se le parece, lo que me impulsa hacia el «perdón del pecado» que está en el corazón del pensamiento de Jesús en su diálogo con Albión. Contemplando la lámina 76, recité para mí el verso de Blake en voz alta repetidas veces. Y ahora tomé conciencia de que «Más allá del árbol de la lluvia» resonaba armónicamente con los versos de Blake.

> *Hacia el árbol de la lluvia*
> *y, a través de él, hacia el mundo que está más allá,*
> *nuestros espíritus se sumergían, consustanciales,*
> *pero los yoes, tan libres como pueden ser,*
> *regresamos...*

Nacido en este mundo, en la tierra, Eeyore había obtenido algo precioso, en pequeña medida, mediante el poder de la razón, y no podía decirse que hubiera laborado para construir algo en particular en el mundo real. Pero según Blake, el poder de la razón sólo servía para llevar al hombre a la ilusión; este mundo era producto de esa ilusión. Y aunque Eeyore vivía en este mundo, el poder de su alma no había sido corrompido por la experiencia: en Eeyore, el poder de la inocencia había sido preservado. Con el tiempo, Eeyore y yo avanzaríamos hacia el árbol de la lluvia, y lo traspasaríamos unidas nuestras almas en una sola, todo lo libres que pudieran ser, para regresar al mundo más allá. ¿Y quien, hablando para Eeyore o para mí,

diría que esto era un proceso sin sentido de la vida y la muerte?

Retorné con la mente una vez más a mi conversación con H en su habitación del hospital, acerca del «perdón del pecado». Aunque yo era muy ignorante acerca de Blake por esa época, me había quedado con su nombre, como si algo me condujera hacia él. De haber sabido más sobre Blake, hubiera podido responder a la observación de H de que creer en el «perdón del pecado» hacía la vida más fácil, enviándole las páginas de la edición ilustrada, desencuadernada para que pudiera descansar en su pecho una lámina cada vez. Inútil ahora, el pensamiento me llenaba de remordimiento. En cualquier caso, se trataba de otra expresión de un presentimiento que yo tenía profundamente interiorizado: que yo leería una edición facsímil desencuadernada de *Jerusalén* en mi lecho de muerte.

Avanzada la tarde del sábado, con sus hermanos ya en casa esperándolo, Eeyore regresó para pasar su primer fin de semana. Estaba clarísimo que incluso una sola semana de vida de dormitorio marcó una diferencia en su comportamiento: no hubo golpe al abrir la cancela, ni rumor de zapatos arrastrados, ni entrada ruidosa en el vestíbulo. Yo estaba tumbado en el sofá leyendo a Blake, como siempre, y cuando levanté la mirada Eeyore entraba en la habitación con una gran bolsa de ropa sucia al hombro. Cuando me levantaba del sofá, se apresuró a tomar mi pie izquierdo, vuelto hacia el techo, y dijo, sacudiéndolo arriba y abajo en lugar de estrecharme la mano:

—*Lindo pie, excelente pie, ¿ha ido todo bien? ¿Habéis estado bien?*

Echado de espalda e incapaz de moverme, rompí a reír, y lo mismo hicieron los hermanos de Eeyore y mi esposa desde la cocina. No cabía duda de que el comportamiento de Eeyore, sin proponérselo y de manera natural, aportaba alegría a nuestra familia. Pero ahora estaba sin duda

agotado, y no daba señales de responder a las preguntas de mi esposa sobre la vida en el dormitorio. En lugar de eso, se sentó frente a los altavoces de alta fidelidad, con el trasero en el suelo, y parecía perplejo ante la elección del primer disco. Su rostro había perdido pesadez hasta el punto de que su perfil se había vuelto anguloso, e incluso se apreciaba un aire de serena sabiduría en torno a sus ojos de párpados replegados. En lugar de seleccionar un disco, conectó la radio para escuchar *Solicitudes de clásicos*, por la emisora de FM de la NHK. Hasta que estuvo lista la cena, como si su cuerpo y su alma sedientos bebieran a tragos el agua de la música, permaneció sentado allí en silencio, escuchando la radio. Al parecer, el desafío de poner las cintas que se había llevado al dormitorio resultó excesivo para él.

Se puso de pie en un momento dado y se dirigió a la cocina. Mi esposa le pidió que se sirviera algún zumo del frigorífico. En lugar de obedecerle, como hubiera hecho normalmente, se limitó a informar de lo siguiente y luego volvió junto a la radio, como si no quisiera perder un minuto de «el rincón de las peticiones breves» al final del programa:

—Dijeron que no podríamos tomar té en el dormitorio, pero había té. ¡Era té de cebada!

Mi esposa, yo y los hermanos de Eeyore esperamos a que acabara el programa de radio para ocupar nuestros lugares a la mesa para la cena, donde se había servido la comida favorita de Eeyore: ternera asada con salsa a la crema, con espaguetis y ensalada de patatas. Aunque había desconectado la radio, Eeyore permanecía sentado, sacando discos del mueble y reemplazándolos. Le llamé:

—Eeyore, la cena está lista. Ven y siéntate.

Pero los ojos de Eeyore no se apartaban del tocadiscos, y entonces los músculos de sus amplios y viriles hombros se pusieron tensos y dijo, como si anunciara una decisión meditada:

—Eeyore no irá. Porque Eeyore ya no estará aquí nunca más, así que no irá.

Pude sentir la mirada de mi esposa mientras yo me quedaba mirando la mesa. El sentimiento de pérdida que me asaltó fue tan virulento que creo que no hubiera podido sostener aquella mirada. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Había ocurrido realmente y seguiría ocurriendo? Experimentaba la necesidad de patalear, y si bien conseguí que no se me saltaran las lágrimas, fui incapaz de evitar sonrojarme desde las mejillas hasta las orejas.

—Eeyore, ¡de ninguna manera! ¡Has venido a casa, y por lo tanto estás aquí!

La voz de su hermana sonó como un grito, pero Eeyore permaneció en silencio. Su hermano menor habló después de su hermana, tras tomarse un momento para considerar sus propios pensamientos.

—Va a cumplir los veinte en junio. Quizá ya no quiera que le llamen Eeyore. ¡Apuesto a que quiere que se le dé su nombre verdadero, que es el que debió usar en el dormitorio!

Incontenible hombre de acción una vez había tomado una opción lógica, el hermano de Eeyore cruzó la habitación y dijo, agachándose junto a él:

—Hikari, vamos a cenar. ¡Mamá ha hecho tu comida favorita!

—*Eso sería estupendo. Gracias*.

En contraste con la voz ronca de su hermano adolescente, Eeyore replicó con la voz límpida de un muchacho. El alivio del momento tuvo algo de cómico, como una articulación que se disloca de repente, y empujó de nuevo a reír a carcajadas a mi esposa y a la hermana.

Hombro con hombro a pesar de su notable diferencia de peso y corpulencia, ambos hermanos se acercaron a la mesa. Si es así, pensé mientras les observaba empezar a atacar su comida, sintiendo todavía el impacto de la pérdida que había experimentado un minuto antes, ¿nunca más lo llamaremos Eeyore? El tiempo había madurado, supuse. ¡Hijo mío, sin duda ha llegado el tiempo de que dejemos de llamarte con tu nombre infantil y empecemos a llamarte Hikari! Te ha llegado la edad. Tú, mi hijo Hikari, y

tu hermano menor, Sakurao, no tardaréis mucho en presentaros ante nosotros como hombres jóvenes. Unos versos del prefacio del *Milton* de Blake, que con frecuencia había recitado para mí mismo, parecían crecer dentro de mí: «¡Despertad, oh jóvenes de la nueva era! ¡Oponed vuestras frentes a los mercenarios ignorantes! Pues tenemos mercenarios en el campamento, en la corte y en la universidad: los cuales, si pudieran, rebajarían lo mental para siempre y prolongarían la guerra corpórea.» Con Blake como guía, contemplé una fantasmagoría de mis hijos como hombres jóvenes de una nueva era, una era funesta, atómica, que requeriría de ellos, con la mayor urgencia, oponer sus frentes a los mercenarios ignorantes, y sin duda podría sentirme yo a su lado renacido como otro joven. Ahora, cuando se aproximaba la vejez y había llegado el tiempo de resistir la angustia de la muerte, quisiera oír las palabras que proclama la voz de *El árbol de la vida*, animando a toda la humanidad como si me fueran dirigidas a mí y sólo a mí: *No temas Albión a menos que yo muera tú no puedes vivir / pero si yo muero me alzaré de nuevo y tú conmigo*.

¡Despertad, oh jóvenes de la nueva era!
Kenzaburo Oé

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Atarashii hito yo mezameyo*

© Kenzaburo Oé, 1983

© de la traducción, Ricardo Ogata, 2005

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© Editorial Seix Barral, S. A., 2005
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2012

ISBN: 978-84-322-1367-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com